

SUBIRÁS AL CIELO SI TE DEJAS  
EMBAUCAR POR SU REGALO

*Regala*  
del *cielo*

MERCEDES GALLEGO

*Lxl*  
Editorial

# REGALO DEL CIELO

Mercedes Gallego

Desmayarse, atreverse, estar furioso, áspero, tierno, liberal, esquivo, alentado, mortal, difunto, vivo, leal, traidor, cobarde y animoso; no hallar fuera del bien centro y reposo, mostrarse alegre, triste, humilde, altivo, enojado, valiente, fugitivo, satisfecho, ofendido, receloso; huir el rostro al claro desengaño, beber veneno por licor suave, olvidar el provecho, amar el daño; creer que el cielo en un infierno cabe, dar la vida y el alma a un desengaño.

Esto es amor. Quien lo probó, lo sabe.

Lope de Vega (“Rimas” 1609)

“Para Elena, mi particular regalo”



# Capítulo 1

Año de 1817. Condado de Suffolk. (Inglaterra)

La elegante mansión de doble ala, con torreón central y extensos jardines empezó a avistarse conforme la joven jinete espoleaba su caballo, saltando cercas y obstáculos sin dejar de mascullar improperios en voz baja. Había divisado el carruaje desde lo alto del cerro y presentía que por mucho que corriera no llegaría a tiempo para estar aceptablemente vestida en la recepción. Tampoco es que tuviera especial interés en agradar a Devon Hunt, vizconde de Dermont, pero sabía cuán importante era ese momento para Elena, su madre.

— ¡Tres meses aguardándolo y tiene que aparecer hoy!

Llevaba días evitando salir a cabalgar por las mañanas como precaución de lo que justamente estaba ocurriendo ¡Y él tenía que presentarse en ese instante, cuando no había podido eludir la cita con el molinero! ¡Lo odiaba! Bueno, no le odiaba, pero le enfurecía. Devon Hunt era el único hombre que le ponía los nervios de punta. Aunque hiciera dos años que no se veían.

Saltó la última cerca como una centella, desmontó, le entregó las riendas al mozo de cuadra con una sonrisa nerviosa mientras le daba una palmadita de disculpa a su caballo, al que siempre cepillaba personalmente, y entró en la elegante residencia sin dar muestras de cuánto le incomodara su aspecto. Sabía que no era el adecuado, pero le contrarió verlo reflejado en el gesto adusto del hombre. Él estaba impecable, con sombrero de copa, calzones azules, chaqueta en unos tonos más oscuros bajo la que se adivinaba un elegante chaleco, y altas botas de ante. Un auténtico dandy.

A tía Elena, sin embargo, no le importó el desaliño de su ropa y su pelo, atenta solamente a la felicidad que sentía entre los brazos de su hijo.

Al divisarla, se apartó para que ambos jóvenes pudieran saludarse.

—Axel, cariño ¡Por fin ha venido Devon!

—Sí, ya lo veo — Aunque intentó que su voz no sonara desagradable, tampoco le salió cordial; se limitó a tenderle la mano con un frío ademán—Hola, Devon. Bienvenido a Marion Hill. El recién llegado percibió su desdén y correspondió con una ironía ladina que sólo ella adivinó.

—Sé cuán feliz te hago con mi presencia “*prima Axel*” — replicó mientras le besaba los dedos que ella había liberado de los guantes.

Los ojos verdes centellearon, furiosos.

—No creo que importen mis sentimientos sino los de tu madre. — aseveró, con frialdad.

La respuesta llegó a modo de carcajada seca.

—¡Se me olvidaba que tú siempre cuidas de ella!

—Nos cuidamos mutuamente, cariño—intervino Elena, desconcertada por la evidente antipatía que ambos jóvenes parecían profesarse.

Axel recuperó su mano y respiró hondo, recordando lo importante que era que su tía disfrutara del encuentro. No en vano llevaba semanas anticipándolo.

—Si me disculpáis, voy a cambiarme. Estaré lista para el almuerzo.

Al tiempo que daba su conformidad, Elena pareció recordar el motivo de su ausencia.

— ¿Fue todo bien en el molino?

— Pude solucionarlo — asintió, despreocupada — La rueda se ha roto definitivamente, pero dejé un encargo de que la arreglaran. Martín me ha asegurado que el molino volverá a funcionar en pocos días.

Su tía la abrazó con una calidez que la conmovió.

—Gracias, hija. No sé qué haríamos sin ti. Mi hermano resulta una nulidad cuando se trata de asuntos domésticos.

—Ha sido un placer encargarme, tía Elena— aseguró sincera, a la par que se encogía de hombros— En cuanto a Orson, a estas alturas no podemos esperar que cambie... — La presencia de Devon la hizo fruncir el ceño —Trataremos los detalles después. Ahora límitese a disfrutar de

su invitado.

No aguardó a ver el efecto que sus palabras tenían en el vizconde; de haberlo hecho le habría sorprendido el rastro de furia que ensombreció sus ojos.

Axel retardó cuanto pudo su reunión con el resto de la familia. Pese a estar segura de que su tía ya habría visitado la cocina para encargarse de los mejores manjares — que llevaban previstos desde hacía tres meses— prefirió asegurarse de que todo marchara a la perfección. Una vez confirmado no le quedó más remedio que enfrentarse a la realidad: Devon estaba allí y tendría que sobrellevarlo con dignidad. Aunque ya no se sentía tan vulnerable ante su desdén, el estómago se le encogía sólo de pensar en verlo. No obstante, respiró hondo y se dirigió con paso firme hasta el salón principal, especialmente adornado para el almuerzo con mantelería de encaje, vajilla de Limoges y la cristalería de Bohemia de la que su tía Elena se sentía orgullosa porque pertenecía a la familia desde hacía más de cien años.

Desde el quicio de la puerta acarició con la mirada a Orson Birmingham, el dueño de la mansión y su protector desde la infancia. Estaba en compañía de su hermana y su sobrino, riendo y bromeando tan cómodamente que ella se sintió como una intrusa. Era una sensación que la acuciaba durante las escasas visitas del vizconde ya que durante el resto del tiempo ella estimaba que formaba parte de la familia. Pero con Devon Hunt, no. Él siempre hallaba el modo de incomodarla, de recordarle que era una don nadie, una recogida.

Su inquietud sólo duró el minuto que tardó Orson en vislumbrarla y llamarla para que les acompañara. Era un hombre entrado en años, con un rostro afable sin demasiadas arrugas y de estatura mediana. Nada en su apariencia indicaba que pertenecía a una de las más antiguas familias de Inglaterra; bien al contrario, por sus ropas y lentes podía pasar por un bibliotecario o un preceptor.

—Axel, cariño, ¿dónde te habías metido? Devon lleva un rato contándonos sus andanzas por

esos mundos y te habría encantado escucharle...

Simulando serenidad se adentró en la estancia, besó a su benefactor cariñosamente y tomó asiento frente al vizconde.

—Tendré tiempo de oírlo... — se disculpó con una sonrisa — Porque supongo que te quedarás unos días...

El aludido no dejó de notar que la frialdad permanecía en su voz y replicó con un rastro de burla sin dejar de mirarla.

—Puede que hasta unas semanas.

Axel no se amilanó, acostumbrada a su rechazo. Y también ella lo zahirió sin perder la sonrisa ni el tono meloso.

—¡Estupendo! Tu madre lleva anhelando verte desde que supimos que habías regresado de Europa.

Elena salió en defensa de su hijo, sorprendida por la rivalidad encubierta que nunca antes había percibido en ellos.

—Estuvo enfermo, Axel. Tuvo unas fiebres y no nos lo dijo para no preocuparnos.

La mirada verde reflejó tan claramente que no lo creía que Devon apretó los dientes conteniendo su furia. ¡Aquella mujer lo irritaba a morir!

—Veo que mi ausencia te ha sentado bien, *prima*- mientras hablaba realizó un descarado recorrido de la anatomía femenina, desde el escote cuadrado que dejaba a la vista el esbelto cuello, libre de joyas, hasta la breve cintura y la amplia falda de tul violeta que ocultaba unas largas piernas- Has... Bueno... Pareces muy... *exuberante*.

La mirada castaña subió hasta sus pechos y permaneció allí más tiempo del correcto, logrando que Axel notara cómo el rubor la cubría desde las orejas hasta las puntas de los pies ¡Cuánto deseaba matarlo!

—Lo cierto es que Axel se ha convertido en una mujercita muy guapa y muy lista —asintió Orson, ajeno a sus pullas. —Es la única capaz de discutir conmigo sobre Platón o Séneca y darme



lecciones de cualquier tema...

—Encomiable... —replico él con soterrada sorna, sin apartar la vista de sus senos.

—La mesa está dispuesta.

El aviso de la doncella acalló la reprimenda que Elena Birmingham estaba a punto de soltar a su hijo por mostrarse tan descortés. En vez de criticarlo le ofreció el brazo, aunque sin ocultar lo poco que le agradaba su actitud. Devon, mudando su antipatía en un rictus encantador, besó la mejilla de su madre, metiéndosela en el bolsillo. Y ella, encantada con su cariño, rio también. Adoraba a su hijo por muy desvergonzado que fuera.

Durante el almuerzo Devon continuó respondiendo a las preguntas de su tío. Orson Birmingham, como cualquier hombre de buena posición, también había visitado el Continente en su juventud y se mostró muy interesado en conocer cómo había evolucionado el mundo desde entonces.

A su pesar, Axel se encontró inmersa en la charla, indagando sobre lugares que sólo conocía por los libros. Para su sorpresa, Devon resultó un magnífico conversador, con capacidad para describir las ciudades por las que había pasado con tal pericia que todos sintieron como si lo hubieran acompañado en sus viajes.

Durante unas horas no fueron enemigos.

—Por cierto, os traje regalos. Podría dároslos tras el café- propuso él, también cómodo por primera vez en aquella casa.

A su tío le hizo entrega de dos libros encuadernados en piel, uno sobre arquitectura y otro sobre jardinería. Para su madre había escogido una estola veneciana y para Axel un frasco de perfume. Su mirada fue intensa al entregárselo.

—Es de París. No sabía si sería adecuado, pero ahora al verte, sé que no me equivoqué.

Ella dudó un instante, ruborizada e indecisa entre si debía sentirse molesta o halagada por sus palabras; finalmente optó por no enfadarse. Nunca le habían regalado un perfume y quería disfrutar la ocasión.

—Gracias. Fuiste muy atento al recordarme.

Por una vez, el vizconde no lo estropeó con un exabrupto.

—Dudé si preferirías un libro... —Reconoció. —Por eso en precaución compré dos. Pero me parece que a tío Orson le irán mejor.

Su madre intervino con una sonrisa apreciativa, acariciando la delgada mano de la muchacha.

—Sin duda Axel valora más el perfume, ya es toda una mujer y comienza a preocuparle su aspecto.

—No veo por qué debería preocuparle... Es encantador —admitió él, con la guardia baja.

Axel volvió a sonrojarse; esta vez de placer.

—Por favor, no veo ningún interés en hablar de mí. ¿Qué te parece si continuas con tus relatos?

Desríbenos qué lugares visitaste en Granada... —Suplicó, curiosa.

Devon aceptó sonriente. También a él le apetecía una tregua.

Aburrida de dar vueltas en la cama, enredándose con las sábanas, decidió bajar en busca de un libro que le aliviara el insomnio. No se molestó en ponerse una bata ni en recogerse el alborotado cabello que le caía en ondas sobre la espalda. Tampoco calzó zapatillas para no hacer ruido, segura de que estaría de vuelta en breves minutos. Pero no contaba con el inesperado encuentro de la biblioteca.

Devon Hunt estaba tumbado en el sofá cuán largo era, mirando el vacío mientras vaciaba una copa de brandy.

Fue el destello del cristal lo que atrajo la atención de Axel.

—¿Qué haces a oscuras? ¡Me has dado un susto de muerte! —El grito contenido se cargó de ira al ser consciente de su propio aspecto captando el desaliño de él.

—Tengo la luz de la chimenea, no necesito más —la voz masculina sonó desabrida, ligeramente embriagada. —¿Y tú, que haces paseándote medio desnuda por la casa a estas horas?

—No suelo encontrar a nadie —admitió molesta —Me olvidé de que estabas aquí.

Él sonrió con desdén, volviendo la atención a su copa.

—Por mí no te preocupes. Haz lo que tengas que hacer.

Axel retrocedió unos pasos, vulnerable ante su sarcasmo.

—Volveré mañana.

—Estás en tu casa...

Fue la amarga ironía de sus palabras lo que hizo que recuperara su peculiar malhumor frente a él.

—También tienes razón —regresó a la estantería y curioseó unos cuantos volúmenes sin importarle que el fuego transparentara su liviano camisón de seda.

La voz del hombre, matizada por la bebida, le llegó desde la penumbra.

—Yo tengo motivos para aborrecerte, Axel; pero tú... ¿Porque eres siempre tan desdeñosa conmigo?

—¿Qué tienes motivos para qué? —Olvidándose de los libros se revolvió iracunda - ¿Podrías explicarme en qué puede mi humilde persona molestar al señor vizconde? Te has pasado la mayor parte de mi vida llamándome bastarda y lindezas parecidas ¿Dónde están los motivos para tenerte cariño?

—No los tienes —admitió —Pero tampoco para odiarme.

Se había incorporado poniendo las dos piernas en el suelo y sosteniéndole la mirada.

A pesar de la penumbra, Axel pudo percibir que era gélida, pero no le importó. Se le enfrentó con los ojos brillantes y el porte erguido, despreocupada ante lo escaso de sus ropas o lo inadecuado de hallarse a solas con un hombre, por muy “familia” suya que fuera, a altas horas de la madrugada. Sabía que si alguien del servicio les descubriera, su reputación no saldría bien parada; sin embargo no se amilanó. Su voz resonó tan hiriente como pretendía.

—Discúlpame que disienta. En todo caso, si no te soporto no es por cómo actúas conmigo, lo cual me es indiferente —matizó mordaz —sino por cómo ignoras a tu madre. ¡Tres meses lleva esperándote! Y ahora le sales con que estuviste enfermo... ¡Hay que idolatrarte como lo hace ella para creerte! Pero claro, seguramente estabas ansioso por reunirte con tus amigos y tus queridas de Londres...

El vizconde se le había acercado como un león sigiloso, con los ojos entrecerrados y los puños apretados en los costados.

—¡Maldito si tengo que justificarme con una mocosa entrometida como tú! Eres peor que una pulga sarnosa...

El sonoro bofetón de Axel frenó en seco su diatriba. Increídulo, se llevó la mano a la mejilla y la contempló con rabia.

—¿Pero quién te has creído que eres para...?

Cegado por la cólera, asió sus brazos desnudos y la atrajo hasta su cuerpo, tirando sin miramientos de ella.

—¡Suéltame!

La voz de Axel, no por contenida, cargaba menos inquina.

—¡Será si quiero! —Rugió antes de que un rodillazo en sus partes lo obligara a liberarla, doblado en dos —¡Hija de...!

El insulto se quedó en sus labios mientras la veía refugiarse en el vano de la puerta, resuelta y centelleante como un demonio.

—¡Cuando te digo que me sueltas, me sueltas! —Escuchó en la distancia, los oídos atronándole por el dolor de su ingle —Ya ves que sé defenderme. ¡Serán recuerdos de cuando vivía en las calles!

Axel salió a cabalgar muy temprano y aprovechó para visitar el molino. Quería inspeccionar la reparación de la piedra, consciente de que mucha gente dependía de su buen funcionamiento, y

terminó aceptando la invitación que el molinero le hizo para desayunar con él y su familia en la acogedora mesa que habían dispuesto en el prado. Le encantaba bromear con los chiquillos, intercambiar información sobre alimentos o botánica con Illona, la mujer de Martín, o escuchar los entretenidos relatos del hombre acerca de su trabajo y sobre las vidas de sus antepasados, quienes servían a los Birmingham desde antiguo. Ellos formaban parte de la propiedad y la aceptaban como su señora, aunque nadie en Marion Hill ignoraba su ausencia de linaje. Con el paso de los años, Axel se había ganado su confianza y su respeto. El de todos. Menos el de Devon Hunt.

Demoró su regreso con la esperanza de no encontrarse con el vizconde y tuvo suerte. Después, pretextando dolor de cabeza no apareció en el almuerzo. Pasó la tarde en su habitación, devanándose la mente en cómo podría librarse de bajar al comedor sin preocupar a su tía, porque la sola idea de cruzar sus ojos con los castaños de él le retorció las entrañas. Finalmente, elaboró una excusa corriente, decidida a no arriesgarse.

—Betty, dile a mi tía que no me siento bien. Cosa de mujeres, ya sabes.

Los ojos de la doncella reflejaron su sorpresa al pillarla en una mentira puesto que jamás lo había hecho.

—Pero si no tiene usted...

—Tú díselo —atajó en tono cortante, adoptando una estudiada pose de frialdad que raras veces asumía con el servicio —Después me subes un caldo. No necesitaré nada más hasta mañana. Quiero dormirme pronto.

La doncella se limitó a asentir con un gesto, impresionada por su malhumor. Estaba acostumbrada al carácter amable de su señora pero sabía que, cuando se enfadaba, tampoco admitía réplica.

Logró dormirse cuando ya rallaba el alba pero aun así, Devon continuó acosándola en sus pesadillas. Sus ojos llameaban de desprecio y de su boca salían palabras que le hacían daño, epítetos como *bastarda* y *callejera*. Podía reconocerse en la chiquilla de ropas harapientas y rostro sucio que le plantaba cara pero al final siempre era la risa del vizconde la que resonaba en sus oídos.

Inquieta, con la frente sudorosa y el corazón galopando en el pecho, apartó las sábanas revueltas

de una patada y se sentó en el borde del colchón, buscando una bocanada de aire que entrara en sus pulmones y le serenara el ánimo. Tenía tantas ganas de llorar que su frustración se tornó en ira.

Sin esperar a su doncella se aseó y eligió un vestido para el que no necesitaba ayuda, con lazos en la parte delantera del corpiño, sabiendo que el tono amarillo y las pequeñas flores rosas favorecerían su tez y disimularían sus ojeras. Tras un breve cepillado se dejó el cabello suelto, consciente de su escasa pericia con los moños, y bajó al comedor. El tiempo de arreglarse había calmado su malestar pero supo que la mañana no iría bien en cuanto se topó con él.

Estaba solo, hojeando un periódico mientras desayunaba, ignorando el ir y venir de los criados, aunque levantó sus ojos brevemente al escuchar sus pasos.

Axel ignoró la mueca de desdén que asomó a sus labios y saludó a todos los presentes con una educada inclinación de cabeza.

—Buenos días.

Sin esperar respuesta, se dirigió a su doncella, ignorando la callada recriminación de su mirada por no haberla llamado para ataviarse.

—Buenos días, Betty. Tomaré huevos y café, por favor.

—¿Se siente mejor esta mañana, señorita Axel?

Asintió con una sonrisa sincera ya que apreciaba a la muchacha por su cariñoso carácter y su discreción. Además de que contaban aproximadamente la misma edad, Betty formaba parte del servicio desde hacía unos cuantos años y se adaptaba tanto a las funciones de camarera como a las de doncella personal, lo que había establecido un vínculo de camaradería entre ellas.

—Mucho mejor. Gracias.

—Su tía ya desayunó —informó mientras la servía —Está en el jardín de atrás con...

En un movimiento involuntario perdió la concentración y el café fue a parar a los pantalones del vizconde

—¡Dios mío, señor, disculpe! No sé cómo ha podido pasar... Yo...

Azorada, comenzó a limpiarle el humeante líquido que empapaba la tela pero él la retiró con un

violento empujón mientras su rostro echaba chispas de ira.

—¡Maldita estúpida! ¡Si te dedicaras a hacer tu trabajo en vez de a hablar no serias tan torpe!

¡Estás despedida!

El horror se reflejó en los juveniles rasgos de la muchacha que no sabía dónde mirar en busca de auxilio.

—Pero... Yo no pretendía... ¡Por favor, señor!

Axel intentó mantener la calma pese al altercado. Entendía el enfado de Devon pero no que tratara tan duramente a la doncella.

—Betty, retírate. Yo lo arreglaré.

—¡No hay nada que arreglar! —Mascullo él mientras se secaba la ropa con una servilleta-He dicho que está despedida. Si es una inepta no puede seguir manteniendo su trabajo.

La muchacha abandonó el salón llorando desconsolada, llevándose con ella las buenas intenciones de Axel que fueron sustituidas por una rabia sorda que le nacía de dentro.

—¡Eres un salvaje desconsiderado! Betty lleva en esta casa más de cinco años y es mejor en su trabajo que tú ejerciendo de déspota.

Devon descargó nuevamente en ella su desprecio, masculando entre dientes.

—¡Qué sabrá una zarrapastrosa como tú de lo que es un servicio digno!

La bofetada volvió a cogerle desprevenido.

—¡Márchate a tu casa y déjanos vivir en paz, pedazo de engreído!

Con la rapidez de una centella, Axel desapareció del comedor dejando, una vez más, solo al atónito vizconde.

Devon Hunt no iba a permitirlo. Aquella maldita intrusa le había humillado dos veces en un corto periodo de tiempo y tenía que hacérselo pagar. Aunque ya se había arrepentido de su ataque de ira con la doncella, no se había apagado ni un ápice el rencor que sentía por Axel. La buscó por toda la

casa hasta que el mayordomo le informó de que la señorita estaba en el cenador. Se apresuró a llegar allí a grandes zancadas, rabioso porque pudiera escaparse de nuevo, y no se detuvo ni siquiera ante la evidencia de sus lágrimas pasadas, que habían dejado su nariz y sus mejillas enrojecidas. Tiró de su brazo y la obligó a mirarlo golpeándole la espalda contra la columna.

—¡Me tienes hartos! ¡Estoy tan cansado de ti que te apartaría de mi vida de un plumazo!- la mano con que le atenazaba la barbilla temblaba de pura rabia.

El rostro de Axel se contrajo de dolor aunque estaba tan abatida que no intentó defenderse.

—Lo tienes fácil. Vuelve a Londres —susurró sin ganas de discutir. Se hallaba enfadada consigo misma por ser incapaz de controlar su mal genio.

El aliento de Devon se cruzó con el suyo cuando acercó la cara hasta casi rozarla, el susurro de su voz cargado de veneno.

—Ya salió tu verdadera personalidad, ¿verdad? Eso es lo que quieres, quedarte sola con mi madre y mi tío para seguir mangoneándolos. Crees que eres una Birmingham y solo eres...

—Una recogida, una zarrapastrosa —rugió ella, debatiéndose entre sus brazos —¡Suéltame!

—¡No! Y esta vez no te será tan fácil escapar —la apretó contra el mármol con una mano mientras con la otra la sujetaba entre las piernas.

El contacto fue tan íntimo e inesperado que ambos se miraron, jadeantes.

—¿Cómo te atreves...?

—¡Has estado a punto de lisiarme condenada bruja! ¡Puedo tocarte donde quiera!

No contaba con su fuerza y estuvo a punto de liberarla cuando ella se debatió entre sus brazos pero logró paralizarla presionando más fuerte su sexo. Devon, asombrado sintió un deseo intenso de ser cruel y la aplastó contra su cuerpo besándola tan a fondo que no dejó escuchar su grito.

Axel, rabiosa, logró apartarle con un empujón antes de salir corriendo por segunda vez en la mañana.

Devon volvió a quedarse solo. Aunque en esta ocasión una amplia sonrisa de placer surcó sus labios. Había conseguido vengarse.



A Axel le costó la misma vida que el almuerzo y la cena transcurrieran sin incidentes, pero tras reflexionar largo y tendido, después de haberse desahogado llorando en su habitación, llegó a la conclusión de que no podía estropear la felicidad de su tía dándole quejas sobre su hijo. Sabía que se disgustaría si le contara lo ocurrido porque se vería obligada a posicionarse contra Devon, dada su rectitud, y después de haberlo esperado tantos meses sería un triste final para su visita. Decidió, pues, callar y simulando su mejor sonrisa bajo al comedor.

Participó concisamente de las conversaciones pero su tía lo atribuyó a las molestias por el periodo y no se opuso cuando se despidió sin tomar café con la excusa de una siesta ni cuando expresó su deseo de recogerse temprano esa noche. Se limitó a desearle buenas noches y a continuar la charla con su hermano.

Devon, por el contrario, mantuvo una sonrisa burlona a lo largo del día, y cuando ella pasó por su lado para retirarse de la cena se atrevió a susurrarle un *Cobarde* que prefirió ignorar haber oído.

Unas horas más tarde volvieron a encontrarse. Axel leía un libro que cayó sobre su regazo cuando sus ojos se abrieron desmesuradamente, pasmada por la desfachatez del vizconde, quien se había adentrado en su alcoba sin molestarse en llamar.

Devon, con la mirada impasible, tomó nota, no obstante, de las esbeltas piernas que minutos antes ella usaba de atril y que ahora apenas cubrían las revueltas sábanas. Y del modo en que el camisón de seda dejaba a la vista los brazos y el cuello, adaptándose al cuerpo femenino como una segunda piel. Pero, aunque lo captó todo, continuó imperturbable. Aparentando una calma que en su interior no sentía, arrimó una silla a un lateral de la cama y se acomodó tras quitarse la chaqueta y el corbatín, dejándolo de cualquier modo sobre el respaldo.

Axel, que no sabía si estaba más furiosa por su marcada indiferencia o por el atrevimiento de su

gesto entrecerró los ojos y apretó los puños, controlándose para no saltarle encima.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

El susurro salió de sus labios como el siseo de una víbora y él correspondió con una amplia sonrisa mientras estiraba sus largas piernas.

—No has bajado a la biblioteca... —se demoró con sarcasmo en el montón de mamotretos que reposaban sobre su mesilla —Ya veo que trajiste suficiente suministro para no pisarla en un mes.

Axel retiró el libro que leía, dudando si tirárselo a la cara o ponerse una bata que la ayudara a sentirse menos vulnerable.

—¡Sal inmediatamente! No tienes ningún derecho a invadir mi alcoba.

—Es temprano para irme a la cama y no tengo nadie más a quien recurrir —acentuó su sonrisa arrogante consciente de que la enfurecía —No considero buena idea importunar a las criadas. Hoy no debo ser muy popular entre ellas.

Ignorando el mensaje subyacente, Axel lo retó izando el mentón y modulando bien sus palabras.

—Betty no ha sido despedida. Expliqué lo ocurrido a tu madre y aceptó las disculpas de la muchacha —le satisfizo observar en los ojos castaños un atisbo de ira —Ya ves que aquí no eres nadie para tomar decisiones.

—¿Nadie? —La frialdad de su voz cortó el aire —Por lo que veo no te han explicado quien corre con los gastos de esta casa.

Axel palideció. Por un instante creyó que se estaba marcando un farol para machacar su orgullo pero una sombra de duda le atenazó la garganta.

—¿Qué insinúas?

La mirada del vizconde resultó tan despectiva como su voz.

—Que soy yo quien paga los gastos de Marion Hill.

—¡No es verdad! —El corazón de Axel latió desbocado ante la posibilidad de que no estuviera mintiendo-Orson...

El desdén del vizconde asomó a sus ojos a la par que una sonrisa irónica nacía en su boca.

—El tío Orson es muy bueno con las letras pero una nulidad con los números —anuncio, conciso

—Se arruinó hace muchos años.

Axel sintió que se desgarraba por dentro y aunque se rebeló en su foro interno, supo que él no mentía.

—¿No puede ser! ¿Yo lo sabría!

—¿Y de verdad no lo sabes?

El bochorno se apoderó de sus mejillas. Sentía tanto calor en la cara como si fuera a salir ardiendo mientras un frío intenso se adueñaba de sus miembros.

—¿Saberlo? ¿Pues claro que no! Ni tu madre ni Orson han hablado jamás de ello —abandonó su actitud desafiante para pedirle explicaciones aunque en un tono inseguro, casi medroso —¿Desde cuándo...? ¿Desde cuándo nos mantienes?

Los modales altivos del vizconde se atenuaron ante la visión de las mejillas arreboladas. A pesar de tener sentimientos contrapuestos con Axel acostumbraba a ser justo y aquella mirada profundamente angustiada no podía ser fingida. Ella, verdaderamente no sabía nada. Se encogió de hombros y disimuló lo mal que se sentía por haberse portado como un rufián. Cuando respondió lo hizo usando el tono aburrido que habitualmente se utilizaba en Londres entre la gente de alcurnia, a quienes ningún detalle parecía lo suficientemente importante.

—Desde que heredé el título. Al hacerme cargo de las finanzas familiares descubrí el agujero de Orson y como además de ser mi tío, tenía cobijaba a mi madre, lo consideré apropiado.

La mirada glauca lo taladró, aun rebelde.

—¿Y yo...?

—Formas parte de la casa —confirmó indiferente.

Los puños de Axel apretaron las sabanas, rozando el límite entre la vergüenza y la rabia.

—¿No soy un mueble ni un caballo! Tengo gastos. Alguien debió advertírmelo —replicó,

humillada.

—Eso no es cosa mía. Si no te lo dijeron, sus razones tendrían—contestó desdeñoso.

Axel se hundió un poco más en el colchón sintiendo que el cielo podía desplomarse sobre su cabeza en cualquier momento.

—¿Y bien? ¿Cuáles son las tuyas para decírmelo ahora? ¿Piensas cobrarte de algún modo?

Sus miradas se enfrentaron hasta que Devon se encogió de hombros.

—Te aseguro que no tenía esta conversación en mente cuando llegué. Si mal no recuerdo, la has sacado tú.

En honor a la verdad, ella tuvo que admitir que era cierto. Sin embargo, continuaba furiosa con él.

—¿Y te parece honorable entrar en la habitación de una... mujer sin ser invitado?

El titubeo hizo asomar una mueca sarcástica al atractivo rostro del vizconde.

—Puedes considerarte una dama. Tu educación es excelente. No tengo nada que objetar.

—¡No soy ninguna dama! —masculló Axel con altanería —Aunque tengo mis principios.

—Sí, no lo dudo. Mi madre te ha educado muy bien. Mejor que a mí.

La réplica, cargada de rencor, encendió el de por sí caldeado ánimo de Axel.

—¿Te atreves a hacerle reproches a tu madre? ¿Serás capaz?

—¿Por qué no? —Escupió él sin disimular su encono —Le pareció más interesante dedicar su vida a una huérfana abandonada que a su propio hijo.

Axel se incorporó sobre las almohadas sin molestarse en ocultar cómo la tela se tensaba sobre sus formas aunque tampoco Devon estaba de humor para detenerse en ese detalle.

—¡Eso no es verdad! ¡Eres un ciego arrogante igual que tu padre!

El cuerpo del vizconde se tensó ante la acusación, estirándose tanto sobre ella que le rozó el rostro mientras susurraba con ferocidad una blasfemia.

—¡Maldita zorra! Espero que sepas explicarte.

Axel se apartó, repentinamente abatida. Amaba tanto a su tía adoptiva que el recuerdo de lo

desdichada que había resultado su vida le provocaba un dolor intenso. Y consideró justo que también él estuviera enterado.

—Tu madre te cuidó hasta que cumpliste dieciocho años. No puedes reprocharle nada.

—¡Claro que puedo! —Devon había vuelto a su posición en la silla pero mantenía el gesto beligerante —¿Se supone que por heredar un título ya no la necesitaba?

—¡No, no la necesitabas! —Replicó con frialdad —andabas todo el tiempo con tu padre, no con ella.

Devon la contempló como si desvariara.

—¿Y eso qué? ¡Su lugar estaba a nuestro lado!

—¿A vuestro lado? —Los elegantes dedos volvieron a crispase sobre las sabanas —¡No tienes idea de lo que tu madre ha sufrido en Londres!

Por un breve instante el desconcierto asomó a las facciones masculinas pero enseguida volvieron a cubrirse con una coraza de frialdad.

—¿Tan insoportable era su vida? Pareces saber sobre mi madre más que yo ...

—Quizá deberías preguntarte por qué no te has ganado su confianza hasta el punto de que te hiciera esas confidencias —barbotó irónica.

Devon se incorporó de golpe y la zarandeó sin miramientos. Con todo, Axel no se permitió mostrar miedo, manteniendo el reto en su mirada.

—¡Nunca me dio una oportunidad!

Axel vislumbró la vulnerabilidad que se escondía tras su enfado y la sorpresa de saberlo herido le hizo bajar la guardia.

—Tienes razón, disculpa. Tal vez... Tal vez te parezcas demasiado a él. Y después de todo, eres su hijo. Es comprensible que no se sincerara contigo.

Devon mantuvo el contacto un instante. Luego se apartó y se atusó los cabellos, desesperado, necesitado de aclarar aquello.

—Y bien ¿Por qué su vida en Londres era tan desdichada?

—Por tu padre. Por sus infidelidades.

Se miraron intensamente. La mente de él procesaba lo oído, negándose a admitirlo.

—Cualquier mujer puede con eso —replicó, perplejo—Mira para otro lado y ya está.

La ira retornó a los ojos verdes.

—¿Eso crees? Podría haberlo hecho de no sentir nada por él, pero tu madre se casó enamorada. Y

sigue estándolo —bajó aún más la voz para subrayar la información —Por desgracia, tu madre sigue amando a tu padre.

El dio un paso atrás, como atravesado por un rayo.

—Y mi padre... ¿Lo sabe?

Ella se encogió de hombros, despectiva.

—¿Qué más da? Nunca le importó. Es evidente.

Devon se revolvió furioso. Que aquella mocosa se atreviera a juzgar a su padre le parecía el colmo de la arrogancia.

—¿Qué sabrás tú de eso!

—¿Crees que de importarle hubiera mantenido una amante tras otra desde su boda? Mientras te engendraba, crecías y te convertías en vizconde, esas mujeres han superado la quincena —repitió tan airada como él —¿Te parece posible que sienta algo por tu madre?

Devon se dejó caer en la silla, abatido.

—No lo sé. Es propio tener amantes entre los hombres de nuestra condición.

—Ser unos malditos egoístas, eso es propio de los aristócratas —De repente recordó lo que había descubierto esa noche y suspiró, avergonzada —Lo siento, no tengo ningún derecho a hablarte así. No después de lo que me has contado.

El silencio se impuso entre ambos hasta que él lo rompió. Todo en su persona indicaba lo dolido que estaba por lo que acababa de saber. Y se lo demostró, dejándole ver un Devon vulnerable que

ella desconocía.

—Al contrario, Axel. Es gratificante que alguien te diga la verdad a la cara. Aunque no sea agradable.

Se contemplaron largamente, calibrando el uno los pensamientos del otro. Fue Axel quien retomó la conversación en un punto distinto.

—Yo... No sé cómo corresponder a lo que has hecho por mí. He gastado en ropas y caprichos sin saber...

—Ya te he dicho que formas partes de esta casa.

—¡No quiero ser eso! —Le ofendía la sola idea de que él la mantuviera.

—¿Qué prefieres entonces, salir huyendo? —Alegó fríamente —Considéralo un pago por hacer feliz a mi madre y a mi tío —Bajó la voz un poco más – A fin de cuentas eres la hija que ambos hubieran querido tener.

—Pero no soy tu hermana...

Por primera vez en la noche un asomo de risa asomó a la mirada castaña.

—¡No, desde luego que no! Y menos ahora, que te has vuelto tan ... *interesante*

Un destello de ira brilló en los ojos claros aunque logro que la voz le saliera serena.

—Me gustaría que te fueras. Debo pensar en lo que hemos hablado. Y tomar decisiones.

Devon se puso en pie, recogiendo su chaqueta sin llegar a ponérsela. En todo el tiempo no apartó los ojos de ella.

—No hay decisiones que tomar. Esta charla nunca ha tenido lugar ¡Imagina lo que diría mi madre de saberme en tu alcoba! ¡O el tío Orson...! ¡Hasta es posible que me retara en duelo para resarcir tu honor!

Lo amenazó con la almohada aunque ya no estaba enfadada.

—No digas estupideces y vete.

—Lo digo en serio, Axel —mientras abría la puerta, ella captó el poso de amargura reflejado en

sus facciones —No hay duda de que te quieren más que a mí, buenas noches.

Tras las desalentadoras palabras, el vizconde desapareció con el mismo sigilo con el que había llegado.

A la mañana siguiente, después de una larga cabalgada, Axel cepilló a *Luna* y subió a sus aposentos para cambiarse. Lucía un cerco oscuro bajo sus ojos por la vigilia nocturna y le carcomía la angustia de preocupar a su tía. Orson no le inquietaba ya que andaba siempre tan enfrascado en sus asuntos que no la vería más allá de la silueta. Sin embargo, Elena Birmingham lo notaría.

Había montado su yegua más tiempo del habitual, esperando que el viento borrara la zozobra y las lágrimas y que el sol pusiera algo de color en sus mejillas pero había sido inútil. Se sentía tan gris como un día de invierno.

Vistió el primer traje que encontró, un modelo de muselina de suaves tonos rosas, y con el pelo sujeto en un sencillo recogido, bajó al comedor para enfrentarse a “su familia”.

Elena desayunaba animadamente en compañía de su hijo y ella la besó con toda la naturalidad que pudo antes de ocupar su sitio en la mesa.

Elena resplandeció al saludarla, radiante la mirada y la entonación cariñosa.

—Buenos días, cielo. Devon y yo hablábamos de ti.

Ella interrogó con un gesto al vizconde, el cual, en respuesta se encogió de hombros. Si anteriormente le había parecido arrogante, ahora que lo reconocía como el verdadero dueño de la casa, sentía dolor de estómago sólo con verlo.

—Y bien, ¿No te interesa saber de qué hablábamos? —Se sorprendió la dama.

—Claro que sí, tía —mintió, sirviéndose una pequeña porción de huevos de la bandeja que Martha le ofrecía. No había ni rastro de Betty pero no se atrevió a preguntar —Cuénteme.

—Le decía a Devon que cumpliste dieciocho años en primavera y que sería oportuno presentarte en sociedad.

La sorpresa casi consiguió que derramara el té sobre su falda. De un respingo apartó la taza y el



plato y se les enfrentó, dejándose llevar por el enfado.

—¿Qué? ¡Yo no quiero ser presentada en sociedad! ¡De ninguna manera!

Con un ligero ademán, Elena indicó a los criados que se marcharan y sólo intervino cuando la puerta se cerró tras ellos. Lo hizo con voz calmada y el ceño fruncido, advirtiendo de paso el macilento rostro de su pupila.

—No estás siendo razonable, Axel. En algún momento querrás aparecer en Londres y...

—¡A mí no se me ha perdido nada en Londres, tía Elena! No quiero ser presentada ni...

—recurrió a Devon en busca de ayuda —¿Sería un gasto superfluo que no necesitamos!

—El gasto no es un problema —aseguró él con una mirada de advertencia, fría como el acero.

—¡Por supuesto que no! —Insistió la dama, escandalizada de que Axel mencionara ese detalle

—Pertenece a nuestra familia.

Axel se puso en pie, dejando la servilleta a un lado. Le temblaban las manos.

—Todos sabemos quién soy tía Elena. Podemos fingir no recordar mi procedencia pero mi pasado es indeleble. Ni soy una dama ni pretendo aparentarlo. Por favor, disculpadme.

Abandonó la estancia con paso firme, sintiendo una congoja tan honda que estaba segura de que estallaría en lágrimas si percibía la menor señal de conmiseración.

Lloró sobre su lecho hasta quedar exhausta pero cuando se sobrepuso volvió a ser la mujer decidida de siempre. Tenía claro que si faltaba al almuerzo preocuparía a sus benefactores así que se lavó la cara con abundante agua fría y bajó a la biblioteca, donde esperaba encontrar al vizconde.

No se equivocó. Devon se hallaba ante la mesa de trabajo, consultando unos papeles que dejó a un lado en cuanto ella entró. Su ceño se frunció con un gesto muy cercano a la preocupación al percibir el enrojecimiento de su cutis.

—¿Has estado llorando?

Acostumbrada a su ironía, a Axel le sorprendió percibir un matiz de ternura pero no quiso

detenerse a pensarlo. Había acudido a él con una idea concreta y tenía que transmitirla antes de que sus cimientos siguieran tambaleándose. Tomó asiento con la espalda bien recta y le habló con humildad.

—Necesito que hablemos.

Él asintió, sereno, y dando un rodeo se acomodó en un sillón junto a ella.

Los rayos de sol entraban por los ventanales y durante un segundo Axel se distrajo descubriendo el brillo de sus cabellos, de un ligero castaño claro. Aunque normalmente no lo miraba como a un hombre, tuvo que reconocer que su porte era muy atractivo. Las mangas arremangadas de su camisa dejaban ver unos antebrazos fuertes y morenos, poco habituales en caballeros de su posición, y sus largas piernas, enfundadas en franela oscura, se marcaban bajo la tela. No cabía duda de que sus viajes por el extranjero lo habían convertido en una persona muy peculiar. Su rostro resultaba agraciado, con rasgos aristocráticos, y era dueño de unos ojos profundos y una boca muy sensual.

—¿Y bien?

Una sonrisa burlona asomó a la boca que observaba, aunque Devon parecía al mismo tiempo sorprendido sintiéndose objeto de su escrutinio.

Axel se ruborizó, por los pensamientos impropios que acababan de asaltarle y por haber sido pillada en falta, pero echó mano de su orgullo y se enfrentó a él con determinación.

—Necesito que me apoyes frente a tu madre. No puedo ser presentada en Londres.

La mirada que el vizconde le devolvió fue seria.

—No entiendo a qué viene tanta preocupación... Si es por los gastos, no te preocupes; te aseguro que no mermarían ni un ápice mi economía.

Axel se adelantó, decidida en sus ademanes y dispuesta a salirse con la suya. Nunca había estado más convencida de tener razón.

—¡Pero es que yo no quiero hacerlo! No soportaría verme en boca de toda esa gente... ¡No quiero ni imaginar lo que dirían de mí...! Ser la ahijada de tu tío no me libraría de su maledicencia.

Devon admitió en su fuero interno que llevaba razón; no obstante, se sintió obligado a rebatirla.

—Nadie se atrevería a criticar abiertamente a una Birmingham. Respondo de ello. Y te garantizo que yo sería garante de tu tranquilidad.

—¿Qué tranquilidad? —Bufó Axel con desprecio —¡No sé moverme en sociedad! Conozco todas las normas, podría recitar de memoria el libro de las buenas maneras pero no tengo sutileza ni maña para la ironía. Nadie mejor que tú lo sabe. Soy franca aunque me cueste un dolor de cabeza.

El vizconde rio con espontaneidad, sumamente de acuerdo, logrando de paso que Axel se relajara.

—En serio, Devon. Esa idea es una locura. Ayúdame con tu madre.

Él pareció pensarlo.

—Puedo intentarlo, pero tarde o temprano necesitarás un marido.

—¿Para qué? No voy a casarme nunca —La mirada sorprendida del hombre la llevó a explicarse atropelladamente —No quiero decir que vayas a tener que mantenerme toda la vida... Ya he pensado en ello.

—¿Ah, sí? —sus ojos entrecerrados brillaron con burla pero ella no lo percibió a causa de los nervios —Estoy expectante.

—Pretendo solicitar un puesto de profesora en la *Academia de la Señorita Hilton*. Aún no sé si les interesaré pero mi antigua tutora trabaja en ella y he pensado que tal vez pueda darme su apoyo. Nuestra relación por carta es fluida. Si le escribo hoy mismo...

—No

—¿No qué?

Le sorprendió verlo incorporarse del sillón y arrodillarse a su lado pero quedó aún más apabullada cuando le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo de frente.

—No vas a trabajar en ninguna parte. Eres una Birmingham.

—¡No es verdad!

La réplica del vizconde fue firme, igual que el brillo acerado de sus ojos.

—Sí lo es. Para bien o para mal, el tío Orson te adoptó.

—Es cierto, pero...

—No hay más que hablar.

Por un segundo se mantuvo presa de sus pupilas aunque inmediatamente salió a relucir el genio que la caracterizaba.

—¡Y un cuerno! No eres quién para decidir mi futuro. ¡No quiero casarme y no vas a mantenerme siempre!

Un rictus divertido cruzó los sensuales labios con una sonrisa que también se reflejó en sus ojos.

—Eso es lo que no puedes soportar ¿verdad? Que yo te mantenga.

Ella se mordió los labios tratando de desviar vista.

—Sí, es verdad —admitió sincera.

Devon se puso en pie sin dejar de sonreír, dominando sus ganas de tomarle el pelo.

—Me temo que tendrás que doblegar tu orgullo —replicó calmoso. —Asumo que no voy a mantenerte toda la vida ¡Búscate un marido! Si no quieres un aristócrata, échale un vistazo a la nobleza rural. Seguro que los terratenientes de los alrededores estarían encantados de rendirse a tus pies. Yo no tengo prisa. Puedes esperar a enamorarte, si quieres —ella se sobrecogió, sorprendida de que hubiera adivinado su deseo —Pero no saldrás de Marion Hill si no es casada.

Dando por zanjado el asunto, regresó a su lugar tras la mesa, dispuesto a inspeccionar más papeles. Pero no contó con la reacción de Axel, erguida como una diosa frente a él, con el cabello flamígero despeinado y los ojos verdes desprendiendo fuego.

—¡No me casaré! No permitiré que ningún hombre me trate como tu padre lo hizo con tu madre.

¡No necesito a un hombre para nada! —Rezongó, irritada.

Devon se detuvo a contemplarla como antes lo había hecho ella. Se dijo que era una auténtica beldad, con ese pelo tan sedoso y la mirada más verde que un prado irlandés. Además, su cintura

esbelta y sus generosos senos la convertían en una mujercita muy deseable pese a contar con un carácter arisco e independiente. Culpa del consentido trato que le había dado su tío Orson, no cabía duda. Pero, pese a todo, no habría hombre sensato que no se parase a admirarla aún en medio de un nutrido grupo de debutantes. La tentación de provocarla ganó a su sentido del deber.

—¿Piensas que un hombre sólo da quebraderos de cabeza, Axel? ¿No se te ha pasado por la cabeza que si mi madre quiere tanto a mi padre es porque en algún momento fue feliz con él?

—Replicó burlón.

La dejó sin palabras, solo por un minuto.

—Dudo que lo que un hombre ofrece merezca tanto la pena.

Un asomo de risa brotó de los labios masculinos mientras una idea se hacía eco en su cabeza.

Con parsimonia rodeó la mesa y atrapó a Axel contra ella, acercándola con sus brazos.

—No tienes ni idea de lo que un hombre puede ofrecerte ¿No es cierto?

Ella le sostuvo la mirada, impertérrita.

—No me intere....

Antes de que pudiera acabar, los labios de Devon cayeron sobre los suyos atrapándola en un torbellino de sensaciones que hizo tambalear sus piernas y tuviera que sujetarse a sus sólidos hombros para no caer. Ante su gesto él gruñó con satisfacción, estrechándola con ademán posesivo y obligándola a abrir la boca para profundizar el beso, enlazando sus lenguas con una pasión que convirtió su mirada en un azul turbio cuando logró apartarse. El rostro de Axel, por otro lado, no podía estar más encendido.

—¿Y bien, qué has sentido?

Estaban aún muy juntos. Y aunque Axel se sentía mortificada tras seguirle el arrebató, también estaba conmocionada por el cúmulo de sensaciones que había experimentado. Agradeció que el susurro masculino sonara tan cálido y se obligó a ser sincera.

—Cosquillas.

La risa masculina no sonó pretenciosa sino alegre, dejándola sin aliento.

—¿Dónde? —Musitó él, pegado a su oreja.

—Por todo el cuerpo —admitió, notando como el calor la invadía de nuevo.

Devon se obligó a apartarse, fue hasta la puerta y agarró el picaporte para abrirla, ofreciéndole una salida.

—No es mal síntoma. Piensa sobre ello. Ya ves que no resulta tan desagradable lo que un hombre puede ofrecerte.

Axel le mantuvo la mirada brevemente y luego escapó en silencio. Odiaba darle la razón.

El encuentro durante el almuerzo transcurrió silencioso. La mirada de Elena reflejaba tristeza y Axel no se atrevió a sostenérsela. Devon mantuvo una charla breve con su tío sobre la necesidad de visitar a los arrendatarios pero tras la cesión de los deberes por parte del anciano, nadie más abrió la boca. Tomaban ya el café cuando el vizconde de Dermont tomó la palabra tras despedir a las doncellas.

—Madre, tío, he pensado que deberíamos celebrar una fiesta la próxima semana. Serviría para dar a conocer a Axel a nuestros vecinos de manera formal —atajó la inminente interrupción de su tío —Y de paso, celebrar su pasado cumpleaños.

—Axel no es amiga de fiestas —se resistió Orson —Pero si ella está de acuerdo...

La mirada de Elena se clavó en la de su hijo, intentando adivinar qué intenciones escondía aunque él no se lo puso fácil. Tampoco Axel favoreció su comprensión, limitándose a alzarse de hombros.

—Lo que tú dispongas, Devon.

—¿A ti te hace ilusión? —Indagó la dama, sumamente perpleja.

—La fiesta, sí. Pero dejemos a un lado mi cumpleaños —pese a su voz firme, él notó que le temblaban las manos — Ya pasó y no deseo obligar a nadie a acudir con regalos. Usemos mejor como excusa tu presencia en la casa.

Devon asintió, consciente de cuánto le costaba dar el paso.

—Sea. ¿Os encargareis mamá y tú de cursar las invitaciones? El próximo sábado estará bien.

-—¿Por qué tanta prisa?

El enojo asomó a su rostro sin disimulo. Si ya le costaba la misma vida ser el centro de atención, tener que montar un simulacro de presentación a corto plazo la sublevaba. De no haber venido Devon, ella hubiera seguido manteniendo su tranquila existencia rural y no se sentiría forzada a hallar un marido del que pasaría a depender para no ser una carga del vizconde.

Éste, como si pudiera leerle el pensamiento, mantuvo la calma mientras exponía sus razones.

—Dentro de dos semanas viajaré a Escocia, para celebrar el aniversario de un buen amigo. Y si yo soy la excusa para esta fiesta, —se permitió mostrarse burlón— creo que debería estar presente.

Elena Birmingham asintió decidida. No sabía qué motivos tenían aquellos dos para organizar el festejo pero como estaba plenamente de acuerdo con él, esperaría pacientemente a saborear sus frutos.

—Nos pondremos hoy mismo manos a la obra —aseguró encantada.

Orson, remiso a cualquier acto social, bufó por lo bajo. Lo que menos le apetecía era verse en la vorágine de una puesta a punto de la casa y que les invadiera un montón de extraños en lo que se le harían interminables horas, pero lo aceptaría por el bien de Axel. Nada que tuviera que ver con aquella chiquilla le era indiferente ya que la amaba como si de su propia hija se tratara. Con resignación, abordó a su sobrino con el otro asunto que le preocupaba.

—Supongo que visitarás a los arrendatarios antes de irte...

Devon asintió, benevolente. No estaba acostumbrado a cumplir con sus obligaciones de señor en aquella casa puesto que la consideraba de su tío por más que él la mantuviera, pero comprendía que llevar adecuadamente la administración de una Hacienda consistía en algo más que vivir en ella y que debía aprender a tratar con administradores y granjeros para que la propiedad no volviera a verse en la ruina.

—Sí, tío Orson; lo haré. Y puesto que es Axel quien en realidad conoce a todo el mundo, pienso

que debería acompañarme.

El interpelado asintió, incorporándose con más presteza de la habitual, claramente interesado en retornar a sus asuntos.

—¡Excelente idea! —Acarició la mejilla de su ahijada con ternura al pasar por su lado

—El aire libre te sentará bien. Estás un poco cenicienta, pequeña. Tanta lectura puede que no favorezca...

—¡Quién fue a hablar! —Refunfuñó su hermana —¡El que se deja la vista en los libros cada día...! —Se volvió a su hijo con un tono por completo diferente-Devon, querido, déjanos solas. Necesito tratar unas cuestiones con Axel.

El vizconde no se dejó engañar por la voz melosa de su madre pero tampoco podía contradecirla así que, se limitó a obedecer, no sin antes enviar una señal de advertencia a la joven, que se mantenía con las manos en el regazo y la espalda muy recta.

Cuando la puerta se cerró tras él y ambas mujeres quedaron solas, Elena Birmingham tomó una de aquellas estilizadas manos y la entrelazó con la suya, evidenciando cuánto amaba a la muchacha que tenía enfrente.

—¿Hay algo que quieras contarme, Axel?

—En absoluto, tía... —Su mirada se encontró con los iris castaños de su madrina y su gesto más severo de lo corriente y comprendió que no podía mentirle —¡De acuerdo, sí lo hay! Le supliqué a Devon que me ayudara porque no quiero ir a Londres. Sé que no pertenezco a la aristocracia por más que ostente vuestro apellido; es más, lo último que desearía es dejarlo en evidencia. Y ocurriría. No podría soportar saberme escudriñada por las debutantes y sus madres, que estarían pendientes del menor de mis deslices para convertirme en la comidilla de la temporada... O tener que aparentar ante los caballeros que soy alguien con quien no me identifico... —Se llevó la mano que sujetaba la suya a los labios y la besó —¡Te lo ruego, tía Elena! No me obligues a hacerlo en compensación por lo



mucho que te debo... Entiendo tus buenas intenciones; pero créeme, yo jamás podría alternar con condes y duques como si tal cosa... Soy una plebeya —Sonrió al borde de las lágrimas, con una sonrisa anhelante —Muy cultivada, pero una plebeya.

Elena contuvo las ganas de llorar, comprendiendo que la muchacha tenía asentada la cabeza y conocía del mundo más de lo que nadie le había enseñado, aunque apenas hubiera salido de la propiedad.

—Entiendo... ¿Y qué tramáis mi hijo y tú, entonces?

—A él se le ocurrió que quizá podría encontrar marido entre nuestros vecinos; alguien instruido o de la nobleza rural. Yo solucionaría mi futuro y el apellido no saldría desprestigiado...

—¿Y el amor? —Su voz tembló, embargada de tristeza por lo que estaban tratando, como si los sentimientos no contaran y la joven fuera un mueble que se hubiera de recolocar en cualquier sitio —Siempre has asegurado que no te casarías sin estar enamorada...

La voz de Axel se mostró firme aunque sus ojos sólo transmitían tristeza.

—Y continuo anhelándolo, tía. Pero ¿quién dice que no puedo enamorarme de algún invitado al evento? Vamos a extender las invitaciones a todas las familias importantes de los alrededores. Yo sólo me he relacionado con el vicario y el médico... Seguramente los terratenientes vecinos tendrán hijos de mi edad - Para sellar su tranquilidad la besó en la mejilla —Si no conozco a nadie interesante sólo habrá sido una fiesta.

Elena la estrechó entre sus brazos con la calidez de una madre.

—Se hará como tú quieras; pero ten por seguro que podrías aspirar a un noble... —Retuvo el joven rostro frente al suyo, admirando sus matices —No alcanzas a ver lo preciosa que eres, Axel. No sólo por dentro, que es algo que en Londres no tendrían en cuenta, sino por fuera. Tu cutis, tus ojos verdes, tu boca... Los libertinos se matarían por robarte un beso —sonrió nostálgica —Créeme que serás el furor de la temporada.

Axel volvió a besarla, agradecida pero sintiendo la tristeza que aplastaba su pecho con mayor ahínco.

—Seamos realistas, tía Elena. Puede que algún noble me quisiera en su cama pero jamás portando su título. Las habladurías correrían como el agua acerca de mi origen y eso nos haría desgraciados a todos. Quedémonos con lo que puede ser.

Elena hubo de ceder. A fin de cuentas, ella era la menos apropiada para defender un matrimonio entre la nobleza. El suyo no podía haber sido más desgraciado. Con todo, imaginaba que no todos los hombres serían como su esposo. Controlando un suspiro, acarició la mejilla de Axel y asintió con desaliento.

—Esperemos acontecimientos, pues. Y pongámonos en marcha; aunque tengo dotes sobradas para ejercer de anfitriona, hace mucho que no se celebra una fiesta en Marion Hill y tenemos un ingente trabajo por delante.

Axel esbozó una sonrisa radiante. La perspectiva de trabajar siempre animaba su espíritu y la posibilidad de ver a su tía en acción constituía un motivo más de alegría porque apreciaba cada detalle que aprendía de ella. La consideraba la mujer más correcta de Inglaterra y para una pobre niña de la calle era motivo de orgullo tenerla de maestra en la faceta que fuera.

Hasta el sábado siguiente no hubo paz en la casa. Un vendaval de mujeres llegó del pueblo para limpiar a fondo la mansión; se compraron víveres para alimentar a un regimiento; las modistas cosieron vestimentas de los anfitriones y nuevos uniformes para los criados...

El ir y venir de la gente fue tan agotador que el vizconde suspiro de alivio la mañana en la que Axel fue a buscarlo para la prometida visita a los arrendatarios.

Si habitualmente iba vestida con discreción, aquel día podría haber pasado por una doncella en su día de fiesta. Llevaba un vestido de algodón de corte sencillo, de un color lila que le sentaba muy bien, y recogía su sedosa melena en un moño bajo con el que aparentaba más edad.

Durante el trayecto se mostró sumida en un tranquilo silencio aunque al llegar a la primera granja se transformó con una acogedora sonrisa. Lo presentó como “*el señorito Devon, el hijo de la*

*señora*” y se interesó vivamente por la marcha de los cultivos y los animales, haciendo recomendaciones o agradeciendo las informaciones con elocuentes gestos de asentimiento. Antes de irse entregaron un presente que Orson Birmingham les enviaba en forma de cesta de comida y algo de ropa.

El patrón de las visitas fue el mismo en cada granja que pisaron, excepto en aquéllas donde había niños, en las que Axel se detenía además a jugar un rato y su risa se perdía entre los campos junto con las infantiles, asombrando a Devon Hunt por la confianza que la muchacha mostraba con los aparceros.

Lo mismo ocurrió en la aldea, donde los niños corrieron al divisar el faetón al grito de “¡*señorita Axel!*” aunque se detuvieron en seco al reconocer a un extraño. Ella, sin amilanarse, les llamó por su nombre y les entregó caramelos, asegurándoles que otro día les atendería más despacio.

Almorzaron con el párroco en su casa, un lugar cómodo y discreto, adosado a la iglesia. Y Devon volvió a maravillarse con la pericia de la muchacha cuando logró que el hombre, de carácter afable pero estricto, prometiera aceptar a su servicio a una madre soltera, a la que todos daban de lado a cambio de una donación para la escuela de niños campesinos.

Después tomaron el té con una joven que hacía las tareas de maestra y visitaron las limitadas dependencias donde los pequeños de los alrededores aprendían a leer y escribir. A Devon le sobresaltó que, con tan pocos medios, se lograra tanto y prometió abastecer de material y muebles el local sintiéndose íntimamente feliz ante la exultante alegría de la maestra y la sonrisa agradecida de Axel.

El regreso a la mansión lo realizaron al anochecer y para entonces, el vizconde conversaba con ella sobre las familias que había conocido y las circunstancias de cada una con absoluta naturalidad.

Cuando él la felicitó por su labor, ella se limitó a encogerse de hombros, muy seria.

—A menudo me pregunto cómo hubiera sido mi vida si tu tío y tu madre no se hubieran hecho cargo de mí, y soy consciente de que tuve muchísima suerte. Otra gente no la tiene.

El vizconde caviló largamente aquella noche al respecto. Había sentido tantos celos de la

muchacha que en ningún momento se le ocurrió que podría ser mucho más que una entrometida malcriada.

A partir de ese momento comenzó a mirarla de otro modo. Se había granjeado su respeto.

Axel se contempló detenidamente delante del espejo. Lucía un vestido de color marfil con escote cuadrado, demasiado profundo para su gusto aunque la modista insistió en que así se llevaba en la capital, y cintura diminuta por efecto del ajustado corsé. El cabello cobrizo lo recogía en un moño alto del que escapaban mechones ensortijados a ambos lados del rostro, un tanto pálido. Se pellizcó las mejillas y se puso brillo en los labios. No pensaba ceder en cuanto al colorete por mucho que Betty y Martha se empeñaran en ello.

Ambas chicas, a su espalda una vez que dieron por terminado su trabajo, se mostraron embelesadas.

—Está usted preciosa, señorita —aseguró Betty.

—Preciosa —confirmó la otra.

Axel nerviosa, eludió las alabanzas.

—¿Tía Elena ya está preparada?

—Hace un rato —asintió Martha. —Bajó para supervisar los últimos detalles. También ella está muy guapa. ¡Debió ser una mujer bellísima de joven!

—Y el señor esta... espectacular ¡Qué bien le sienta el traje de gala! —Suspiró Betty, olvidada ya de sus malos momentos con él —¡Es tan guapo!

Axel frunció el ceño, cansada de oír tonterías. Se puso en el cuello unas gotas del perfume que Devon le había traído de París y salió con decisión de su alcoba, justo a tiempo para cruzarse con él.

—¡Vaya! —La aprobación fue absoluta en los ojos castaños —¡Estás radiante! Mi madre me envía a buscarte

—Pues vamos.

Le ofreció el brazo, embutido en guante largo, disimulando su placer ante el comentario.

—Y hueles...

—Sí —acortó avergonzada —Pensé que sería una buena ocasión

—Inmejorable —susurró él, poniéndola más nerviosa —Pisa fuerte. Esta noche, ninguna mujer podrá hacerte sombra.

Habían llegado al salón y Devon, tras besarle los dedos con una cálida sonrisa, la dejó junto a la anfitriona.

Se sentía ligeramente mareada porque había tomado dos copas de vino con la cena y varios ponches durante el baile, decidida a no desairar a sus admiradores. Devon no se había equivocado. Todos los hombres en edad casadera la acorralaron nada más hacer su aparición en el salón, e incluso los casados le solicitaron bailes.

Como le dolían los pies no se opuso a sentarse en un banco de la terraza con Thomas Lacy, el hijo de un terrateniente vecino. Era un joven de su misma edad, con encantadora sonrisa y luminosos ojos azules. Sabía que estaba estudiando Leyes y la conversación mantenida durante el baile no fue insustancial así que, decidió que tal vez no fuera un mal candidato y optó por consentirlo cuando la boca de él se aproximó a la suya, tanteando la posibilidad de robarle un beso, sintiendo la apremiante necesidad de saber si sentiría igual que con Devon.

En ello estaba cuando escuchó su voz.

—Ejem... ¿Se está sobrepasando este caballero contigo, prima Axel?

El muchacho dio un respingo, rojo como la grana; levantándose del banco a toda prisa.

—En absoluto, señor. Le garantizo que...

La actitud de Devon fue indolente, como si le estuviera perdonando la vida.

—Está bien. Desaparezca y haré como que no lo he visto.

—Sí, señor. Claro, señor. Mi lady ...

Lacy escapó con una reverencia dejándola frustrada.

—¿Por qué has tenido que intervenir?

El vizconde tomó asiento a su lado con una amplia y burlona sonrisa.

—¿Te parece decoroso dejarte besar en el primer encuentro?

—¿Y cómo voy a saber sino si quiero tener otro encuentro con él?

Su sinceridad lo desarmó, haciéndolo reír de nuevo.

—Me temo, *primita*, que te falta mucha escuela en el arte de la seducción.

—¡No lo dudo! ¡Y no me llames *primita*! —Replicó airada —Pero dime ¿Cómo voy a tener experiencia si al primer beso que me dan me interrumpes?

—No es el primero —recordó él, divertido.

—Ya, pero los tuyos no cuentan.

—¿Ah, no? —Entrecerró los ojos, disfrutando del enfrentamiento —Y dime ¿Cómo ha sido la experiencia?

—Hasta el momento, frustrante —admitió —No he sentido cosquillas.

La carcajada de Devon resonó en la terraza, enfadándola.

—¡No tiene ninguna gracia!

—Yo creo que sí.

La voz le salió ronca y Axel no tuvo tiempo de reaccionar cuando él le sujetó la barbilla y depositó un lujurioso beso en su boca. Al apartarse, ella jadeaba.

—¡Maldita sea!

—¿Has vuelto a sentirlas? —Le susurró en los labios.

Axel asintió, confusa, y la mirada castaña rozó la ternura.

—Supongo que es normal; soy un hombre con experiencia. Me temo que Lacy es demasiado imberbe —Se quedó pensativo un instante y luego la tomó del brazo —¡Vamos a bailar! No me has concedido ni un triste rigodón.

Ella lo siguió, aturdida, y se dejó abrazar en la improvisada pista. Apenas volvió a bailar con nadie; Devon la acaparó todo el rato con bromas y danzas mientras Elena Birmingham los contemplaba con asombro.

—Creí que el baile de anoche era para buscarle pretendientes a Axel.

El seco comentario de su madre detuvo el ademán de Devon de llevarse el tenedor a la boca. Martha le había servido una generosa porción de huevos y riñones para desayunar y después les había dejado solos a un gesto de su señora.

—No te entiendo.

Elena contempló el ceño fruncido de su hijo.

—Me entiendes perfectamente —replicó muy seria—La acaparaste gran parte de la velada.

—Sólo bailé con ella al final, cuando ya se había hecho una idea de lo que tenía para elegir —se defendió molesto.

—Sí, es verdad. Pero a partir de ahí nadie se atrevió a acercarse.

Devon se arrellanó en el respaldo de la silla, entrecerrando los ojos.

—¿Crees que la puse en evidencia?

La mirada de Elena fue peligrosamente cortante durante unos segundos.

—No lo sé. Dímelo tú

El vizconde se revolvió, incómodo ante la actitud materna.

—Madre, si quieres acusarme de algo hazlo abiertamente; pero no insinúes tonterías.

El talante de Elena Birmingham se modificó frente el enfado de su hijo. Quería creer en él de modo incondicional pero conocía de sobra su fama de libertino. Junto a sus amigos formaba parte de un conocido grupo de jueguistas, acostumbrados a tener amantes y relaciones con señoras de distinta índole, y aunque no podía reprochárselo puesto que era el modo habitual de comportarse entre los de su clase, tampoco se sentía orgullosa de semejante comportamiento. Pero una cosa es que se dedicara

a seducir mujeres que nada tenían que perder y otra que lo intentara con Axel. A ella debía considerarla intocable. Porque aunque no fuera su hermana, era una persona honesta y demasiado inocente para afrontar los galanteos de un vizconde.

—Sabes cuánto aprecio a Axel y que sólo deseo lo mejor para ella —musitó entristecida —Si vuestra actitud de anoche da lugar a malentendidos, nadie pedirá su mano ni se atreverá a cortejarla.

—Solo bailamos. Como dos primos —insistió tozudo, ya sin enfado al reconocer la pesadumbre de su madre.

Elena acarició la mano de su hijo que reposaba sobre el mantel. No deseaba mantener aquella conversación pero tampoco podía callarse. Había demasiado en juego.

—Disiento, Devon. Parecíais una pareja. Tú eres un hombre muy atractivo y lo sabes, mientras que ella es sólo una muchacha sin experiencia. Además, Axel nunca te ha importado, no te has interesado jamás por sus sentimientos... Por eso espero que no hayas decidido hacerla objeto de tu atención... Ni para bien ni para mal.

Devon contempló a su madre como si la viera por primera vez, asombrado de que hubiera llegado a tales conclusiones.

—¡Madre, por Dios! ¿Quieres dejar de decir disparates? Hasta hace poco Axel me parecía una mocosa impertinente y molesta. Lo único que ha cambiado en estos días es que he aprendido a respetarla. He descubierto facetas desconocidas en ella —confesó sin titubeos —Sin ir más lejos, la otra mañana me sorprendió su modo de tratar a los arrendatarios. Lo hace con una mezcla de firmeza y suavidad que me dejó perplejo en alguien tan joven. Aunque teniéndote a ti de maestra no debería sorprenderme... —Inicio una sonrisa contempozadora, retomando enseguida el gesto serio —Pero es sólo eso, madre. Un deslumbramiento al descubrir lo equivocado que estaba. Si soy amable con ella es porque deseo resarcirla de los malos ratos que le hice vivir en el pasado. Sólo eso.

Elena suspiró, deseando creerlo, y en un gesto de cariño le besó una mejilla, apretando aún la mano que les unía.

—Gracias, Devon. Te quiero más que a nada en el mundo; pero después de ti, ella es la dueña de



mi afecto. De ti no debo preocuparme porque eres un hombre y sabes cuidarte, pero ella... —la tristeza de sus ojos casi llegó a lágrimas —¡Las mujeres somos muy vulnerables!

Un conato de celos lo cegó brevemente aunque respiró hondo y logró controlarlo.

—No creas que ser hombre resulta tan fácil, madre. A veces, también nosotros necesitamos un hombro donde llorar.

Había perdido el apetito y se puso en pie. Por un lado le incomodaba no haber sido absolutamente sincero en sus apreciaciones, porque si bien era cierto que nunca antes había visto a Axel como a una mujer, lo cierto es que tras el incidente en el cenador, donde la había besado llevado por la rabia, y después en la biblioteca, donde sólo pretendió iniciar un juego, no conseguía dejar de pensar en que también algo se removía en su interior cuando la besaba. La noche anterior había sido una prueba de ello. No recordaba haber disfrutado tanto con una mujer entre sus brazos en un simple baile, ni besándola a la escasa luz del jardín... No comprendía qué le había llevado a interrumpir el beso de Lacy cuando los vio en aquel banco, pero un extraño sentimiento de posesión le hizo rugir y comportarse como un pretendiente. Él, que para nada quería una mujer definitiva en su vida.

Por otro lado, que su madre defendiera a la muchacha como una leona a su cachorro le hacía retornar a los viejos tiempos, cuando los celos le acosaban y sólo podía ver en Axel a una competidora. Entendía que era pueril, demasiado infantil para un hombre de veinticinco años, pero no podía evitarlo. Por eso, besó a su madre en la mejilla y abandonó el comedor, sin darse cuenta siquiera de que su plato permanecía intacto.

Elena Birmingham, apesadumbrada, sí lo notó. Y se preguntó qué llevaría a su hijo a portarse de un modo tan extraño, porque por más que intentara mostrarse despreocupado, a sus ojos asomaba claramente la tormenta interior que lo torturaba.

Horas más tarde, Elena y Axel compartían un rato de intimidad realizando labores en el saloncito

verde, llamado así debido al florido papel que cubría sus paredes, y donde preferían bordar por la abundante luz que proporcionaban los ventanales abiertos al jardín.

La joven parecía ensimismada y apenas se había pronunciado sobre el baile aunque Elena supuso que ése sería el asunto al que estaría dándole vueltas mientras realizaba mecánicamente la tarea de pasar el hilo por el bastidor. Ella, a su vez, no lograba olvidarse de la expresión atormentada de su hijo, lo que la llevó a compartirlo con la muchacha.

—¿Crees que soy una buena madre, Axel?

Su pupila levantó la mirada del bordado con una expresión de genuino asombro.

—Por supuesto. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Algo le ha llevado a pensar de otro modo?

La mujer insistió, olvidando la labor que reposaba en su regazo.

—Quiero que recapacites serenamente sobre ello, sin permitir que te ciegue el cariño.

Axel tenía una capacidad asombrosa de mostrar sus sentimientos a través de la mirada, convirtiendo el verde jade de sus iris en relucientes esmeraldas y logrando que su cutis resplandeciera como la porcelana. Unido a que tendía a reír por cualquier cosa, transmitía una paz a los demás que hacía imposible no amarla. O al menos así lo sintió Elena mientras la joven le respondía.

—Pero tía ¡es que yo sólo he recibido afecto de usted! Y siempre he sentido envidia, aunque fuera sana, por cómo hablaba de Devon. El orgullo que mostraba cuando llegaban sus notas, cuando destacaba en los deportes de la Universidad, cuando me leía las cartas de sus viajes... Siempre lo he adorado. Y no cabe duda de que lo ama tanto como cualquier buena madre ama a sus hijos.

Elena suspiró, angustiada, reprimiendo apenas las lágrimas.

—Yo no tengo dudas acerca de cuánto lo amo, pero me temo que él... No sé qué piensa, qué imagina de mí.

Sus palabras hicieron recordar a Axel las quejas de la noche en que él irrumpió en su habitación, la rabia y los celos que mostró... Y no se atrevió a responder. Pero su tía, perspicaz, notó el sonrojo de sus mejillas y la mirada repentinamente huidiza.

—¿Sabes algo...!

—¡No! —lo último que deseaba era entristecer a la mujer que la había criado como una madre, pero decidió ser honesta. Tal vez si Elena supiera a lo que se enfrentaba, podría remediarlo

—Bueno, sí que lo sé. Tiene celos de mí. Piensa que... Que usted me prefiere sobre él. Y lo mismo de Orson.

Elena suspiró, apesadumbrada.

—¿Ves? Me cegué tanto huyendo de su padre que posiblemente lo abandoné demasiado pronto.

La rebeldía creció en el pecho de Axel. Si alguien sabía cuánto había sufrido aquella mujer era ella. Aún podía recordar la tarde en que le contó los años pasados con el conde, aceptando sus infidelidades y desplantes sólo por mantenerse junto a su hijo, para apoyarlo y mimarlo hasta que fue lo suficientemente adulto.

—¡No es justa consigo misma! —Replicó, molesta-Usted lo cuidó hasta que se independizó. ¿Ya no recuerda que apenas paraba en casa, que siempre estaba de juerga con sus amigos o en el club, con su padre? También él pudo plantearse que no actuaba como un buen hijo cuando llegó del Continente y tardó tres meses en acudir a verla. Su actitud resultó sumamente desconsiderada.

Elena no fue capaz de verlo de aquel modo. Aún le turbaba la furia de sus ojos.

—Si te tiene celos, quizás no. Está claro que eso le duele.

—No sé si debe mostrarse tan condescendiente con él. Devon es, demasiado a menudo arrogante y...

Cortó en seco sus palabras al descubrirlo en el quicio de la puerta. Venía de montar y traía las botas llenas de barro y la fusta en la mano, pero lo que le llamó la atención fue el frío glacial de sus ojos castaños.

—¿Y...? No te pares, *primita*. Me muero de ganas de saber cómo realmente me ves —la incitó a seguir con voz calmada.

Elena, que lo tenía a sus espaldas, se volvió con un respingo de susto.

—¡Hijo! ¿No te han enseñado a anunciarte antes de entrar? —Le reprendió, nerviosa porque las hubiera cogido en falta.

Él parecía tallado en mármol, y su despego se extendió a las dos.

—No pensé que fuera necesario... —retrocedió unos pasos, dispuesto a alejarse —Disculpadme.

Axel miró a su tía, a quien los ojos se le estaban llenando de lágrimas, y dejó caer el bastidor sobre la alfombra, sintiendo que el corazón se le desgarraba por aquellas dos personas que tanto le importaban, resuelta a detenerlo.

Lo halló en mitad del pasillo y lo empujó contra la pared para obligarlo a escucharla.

—¡Devon, no! ¡Por favor! Tienes que perdonarme —lo asía de las solapas de la chaqueta, tan cerca sus rostros que se cruzaban sus alientos —Lo siento. Estaba siendo injusta una vez más. ¡Pero es que tu madre...! Se siente muy perdida... Tiene miedo de no haber sabido demostrarte su amor... ¡Yo sólo pretendía darle confianza!

—¿Y necesitabas insultarme para eso?

Pese a que la furia seguía latente en su voz y en sus ojos no rompió el contacto, lo que dio pie a Axel para intentar una broma que deshiciera su enfado.

—No era un insulto. Eres arrogante —confirmó —Tú me dijiste que podía ser sincera aunque no te gustara.

Su abierta confesión consiguió derretir la rabia del vizconde. ¡Tenía que reconocerle agallas a la mocosa aquella! Repentinamente risueño, depositó un beso en su frente, la tomó de la cintura y regresaron al gabinete donde Elena aguardaba con el corazón en un puño.

Devon soltó a la muchacha y besó a su madre en ambas mejillas.

—Discúlpame, madre. Tengo un mal pronto y Axel tiene razón llamándome arrogante —sonrió de golpe, con todo el encanto que usaba para cautivar a las damas —Tal vez me malcriaste un poco.

Elena apretó la cara de su hijo contra su hombro, tragándose las lágrimas. Tenerlo bromeando a

su lado era más de lo que podía pedir.

—No pretendía hablar a escondidas... Es sólo que me dejaste muy preocupada esta mañana.

—Fui desconsiderado, lo siento. A veces me comporto como un niño, y se me olvida que ahora no soy un vizconde —se mofó de sí mismo.

Elena le buscó los ojos, poniendo el alma en sus palabras.

—De todos modos, si alguna vez este vizconde necesita un hombro que no dude en usar el de su madre.

—Él la besó, cariñoso, y luego rio abiertamente ante el torrente de lágrimas de Axel.

—Lees demasiados folletines, *primita* —recalcó el parentesco a propósito —sécate las lágrimas porque he tenido una idea mientras cabalgaba y quiero saber si te agrada —se volvió hacia su madre. —Se me ha ocurrido llevarme a Axel a Escocia. Lo pensé anoche durante el baile y he concluido que sería una buena decisión. Siempre que tío Orson y tú estéis de acuerdo, por supuesto.

La noticia llenó de asombro a la joven pero también de un inesperado placer que iluminó su rostro. Desde que Orson Birmingham la había rescatado de las calles de Londres nunca había traspasado los límites de la propiedad y los pueblos aledaños. Solo conocía el mundo por los libros. La posibilidad de visitar Escocia se le antojaba un sueño inalcanzable.

Elena, mientras, aguardó expectante la explicación de su hijo quien se había sentado en una butaca, desentendiéndose de la expectación de la joven para argüir sus motivos.

—En Blackmoon voy a reunirme con amigos de la universidad. Blake nos ha invitado a los más íntimos para celebrar en familia su cumpleaños, y aunque no voy a responder de que todos sean recomendables, resultaría una oportunidad única para que Axel aprendiera a relacionarse con gente de nuestra clase. Además, quiero que conozca a Clarence, la esposa de Blake. Es sólo un par de años mayor pero resulta adorable y sabe mantener a raya a los entrometidos de cualquier género —su sonrisa fue nostálgica, evocando antiguos recuerdos. —Estoy convencido de que se llevarán de maravilla.

Elena dudó unos instantes. No se sentía demasiado segura de los motivos de su hijo para

ofrecerse a hacer aquel viaje con la muchacha pero desde luego cumplía sobradamente sus expectativas de dar a conocer a su pupila en el mundo aristocrático al que debería pertenecer. Y en Marion Hill no iba a conseguirlo. Tampoco le hizo falta preguntarle a ella si quería ir. Su modo de restregarse las manos en el regazo y la sonrisa de su rostro indicaban claramente que tal posibilidad le fascinaba. Así que asintió.

—¿De verdad puedo ir? —Axel se levantó de un brinco y se abrazó a las rodillas de Elena, exultante —¡Va a ser maravilloso, tía! ¡He leído tanto sobre Escocia...! Sus lagos, sus paisajes escarpados, sus castillos... ¡Y la gente, con esas costumbres tan extrañas!

A pesar de que la sonrisa de Devon fue socarrona, resultaba evidente que también él se sentía satisfecho con el fervor de la muchacha.

—Bueno, me temo que William se ha educado al estilo inglés... Pero sí, un tanto peculiar sí que es.

Elena Birmingham enseguida sacó a relucir su sentido práctico, haciéndose cargo de todo lo que quedaba por hacer hasta que ambos partieran.

—De acuerdo, entonces. Si vas a acompañar a Devon hay que ponerse manos a la obra con tu vestuario —Se dirigió a su hijo —¿Para cuando tienes planeada la marcha?

—Dentro de cinco días —informó él comprendiendo la preocupación que se reflejó en el rostro de su madre.

—¡Eso nos da margen para muy poco!

Axel, a quien no se le había ocurrido pensar en esos detalles, les miró asombrada.

—Tengo ropa suficiente... —protestó ruborizada.

Devon, cada vez más encantado con la idea, tomó una decisión.

—Mañana iremos a Londres. Conozco una modista que puede proporcionarnos lo que necesitamos ¿Nos acompañarías madre?

Elena dudó. Eso implicaría encontrarse frente a frente con el conde de Valmont, su marido, pero

con un suspiro decidió que por Axel valía la pena.

—Por supuesto. Saldremos temprano.

—¿Es que mi opinión no cuenta? —Se revolvió ella, molesta. —He dicho que no necesito...

—Cállate, hija. Representas a nuestra familia y la ropa que tienes basta para el campo pero no para codearte con la nobleza —replicó Elena, animada por el reto—Harás lo que se te ordene y ya está ¿De acuerdo?

—De acuerdo —rezongó, incapaz de decidir si quería chillar de alegría o de incomodidad.

—Y no lo harás a regañadientes —reiteró la dama, incorporándose con presteza —Eres una Birmingham así que, ve demostrándolo. —Desentendiéndose de ella, se volvió a su hijo. —Acompáñame Devon. Hay asuntos que debemos tratar.

El vizconde le guiñó un ojo al salir y ella le sacó la lengua, aunque en realidad hubiera preferido lanzarse a sus brazos para agradecerle el regalo. Si recibir un perfume ya le había marcado como mujer, dejando a un lado a la muchacha ingenua que había sido, viajar fuera de las fronteras de Inglaterra le resultaba la aventura más excitante del mundo.

Iba a enfrentarse a retos para los que su tía la había preparado de palabra. Ahora ella tendría que convertirlos en obras. Y se prometió que no la decepcionaría.

## Capítulo 2

Axel no recordaba Londres. Apenas contaba cinco años cuando Orson Birmingham la rescató de las calles, tomándola bajo su protección. Él le había referido lo ocurrido en más de una ocasión pero a ella seguía pareciéndole irreal que una vez hubiera sido una vagabunda famélica que se dedicaba a afanar en los bolsillos de los ricos. Que Orson la pillara in fraganti dejaba a las claras que no resultaba muy mañosa, ya que él era el despiste personificado. Lo que sí decía mucho era acerca de su tutor, que se había compadecido de ella en vez de molerla a bastonazos; la había llevado a su casa, había ordenado que la lavaran y despiojaran y se había quedado extasiado ante la mirada inocente de sus ojos verdes. A partir de ahí, la vida de ambos dio un giro radical. Axel encontró un padre y él formó una familia.

La voz del vizconde la sacó de su ensoñación.

—Adelante, Axel. Ya hemos llegado.

El carruaje se había detenido en una silenciosa calle adoquinada, frente a una mansión que parecía ocupar toda la manzana y a la que Axel observó con la boca abierta. Marion Hill era una propiedad grande y de cuidada factura pero aquella residencia resultaba espectacular en su conjunto.

—¿Esta es tu casa?

Devon negó, consciente del asombro de las pupilas verdes. No esperaba que Axel encontrara aquel entorno distinto al de la mansión campestre y constatarlo hizo que también él se detuviera a mirarlo con ojos nuevos. Comprendió que estaba habituado a moverse en aristocráticas viviendas y nunca había percibido que aquélla fuera distinta. Y aunque tampoco supo dilucidar si lo era, reconoció que la propiedad era hermosa.

—Es la casa de mi padre. No sería correcto que mi madre no se hospedara aquí.

La información hizo que Axel se olvidara de su paso por el edificio y que a su rostro asomara el reproche.

—Pero ella...



Elena, a su lado aún en el interior del carruaje, se adelantó para salir, agradeciendo la mano de su hijo.

—Ya lo hemos hablado; no te preocupes —aseguró él, retornando la atención a Axel una vez que su madre estuvo frente a la verja.

—Ni siquiera es probable que coincidamos con Stephen —replicó Elena para tranquilizarla, moderando la ironía de su voz. —Lo más seguro es que mantenga sus hábitos nocturnos.

Contradiciendo sus esperanzas, la gran puerta de roble se abrió dejando paso al mayordomo seguido de un hombre alto y apuesto al que Axel identificó como el conde de Valmont. Aunque lo conocía desde pequeña, nunca había reparado en el asombroso parecido con su hijo, tanto en la complexión como en los rasgos, y hubo de reconocer que era increíblemente atractivo.

El conde se encargó personalmente de abrirles la verja, tras lo cual abrazó a Devon con una amplia sonrisa.

—¡Devon, muchacho, ya te echaba de menos!

El vizconde palmeó las espaldas de su padre con idéntica muestra de afecto.

—Hola, padre. Veo que recibiste mi recado.

—Llegó hace apenas una hora —asintió. —Aunque no entiendo por qué crees necesario anunciar tu llegada.

El asomo de reproche lo hizo mirando con deferencia a su esposa, antes de besarle una mano.

—Tampoco la tuya, Elena. Esta es tu casa.

Obviando el mutismo de su mujer, quien se limitó a contemplarlo con gesto inexpresivo al tiempo que mascullaba a modo de saludo un seco “Stephen...”, el conde esbozó un alegre ademán de sorpresa.

—¡Dios mío, Axel, si no supiera que eres tú no te habría reconocido! Te has convertido en una preciosa mujer...

Ella aceptó el beso en los nudillos con total aturdimiento. Después de las descripciones de su tía,

esperaba encontrarse con un altivo aristócrata en vez de con un hombre cálido y afable. Sólo supo farfullar “Gracias” antes de aceptar el brazo de Devon para pasar al interior, ya que Elena guardó las apariencias sosteniendo el de su esposo.

Escuchó su amable voz mientras atravesaban el jardín delantero, tomando nota de los bancos de hierro, los arriates y el cuidado camino de losas que conducía hasta la escalinata de mármol y el porche con columnas que precedía al vestíbulo.

—Iba a servirse ya el almuerzo, pero le he pedido a la señora Hanson que lo retrase para que podáis asearos un poco y acomodaros antes...

Axel pudo sentir la tensión en la espalda de su tía. Resultaba evidente que estaba haciendo un esfuerzo supremo por seguir del brazo del conde y si tuvo alguna duda, no le cupo ninguna cuando vio sus ojos de acero mientras aceptaba los parabienes de la gobernanta y pasaba revista al servicio, perfectamente alineados a ambos lados del hall. Axel jamás la había notado tan circunspecta.

Intuir que la incomodidad se debía a estar en aquella casa, y que era algo que estaba haciendo por ella, aumentó su nerviosismo.

—Devon y yo tomaremos un brandy mientras aguardamos en la biblioteca —informó el conde como si no percibiera la frialdad de su esposa —Tenemos muchos asuntos de los que ponernos al día.

Elena inició la subida de las escalinatas sin responderle siquiera y Axel percibió las nubes que asomaron a la mirada de Devon, molesto por la muestra de descortesía de su madre, pero ella se apresuró a sujetarle el brazo con una mueca de súplica y logró tranquilizarlo.

—Ve con ella —le indicó, respirando hondo. —Las doncellas te dirán qué habitación te han asignado.

Axel esbozó un asomo de sonrisa, agradecida de que las aguas no se salieran del cauce con demasiada violencia. Conocía sobradamente a los Birmingham para saber que tenían un temperamento amable mientras no se les llevara la contraria pero que podían provocar terremotos si se sentían heridos. Y su tía lo estaba. Mucho. Y al parecer, también Devon.

El almuerzo se sirvió en un comedor fastuoso, decorado con exquisitos muebles y ostentosos tapices en los que se representaban escenas mitológicas. La estancia contaba, además, con amplios ventanales aunque el conde parecía preferir la penumbra porque las cortinas de pesado brocado permanecieron corridas a medias durante la comida. La inmensa mesa, de para al menos veinte comensales, presidía la estancia y como los condes ocuparon sus puestos de etiqueta, a varios metros de distancia el uno del otro, Devon se sentó a la derecha de su padre y Axel a la de Elena, la conversación estuvo plagada de dificultades, amén de la constante presencia del mayordomo y las doncellas.

Intentando amenizar la comida, Devon contó a su padre las circunstancias que les habían traído a Londres y éste se ofreció de inmediato para cederles su carruaje, facilitándoles los desplazamientos, pero antes de que su madre pudiera objetar nada, lo declinó él.

—No, padre, aunque te lo agradecemos igualmente. Usaremos el mío. No es conveniente que mucha gente sepa de nuestro paso por la ciudad o sus conocidas querrán visitar a madre y nos retrasarán en las compras. La idea es estar aquí el menor tiempo posible.

El conde mostró un rictus de contrariedad, frunciendo el ceño con disgusto.

—Pero al menos esta noche podríamos ir a la Ópera... Sería una pena que Axel se perdiera...

—En otra ocasión, Stephen —lo acalló su esposa con acritud. —No hemos venido a divertirnos.

Por nosotros puedes hacer como que no existimos. Sigue con tu vida e ignóranos.

—¡Mamá...!

La protesta de Devon sonó contenida, ya que comprendía gracias a Axel los sentimientos de su madre; sin embargo, como hijo, no podía de dejar de dolerle también el orgullo de su padre, razonablemente herido.

El conde de Valmont se incorporó con ademán sereno, producto de sus muchos años de estricta educación, mirando a su joven invitada.

—Ha sido un verdadero placer volver a verte, Axel. Deseo que tu estancia en Londres resulte agradable y que logres sentirte en esta casa como si de la tuya se tratase.

Después sus ojos se posaron sobre el rostro hierático de su esposa, manteniendo la voz calmada.

—Si necesitáis cualquier cosa sólo tenéis que decirlo. Todos estamos a vuestra disposición.

Buenas noches.

Sin más les dejó solos, permitiendo que finalizaran la comida en un incómodo silencio.

La ciudad le resultó a Axel un lugar agobiante, abarrotado y ruidoso. Admitió que las avenidas eran espléndidas, los edificios lujosos y la gente elegante, pero al estar acostumbrada a la tranquilidad del campo, el ambiente se le hacía abrumador.

Devon, incapaz de aceptar que no apreciara las ventajas de lo que para él era un entorno idílico, se lo reprochó.

—¡No tienes ni idea de lo que dices! En Londres se puede hacer cualquier cosa. Ir al teatro, pasear por Hyde Park, acudir a fiestas y recitales... ¡No hay un solo artículo que no se pueda comprar en sus miles de tiendas...! Y para hacer negocios es un lugar apasionante, con posibilidad de conocer a gente de todos los rincones del mundo...

—Puede que tengas razón, pero me siento aturdida —admitió mientras miraba el exterior por la ventanilla del discreto landó en el que se habían acomodado. No lucía el escudo de su rango y Axel se imaginó que lo usaría para sus correrías nocturnas, evitando escándalos innecesarios.

—Has estado desterrada en el campo demasiados años... Ha sido culpa mía —se reprochó Elena, admitiendo a su pesar que a ella sí le gustaba estar de vuelta.

Devon no permitió más críticas, golpeando con su bastón el techo del habitáculo para que el cochero se detuviera. Habían llegado a su destino.

—Todo tiene remedio, madre. Ya habrá tiempo para que Axel conozca las cosas buenas que se está perdiendo. —Después se volvió a la joven, encantadora aunque un tanto fuera de moda con su

discreto vestido de muselina azul y su capa y sombrero en unos tonos más oscuros. —En cuanto a ti, jovencita, quedas advertida: te probarás lo que mi madre y yo te indiquemos, sin discutir ni mediar palabra ante la modista ¿Te ha quedado claro?

Axel asintió, nerviosa, aceptando la mano que el lacayo le tendía y contemplando el edificio donde un discreto cartel anunciaba a una modista francesa.

Tras las presentaciones no tuvo ocasión ni ganas de desafiarlo. Resultó evidente que la mujer conocía al vizconde de anteriores visitas aunque se mostró discreta al saludarlo. Entre su madre y él escogieron tal cantidad de prendas que Axel sintió deseos de aullar por tener que probárselas, pero luego disfrutó enormemente del tacto de las telas y de cómo estas se acomodaban a su cuerpo, logrando que sus curvas se realzaran con elegancia.

Adquirieron ropa de diario, de fiesta, íntima elegida directamente por el vizconde con absoluta desenvoltura, ruborizando sin pretenderlo a su madre y a la destinataria y un traje de montar. Todo ello con complementos.

En una tienda contigua adquirieron sombreros y dos calles más abajo, zapatos y botines. Por último, ya de noche cerrada, visitaron al joyero donde Devon adquirió un juego de esmeraldas con el simple comentario de “Quedarán bien con tus ojos”, además de brazaletes, broches y algún que otro collar. La condesa se mostró conforme en todo.

Una vez en el carruaje, ya de vuelta, Axel se desplomó física y anímicamente.

—Estoy ilusionada con las compras, no voy a negarlo, pero...Ha sido excesivo... —la súplica que dirigió al rostro de Devon en el apenas iluminado interior no obtuvo respuesta. —Nunca podré devolver...

—Nadie espera que lo hagas, cariño —sonrió Elena, apretándoles las manos —Eres igual que una hija para mí.

—Y aunque no seas mi hermana, —añadió Devon con un breve matiz sarcástico —considéralo

una inversión. Si realizas una buena boda no tendré que gastar en ti nunca más.

Su madre recompuso el gesto, sorprendida.

—Cariño, eso ha sido desconsiderado y poco galante.

La respuesta de su hijo sonó jovial, deshaciendo el equívoco.

—Me temo que Axel no espera de mí galanterías, madre, sino que le deje la conciencia tranquila.

Ella no supo qué replicar. Cuando se mostraba de aquel modo, turbadoramente encantador, deseaba abrazarlo y pedirle que volviera a besarla. Sin embargo, el recuerdo de su confianza con la modista y su facilidad para escoger ropa interior le enfrió el ánimo. Era fácil imaginar la frecuencia con la que él gastaría ingentes cantidades de dinero en complacer a su amante de turno... Y se vio como una ilusa por no asumir antes que para un hombre de su experiencia resultaría de lo más sencillo provocar “cosquillas” en una ingenua como ella.

Regresaron al campo sin coincidir de nuevo con el conde. No estuvo presente en el desayuno ni salió a despedirles cuando subieron a su carruaje a media mañana. Nadie lo comentó y si a Devon le importó, no hizo la menor alusión ante su madre.

Los vestidos tardarían unos días en llegar porque algunos necesitaban arreglos pero las joyas sí les acompañaban. Eso les hizo llevar una discreta escolta que el mismo joyero puso a su disposición.

En cuanto pisaron Marion Hill, Axel corrió a contarle a Orson, entre efusivas muestras de afecto, sus impresiones sobre la ciudad.

Devon la escuchó en silencio, controlando que sus celos no afloraran al ver la relación que ambos tenían mientras que de sus padres era un auténtico desastre. Envidiaba profundamente la confianza que se profesaban y le carcomía la rabia por no haber sentido jamás aquella afinidad con su familia. Se había criado como un hijo querido, pero en dos mundos muy separados, el masculino de su padre y el cargado de mimos de su madre; no obstante, nunca había estado en comunión con ambos. No como Axel lo estaba con Orson. Y tuvo que retirarse para no estropear la dicha de la

muchacha, quien sin duda hubiera reparado en los nubarrones de enojo que surcaban su mirada, haciéndola sentir culpable sin que hubiera razón para ello.

Ahora, siendo adulto, podía entenderlo. De niño jamás lo hizo. De ahí el abismo que había habido entre ellos.

El día de la partida, Axel estaba en las nubes. La impaciencia apenas le había permitido dormir y en cuanto amaneció se aseó y vistió con un elegante traje de viaje en tonos pálidos que su tía aprobó sin palabras. El cabello lo recogió en un moño bajo, sin preocuparse por los rebeldes mechones que se le escapaban en las sienes, ya que pensaba prescindir del coqueto sombrero mientras estuvieran en el carruaje.

A media mañana se quitó la casaquilla de tafetán, dejando a la vista un vestido de seda con escote cuadrado y mangas muy cortas, asfixiada por el calor del camino.

Devon, como si hubiera estado esperando galantemente la señal, también se desprendió de la chaqueta y del almidonado pañuelo blanco aunque se dejó el chaleco gris sobre la camisa.

Viajaban en un cómodo silencio, apenas roto por los comentarios de Axel conforme se adentraban en paisajes muy diferentes de los de Suffolk y la conversación contenida del cochero y Betty, la doncella, que resultó ser su prometida. Ella le había pedido permiso a la muchacha para acompañarlo en el pescante y ella no vio motivo para negarse, encantada de hacerla feliz.

Tras una parada en la campiña para almorzar los sabrosos manjares que la cocinera les había dispuesto en cestas de mimbre reanudaron el trayecto y Devon, ligeramente aburrido, se arrellanó en su asiento. No así Axel, que continuaba excitada por la aventura y se mantuvo alerta.

Tras un rato de traqueteo, creyendo que él dormía, se permitió contemplarlo a placer...Hasta que una sonrisa surcó los sensuales labios, ruborizándola y haciendo que apartara la vista de golpe.

—¿Has terminado ya el escrutinio?

—¡Eres un idiota! —musitó, nerviosa. —Pensé que dormías.

Él se estiró perezoso, colocando los pies sobre el asiento de enfrente y dejándola encerrada entre el calor de sus piernas.

—Me amodorra el traqueteo del coche, pero no puedo dormir —confesó acentuando su sonrisa seductora. —Doy una libra por tus pensamientos...

Axel se recompuso, adoptando una falsa pose de tranquilidad e iniciando una conversación que le ayudara a olvidar su momentáneo bochorno.

—Pensaba en cuánto te pareces físicamente a tu padre. De no ser por sus canas y sus pocas arrugas, se diría que sois idénticos. No me extraña que tu madre se prendara de él...

Devon entornó los ojos, encantado, preguntándose si ella era consciente del trasfondo de sus palabras.

—Te parezco guapo, entonces.

Ella pareció percatarse del alcance de su confesión y volvió a ruborizarse aunque se negó a dejarse intimidar por él.

—Sabes que lo eres —admitió, en el tono más neutro que pudo.

Él se encogió de hombros con petulancia.

—No mal parecido —reconoció tranquilamente.

—Y algo pedante —acusó ella, irritada por su inmodestia.

Devon rio, divertido ante la posibilidad de sacar a relucir la fiera que llevaba dentro.

—También, lo confieso —una sonrisa traviesa surcó su atractivo rostro. —En cuestión de hombres pareces saber muy bien cómo definirlos... Aunque se te dé fatal tratarlos.

Axel frunció el ceño, contrariada, picando el anzuelo.

—Nunca he tenido problemas para tratar con los hombres —replicó, amoscada.

Devon mantuvo su postura indolente, provocándola para disfrutar del fulgor de sus ojos y del rubor de sus mejillas. Axel era tan cría que le resultaba muy fácil manipularla.

—No me pareció que manejaras muy bien al señor Lacy —la aguijoneó.



Avergonzada, ella apartó la vista.

—¡Eres insufrible! Nadie te mandó intervenir... Yo podría haber manejado la situación perfectamente sin que tuvieras que interrumpirnos.

Sus palabras mudaron el talante del vizconde quien bajó las piernas del asiento y asió las esbeltas manos adoptando un tono comedido para que los criados no pudieran escucharlo.

—Hay algo sobre lo que debo advertirte, Axel: No confíes en mis amigos. No me refiero a William, claro está. Él jamás le sería infiel a Clarence. Pero ten mucho cuidado con el resto. Son un atajo de libertinos... —Un rictus de sarcasmo marcó sus facciones. —Todos lo somos. Nuestra fama es legendaria en Londres. Y como estoy seguro de que les parecerás preciosa, harán despliegue de sus encantos —al ver la alarma de los ojos verdes apretó aún más las manos. —No digo que vayan a comprometerte con sus atenciones. Son mis amigos y siempre respetamos a las debutantes, pero eso no quiere decir que no intenten robarte un beso o... mostrarse descarados en su trato.

Axel se apartó, incómoda al escucharlo reconocer su mala reputación sin pudor alguno.

—¿Eso es lo que tú haces, seducir a mujeres indefensas?

Devon no se ofendió.

—Jamás he seducido a una mujer que no quisiera serlo. Y, por supuesto, jamás a una virgen —aseguró sereno.

Axel volvió a arrebolarse de la cabeza a los pies pero la curiosidad consiguió que sus hombros se destensaran y el interés asomara a sus ojos.

—Sin embargo, hubo algo entre la esposa de Blake y tú...

La sorpresa fue sustituida enseguida por una sonrisa de placer en su rostro.

—Eres muy perspicaz... Admito que estuve interesado en ella, pero Clarence me paró los pies. A mí y al resto. Hechizó a todo el grupo desde el mismo momento de conocernos, pero ella supo enseguida a quien quería.

El interés de Axel fue en aumento, inquieta por la idea de que iba a conocer a una mujer que la

haría sentirse bastante mediocre.

—¿Os enamoró a todos? Debe ser preciosa, entonces.

Los ojos castaños evocaron a la mujer con un suspiro, logrando que Axel reconociera asombrada una sensación que jamás había sentido: los celos. Él, ensimismado, no lo captó.

—Lo es. Una belleza. Aunque no sólo por fuera. Tiene un carácter maravilloso. Ha logrado integrarse en un grupo de libertinos, reformando a su marido sin recortarle su libertad, haciendo que todos la adoremos y respetemos a un tiempo... Es divertida, amable, cariñosa...

Axel no consiguió eludir que su voz saliera desabrida.

—Si tanto te gustaba, debiste insistir.

—Cuando una mujer sabe lo que quiere es inútil perder el tiempo.

Lo dijo en serio, puesto que así lo había aprendido en sus vastos años de conquista, y aunque nunca se había sentido tentado de jugar con chiquillas sin experiencia, la ingenuidad de Axel le intrigaba y despertaba su ternura. Eso le llevó a seguir provocándola.

—Y tú ¿Sabes lo que quieres?

Su respuesta fue demasiado pronta.

—Una vida tranquila.

Devon se había cruzado de brazos y la penumbra dejaba su cara en sombras impidiéndole a Axel distinguir si había burla en sus ojos.

—Me refería a los hombres.

El rubor regresó al rostro juvenil.

—No sé lo que quiero... Bueno sí —rectificó— Quiero que me ame.

—O sea, sentir cosquillas —bromeó él.

Axel lo miró con un aire desvalido que hizo estremecer los cimientos del hombre.

—No sé si es lo mismo una cosa que otra. Tú me haces sentir cosquillas y no te amo —confesó, queda.

Aguardó una respuesta, pero como no llegó lo interpeló nerviosa, sin captar el sutil cambio que

se había producido en él, quien había dejado de bromear y la contemplaba serio.

—Di algo. Tú sabes de esas cosas.

—De amor, no —replicó él, seco sin querer. —Sólo de amantes.

—¿Tantas has tenido? —Le asombraba sentir una desazón en sus entrañas por el tema y la tranquilidad con que él lo abordaba.

—De larga duración, dos. Ambas casadas —admitió, indiferente.

Le pudo su cinismo y la rabia asomó a sus labios.

—¡Eres un inmoral!

—Ellas también —aceptó sin el menor remordimiento. —Me buscaron y acepté. Sólo eso.

El mundo se tambaleó para ella. No estaba acostumbrada a aquella depravación y pensar que formaba parte de la naturaleza de Devon le hizo daño. Quizá por sentirse dolida supo ser sarcástica.

—Y se supone que un hombre no puede negarse, evidentemente.

Devon rio al verla perder la compostura. La irritación de su acompañante le sentó como una bofetada en el rostro y disimuló como pudo, aunque la mano se le fue a la mejilla donde hubiera recibido el golpe.

—Podemos, Axel. Pero solemos hacerlo sólo si quien nos interpela resulta poco agraciada —sus hombros se izaron con suficiencia. —Las mías no lo eran. Tanto Marjorie como Sarah son mujeres preciosas, casadas por el interés de sus familias con auténticos carcamales. No puedes reprocharles que quisieran algo de entretenimiento en sus camas...

Axel ahogó el sofoco, entendiendo a medias su razonamiento.

—Comprendo que para ti no significaron nada...Pero ¿qué me dices de ellas? Quizá te amaron de veras...

La risa cáustica del hombre resonó en el interior del carruaje.

—Te aseguro que no significué para ellas más que unos ratos de placer. Cuando regresé de Europa ya contaban con entretenimientos nuevos.

Ella se abrazó a sí misma, sintiéndose helada hasta los huesos por semejante falta de virtudes. ¿Y ésa era la gente con la que su tía tenía tanto interés en que se relacionara? No se sentía atraída en lo más mínimo.

—Oyéndote hablar me entran ganas de rogarte que regresemos a Marion Hill. Dudo que me guste ni siquiera un poco ese mundo en el que te desenvuelves – replicó con acritud.

Devon se reprochó haberla alarmado innecesariamente. Si bien era cierto que él tenía libertad para hacer lo que le viniera en gana, no sería ése el futuro del que ella disfrutaría. Axel era una dama y ya se encargaría él de que todos la trataran con el respeto y la amabilidad que merecía.

Dibujó una sonrisa perezosa en su rostro y modificó los derroteros de la conversación, llevándola a un terreno más íntimo. Afuera había anochecido y la penumbra invitaba a las confidencias.

—Hay muchos modos de ver el mundo, Axel. Ya los irás conociendo. Pero ahora regresemos a donde lo habíamos dejado, a tu hombre ideal. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto al físico?

El enojo de la muchacha fue sustituido por el rubor y agradeció a las sombras que él no pudiera notarlo. Aunque nunca lo había comprendido, las pocas veces que soñó con un hombre llevaba el rostro que tenía enfrente. Fustigada, lo achacó a que era el único varón de su edad que conocía, pero ahora la inquietud se apoderó de ella recordando cómo le hacían sentir sus besos.

—No, nunca lo he pensado —mintió; y para apartar las preguntas indiscretas, indagó sobre él.  
—Y tú ¿Sabes cómo quieres que sea tu futura esposa?

El gesto del vizconde fue tan elocuente como sus palabras.

—No me lo planteo. Es algo que tardará en llegar.

Asombrada, Axel aproximó su torso para inclinarse sobre él, deseando verle la cara.

—¡Pero eres un vizconde! Se supone que el título conlleva responsabilidades...—Necesitarás un heredero.

—Yo no pedí el título —replicó él con aspereza a causa del recuerdo de la tabarra que ya su

padre le daba con el asunto —Si el tío Bryan no se casó, lo mismo puedo hacer yo.

—¡Pero tú no tendrás sobrinos que lo hereden por ti! —Objetó ella, no pudiendo creerlo tan indolente.

Devon volvió a reír, esta vez con malicia.

—Tenlos tú. Le pasaré mi título a tu primogénito.

La mirada con que Axel lo taladró le dejó muy claro que no le gustaban sus bromas.

—No somos hermanos ¿Recuerdas?

—Ya lo sé, *primita* —dejándose llevar por un arrebató tiró de ella y la sentó en su regazo.

—¡Casi tengo una idea mejor! Concíbelo conmigo y así las propiedades se quedarán en la familia.

Axel se había quedado rígida en sus brazos, paralizada por la sorpresa, pero al escuchar sus palabras se apartó, furiosa hasta la médula de los huesos.

—¿Un bastardo? ¿Te gustaría dar tu título a un bastardo?

Devon recordó las veces que la había vituperado con ese apelativo y la vergüenza le invadió profundamente. Jamás habría esperado que sus actos causaran tanto daño.

—Eso es venganza, preciosa. No saquemos las viejas rencillas a relucir.

—No son...

Le cortó a respiración el profundo beso que Devon puso en su boca. Él lo hizo para acallarla pero una vez iniciado sintió que no quería parar. El cuerpo de Axel se amoldó al suyo como la seda, atrapándolo, y dejándose llevar deslizó las manos por sus brazos, acariciando su piel desnuda. Axel gimió mientras se aferraba a su camisa, invadida por las sensaciones que acaloraban su cuerpo, y Devon deslizó los labios por su cuello hasta que la notó tensarse. Se dijo que debía parar, pero los labios se deslizaron por su clavícula, arrancando un jadeo sordo que lo incendió más si cabe...

Un brusco viraje del coche les obligó a detenerse, consciente de golpe de lo que estaban haciendo. Ruborizados ambos, recuperaron su sitio en los asientos y se miraron, tremendamente serios.

—Lo siento, Axel —se disculpó él, de verdad incómodo. —Sé que no debí...

—Tampoco yo lo impedí —admitió, perpleja por el desaliento de él y aturdida por el ardor que permanecía en su piel.

Devon cabeceó, apesadumbrado. Ella no podía entenderlo. La necesidad que había sentido de continuar la caricia había sido tan fuerte que aún le oprimía en la ingle y le horrorizaba no estar seguro de hasta donde se habría atrevido a llegar de no pararle el bache del camino. Se había portado con Axel como un adolescente atolondrado y eso, además de desconcertarle, le llenaba de inquietud.

—Tú eres sólo una cría, Axel —la justificó. —La responsabilidad es mía. Lo siento. Lo siento de veras.

Ella no supo cómo responder. Le hormigueaban las zonas donde él había dejado sus besos y se sentía marcada, como si un reguero de fuego resplandeciera en ciertas partes de su cuerpo. Quería tocarse, comprobar que allí no quedaba nada, pero se obligó a continuar impávida. La oscuridad en los ojos indicaba que él se arrepentía de su atrevimiento y ella se reconocía demasiado ingenua para diferenciar que filo de la indecencia habían rozado.

Así pues, permanecieron en silencio hasta que llegaron a la posada donde pernoctarían. El chismorreo de los criados les ayudó a portarse después con normalidad.

El segundo día de viaje amaneció más caluroso. No era habitual en la latitud en que se hallaban pero se presentía un verano distinto. Pese al vestido ligero que escogió, Axel sintió que la tela se pegaba a sus piernas y el vizconde prescindió de chaqueta y chaleco. Desde las ventanillas abiertas les llegaba el quedo cuchicheo de la pareja en el pescante mientras una breve brisa les aliviaba el calor.

Axel decidió que no quería pasar toda la jornada en tenso silencio así que tomó el mando de la situación.

—Tendremos que hablar, Devon. Esto es absurdo.

Él la contempló, maravillado de que estuviera tan apartada de los convencionalismos. Aunque no dudaba de que su madre la hubiera educado dentro de los rígidos cánones de las normas inglesas, no cabía duda de que el carácter de Axel la mantenía muy por encima de ellas. Con una sonrisa nostálgica, evocó a Clarence, también tan franca.

—Pensé que estarías incómoda —admitió galante.

Ella se ruborizó, pero mantuvo la mirada serena clavada en él.

—Sorprendida solo. Pero podemos hablarlo.

—¿Hablarlo? ¿Qué puedo decirte? Me dejé llevar.

Axel puso a raya sus sentimientos. Había pasado la noche dando vueltas en el lecho, preocupada por si algo se había roto en su relación con Devon. No lograba explicarse por qué era tan importante para ella, pero ahora que había encontrado un hombre con el que compartir las ingentes preguntas que brotaban en su interior, deseaba conservarlo. Necesitaba aferrarse a su sabiduría, a su cinismo incluso, para conectar con un mundo que le era tan ajeno y la llenaba de miedos. Por eso continuó adelante, aun temiendo que él la considerara una frívola o, peor aún, que pensara que ella llevaba en sus venas sangre de la calle; no sería tan extraño, teniendo en cuenta que procedía de allí. Pero arrancó el sombrío pensamiento y esbozó una sonrisa tímida, en disparidad con sus palabras.

—¿Podemos ser sinceros?

Gratamente admirado, el vizconde asintió.

—Estoy preocupada —confesó ella. —Cuando tú ayer... Sentí cosas... Diferentes. ¿Es normal?

Devon no pudo evitar una sonrisa. Era un contraste divertido escuchar una conversación rayana en lo perverso de unos labios tan inocentes.

—Sé más explícita —pidió, interesado.

Ella se removió en el asiento, con el rostro en llamas, aunque sin ceder a la curiosidad.

—¿Qué sentiste tú?

—Placer —admitió el hombre.

Esperaba un “nada especial” puesto que sabía de sobra su pasado con las mujeres, y escuchar algo distinto la inundó de aliento.

—¿Eso es lo mismo que...?

—Lo que tú llamas cosquillas —confirmó él intentando no reír.

—¡Soy tan ignorante! —se quejó, sin percatarse de lo poco adecuado de sus palabras, ya que se daba por hecho que ella era una dama. —Eres el primer hombre que me toca, Devon. No sé ni cómo llamar a las cosas.

A él le provocó ternura el brillo de sus ojos y el rubor de sus mejillas. Le llegaba al corazón que se sintiera tan vulnerable cuando era un bocado exquisito para cualquier hombre que tuviera la fortuna de conquistarla. Olvidado el deseo que esa mañana le había asaltado viéndola resplandecer con aquel vestido de verano, sujetó sus manos con afecto filial e intentó transmitirle confianza en sí misma.

—No hace falta. Ya te he entendido.

Axel miró sus manos unidas y se llenó de gozo, reconociendo en el gesto la amistad que Devon le otorgaba. Sin soltarlas, se adelantó para que sus preguntas no llegaran al pescante y casi rozó su frente con la del hombre.

—¿Se habla de estas cosas con una pareja? Me refiero a una esposa o... una amante...

Devon rio con franqueza. El ansia de saber de Axel le vigorizaba. Nunca había estado con una mujer, excepto por Clarence, que experimentara tanto deseo de poner nombre a todo. Y ella no había llegado tan lejos en sus confidencias; no con él, al menos.

—Debo suponer que con las amantes. —Se permitió ser sincero. —Pocos hombres llegan al matrimonio por amor y la confianza con una esposa debe tardar en alcanzarse... Digo yo. Ya sabes que no hablo por experiencia. —Se dejó llevar por la broma que brotó de sus labios, pero rectificó al percibir que Axel fruncía el ceño. —Disculpa, no quería hacer una burla de esto. —Dejó un



tierno beso en su frente, demasiado cercana, y bajó aún más la voz. —Cuéntame qué sentiste.

Axel apartó la mirada, fascinada por la ternura de sus ojos y la calidez del contacto.

—Me... Me ardió todo el cuerpo. —Admitió, pese a que sus mejillas parecían a punto de estallar. —Y quise más. Incluso esta noche no pude dejar de recordar tus besos. Creo... —lo miró de repente, poniendo toda la verdad en sus labios y anhelando ver su reacción. —Creo que no me hubiera detenido de no hacerlo tú.

Devon sintió como cierta parte de su anatomía respondía a sus palabras aunque lo disimuló cuanto pudo respirando hondo. Axel trastocaba sus sentidos, fusionando la lujuria y la ternura de un modo que antes jamás había experimentado; pero no podía permitir que ella lo supiera. No, cuando él mismo se negaba a aceptarlo hasta que tuviera tiempo de enfriarse y canalizar aquellos pensamientos.

—Tengo mucha experiencia, Axel. —Reconoció con voz ronca —he seducido a demasiadas mujeres y puedo ser peligroso, aún sin pretenderlo. —Volvió a apretar sus manos antes de besarle los nudillos. —Lo siento.

Ella se estremeció con la caricia y durante unos segundos se ocultó en su hombro.

—¿Me pasará con otros hombres? —Susurró, confusa.

La imagen de Axel en brazos de cualquiera de sus amigos se le antojó de repente insoportable y la sorpresa lo paralizó.

—Supongo. Sí, es posible —farfulló, atónito.

*¡Ella le importaba! La deseaba.* El descubrimiento le hizo sentir deseos de bajar del carruaje y salir huyendo.

Axel, ajena a los que estaba provocando se apartó para mirarlo con un toque de desolación.

—Es demasiado complicado ¡Ojala fuera como lady Clarence para saber lo que quiero!

—Confío en que os haréis amigas —respondió él, ausente, luchando por reprimir el sobresalto que lo embargaba. ¿Axel? ¡Si hasta hace dos días era su diana de odio...! Pero continuó hablando como si su boca estuviera desconectada de su mente. —Podrás tratar estos asuntos con ella y te dará

su versión de mujer, que seguro es más acertada que la mía. —Intentó sonreír, aunque sentía los labios tensos.

El rostro de la muchacha se iluminó, esperanzado.

—Nunca he tenido una amiga de mi edad. Sólo he compartido confidencias con tu madre... Pero con ella no podría tratar estas cosas... —bromeó. —¡Espero caerle bien!

Devon no supo qué decir, asombrado por la escasa fe que sentía en sí misma. En el pasado, cuando descargaba su frustración y sus celos sobre ella y la veía responder con zarpazos de ira, usando un lenguaje impropio de una dama, creía que Axel era una roca indestructible, hecha con un material callejero, sin fractura no donde dañarla. Y ahora encontraba que todo había sido pura fachada, que ella era tan vulnerable que ni siquiera se daba cuenta de que podría tener el mundo a sus pies, no sólo por su belleza, sino por su dulzura, por ese carisma que emanaba de su persona cada vez que se cruzaba con algo o alguien que le gustara... Y ser consciente de que él era el culpable de aquella inseguridad le puso un nudo en la garganta.

—Axel, he sido un canalla contigo desde que te conocí —confesó —Sentí celos desde el primer momento que nos vimos y te odié profundamente cuando mi madre se trasladó al campo y demostró cómo te apreciaba... Ese era el motivo de que te insultara y te hiciera creer que estabas por debajo de mí... ¡Nunca me paré a pensar que aquella situación no era culpa tuya! — Se tapó la cara con las manos, avergonzado. —Machaqué a una pobre niña cuyo único pecado fue nacer pobre y dar amor a los míos... He sido un miserable.

Axel había soñado tantas veces con aquellas palabras que no podía dar crédito a sus oídos; ni tampoco a su corazón, porque ahora que las oía, descubría que le dolía más el arrepentimiento de Devon que sus llantos a escondidas, cuando tras zaherirle con sus impropiedades se tiraba sobre su cama y rogaba a Dios que aquel monstruo regresara pronto a la ciudad.

Con los ojos anegados, le apartó las manos y se escondió en su hombro, reconfortándose mutuamente.

—No digas eso, Devon. No fuiste cruel... Y si lo fuiste, yo te pagué con la misma moneda. Nunca

dejé de reprocharte cosas y tampoco he sido justa contigo. Olvidemos el pasado. Ahora somos amigos.

Las lágrimas se agolpaban en sus mejillas y él las limpió con las yemas de los dedos, en una caricia tan íntima que ambos lo presintieron. Cuando el beso les aproximó no hubo sorpresa, excepto que esta vez la pasión fue sustituida por una ternura sin límites, haciendo jadear a Axel de placer.

—Gracias —musitó él, tan lleno de sentimientos que prefirió pegar la espalda al respaldo para no cogerla en sus brazos.

Axel, conmocionada, solo logró susurrar:

—¿Amigos?

Devon asintió, clavando sus ojos en ella con una expresión indescifrable.

—Amigos.

# Capítulo 3

La noche caía sobre Blackmoon cuando el carruaje de los Birmingham atravesó la muralla que protegía la fortaleza y tomó el empedrado sendero que conducía al patio de armas y su torreón central. El castillo estaba situado en los Borders, una de las zonas fronterizas entre Inglaterra y Escocia, y se alzaba, imponente, sobre una colina rodeada de fértiles tierras regadas por el Tweed.

Durante el trayecto, Axel había contemplado pintorescas aldeas, lagos maravillosos y paisajes rocosos que la habían dejado sin habla, asombrada de que hubiera paisajes tan diferentes de los de Suffolk a una distancia tan relativamente corta. Sólo hacía un instante se habían detenido a contemplar cómo el disco solar se ocultaba en el horizonte de un inmenso lago de las prístinas aguas e incluso Betty y el cochero habían suspirado de placer. Escocia parecía una tierra de ensueño.

Cuando hicieron su entrada en el alcázar, Axel agradeció haberse cambiado de ropa en la posada donde se habían detenido para tomar un refrigerio a media tarde, porque con la caída del sol empezaba a notarse un frío intenso. Además, con guantes y sombrero, su aspecto era realmente distinguido y viendo la solemnidad del lugar, lo que más deseaba era pasar desapercibida.

Devon sonrió al adivinar sus temores. También él se había puesto el resto de sus prendas para hacer una entrada adecuada en el castillo. Antes de descender del carruaje, le apretó las manos en un gesto de confianza que Axel correspondió con un esbozo de sonrisa nerviosa.

Todo el patio estaba iluminado con antorchas y alrededor de los escalones de entrada a la torre del homenaje se congregaba un nutrido grupo de personas entre los que era fácil diferenciar a los invitados de los sirvientes. Los anfitriones, un hombre de espectacular altura, cabellos negros como el carbón y vestimenta escocesa, y una mujer alta y rubia, con un elegante vestido de fiesta que realzaba sus encantos, dieron un paso adelante para recibirles.

Para Axel, casi en estado de shock, las primeras palabras de bienvenida fueron apenas un murmullo. Sólo podía sentir la mano de Devon en su cintura y la mirada azul que la traspasaba como un dardo desde más atrás de las anchas espaldas del anfitrión. No logró ponerle rostro a esos ojos,

pero sintió como si la embrujasen impidiendo a su mente centrarse en otra cosa... Hasta que la voz de Devon la trajo al presente. Se ruborizó intensamente al ver que el hombretón moreno le estaba besando la mano y que Devon la presentaba a los reunidos.

—Me he permitido traer compañía —decía, entre afectuoso y bromista —Conozco sobradamente a Clarence para saber que no le entusiasma la competencia femenina, así que pensé que sería buena idea invitar a Axel, por si no había mujeres... —Miró en rededor, galante y guiñó un ojo a todas las presentes. —Ya veo que me equivoqué. Mis disculpas, señoras. —Después besó la mano de la anfitriona, que se derretía de risa, con los ojos brillantes tan azules como el océano. —Ella es Axel, mi prima. Quería conocer Escocia y me pareció oportuno que empezara por Blackmoon.

William Blake miró con sorna a su amigo, pero en cuanto captó que Devon hablaba en serio, dirigió un saludo formal a la joven.

—Bienvenida a mi humilde casa. Espero no defraudar vuestras expectativas.

Su voz tenía un acento peculiar; inglés pero con deje extraño, que ella supuso sería escocés.

—Imposible, milord. Si los paisajes ya me han emocionado, la vista de la fortaleza me ha dejado sin habla. —Logró articular, aunque azorada. —Os agradezco muchísimo que me aceptéis en ella.

Clarence la abrazó, impulsiva, obligándola a relajarse.

—¡Dios mío! ¡Axel! ¡Menudo nombre! No es bastante que tengáis esa cara para que además luzcáis un nombre asombroso... —Replicó, traviesa —Devon tiene mucha razón; no me gusta la competencia; pero me temo que esta noche haré una cura de humildad —Tiró de su brazo y la llevó hasta la gente que aguardaba. —Voy a presentaros a todos. Es hora de cenar y ya estoy viendo caras hambrientas... —Volvió a ruborizarla con su descaro. —Aunque no sé si es de nuestra comida o de vos.

El primer invitado que tuvo enfrente era el dueño de los ojos azules. Pese a sus nervios, logró escuchar “duque de Ivory” y “cuidado con él”, además de observar el porte aristocrático, la altura elevada, muy similar a la de Devon, y una boca sensual que convertía aquel rostro en lo más

atractivo que ella viera jamás.

Él le besó la mano con una silenciosa promesa y permitió que Clarence la llevara de grupo en grupo, aturdiéndola con nombres llenos de títulos.

Cuando al fin se vio en el interior de la torre, la sonrisa de su anfitriona se había suavizado y, llevándola en un aparte, la besó cariñosa mientras la tuteaba.

—Devon jamás me había hablado de ti, pero si te ha traído con ocasión del cumpleaños de William es porque eres importante para él; así que, también lo serás para mí. Tu primo es el hombre que más quiero después de Blake, por tanto, Axel considérate en tu casa. Y considérame una amiga. —Comprendiendo la perplejidad de la joven, sonrió con afecto. —Te estoy volviendo loca, perdona. Ya tendremos tiempo para hablar. Ahora sube a refrescarte un momento y baja en seguida. Mi cocinera se enfada muchísimo si permito que la cena se enfríe... —Detuvo a una doncella que pasaba por allí y le hizo un último encargo —Emma te acompañará a tus aposentos. Tu doncella ya debe haber subido. ¡Ah! Y no te cambies de traje. Ese va perfecto para esta noche. ¡Hasta ahora! ¡Si dejo sola a esa horda de libertinos, no dejarán una botella para brindar después!

La habitación que le habían destinado era grande, presidida por una elegante cama con dosel y cortinas de color marfil. Una chimenea acabada de encender caldeaba la estancia, iluminada por candelabros de plata de exquisita filigrana. Muebles de impecable factura completaban el mobiliario, además de un armario de dos puertas y un espejo de cuerpo entero. Tras un biombo de hallaba el pequeño aseo, con tina de madera, lavamanos y toallas de suave paño.

Axel curioseaba la estancia mientras Betty y Emma deshacían su equipaje, distraídas en un intercambio de informaciones sobre los hábitos de la casa, cuando dos golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación y entró el vizconde, quien tampoco se había mudado de ropa.

—¿Estás lista? Debemos bajar ya.

Axel recogió un chal verde oscuro con el que se cubrió los hombros antes de ofrecerle su

enguantado brazo.

En el pasillo, aprovechando que estaban solos, Devon le acarició la mejilla, llenándola de calor.

—Mi habitación está al final del pasillo. Si necesitas cualquier cosa, en cualquier momento,

llámame. —Informó en un susurro —se te ve pálida —retuvo sus dedos en su barbilla. —¿Sigues nerviosa?

—Un poco —admitió. —No sé muy bien como portarme.

Devon clavó sus ojos en ella, viéndola tan radiante que no entendía sus miedos.

—Ya te lo dije en el coche. Con naturalidad.

—¿Y si me preguntan...?

Entendió la dirección de sus temores y endureció la mandíbula, apretando los dientes.

—¡Eres mi prima, Axel! Hija de Orson Birmingham. Nadie va a tener la poca delicadeza de indagar más; no te angusties.

—¡Me siento una impostora! —musitó, sintiéndose estúpida por las inmensas ganas de llorar que la embargaban.

Él la tomó de los hombros, deseando borrar el brillo que empañaban sus preciosos ojos y odiándose por saberse culpable de sus inseguridades.

—No me recuerdes lo miserable que he sido todos estos años, Axel, por favor —musitó junto a su oído. —Mi madre te amadrinó y mi tío te adoptó. No necesitas más para llevar con la cabeza alta nuestro apellido.

Ella, agradecida, le besó una de sus rasuradas mejillas. Y entonces, a través del hombro de Devon, volvió a encontrarse con los penetrantes ojos azules.

—Veo que los primos os queréis de verdad —opinó burlona la boca que acompañaba a los ojos.

Devon la soltó de inmediato, con una expresión que ella no supo calibrar si era de molestia o diversión.

—¡Andrew, mal bicho! ¿Qué haces a mis espaldas?

—Intentar cubrírtelas, como siempre —ironizó el otro. —Sin embargo, esta vez no parece necesitarlo.

—¡No seas mal pensado! Ya has conocido a Axel... Por cierto, cariño. —Se volvió a ella jovial, aunque la muchacha creyó entrever una advertencia sincera —no dejes que este mujeriego use contigo sus artimañas. Aunque la fama de poeta le corresponde a Michael, es Andrew quien embauca a las damas con su florida oratoria.

Pese a que la sonrisa que asomó a los labios del duque fue franca, un brillo malicioso cubría sus ojos, y Axel pensó que resultaban misteriosos, como guardianes de recónditos secretos... Y excitantes promesas. Una vez más se sintió inmersa en un universo al que no pertenecía.

Pero él no la dejó acobardarse, tomando su brazo con una familiaridad que la desconcertó.

—¡Exageras, por Dios! El peligroso siempre fuiste tú. Y para demostrar que soy de fiar, le he rogado a Clarence que me permita acompañar en la mesa a esta preciosa jovencita ¿Puedo llamarla Axel, verdad? Lady Birmingham suena demasiado serio... —La mirada que dirigió a su amigo fue desafiante. —A ti te ha puesto enfrente, para que nos sirvas de carabina.

Devon asintió, sin perder la sonrisa, aceptando ir unos pasos tras ellos. Se dijo que para eso la había llevado a Blackmoon, para que se codeara con gente de su posición. Pero el conato de celos que le azuzó al advertir el interés del duque volvió a asustarle. ¡No podía permitir que Axel le importara! Sonaba casi a incesto.

La cena se desarrolló en un ambiente informal, con cruce de comentarios de doble sentido de un extremo a otro de la mesa. La mayoría se comportaba como un grupo de amigos que llevaban tiempo sin verse y se sentían felices del reencuentro.

Axel se condujo durante el banquete con sencillez, halagada por los agasajos de los invitados y desconcertada por la solicitud del duque, quien tenía atenciones constantes pasándole pequeñas



exquisiteces para que las probara o rellenando su copa.

Mientras, Devon intentaba no reparar en lo que ocurría enfrente y participaba de la algarabía general.

Clarence, en su papel de anfitriona, observaba que todo funcionara correctamente mientras analizaba la comodidad de sus invitados, pendiente de que a nadie le faltara conversación, además de comida o bebida. Y cuando en una ocasión su mirada se cruzó con la de Axel, le envió un guiño de complicidad al que ella correspondió con una espontánea sonrisa.

—No repitáis ese gesto o tendré que pedir os en matrimonio —escuchó susurrar en su oído.

Sobresaltada, Axel observó a su acompañante, cuyos ojos no podían ser más explícitos.

—Lo digo en serio —aseguró él, sin molestarse en disimular su interés. —No hay en todo el Reino una sonrisa como la vuestra.

—Milord... Andrew, quiero decir... —farfulló, azorada. —Por favor, no digáis esas cosas o seré incapaz de trataros con normalidad.

Él la contempló largamente, con el indescifrable azul de sus ojos extrañamente serio. Después tomó un trago de vino antes de insistir en su cortejo.

—¿Os gustaría cabalgar al amanecer? Los paisajes son hermosos en esta tierra pero con la luz del alba parecen de otro mundo.

Axel no supo cómo responder. Le halagaba tener la atención del duque sobre sí, porque era el hombre más apuesto de la fiesta y porque la hacía sentir la mujer más deseada de la noche; pero también estaba segura de que se trataba de un juego para él y de que estaba acostumbrado a jugarlo demasiado a menudo. Aunque sin duda debía ser la primera vez que se hallaba ante un contrincante con tan pocas dotes. Herida en su orgullo, decidió disimularlo, mostrando una confianza que no sentía.

—Me gustaría, pero no creo que sea correcto.

La sonrisa masculina se ensanchó, seguro de su poder de seducción.

—Preguntádselo a Clarence. O a Devon, si os hace sentir mejor.

Aquella voz persuasiva la puso en alerta. ¡Era demasiado ingenua para competir bien! Pero se rebeló ante lo que sus palabras parecían sugerir.

—No tengo que justificarme con él —replicó, distante. —Es solo que no sé si se considera correcto que dos personas solteras salgan a cabalgar a solas. Porque estáis soltero ¿verdad?

Una sonrisa iluminó por completo aquel rostro de rasgos perfectos, desde sus penetrantes ojos azules, hasta la boca sensual, pasando por los marcados pómulos y las tupidas cejas rubísimas. Su cabello era tan claro que podía pasar por un vikingo; eso sí, con un corte a la moda que dejaba su nuca al descubierto y un esbelto cuello, ahora aprisionado por un elegante pañuelo. Vestía como Devon, traje formal y zapatos oscuros.

—Lo estoy. Y pensaba que por mucho tiempo... —asintió, burlón, consciente del estudio que la joven estaba haciendo de toda su persona —¡Disculpádmelo, no quise ruborizaros de nuevo!

Pero ella lo estaba. Roja como la grana. Y admitió su derrota.

—Me temo que no sé mucho de galanteos. No abuséis de mi inocencia —suplicó en un susurro, tremendamente incomoda.

El duque de Ivory entrecerró los ojos, cautivado por el candor que se desprendía de ella. Acostumbrado a los artificios de la Corte, Axel era una tentación irresistible.

—¿Dónde estuvisteis escondida? Devon nunca nos habló de vos.

—Es una larga historia —replicó evasiva.

—Entonces, espero que me la contéis más adelante —sugirió, ya sin rastro de burla— Los días son muy largos y encontraremos un hueco para las confidencias.

Como si Clarence hubiera adivinado el atolladero en que estaba metida y acudiera en su ayuda, la vio incorporarse de la mesa con su luminosa sonrisa y su encantador talante.

—¡Señoras, estoy segura de que están como locas por empolvase la nariz! Pero además, les tengo preparado un ameno recorrido por la terraza de la torre, para que disfruten de la luna llena antes de que estos lobos de ciudad nos seduzcan con sus encantos... Ustedes, caballeros, —hizo una

reverencia a su marido —pueden ir tomándose un brandy en la biblioteca mientras comentan sus péfidos planes para esta noche.

William no pudo evitar una carcajada alegre, y sin detenerse por la presencia de los invitados, envió un beso a su esposa con la punta de los dedos y una mirada llena de promesas que logró que ella se ruborizara de verdad.

Eran once las damas invitadas a los festejos pero pese al escaso número, Axel apenas tuvo tiempo de intercambiar un saludo con ellas.

En cuanto estuvieron en la terraza, una doncella le puso una copa de clarete en la mano y siguió de largo, sirviendo al resto, mientras Clarence, tras impartir algunas órdenes, la tomaba del brazo y se acomodaban en una esquina.

—¿Estás bien, Axel? Me pareció que Andrew te incomodaba un poco... Me rogó que os sentara juntos y no vi motivos para negarme, pero si ha sido impertinente le diré a William que le ponga en su sitio.

Ella adoptó la pose serena que su tía Elena le había enseñado para cuando tuviera que enfrentarse a situaciones incómodas, entre altiva y amable, porque si bien era cierto que Clarence Blake le parecía solícita y divertida, tampoco tenía confianza con ella para portarse con desenvoltura. Cuando tuviera oportunidad lo comentaría con Devon, pero no iba a quejarse de un duque por cuatro frivolidades que le había soltado.

—No me ha molestado. Es sólo que, con sus atenciones, me provoca desasosiego. No estoy acostumbrada a llamar la atención de ese modo —se limitó a señalar.

—Es muy insistente cuando quiere algo —admitió la joven dama, sin rastro de preocupación.  
—Pero no temas. Es amigo de Devon y jamás se atrevería a excederse.

A Axel se le escapó una réplica.

—No fue lo que Devon me dijo.

Clarence Blake rió, encantada con su sinceridad.

—Así que el viejo zorro te advirtió ¿no? ¡Bueno, son todos iguales! Se saben irresistibles y pretenden que nos arrodillemos a sus pies... Pero confío en tu sensatez.

—Yo no —confesó Axel seducida por su cordialidad —Voy a necesitar tus consejos.

La mujer le besó una mejilla, satisfecha de comprobar que se había ganado su confianza.

—Estaré encantada de dártelos —aseguró. —Cuando conocí a William apenas tenía amigas en Londres y eché de menos no tener a quien confiarme.

Axel correspondió con una sonrisa cómplice.

—Según Devon no te hizo falta y te las apañaste muy bien.

Los ojos claros de la inglesa brillaron con nostalgia. Estaba bellísima a la luz de luna, con los rubios cabellos recogidos en una trenza larga que le caía sobre la espalda. Lucía un vestido de noche con el tartán de su marido al hombro, lo que le hacía parecer esbelta como un junco.

—Tuve tentaciones, no creas, porque Devon me gustaba a rabiar. Pero William... —Sus ojos lo dijeron todo. —Él enamoró mi corazón.

Axel la besó, agradecida de que la considerase digna de sus confidencias, aunque un ligero sobresalto se instaló en su interior al descubrir que no sólo Devon estuvo interesado sino que, al parecer, también fue correspondido. Pero se obligó a ser sincera.

—Debes saber que te tiene en gran estima. Para él no fuiste un simple juego.

La sonrisa de Clarence se amplió, complacida.

—Bueno, en todo caso ya no importa; aquello ocurrió hace mucho tiempo —replicó resuelta.

—Adoro a William y me consta que ellos respetan a las mujeres de sus amigos. Aunque eso te parezca evidente, no creas que siempre es así; la vida en Londres es sucia y peligrosa. ¡Cada vez me gusta menos vivir allí! —confesó mientras la curiosidad le podía más que la cortesía —¿Y tú, dime, donde has estado escondida?

—En Marion Hill, la residencia campestre de los Birmingham. —El vino se le estaba subiendo a

la cabeza y la conversación con la anfitriona era fluida así que se dejó llevar —Orson... Mi padre, anda siempre perdido en sus legajos, y con quien en realidad convivo es con la madre de Devon, mi tía Elena.

Los ojos azules se entrecerraron, más curiosos si cabe.

—Una dama sorprendente, por cierto. Me encantaría saber más sobre ella.

—¿Sobre tía Elena? Cuando quieras... Es una mujer adorable.

Iban a continuar con la conversación pero la alta figura de William Blake apareció en la escalera, dispuesta a reunirse con su esposa, y Axel se apresuró a preguntar lo que llevaba recomiéndola por dentro desde el final de la cena.

—Una última cosa antes de volver, Clarence, ¿Sería correcto salir a cabalgar mañana con el duque?

La condesa ya tenía los ojos posados en su esposo, pero aún se volvió para advertirla con astucia.

—Deja correr un par de días antes de darle esa satisfacción. Os conoceréis mejor y tú misma decidirás al respecto.

Axel asintió, aunque se permitió insistir en algo más.

—Pero, ¿es correcto socialmente?

La risa de Clarence quedó flotando en sus oídos, además de su consejo:

—Estamos en el campo. Y además, en Escocia. Siéntete todo lo libre que puedas.

Axel la miró correr hasta los brazos de su marido, quien la envolvió en ellos y le besó la boca, ajeno a sus amistades, lo que le hizo sentir una pizca de envidia. Resultaba evidente que aquel sí había sido un matrimonio por amor.

—¿Estorbo o se me permite acompañarte dentro?

La presencia de Devon le alegró el espíritu, aunque pareciera inusualmente serio. Y para dulcificar su rostro, le besó una mejilla.

—Me encanta tu presencia, *primo* —bromeó por primera vez. —Es más, solicito que no me abandones. ¿Crees que podría retirarme sin ser maleducada? Estoy ligeramente cansada.

Devon respondió a su ademán con un suave apretón del brazo, satisfecho por la intimidad que le otorgaba.

—Es muy posible que ellos mismos desaparezcan en breve.

Señaló con gesto burlón la mano de William, posada impudicamente sobre el trasero de su esposa.

—¿Son siempre tan espontáneos?

—William es un bárbaro por mucho que lo refinaran en Eton —bromeó el vizconde —Y Clarence es asombrosamente descarada para ser de la nobleza; pero no, en Londres se reprimen un poco. Blackmoon es un lugar aparte. Todos podemos ser nosotros mismos aquí.

—Me gusta.

Devon tomó nota del brillo de sus ojos y también del recelo que apareció en ellos cuando vislumbró la figura de Andrew tras él y del modo en que apretó su brazo.

—¿Tomamos una copa, primos Birmingham?

—Axel se retira. Si esperas unos minutos, te acompaño —confirmó el vizconde, intranquilo por el intercambio de miradas.

—¿Nos veremos mañana, Axel?

—Creo que estaré cansada, milord —replicó ella, sintiéndose más segura con Devon al lado —Otro día, quizá.

—A vuestra disposición. Felices sueños.

El beso que depositó en sus nudillos erizó la piel de Axel. Y su voz le había sonado tan sugerente como si la desnudara, lo que aumentó su desasosiego y le hizo apresurar el paso para bajar las escaleras.

El vizconde se mantuvo en silencio hasta que llegaron ante la puerta de su alcoba, pero una vez

allí la apoyó contra la madera e indagó con preocupación.

—¿Ha sido Andrew grosero contigo?

—En absoluto.

Sin embargo, su rubor le confirmó que ocurría algo.

—Entonces, se pasó de galante —adivinó, molesto.

—No se pasó, Devon... —intentó disculparlo, temerosa de provocar un enfrentamiento entre amigos. —Es sólo que... Me pone nerviosa.

—¿Por qué? —La mirada de él se hizo más intensa mientras le sujetaba el rostro con ambas manos —¿Te provoca cosquillas?

La confusión que asomó a sus ojos lo dejó sin aliento, logrando que se arrepintiera de haberla llevado consigo.

—Si se atreve a molestarte, le parto los dientes —susurró furioso.

Axel no pudo evitar una sonrisa. Después le acarició la cara.

—Puedo cuidarme sola, *primo*. Sólo he de practicar un poco.

Devon la contempló, más sereno, antes de posar los labios en los suyos.

—No es una buena costumbre, pero adoro besarte —confesó quedo, apoyado en su frente.

Ella contuvo el impulso de decirle que también adoraba que lo hiciera, sin embargo, se limitó a pasarle los dedos por los labios y a despedirse con un susurro.

—Buenas noches, Devon.

Él tardó unos instantes en apartarse, colgado de su boca.

—Buenas noches, Axel.

# Capítulo 4

Al día siguiente Axel despertó muy tarde. Betty no había descorrido las cortinas y la penumbra de su habitación la desorientó hasta que la imagen de unos ojos azules la despertó por completo. *¿Cómo podía un simple recuerdo, hacerle arder las mejillas?*

El duque de Ivory la desconcertaba. Estaba segura de que sólo bromeaba cuando le decía aquellas cosas pero el modo de mirarla le hacía hormiguesar el estómago y sentir la necesidad de acercarse a él, como la polilla a la luz. Sin embargo, sabía que no debía confiarse. Devon le había advertido y se conocían demasiado como para que él pudiera confundirse al respecto; no le cabía duda de que eran un par de seductores peligrosos. Hundió la cabeza bajo la almohada con un gemido. ¡Echaba de menos haber adquirido un poco de desenvoltura!

Dos llamadas a su puerta la pusieron alerta.

—¿Axel? ¿Puedo pasar?

Atónita reconoció al causante de su desasosiego.

—¡Por supuesto que no! Mi doncella...

—Sé dónde está vuestra doncella. La envié yo. Poneos una bata en dos segundos si no queréis perturbarme en serio.

Convencida de que cumpliría su amenaza, corrió hasta el sillón y recogió la vaporosa bata que Devon le había regalado; nada recatada para la visita de un caballero a su alcoba, estaba segura, pero no tenía otra cosa más a mano.

Mientras, la puerta se abrió dejando paso al duque de Ivory portando una bandeja.

—¡Menos mal que no quedamos para cabalgar! Me habrías dado un plantón espantoso —bromeó dejando su carga sobre una mesa cercana.

—¡Pero...! Disculpadme, milord, pero no creo apropiado...

Él la miró sonriente, sin molestarse en disimular cuánto le gustaba lo que veía.

—¡Tenía que saber cuál era vuestro aspecto recién levantada! Es importante cuando piensas



casarte con alguien ¿no? —Se había sentado en una silla estirando las piernas ante sí con elegante pereza. —Imaginad que ahora parecierais una bruja... ¡Me quitaríais el empeño de golpe! Lo cual no es el caso, evidentemente. —Amplió su sonrisa, incorporándose para servir una taza de té. —Vamos, Axel, relajaos. Estamos en Blackmoon. ¿Nadie os avisó de que aquí las normas no existen? Acompañadme en el desayuno.

Remisa, aceptó la taza que el hombre le tendía, sentándose al otro extremo de la mesa.

—¿Os dijo Hunt que mordía? ¿Os ha prevenido en serio contra mí? —Aunque la sonrisa persistía en sus labios, los ojos parecieron serios. —Os aseguro, Axel, que jamás abusaría de una mujer... A no ser que ella me lo pidiera, claro. Y ya imagino que eso no ocurrirá con vos.

—¡Por supuesto que no! —Aseveró, menos severa de lo que le hubiera gustado.

Él untó una delicada rebanada de pan con mantequilla y mermelada y se lo tendió.

—¿Amigos?

—No se me ocurriría renegar de vuestra amistad – replicó mientras tomaba la tostada, aún recelosa. —Pero debéis entender que...

—Que no acostumbráis a lidiar con calaveras – adivinó el duque.

—Algo así.

—¿Y si prometo dejar a un lado las galanterías?

—Todo sería más sencillo —confirmó ella, relajándose momentáneamente.

—Me resultará duro pero prometo intentarlo... Después —aceptó Ivory, acercándose a su rostro con ademán perezoso y recogiendo con la punta de la lengua una pizca de mermelada que descasaba en sus labios; la tragó, con evidente placer. —¡Sois una tentación, Axel, por más que os desespere! Aunque prometo reformarme —concluyó formal.

Ella mantuvo la cara rígida, tan sofocada que no sabía cómo reaccionar.

—No lo repetiré, relajaos —terminó de un trago el té y se levantó, pesaroso —sin embargo, será mejor que os deje; debo hacer algunos reajustes mentales para estar con vos sin avasallaros —Le

besó la mano con gesto serio —Nos veremos en el almuerzo. Con gente delante será más fácil.

En pocos segundos estuvo sola, tan atónita que se preguntó si no lo habría soñado.

La puerta trasera de la torre daba acceso a una gigantesca terraza de mármol por cuyos escalones se llegaba a un hermoso parque con parterres, fuentes, bancos de hierro forjado y pequeños templetos; decorado todo con la armonía típica de un jardín inglés.

Siguiendo las indicaciones de una doncella, fue allí donde Axel halló a la mayor parte de los invitados, acompañando a Clarence Blake, alrededor de una mesa.

La anfitriona escribía en un papel los nombres de los presentes y los metía en dos recipientes de cristal tallado, y en cuanto vio aparecer a Axel por la contraventana añadió el suyo.

—Buenos días, querida. Estamos improvisando un juego para esta tarde —informó.

Ella, desconcertada, miró en rededor. Faltaban William y Devon, entre otros, pero el duque la contemplaba con gesto indolente, estirado sobre una otomana, y buscó asiento lejos de él.

—¿Sobre qué versará ese juego? —Preguntó, interesada.

La anfitriona esbozó una sonrisa traviesa.

—¡Escogeremos acompañante! Uniremos los nombres de estas soperas y, por un día, esas dos almas gemelas intentarán complacerse mutuamente. —Al ver el rictus sombrío de la joven, se apresuró a explicarse. —No hay nada incorrecto en ello, por supuesto. Nadie puede exigir lo que el otro no quiera hacer.

La inquietud se adueñó de Axel, no pareciéndole aquella diversión demasiado correcta.

—¿Jugaremos todos? No veo a Devon ni a tu marido.

—Pero sus nombres están —aseguró ella, transmitiendo tranquilidad con su sonrisa. —Andan por los establos, admirando los caballos del conde. En cuanto regresen iniciaremos los emparejamientos. Mientras, ¿a quién le apetece una limonada?

Como si aguardaran su señal, un grupo de doncellas apareció en la terraza portando jarras de

cristal y altas copas y se apresuraron en servir a los invitados.

Andrew se incorporó para sentarse a su lado.

—Me estáis evitando. Y no hay motivo —susurró en su oído.

—Me intranquilizáis, lo siento —admitió son volverse. Lo tenía tan cerca que, de hacerlo, juntarían sus bocas.

—He estado concentrándome para que los papeles nos unan —confesó muy bajito —si no lo consigo voy a pasar un mal rato viéndoos todo el día con otro.

—¿Se puede declinar esa unión? —Preguntó, no queriendo darse por enterada del resto.

—Me temo que no. Se supone que todos somos amigos en Blackmoon.

Los ojos verdes tuvieron el poco tino de mirar los azules y Axel sintió como la piel se le erizaba. Se percibía pasión en las pupilas del duque. Se preguntó cómo sería que ese hombre la besara, y se sonrojó de golpe cuando él pareció leerle el pensamiento y esbozó una sonrisa amplia, divertida.

—¡Saldrá! Siempre confío en mi buena suerte.

Axel no tuvo tiempo de replicar. El grupo de hombres que regresaba de las cuadras lo hacía con evidente escándalo, riendo y bromeando entre ellos, con el conde a la cabeza.

—Veamos qué nos tiene preparado mi esposa. ¡Ya sabéis que no sabe estarse quieta cuando se trata de imaginar estrategias para movilizarnos!

—¡Habría sido un buen militar! —Bromeó Devon, acercándose hasta Axel.

Si le molesto la proximidad del duque no lo demostró. Besó a la muchacha en la sien derecha antes de tomar asiento al otro lado.

—¿Descansaste bien? Se te ve preciosa.

Con una cálida sonrisa, ella se relajó. Se sentía más cómoda con él cerca.

—Gracias. Dormí muy bien. ¿Qué tal los caballos del conde?

—¡Espléndidos! Tiene unos alazanes de lujo y unas yeguas que nos han matado de envidia. Te mostraré las cuadras en cuanto termine este enredo. —Después susurro en su oído. —Sería

demasiada suerte que me tocarás tú.

Clarence, ajena a las puyas masculinas, solicitó una mano inocente y tras decidirse por la de Michel Sinclair, “el poeta” como lo apodaban todos. Axel no sabía si era por dedicarse de verdad a dicho arte o por su aire melancólico, con un pelo lleno de rizos y tiernos ojos marrones —comenzó a leer con gesto teatral los pequeños papeles que su amigo le iba pasando.

El tercer emparejamiento fue el de Devon y la anfitriona. “*Te machacaré si le pides un beso, inglés*” aseveró Blake bastante serio, a lo que su amigo le respondió con burla “*Tu mujer se sacó esto de la manga. Aunque no voy a quejarme*” logrando que Clarence corriera junto a su marido para estamparle un beso en la boca ante el jolgorio general.

El nombre de Axel salió en décimo lugar... con el de Andrew Perry. La sonrisa de él fue tan gozosa que Devon sintió deseos de borrarla de un puñetazo.

Axel se limitó a abrir los ojos con sorpresa, roja como una amapola, mientras él le tendía el brazo.

—Señorita... Sois mi invitada hasta mañana a estas horas.

Axel miró a Clarence y las soperas, insegura de que no hubiera hecho trampas, pero la mirada luminosa de su anfitriona le pareció realmente inocente.

—¿Axel? —Insistió él con el brazo en ristre.

—¿Dónde vamos? —Quiso saber, con abierta desconfianza.

El duque señaló la pequeña calesa que se acercaba por el empedrado del patio, conducida por un criado.

—He organizado un almuerzo campestre. —Informó encantado, aunque rectificó al percibir su recelo. —Nada peligroso.

Ella miró a Devon, quien parecía incómodo con la situación, pero supo que debía darle la espalda y acompañar al duque.

—Diviértete —la tranquilizó el vizconde. —Andrew no se atreverá a portarse mal.

La sonrisa del aludido no parecía muy tranquilizadora pero asintió, insegura, y fue a su encuentro.

—¡Lo preparasteis! —Acusó en voz baja. —No sé cómo, pero lo hicisteis.

Él la ayudo a acomodarse en el carruaje antes de hablar.

—Juro por mi honor que no estuvo amañado —aseveró algo más serio después, pese a que el

brillo de sus ojos parecía desdecir sus palabras. —Ya os dije que confío en mi buena suerte.

Axel aún se mostró renuente a creerlo.

—Y si no hubiera sido yo... ¿Seguiría adelante el almuerzo campestre?

La risa del duque resonó en el patio, haciendo volverse algunas cabezas y sofocando a la joven por la respuesta que llegó enseguida, descarada.

—Con Clarence, tal vez. Con el resto, ni loco.

El criado cedió su sitio y el duque de Ivory tomó las riendas con suficiencia, como parecía hacerlo todo. Condujo en silencio, concentrado en la tarea hasta que atravesaron el portón principal y estuvieron lo bastante lejos del castillo; pero se detuvo a un lado del camino, alarmado al darse cuenta del gesto hostil de su acompañante.

—¡Axel, esto es un juego! Si no os complace, volvamos —sugirió, molesto.

Ella estudió sus facciones intentado percibir si era sincero, pero Devon tenía razón: no sabía nada de hombres. Denegó despacio, sin querer parecer una mojigata.

—Adelante —musitó. —Disfrutemos de ese almuerzo.

Andrew Perry se lo agradeció tomando su mano y depositando un casto beso en sus nudillos.

—¿Si os prometo ser sólo un buen amigo desfrunciréis el ceño?

Ella asintió. Después de todo, sentía un íntimo anhelo por saber cómo era, tras su fachada frívola, aquel hombre.

La calesa les llevó por un estrecho camino entre piedras y matorrales hasta un recodo del río. Bajo un enorme olmo, Perry la ayudó a desmontar, desensilló al caballo y sacó dos cestas de mimbre

que sus criados se habían encargado de llenar. Tras extender una manta, se arrodilló y comenzó a servir las copas con vino.

—Poneos cómoda. ¿Os gusta el sitio?

Axel tuvo que admitir que era precioso, verde, exuberante, tranquilo... Demasiado tranquilo. Pero como nada en los gestos del hombre indicaba que corriera peligro, tomó asiento en la esquina opuesta, recogiendo sus faldas, y aceptó la copa.

—¿Por qué no me habláis de vos? Es un pecado que Hunt no nos haya presentado antes.

—No soy interesante —replicó, ruborizada.

—Eso dejad que yo lo juzgue —exigió él.

Mientras hablaba se había quitado la chaqueta y el pañuelo, dejando entrever un pecho atlético bajo la almidonada camisa, lo que la llevó a pensar que el duque debía hacer mucho deporte, aunque no al aire libre, puesto que su piel era pálida, sin el atractivo moreno de Devon. Se obligó a no compararles y decidió complacerlo, con ánimo perverso, retándolo a que siguiera con sus galanteos una vez conocidos sus dudosos orígenes.

—Vivo en Marion Hill, la propiedad campestre de los Birmingham. Ignoro quienes son mi auténtica familia. Orson Birmingham me rescató de las calles cuando tenía cinco años. Según parece, intenté robar su cartera, pero debía ser muy mala porque me pilló. —Probó a ser irónica, sorprendida por el modo en que él enarcaba una ceja con curiosidad, sin reprobación alguna —Orson me adoptó y tía Elena me amadrinó, por tanto ellos son ahora mi familia. No obstante, siempre he tenido claro que no pertenezco a vuestro reducido mundo aristocrático. Ni tengo el menor interés en hacerlo.

A pesar de su cáustica conclusión, él siguió sin mostrarse impresionado.

—Creo que una vez escuché esa historia... —confirmó Andrew, pensativo —pero nunca la relacioné con Devon.

A Axel no le resultaba extraño, dado cómo habían sido sus relaciones en el pasado. Lo que sí le llamó la atención fue la inesperada actitud del duque, que logró calentarle el corazón y le permitió

sentirse cómoda a su lado.

—Antes nos llevábamos fatal —confesó con resignación. —De pequeño, Devon sentía unos celos absurdos de mí y después, cuando su madre se instaló en el campo, se reforzaron de tal modo que no podía ni verme... —Su mirada se había vuelto triste, aunque al pensar en cómo eran ahora las cosas, su rostro resplandeció de nuevo. —Hasta este verano. Cuando Devon regresó de Europa, nos reconciliamos.

El duque entrecerró los ojos, tomando nota de cada una de sus expresiones.

—En realidad no sois primos —concluyó, pensativo.

—No, no lo somos —denegó Axel, confiada.

La actitud del hombre se modificó, intensificando la mirada. Era demasiado experto en lides de conquista como para no advertir lo que ella misma, al parecer, no reconocía.

—¿Estás interesada en él? —La tuteó de repente.

La pregunta la cogió desprevenida porque no pensaba que hubieran hecho nada que diera pie a semejante interrogante.

—¿En Devon? —Recordó sus bromas en el carruaje, sus besos... y se sonrojó- No lo sé —admitió sincera.

La sonrisa que asomó a los labios del duque fue cínica, pese a que no le agradara haber dado en el blanco. Pero siguió adelante con su juego, necesitando saber hasta dónde llegaban sus posibilidades.

—Creo que tú sí le gustas —aventuró.

Un pequeño gesto de alarma asomó a los ojos verdes.

—¡Somos familia! —Protestó Axel, rectificando tras un titubeo. —En realidad, no.

La mirada azul la sondeó. La maestría para manejar a las mujeres era prácticamente innata en Andrew Perry y no había cosa que deseara más que ganarse el aprecio de aquélla, pero le carcomía por dentro el muro que ella había interpuesto... Y su propia falta de control en la conquista.

—Hay tensión entre vosotros, puede notarse —murmuró, no sin despecho— nada que ver con lazos familiares... —Contraatacó, dispuesto a jugar sus bazas —Pero yo también te atraigo.

Lo tenía muy cerca, casi rozando su cara; sin embargo, Axel aguantó el envite.

—No me enseñaron a seducir ni a usar tretas femeninas, —admitió ruborizada —por tanto sólo puedo ser sincera. Es verdad que me atraes; aunque no sé qué significa eso.

El parpadeo que ocultó el océano de aquellos ojos camufló también el alborozo de su corazón. El duque de Ivory se encontró con ganas de aullar a la luna; y aprovechó la ocasión, usando la más provocadora de sus sonrisas.

—¿Te ha besado Devon?

Axel asintió, no muy segura de donde irían a parar sus preguntas pero encandilada por sus maneras.

—¿Quieres comprobar si conmigo es diferente? —Susurró casi en su oído.

Ella asintió, hechizada, y Andrew acercó su rostro un poco más; le quitó la copa de los dedos y atrajo la mano temblorosa hasta la nuca, donde la dejó, curvándole los dedos sobre su cuello.

Sin tocarla, con el simple aleteo de sus labios, le recorrió el rostro muy despacio: las sienes, los párpados, el puente de la nariz, las mejillas... y lentamente, los labios. Primero el superior, con breves mordiscos, y luego el inferior... Hasta que la supo confiada y su boca se abrió, voraz, para atraparla en un pozo de fuego que la enervó por completo.

Axel gimió contra su pecho y él la estrechó con ambas manos sobre la espalda; tan fundidos que parecían uno.

—Pensé que no sabrías besar —murmuró él, obligándose a separarse para aparentar que llevaba las riendas aunque las sienes le atronaban por el deseo.

Axel se perdió en sus ojos, tan ruborizada que ardía.

—Y no sé —musitó avergonzada.

El duque mantuvo el control dándolo por zanjado con una última caricia en los labios de la que



ella se quedó tan prendada que se tambaleó al apartarse. Sus manos la sujetaron, y sus ojos, quedaron presos en los verdes, que estaban líquidos.

—¿Quieres ser la condesa de Ivory?

La muchacha dio un respingo, atónita.

—¡No digas tonterías, Andrew! Te acabo de confesar quien soy.

La mirada del hombre no pudo ser más seria ni su voz sonar más ronca.

—La única mujer con la que deseo darme un revolcón y me contengo. Esa eres.

Ella no supo qué responder. No entendía de artimañas ni hasta donde pretendía llegar el duque, pero estaba creyendo sus palabras y eso le asustaba.

Entendiendo su desconcierto, él insistió, tan turbado como ella por la fuerza de su obsesión.

—Estoy siendo sincero, Axel. Me embrujaste de algún modo anoche, cuando bajaste del carruaje

¡Sé que tú también lo sentiste! —Deseó zarandearla por su empeño en negarlo. —No logro quitarte de mi cabeza.

Para recuperar la compostura, Axel esbozó una sonrisa chispeante. Sabía que no había sido muy correcta al dejarse cortejar de aquel modo, pero se disculpó pensando que él era un maestro y ella una novata.

—Clarence me advirtió de que resultabas algo caprichoso... —fingió una desenvoltura que le arrancó una mueca burlona.

—Es posible, sí —admitió él. —Es posible que sólo seas un capricho. Pero ¿no estarías dispuesta a ser mi amante hasta que averigüe si lo que siento es auténtico?

Axel negó, divertida y algo abochornada por haberle dado pie a semejante propuesta. Pero Andrew tomó su mano y le besó los nudillos, haciendo gala de su habitual encanto.

—Entonces, tendremos que casarnos.

Ella siguió el juego con una rápida réplica, frunciendo los labios en un mohín de descaro.

—Lo siento, el matrimonio no entra en mis planes.

—No descansaré hasta acostarme contigo —aseguró Perry, de repente muy serio —Tú decides.

Ella lo contempló, desarmada, volviendo a inquietarse. No sabía qué creer o no. Las sutilezas de la seducción la perturbaban de tal modo que se sintió con ganas de llorar.

—Discúlpame Andrew. No sé cómo seguir esta conversación.

Su sinceridad le conmovió. Pasada ya la fuerza del deseo pudo permitirse contemplar a la candorosa mujer que tenía a su vera con cierta dosis de ternura.

—¡Dios mío, Axel, eres una delicia! ¡Estaba hablando en serio!

Axel notó el cambio y asumió las riendas en la dirección que le interesaba.

—Pues entonces, apárcalo... ¡Tengo hambre! Y lo que quiera que hayas traído en esa cesta, huele de maravilla.

Él aceptó, regocijado, darle una tregua. Ignoraba qué se escondía tras su fachada serena; pero le encantaba su ficticio aire desenvuelto.

Se disponía a sacar las viandas cuando la mano de cuidadas uñas le detuvo un instante.

—Dijiste que seríamos amigos... —Axel titubeó unos segundos. —Y lo del beso sólo ha sido una prueba ¿verdad? Por cierto, —le brillaban los ojos con viveza —Devon jamás me ha besado de ese modo, por tanto no puedo compararos; pero ha resultado... electrizante, por si quieres saberlo. —Después dio otro giro a la conversación —¿Podré seguir tuteándote en presencia de los demás?

El duque asintió con un ligero “*por favor*”, tan dichoso como un chiquillo y por primera vez en su vida cautivado por una mujer.

Sacó la comida y la colocó sobre el mantel, sirviéndole pequeña porciones en un plato de porcelana.

—Has pensado en todo —se admiró ella ante las viandas y la vajilla.

—Yo no, mis criados —reconoció ecuánime. —Saben lo que me gusta y cómo me gusta.

Ahora le tocó a ella el turno de burlarse.

—¡Te comportas como un auténtico duque!

Andrew rió abiertamente.

—No sé cómo serán los otros duques, pero tuve un padre y un hermano para aprender de ellos.

La curiosidad asomó al rostro femenino.

—¿No eras el primogénito?

Una bruma de tristeza oscureció brevemente la mirada azul, aunque enseguida el duque se recuperó, adoptando su tono bromista.

—No. Lo era mi hermano Guillaume, pero se mató en un accidente de caza, dejándome el incordio de heredar el título.

Axel omitió referirse a la muerte del mayor de los Perry, porque aunque quisiera disimularlo era fácil intuir cómo afectaba al duque, pero sí replicó a la parte final de su perorata.

—Lo mismo dice Devon y no creo que seáis justos —acusó, molesta.

Siempre había pensado que la vida no era ecuánime en su reparto y que la obligación moral de los que más tenían debía ser la de ayudar a los menos afortunados.

—¡Con esos títulos podíais hacer muchas cosas! Mejorar la vida de mucha gente.

—Ese puede ser el problema —asintió él, sacando a relucir su espíritu cínico —Por un lado, despierta expectativas en los demás, y por otro, ser productivo se considera ser vulgar. Me debato sobre cual camino seguir.

—¡Siempre el más lucrativo! —Opinó ella, tomando un bocado de sus dedos.

—Te salió el alma callejera —bromeó, cálido.

Axel le sonrió, agradecida.

—¿De verdad no te molesta que sea plebeya?

—Lo único que me molesta de una mujer es que sea fea o estúpida —replicó el duque con agilidad. —Y está claro que no entras en ninguna de esas categorías.

Ella rio divertida y los ojos azules destellaron de lujuria.

—En serio, Axel ¡No sabes cómo te deseo!

El susurro la había dejado paralizada aunque intentó disimularlo.

—Además del almuerzo ¿qué más has pensado proponerme?

—Una cosa es lo que puedo y otra lo que podré... —admitió con descaro, ofreciéndole un cuenco con fresas.

Ella tomó una, consciente de que su gesto resultaba sensual. Se chupó los dedos y se lamió los labios, descubriendo que le excitaba el juego. Andrew gimió en su boca.

—No puedes pedir que sea un santo.

—Lo exijo, no lo pido —se burló, metida en su papel.

—Te he pedido matrimonio... —recordó, tumbándose a su vera y enredando los dedos en los mechones de su pelo que habían quedado libres. Los bucles rojizo brillaban al sol —parece fuego. Como toda tú... —musitó, besándolos.

—Te dije que no quiero casarme. Y menos con un aristócrata.

Axel se permitió trazar una caricia en su mentón, firme y liso y Perry retuvo su mano llevándosela a los labios. Le mordió los nudillos y le chupó los dedos, dulces por el jugo.

—Sabes a fresa. Cuando seas mi esposa, te embadurnaré de mermelada, ¿Lo imaginas? Estoy seguro de que te gustará.

La imagen puso un escalofrío en su piel. La voz de Andrew resultaba un susurro cálido y vigorizante al mismo tiempo.

—Di, ¿lo imaginas? —Insistió, mordiendo su palma.

Axel se incorporó bruscamente. El calor amenazaba con ahogarla.

—Dejémoslo, Andrew. Creo que hemos ido demasiado lejos.

Él comprendió que la había asustado y recogió velas poniéndose de rodillas sobre el mantel.

—Discúlpame. No pretendía... Bueno, no voy a mentir, sí lo pretendía; pero no deseo que te enfades. Me importas demasiado.

Axel caminó hasta la orilla. La ropa se le pegaba a la piel por el excesivo calor del mediodía. Recogió un poco de agua y se refrescó la nuca. No quería mirar a su acompañante porque lo sentía a

su espalda, desnudándola con la vista.

—¿Te atreverías a darte un baño?- le escuchó decir en un susurro cargado de sugerencias.

—No —negó, rápida. —Sabes que no.

—¿Pensaré de ti que no eres una dama? —La burla subyacía en su ronroneo, molestándola.

—No sé qué pensarás-replicó, seca —Pero sé que no lo haré.

Cuando se dio la vuelta, lo tenía a su lado.

—Desinhibete, Axel. No se lo contaré a nadie.

Ella se estremeció ante aquella su voz y pensó en que podría odiarle por intentar seducirla, añadiendo un número más a su lista.

—No es porque lo pregones, Andrew. Ya me resulta bastante difícil seguirte el juego; dejémoslo estar.

Él abandonó el flirteo, súbitamente serio.

—¿Y si prometo...?

—No me fio de tus promesas —atajó Axel con repentina frialdad.

—¡Te has enfadado! —le sujetó el mentón con los dedos, buscando sus ojos.

Axel se vio obligada a admitirlo.

—Conmigo. Por coquetear contigo y darte pie. No debí hacerlo.

—¡Axel, mi vida, yo no necesito pie! Me tomo mis libertades solito —replicó risueño mientras le acariciaba los hombros.

—Prefiero que no me toques... —susurró, sofocada.

—Porque te gusta... —adivinó, quedo.

Se lo confirmo con rabia, como si en vez de un encuentro amoroso tuviera una pelea sobre un cuadrilátero.

—Sí.

Parecía que él iba a responder algo impulsivo, pero se detuvo un momento y después se apartó.

—Te propongo una cosa... esta noche, cuando la luna esté en lo alto, volveremos para bañarnos.

Al menos yo lo haré. Te esperaré al comienzo del camino, después de que todos se retiren. Si vienes, me harás muy feliz —susurró, meloso. —Si no lo haces... lo aceptaré.

—No vendré —aseguró Axel, tajante.

—No quiero saberlo ahora —insistió con calma. —Mi siguiente plan es regresar a Blackmoon.

Aquí hace demasiado calor. —Retomó su voz sugerente —A no ser que tú prefieras otra opción...

—Regresar me parece bien —admitió, confusa.

Le sacaba de quicio que él pudiera pasar de la seducción al formalismo sin mediar un pestañeo.

—Volvamos entonces. Podremos seguir conociéndonos al atardecer, dando un paseo en bote por

el lago —Sonrió, divertido —¿Quieres que te hable de mi familia? Te vendrá bien conocer sus miserias cuando te conviertas en duquesa ¡Ya verás cómo tienen un pasado mucho peor que el de cualquier plebeyo!

—Nunca he subido a un bote —admitió, más tranquila al verlo desistir de sus avances.

—Pues ya va siendo hora de que el “*nunca*” desaparezca de tu vocabulario —bromeó él, aunque sus ojos estaban serios.

Axel no supo qué decir, descolada por las palabras que decían sus labios y lo que sugería su mirada.

Lo ayudó a recoger y regresaron en la calesa sin hablar apenas. Frente a la vivienda, un criado se hizo cargo del carruaje y él la acompañó hasta su alcoba.

—Sé que no vas a invitarme a entrar aunque es lo que me gustaría... Descansa. Nos veremos a las seis —besó sus nudillos y luego sus labios, suavemente —Vendré a despertarte.

Tras cerrar la puerta, Axel se apoyó en la madera. El corazón le atronaba de tal modo que temía que pudiera escucharse en todo el castillo.

Acudió a despertarla literalmente. Axel sintió un soplo tibio sobre sus cabellos y cuando abrió

los ojos encontró los azules presos en ella.

—Miénteme. Dime que soñabas conmigo.

—¿Cómo puedes tomarte tantas libertades? ¿Dónde está mi doncella? —Se incorporó asustada por su proximidad.

Perry se encogió de hombros, despreocupado.

—Con su novio, supongo. Lo bueno de Blackmoon es que no solo los nobles nos tomamos libertades, también los criados. Esto es como *Xanadú*. ¿Quieres una bata?

No parecía turbado por la intimidad que mantenían. Pero ella sí lo estaba.

—Quiero arreglarme a solas —exigió.

Andrew se apartó del lecho, quedando a unos pasos.

—Si es un verdadero deseo, te lo concederé. Si es por tu sentido del decoro, podrías reconsiderarlo.

Casi estuvo a punto de hacerla reír con su descaro, pero se contuvo.

—¡Andrew, por Dios! ¿No hay nada sagrado para ti? Se supone que deberías tratarme como a una dama, no como a tu amante.

—No tienes ni idea de cómo trato a una amante —aseguró jovial —Para empezar, no llevarías esa camisola, y para seguir, estaría contigo bajo las sábanas.

—¿Puedes dejar de torturarme con esas escenas? No soy de hielo y tampoco una libertina.

Él se mordió los labios con un gesto de asentimiento.

—Nos va urgiendo casarnos. ¿Quieres que hable con Blake? Tal vez pueda arreglarlo en unas horas.

Axel le tiró la almohada, enfadada a medias.

—¡Vete inmediatamente! Me reuniré contigo en la terraza, cuando esté lista. ¡Y no se te ocurra volver a invadir mi alcoba!

—Si cumplo esas normas ¿te casarás conmigo? —Replicó el duque soltando el almohadón sobre

una silla.

—¡Andrew!

Su grito sonó exasperado y él rio, satisfecho, encaminándose a la salida.

—Está bien, ya me voy —concedió solemne.

Entonces, Axel descubrió la rosa roja sobre la mesilla. Y, sin poder remediarlo, sonrió.

Mientras bajaba las escaleras se preguntó dónde estaría el resto de los invitados. Parecía como si todos hubieran desaparecido. Las estancias por donde pasaba se hallaban silenciosas; por eso, creyendo haber escuchado cuchicheos en la biblioteca, golpeó levemente en la puerta, temiendo ser indiscreta. Para su regocijo, una voz conocida le dio paso.

—Adelante.

Devon y Clarence jugaban al ajedrez frente al ventanal, en actitud relajada.

La sonrisa surgió espontánea en los tres.

—Cualquiera diría que la gente se ha evaporado —musitó, acercándose a ellos.

Devon se levantó, solícito, para ofrecerle una silla.

—¿Estás bien? ¿Cómo fue todo?

—Por supuesto que estoy bien —asintió, sonrojándose ante la idea de que ellos supieran lo que realmente había ocurrido en el río —El duque es... muy amable.

Devon frunció el ceño al tiempo que Clarence soltaba una carcajada.

—¡Querida, de Andrew puede decirse cualquier cosa pero jamás que es amable! —Aseveró la anfitriona.

—¡Pues lo ha sido! —insistió, arrebolada hasta las orejas, sintiéndose cogida en falta. —Y ahora dime la verdad ¿Lo amañasteis juntos para que saliera mi nombre?

La mirada de Clarence mostró la evidente curiosidad que sentía.

—¿Me crees capaz de algo así? Quedamos en ser amigas, Axel —la recriminó suavemente —Jamás daría esa prerrogativa a Andrew. Lo que ocurre es que suele tener buena suerte ¿No es



cierto, Devon?

—Sí, muy buena suerte —admitió él, enfurruñado —¿Seguro que no se ha... sobrepasado?

—No más de lo que yo le consentí.

La risa volvió a brotar de la anfitriona mientras él se enfadaba.

—Es difícil sustraerse a su encanto —admitió Clarence.

Devon permaneció de pie, muy serio, pendiente de cada gesto de Axel.

—¿Ya sabes lo que quieres?

—No, Devon; pero en ello estoy —replicó, molesta por su encono. —Me trajiste aquí para eso ¿no?

—Eso parece —admitió de mal humor.

Lady Blake asistió a la conversación con los ojos entornados, percatándose del trasfondo de la escena que sus acompañantes estaban dando. Y como aquel par de tontos parecía no darse cuenta, optó por intervenir.

—¿Tienes algún interés en Andrew, Axel?

—No lo sé —admitió confusa —Me ha pedido en matrimonio y me he negado. No sé cómo tratarlo. Parece tomarlo todo a la ligera...

Al escuchar la noticia Devon dio un respingo, pero su amiga lo reprimió sujetando su brazo con una mirada de advertencia.

—Puede que se lo tome todo a la ligera; sin embargo, es la primera vez que piensa en una “*Lady Ivory*”.

—No creo que lo diga en serio. Es solo que...

—Que se muere por meterte en su cama —bufó Devon.

—Eso dijo —admitió, avergonzada.

—¡Dios bendito! Sí que le ha dado fuerte... —El rostro de Clarence se tornó prudente —Pues tienes un problema, Axel. Si algo puede asegurarse del duque es que es perseverante.

La muchacha sintió su rostro en llamas. Le resultaba difícil lidiar con Andrew pero poner en palabras sus intenciones se le había hecho más duro aún. Y encima Devon parecía realmente molesto. ¿Tendría razón Perry? ¿Estaría interesado en ella?

—¿También estuvo detrás tuyo cuando conociste a Blake? —Indagó para apartar sus dudas.

La obvia inclusión del vizconde en el también hizo que ambos se miraran. Y, sorprendentemente, Clarence se sonrojó.

—Sí, también —asintió, sin querer mentir a Axel. —Aunque no de ese modo. De todas formas...

Todos sabían que de no ser por William, mi elegido habría sido Devon.

El aludido sonrió y ella le apretó una mano, turbada.

—Lo sabías ¿verdad?

—Sabía que no podía luchar contra William —admitió él, cálidamente —Ponías el alma en cada mirada.

Axel sintió una punzada de celos. ¡La intimidad entre ellos era tan evidente! Envidiaba la seguridad de la que Clarence hacía gala pese a su arrebol. Todo en aquella mujer indicaba que controlaba su vida.

—¿Nunca tuviste dudas? —Quiso saber, incómoda.

—Serias, no - rebatió la condesa. —Pero soñé con Devon a menudo. Me imaginé cosas...

—Apartó su mirada de su amigo, abochornada; queriendo ser leal con Axel —En el fondo de mi corazón sabía que escogería a William. Y tú ¿Has mirado en el fondo del tuyo?

Axel negó con un gesto. Debía ser justa y agradecer la sinceridad de Clarence. Apenas se conocían de unas horas y ella se estaba exponiendo ante Devon; porque si bien parecían mostrarse mucha familiaridad, resultaba evidente que no habían hablado de sus sentimientos desde mucho tiempo atrás.

—Pues no le des ninguna confianza al duque hasta que lo hayas hecho —aconsejó en respuesta.

—Es una recomendación solo; de una amiga a otra amiga.

Axel se incorporó y la besó en las mejillas, complacida.

—Ha tenido mucha suerte al conocerte, Clarence —miró a Devon que se mantenía enfurruñado.

—Ahora debo dejaros. Andrew me espera para llevarme al lago. Disfrutad de vuestra... compañía.

El vizconde hizo ademán de decir algo pero se contuvo manteniéndose serio.

Ella lo besó al despedirse, también formal.

—Nos veremos en la cena.

El duque de Ivory paseaba por la terraza a grandes zancadas, dando muestras de impaciencia, pero cuando Axel apareció en la puerta con una chaqueta sobre el vestido verde, varios tonos más claros, y un sombrero a juego, se detuvo a contemplarla con adoración.

—Te perdono que hayas tardado una eternidad; ha merecido la pena. —confesó galante, besándole los nudillos.

Axel rió, divertida con sus halagos.

—Debo confesar que tardé muy poco. Me entretuve con Devon y Clarence que estaban en la biblioteca.

Una sonrisa juguetona bailó en los bien formados labios del duque.

—¿Jugando al ajedrez?

—¿Cómo lo sabes? —Le asombró su intuición.

—No existe ningún misterio —rio él. —Cuando Clarence quería darle celos a Blake, solían hacerlo. Se escondían en las habitaciones de Devon para que William terminara encontrándolos —confesó son suficiencia.

La mirada de Axel se llenó de curiosidad.

—¿Y cómo estás seguro de que no... ocurrían otras cosas?

—Sólo William estaba tan enfermo de celos que no veía la adoración de Clarence —aseguró, mordaz.

Caminaron hasta el lago a buen paso, aprovechando el frescor de la tarde. El sol se estaba poniendo. Y Axel quiso saber más.

—¿Nunca pensaste que ella fuera... licenciosa?

La risa del duque resonó en los campos, jubilosa.

—¡Me encantan las mujeres licenciosas! —Bromeó - Pero no, no lo pensé. De serlo, se hubiera acostado conmigo.

—¿Se lo pediste, también?

Andrew la miró a los ojos. Aunque sus labios sonreían, las pupilas estaban serias.

—Sí, pero a ella no le ofrecí matrimonio.

Axel le correspondió con un rictus irónico, empezando a sentirse cómoda con sus maneras desenvueltas.

—¡También eres más joven! Los años deben pesarte... —se burló. —Y necesitarás un heredero.

—Jamás me ha preocupado ese asunto-admitió tranquilo, aunque enseguida hizo gala de su buen humor —Eso sí, un hijo de ambos rompería moldes en los salones de Londres... Sólo por eso, deberías pensártelo.

Axel rio, divertida.

—Andrew, ¿dime que hay una parte seria en ti!

Él la miró con cariño.

—Debe de haberla, imagino.

La llegada al embarcadero interrumpió la conversación. El criado que parecía ocuparse del sitio les ayudó a subir y entregó los remos al duque, quien a su vez le dio la chaqueta, volviendo a quedarse en mangas de camisa. Resultaba tremendamente atractivo y Axel retiró la vista para no quedarse embobada.

—¿Sabes usar eso de veras?

Bromeó para romper la tensión que empezó a crearse en cuanto avanzaron unos metros.

—En Oxford gané más de una regata —informó él sin dejar de comérsela con los ojos —¡Y a

William, que ya es difícil! No temas, estás a salvo conmigo.

—¿Seguro? —No pudo menos de bromear.

—Más segura que en ningún sitio —asintió, provocador. —A no ser que decidamos adelantar el

baño de esta noche.

Ella rio, pese a la insistencia.

—¡Ya te dije que no iré!

—Y yo, que siempre mantengo la esperanza.

Ella se encogió de hombros decidida a no discutir.

—Dejémoslo. Prometiste ponerme al día sobre tu familia.

—¿Estás pensando en aceptar mi propuesta?

—Tú instrúyeme y ya veremos —replicó, juguetona.

Andrew rio, satisfecho, incapaz de decidir qué le hechizaba más de aquella mujer, si su apariencia física, su carácter o su candor.

Devon les vio entrar en el recibidor, risueños.

Axel traía el pelo alborotado y las manos del duque asían su cintura con familiaridad. La ayudó a quitarse la chaqueta y el sombrero y se los entregó a Betty, que aguardaba junto a la escalera.

—Llegamos tarde a la cena. No me cambiaré —avisó a la doncella antes de descubrirle.

—Hola, Devon. Buenas noches.

Él no pudo contener un comentario sarcástico.

—Es tarde para regresar del lago...

—Andrew me entretuvo contando viejas historias.

Parecía tan contenta que los celos le recomieron. Cuando miró a su amigo supo que lo había notado.

—Andrew... Confío en que sabrás ser un caballero.

—Puedo asegurarte que Axel me obliga a ello —replicó el aludido con marcada ironía.

La respuesta ácida del vizconde quedó en sus labios al aparecer la anfitriona, perfectamente engalanada.

—¿Dónde te habías metido? ¡Tienes que hacer la entrada conmigo! William está un poquito molesto. Hola Axel, deberías peinarte antes de cenar. A la derecha hay un pequeño toilet. Brenda te la mostrará —indicó a una doncella que pasaba por allí —¡Pero no te entretengas que todos llegamos tarde!

Sujetando el brazo de Devon se lo llevó de allí.

Durante la cena, el duque de Ivory estuvo más pendiente de su amigo que de la mujer que le acompañaba pero éste no lo notó, ausente en sus pensamientos, dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Clarence. Nada más despedirse Axel comenzó a interrogarle sobre ella, queriendo saber algo para lo que no tenía respuesta.

*¿La amaba él? ¿Cómo podía saberlo? Apenas se conocían. Axel había entrado en su vida cuando contaba doce años y apenas mantuvieron relación durante las breves estancias que pasaba en la finca en verano o en navidad.*

*Axel estudió con institutrices, debido a que su tío odiaba la vida en Londres. Y cuando su madre se trasladó a Marion Hill tras la fastuosa celebración de su decimoctavo cumpleaños durante la cual tomó posesión de su herencia como vizconde de Dermont, Axel pasó a convertirse*

*en su enemiga; la persona por la que su madre mostró más interés que en su propio hijo. Al menos, así lo había sentido él. Ahora comprendía que había sido egoísta, que no supo leer más allá en la ausencia de su madre...*

*Pero en todo caso, dejando aquellas consideraciones aparte, era consciente de que apenas la conocía. Sabía de ella que era estudiosa, apasionada, ingeniosa, divertida... Y que anhelaba casarse por amor. Eso le hacía plantearse quién era él para influir sobre si le convenía el duque de Ivory o no. ¿Y si ella se enamoraba? El título de duquesa sería una puerta abierta para su ingreso en la hipócrita sociedad londinense. Nadie ignoraba que Orson Birmingham estaba soltero, con lo cual Axel sólo podía pasar por bastarda o por recogida. Pero nadie se atrevería a rechazarla siendo la mujer del duque de Ivory.*

*Sin embargo, cuando la miraba se sentía incapaz de no desearla.*

Sus ojos se cruzaron con los de Andrew y entonces advirtió el escrutinio del duque. Sabía que se había dado cuenta. Se conocían demasiado para no comprender que eran rivales.

Sonrió cansinamente y tornó su atención a Clarence, la cual ejercía de anfitriona con el resto de comensales.

—En vista de que nuestro juego termina mañana a mediodía, he decidido ofreceros algún entretenimiento extra, para que no os veáis en el apuro de cómo ocupar las horas nocturnas... Decentemente, quiero decir —Su sonrisa burlona recorrió a todos los presentes. —Si de aquí sale algún matrimonio mal avenido, mi adorado William no me lo perdonará jamás, así que hacedme el favor de comportaros con decoro y dejar los atrevimientos para Londres — Suspiró teatralmente. —Como decía, habrá baile en el salón principal. Los músicos de la aldea tocarán para nosotros hasta el amanecer. Estáis invitados.

Con un cómico saludo, solicitó el brazo de Hunt y abandonó el comedor.

Mientras los corrillos se formaban en el salón, Axel subió a cambiarse el vestido por otro más

apropiado. Betty, en medio de un parloteo incesante sobre la falta de etiqueta que predominaba en la casa y que le hacía sentirse encantada, la puso al corriente sobre los cotilleos de la planta inferior: que si lady Clarence y su esposo se pasabas días enteros sin salir de sus aposentos, que si Michel Sinclair y la señora Vernot se veían a escondidas, que si Elizabeth Swan estaba loca por el vizconde de Dermont...

—¿Elizabeth Swan? ¿Quién es?

Betty introdujo nuevas horquillas en el alto moño de Axel que le dejaba los hombros y el cuello al descubierto, mirándola a través del espejo.

—¿La señorita Beth? Una dama muy guapa; bastante joven creo. Tiene los ojos claros y el pelo rubio. No llama la atención porque es bajita y tímida, pero hay varios caballeros tras ella. Sin embargo, Lizzy, su doncella, dice que llora todas las noches porque el señorito Devon ni siquiera la mira y se siente muy desdichada.

Axel no supo qué decir. Imaginar a alguien enamorada de Devon no era difícil ya que resultaba tremendamente atractivo. Pero ¿para llorar? Nunca se había planteado llorar por un hombre. Posiblemente porque nunca había estado enamorada. Eso la llevó a otra pregunta ¿Qué era lo que sentía cuando Devon la besaba? ¿Deseo? Las caricias del duque eran más atrevidas y ejercían un fuerte poder sobre ella, de eso no cabía duda; las piernas le flaqueaban y sentía anhelos de que no parase, pero... No eran las cosquillas de Devon. El aleteo en el estómago no lo sentía con Andrew.

Dos golpes en la puerta la obligaron a reaccionar.

—Es el duque —informó Betty, con una sonrisa de oreja a oreja.

Antes de que tuviera tiempo de objetar nada, le había ofrecido una moneda a la doncella e indicado con un gesto firme que les dejara solos.

—Parece que no tendremos baño en el río.

Parecía realmente apesadumbrado, lo que la hizo reír.

—Ya te dije que no iría, así que te ha venido bien el baile.

—Siempre me quedará la duda —insistió, tenaz, acariciándole el cuello. —Te quedarán muy



bien las esmeraldas de mi familia. Harán juego con tus ojos.

—Ya tengo unas —admitió, algo avergonzada —Devon me las regaló.

—Muy generoso el vizconde —masculló el duque, sin dejar de rozar su piel con los nudillos.

—Andrew, —le apartó la mano —Por favor...

—Necesitaré un beso —susurró, perdiéndose en su mirada. —Al menos uno, si he de comportarme ahí abajo.

Estaban tan cerca que Axel sintió un escalofrío. Él tomó su silencio por un sí y la atrajo hasta su pecho, sorprendiéndola. Esperaba algo apasionado y resultó muy dulce.

—Me importas, Axel. Sé que te resulta difícil de creer porque a mí también. Pero me importas.

Ella lo estudió con detenimiento. ¿Ese era el Andrew verdadero, el que quería encontrar? Le gustaba. Le besó los labios, suavemente.

—Creo que tú a mí también —admitió en un susurro.

Andrew Perry suspiró, sin pensar en aprovechar el momento. La imagen de Devon Hunt no se le quitaba de la cabeza. Su amigo y él habían tenido intereses comunes muchas veces y ambos habían respetado el campo contrario... Pero esta vez era distinto. Él quería a Axel. Y aunque no llegaba a conocer en qué medida, a Devon le pasaba igual. Aquello había pasado a ser algo más que un juego.

—Bajemos. Todos se estarán preguntando donde estamos —sugirió, asiendo su cintura.

Ella se dejó llevar, subyugada por su encanto.

La banda sonaba un poco desafinada en los temas palaciegos pero cuando William Blake sugirió que tocarán música de la tierra los acordes volvieron el aire más vibrante. El sonido invitaba a bailar sin normas establecidas, con aleteo de faldas y brazos en alto, tal como demostraron Blake y su esposa con un grito de júbilo. Los demás, animados por los anfitriones, decidieron probar.

Axel, encantada, se dejó conducir en los brazos de Andrew que demostró ser un experto bailarín en cualquier pieza que se tocara; más tarde compartió danzas con Blake, Sinclair y todo aquel que se

atrevió a invitarla. Estaba agotada aunque risueña cuando en una pieza tranquila se encontró en los brazos de Devon.

—Te brillan los ojos —advirtió él en su oído. —Y se te alborotó el pelo... No imaginaba que pudieras seguir ese ritmo tan bien.

—Ha sido emocionante —admitió feliz. —Me está encantando Escocia.

Su alegría pareció ensombrecer el semblante masculino. Devon no comentó nada; sin embargo, acercó sus cuerpos un poco más.

Para Axel no pasó desapercibido su cambio de humor.

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

Que ella fuera tan perspicaz le hizo fruncir el ceño, contrariado.

—¿Qué te hace pensar que estoy enfadado?

Axel se apartó un poco para estudiar sus facciones que permanecían serias.

—Tu actitud —confesó en un susurro. —Te muestras distante.

Volviendo a cercarla en sus brazos, el vizconde se encogió de hombros, disgustado consigo mismo por disimular tan mal.

—Pareces feliz con Perry y no quería interferir.

Axel supo que mentía. Empezaba a conocer las inflexiones de su voz. Se tensó sin querer y moduló sus palabras despacio, para que sólo él pudiera escucharla, ya que si quería hablarle al oído como había hecho él, tendría que empujarse y no pasarían desapercibidos.

—He venido a conocer gente ¿no? Ese era tu plan.

El vizconde sintió su acusación como un puñetazo en el estómago y se rebeló, tensando la mandíbula.

—La idea era que aprendieras a desenvolverte en este mundo, sí; pero Andrew te acapara en exclusiva y tú te muestras satisfecha.

La incertidumbre se instaló en el corazón de Axel ¿Aquello era un conato de celos? ¡Desde luego lo parecía! Lentamente una sonrisa apareció en sus labios, dichosa de imaginar que él pudiera sentir

algo profundo por ella.

—Me gusta —admitió. —Aunque si estamos juntos es por el juego. A partir de mañana me gustaría confraternizar con el resto. —Bajó la voz, adoptando un matiz sensual sin pretenderlo. —Y contigo. ¿Podríamos salir a cabalgar por la tarde? Me vendría bien un intercambio de opiniones.

El vizconde contuvo un suspiro de placer, y la sonrisa le brotó espontánea.

—Perfecto. ¿A las cinco en las cuabras?

—Allí estaré —prometió, cálida.

Sin pensarlo, él estampó un beso en su mejilla. Y en ese mismo instante, Axel tuvo la visión de Elizabeth Swan, sentada en un extremo del salón. Horrorizada pensó que, si les había visto, el gesto debía haberle dolido.

—Devon ¿puedo pedirte un favor?

Él le acarició la barbilla, rendido.

—Sabes que sí.

—¿Conoces a Elizabeth Swan?

La sorpresa se reflejó al instante en los ojos castaños.

—Claro ¿por qué?

—Deberías... sacarla a bailar.

El gesto masculino mostró su absoluto asombro.

—Nunca lo he hecho —replicó, sin entender su interés.

—Ya lo sé. Por eso te lo pido.

El vizconde entrecerró los ojos, desconfiado.

—¿Qué estas tramando?

—No tengo la certeza de que sea buena idea... Pero si fuera yo, me gustaría guardar ese recuerdo... Si estuviera enamorada de ti —confesó, insegura del paso que daba.

—¿Beth? ¿Enamorada?

Ella sujetó su mentón, impidiéndole buscar a la joven con la mirada y él se estiró bajo su mano, como si hubiera recibido un calambre. Axel sintió la energía del contacto. Y rió, turbada.

—No podemos tocarnos...

Devon no dijo nada; se limitó a mirar su rostro ruborizado con tal intensidad que los nervios llenaron su estómago y tuvo que rehacerse deprisa, para no dar que hablar... Lo que la llevó a recordar a la jovencita enamorada.

—¿Bailarás con ella? —Insistió. —Por favor.

Devon sintió que no podría negarle si se lo pedía.

—¿Te has sentido alguna vez el patito feo del baile? —Se protegió, burlándose —No sé por qué eres tan compasiva...

—Ella no es fea —le recriminó seria, aunque no tenía una imagen muy clara de la muchacha.

—Y aunque lo fuera, sueña contigo. No seas cruel.

—Tal vez sea más cruel crearle ilusiones —objetó él, en absoluto atraído por montar una pantomima.

—¿No podrías, quizá, interesarte por ella? Creí que tu corazón estaba libre.

Nada más decirlo se arrepintió. Los ojos castaños se enfriaron, poniendo distancia entre ambos.

—Lo esté o no, la señorita Swan no me atrae —replicó, cortante. —Lo siento.

—Devon...

La súplica en los ojos verdes atenuó su enfado.

—¡Está bien! Un baile —aceptó.

Ella correspondió con un fruncido de nariz que intentó ser cariñoso.

—Muéstrate amable. Que no sospeche que lo sabes.

—Axel, soy un caballero —cortó, seco, más interesado en perderse en su boca que en seguir sus deseos.

Esta vez fue ella quien lo besó en la mejilla, dando por terminado el baile.

—Nunca lo he dudado. Gracias.

Regresó a la compañía del duque, quien conversaba en un corro de damas, haciéndolas reír. Cuando la vio llegar posó una mano en su cintura, posesivamente. El gesto no pasó desapercibido para el resto pero puso color en sus mejillas, pese a que no se atrevió a reprenderlo.

Una vez en la pista de baile, coincidieron con el vizconde y Elizabeth. La muchacha resplandecía, claramente feliz.

—¿Has tenido tú que ver en eso?

Axel, de nuevo, quedó admirada de su perspicacia.

—¿Es que lo sabes todo?

Él rió, complacido, acercando su rostro al de ella.

—Todo no. Cosas banales, casi siempre. Pero que Beth Swan se muere por los huesos de Hunt lo sabe todo el mundo. Menos él, como es típico.

La sonrisa de Axel se desvaneció, pensando en la joven.

—¡Dios, qué vergüenza! ¡Sois unos cotillos descarados!

Él no captó cómo la afectaba y continuó explicándose.

—Beth no disimula. Claro que es muy joven aún y su madre la azuza para que encuentre novio antes de la próxima temporada. Andan escasos de fondos.

—¡Andrew!

Axel le recriminó, visiblemente enfadada y él comprendió que su enojo era genuino así que, trató de explicarse.

—No hay secretos en nuestro círculo, Axel. Es de dominio público cualquier cosa buena o mala que nos ocurra. Si no se sabe a través de los clubes, son los criados quienes nos informan. Bastante repugnante, no lo niego, pero es así.

—¡No me gusta! No quiero formar parte de este mundo —denegó, asustada.

—Ya lo estás —aseguró, serio. —Desde que Hunt te puso en la mira de todos, formas parte del

circo.

Ella endureció el gesto, llena de rabia.

—Durará poco. Regresaré a Marion Hill y me olvidaré de que os he conocido.

Andrew Perry le ofreció una sonrisa mientras le acariciaba el mentón.

- ¿Se te ha olvidado lo de ser duquesa?

—No bromees —suplicó en un intento porque la tomara en serio —¡Lo digo de verdad!

Pese a ponerse serio, el duque insistió:

—Yo también.

Ella dio un paso atrás, abandonando la pista.

—Voy a retirarme. Estoy cansada.

—¡No lo hagas! —El duque se preocupó, captando al fin la magnitud de su enfado. —No te atosigaré más-prometió.

Axel perdió parte de la ira que había llenado su corazón, pero se mostró resuelta, deseando desaparecer de la vista de todas aquellas personas ante las que, de repente, se sentía una intrusa.

—Estoy realmente cansada Andrew. Ha sido un día muy largo. Por favor...

Él asintió, derrotado, aunque sin entender por qué ella había mudado de humor por un simple cotilleo. Estaba tan habituado a los salones de la Corte que no veía mal alguno en la frivolidad de su clase. No obstante, le ofreció el brazo y la acompañó hasta su alcoba, sin incordiarla con bromas ni zalemas. Ante la puerta, se limitó a besarle la mano.

—Buenas noches, Axel.

Ella respondió con un simple gesto, y aunque no se lo dijo, agradeció que dejara a un lado sus atenciones. De haber hecho cualquier intento de seducción lo habría aborrecido al instante.

# Capítulo 5

Durmió hasta muy entrado el día porque aquella noche le costó conciliar el sueño. El recuerdo de los comentarios sobre la joven Swan le daba una idea de cómo estaría ella en boca del resto. Sin duda, su relación con el duque sería observada con lupa. Ya no sintió deseos de relacionarse con nadie. Recordar la cita con Devon fue lo único que la obligó a levantarse.

Ayudada por el parloteo de Betty, se vistió el traje de amazona recogiendo su rebelde melena en un moño bajo y acudió a los establos. No encontró a ningún invitado por el camino, lo que agradeció enormemente y suspiró al comprobar que el vizconde estaba solo.

Devon frunció el ceño, preocupado por sus ojeras.

—No tienes buena cara...

—Me costó dormir —admitió con aspereza. —¿Nos vamos?

Devon intercambió unas palabras con el mozo de cuadra y en pocos minutos dispusieron de dos hermosas yeguas.

Axel comprobó que le había pedido una silla normal y no lateral, como las que usaban la mayoría de las mujeres, y le agradó que lo hubiera tenido en cuenta. Aunque su tía le había recriminado desde muy pequeña que cabalgara *a lo amazona*, ella se saltaba las reglas cada mañana, nada dispuesta a abandonar el placer de cabalgar sintiendo al caballo bajo sus piernas.

Con gesto firme, el vizconde la ayudó a montar. Ella, sin darle tiempo a dirigir el paseo, azuzó al caballo e inició un galope rápido, campo a través. Devon la siguió en silencio y durante un rato sólo escucharon el silbido de viento sobre la superficie del lago, al que fueron rodeando.

Habían dejado lejos el castillo cuando Axel refrenó al animal y señaló unas rocas.

—¿Nos sentamos ahí?

Hunt asintió en silencio, cada vez más hosco por la actitud femenina, aunque le ofreció su ayuda para desmontar y la acompañó hasta el montículo.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —No lo pretendía, pero su voz llevaba implícita una severa acusación.

—No lo sé —replicó, molesta también al percibirlo adusto —¿Y tú, quieres preguntarme algo?

—Tal vez.

—Pues hazlo.

Las miradas se enfrentaron en un duelo de voluntades, y al fin fue él quien lo rompió.

—¿Qué ocurrió anoche? Andrew y tú desaparecisteis temprano.

El gesto de Axel pasó a ser atónito.

—¿Estás insinuando que Andrew y yo... ¿¿Qué nosotros...?

—No insinúo —atajó, circunspecto. —Te pregunto.

Los ojos verdes lo contemplaron con frialdad, confundiéndolo.

—Dímelo tú. ¿Me crees capaz de haber pasado la noche con él?

Devon se levantó, violento. Deseaba zarandearla, carcomido por los celos, y al mismo tiempo, arrastrarla hasta el suelo y matarla a besos. La incertidumbre lo volvía loco.

—¡No lo sé! Eres muy inocente, Axel, pero te advertí contra él. Conozco bien a Perry...

Atónito se detuvo. ¡Ella estaba llorando! Los ojos se le habían llenado de lágrimas que comenzaron a deslizarse por sus mejillas de terciopelo y se mordía los labios, como si fuera a echarse a gritar. Sin poder creerse que hubiera provocado tanto dolor en ella se arrodilló a su lado aunque fue rechazado con una rabia incontenible.

—Que otros puedan creer eso... ¡Pero tú!

—Axel, no es por ti —replicó, apesadumbrado. —Es Andrew. Ninguna mujer se le resiste.

—Clarence, sí —recordó mordaz.

—Clarence, sí —admitió con tristeza por haberle hecho daño. —Ninguna más.

—Yo también —afirmó, quedo, conteniendo las lágrimas. —Aunque tampoco lo intentó.

Sus palabras le quitaron el dolor que, desde la madrugada anterior, llevaba apretando su pecho.



Se sintió mezquino pero aliviado.

—Os fuisteis juntos —acusó, no obstante.

—Me acompañó hasta la puerta. Después no sé qué hizo —replicó, molesta.

—Andrew no volvió al baile —insistió el vizconde.

Axel se encogió de hombros. En el rostro de Devon, sin embargo, apareció un conato de rabia.

—¡Maldito imbécil! ¡Debió pensar en ti! Debió suponer que daría lugar a rumores si no regresaba al salón.

—¿Siempre hay que pensar en todo? No le apetecería volver... —se encontró defendiéndole sin saber por qué.

—¡Debió pensarlo! Ya no somos unos críos, Axel. Si la reputación de una mujer está en juego, no podemos ser irresponsables.

Ella tuvo que mostrarse de acuerdo. Pero recordando el rostro de Andrew al dejarla, lo disculpó de nuevo. Parecía abatido por haberla enfadado. Estaba segura de que no lo había hecho a propósito.

—Olvidemos mi reputación. Tampoco es importante. Cuando regresemos a casa no veré a esta gente nunca más.

—¿De qué hablas? —ella esquivó su mirada pero Devon se sentó a su lado y le cogió la cara.  
—Anoche querías confraternizar con todos y hoy les huyes ¿Por qué?

—¡No quiero saber nada de tu maldita sociedad! —Replicó, renovando su furia. —Ya te dije que no iría a Londres. Estaba segura de cómo reaccionarían.

—Nadie ha hablado de ti —aseguró él, sorprendido. —Puedo jurarlo.

—¿Y tú qué sabes? Anoche, Andrew estaba enterado de lo de Elizabeth. Sabía todo sobre ella. Hasta que su familia está arruinada. Y me dijo que todos lo sabían... Si esa chica está en boca de todo el mundo ¿por qué no iba a estarlo yo?

Devon asintió, más tranquilo al comprender sus temores. Le cogió la mano y se la llevó a los labios, conciliador.

—Axel, si en Blackmoon todos sabemos lo de todos es porque somos amigos, o al menos muy conocidos. Tenemos negocios juntos, o hemos estudiado en Eton durante años... La señorita Swan está aquí porque es prima hermana de Clarence. Supongo que su tía se lo pediría como un favor personal, sabiendo que habría una reunión de jóvenes casaderos. Es cierto que el conde de Almont está arruinado. Le gusta demasiado el juego. Y Beth no es la única hija; debe colocar a dos más... Así están las cosas —se encogió de hombros, escéptico. —Pero que sepamos eso no quiere decir que enjuiciemos a Beth. Ella no tiene la culpa de las miserias de su padre. Y te aseguro que si me sintiera atraído por ella, la cortejaría pese a todo. Igual que Andrew hace contigo, aunque sepa que no eres Birmingham de nacimiento.

—No habla en serio cuando me propone matrimonio —se defendió, ruborizada.

—Me temo que sí —admitió, contrariado. —Puede permitirse estar por encima de habladurías.

Con él serías respetada en Londres.

—No voy a ir a Londres —insistió, tozuda.

—Irás. No puedes encerrarte en Marion Hill. Y tampoco debes tener miedo. Ya has visto que te desenvuelves sin ningún problema. Además, contarás con el apoyo de los Blake, sin contarme a mí o a Perry.

—¿Por qué tanto empeño? Soy feliz en el campo, con Orson y tu madre.

—Ya no lo serás. Has conocido otro ambiente.

—Al que no pertenezco —le cortó, irritada.

Devon le sujetó el rostro, buscando sus ojos.

—Axel... tengo que volver a Londres. Y la vida sin ti me parecería muy dura—confesó en un susurro.

Las lágrimas aclararon otra vez sus ojos.

—¿Por qué dices eso?

Él se encogió de hombros, arrepentido de su arrebato.

—Me sentiría solo. Disfruto de tu compañía. Y... Me había atrevido a pensar que tal vez pudieras convencer a mi madre de volver a casa.

—Tú tienes tu propia casa —recordó, reteniendo el llanto.

—Viviríamos muy cerca. Además, así no tendrás prisa por aceptar a Perry, podrías conocerlo mejor.

Ella denegó, apagada.

—No, Devon, lo siento. No iré a Londres.

Hunt le abrazó los hombros mientras ella se apoyaba en su pecho y se permitía llorar. Se sentía triste y él la dejó desahogarse. Cuando volvió a mirarlo, le brillaban los ojos pero ensayó una sonrisa.

—Ya está. Fue un pronto —le besó una mejilla. —Gracias por aguantarlo.

—Prefería tus labios —comentó serio.

Axel lo miró despacio y luego lo besó con ternura.

—¿Así?

—Podría estar mejor —replicó con una chispa de humor.

—¿Beso mal?

—No me provoques, Axel —la intimidad había vuelto y con ella la alegría a los ojos castaños.

—No lo hago —musitó. —Pero dime ¿beso mal?

Los brazos de Devon la cercaron y la boca se encajó en la suya, estremeciéndola. Cuando las manos fuertes apretaron su espalda ella se ciñó un poco más y gimieron juntos, continuando el beso. Devon se apartó el primero, consciente de su deseo. Sonrió para romper el hielo.

—¿Cosquillas de nuevo?

Axel asintió, consternada. Deseaba que Devon volviera a estrecharla en sus brazos y siguiera tocándola, que le hiciera no sabía qué para quitarle aquella desazón.

—¿También las notas con Andrew? —Se obligó a preguntar él.

—No del mismo modo.

La respuesta lo anonadó. Sentía tantos celos que no estaba seguro de querer saber. Pero insistió.

—¿Te ha besado así?

Axel le sostuvo la mirada.

—Sí, y de otros modos.

Un rugido apagado murió en sus labios mientras apretaba los puños para no golpear las piedras.

—¿De qué otro modo?

—Con suavidad. Tú siempre me besas... apasionado. Bueno, la otra noche, no; pero casi siempre.

Él la atrajo de nuevo, sentándola en su regazo. Sus ojos eran de color del whisky, aclarados por el deseo. Comenzó a besarla despacio, muy lentamente, por todo el rostro.

—¿Así? —Susurró en su oído.

Axel asintió, aferrando sus solapas. Las manos se le iban a los fuertes brazos, a su espalda... Y aquella sensación de urgencia no la abandonaba.

—Devon... —gimió.

—¿Qué? —Le mordía el lóbulo y lo chupaba después, electrizándola.

—No sé...

Él se detuvo un momento para mirarla. Las pupilas verdes estaban dilatadas y la piel le ardía donde tocaba. Tenerla a su merced le hizo vibrar de júbilo... y al mismo tiempo supo que debía pararlo.

—Axel no es buena idea...

Pero ella se apretó más aún y le buscó la boca, acallándolo. Devon, maldiciéndose en silencio, la besó con fuerza dejando que sus manos se deslizaran bajo la ropa, apartando la chaqueta corta y dejando su camisa a la vista. Le desabrochó los botones con los dientes, acariciando la piel que quedaba expuesta. Axel le permitió que le besara los pechos, que chupara sus pezones mientras las

manos se deslizaban bajo la falda y le buscaban el punto que la hacía retorcerse de ansiedad. Cuando sus dedos se detuvieron allí, gimió con tal pasión que Devon temió no reprimir su lujuria. Le hacía tanto daño su miembro dentro de los pantalones que, en un mal pensamiento creyó que se iba a quedar eunuco. Sin embargo se olvidó de sí mismo y siguió trazando caricias en su clítoris hasta que Axel se tensó y se liberó en sus manos, asombrada. Después la recogió en su pecho, aún jadeante.

—¡Dios mío! —El susurro de ella tuvo tanto que ver por lo que había experimentado como por la necesidad que sentía bajo sus nalgas.

—¿Estás bien? —La voz de Devon salió ronca. Intentaba controlar sus emociones para no seguir donde habían cortado.

—Sí, creo que sí —musitó insegura —¿Pero tú...?

—Se pasará.

—Eso... —notaba el bulto pronunciado bajo su ropa —¿Lo he provocado yo?

Devon rio, entre divertido y doliente.

—Más bien.

—Lo siento.

Le alzó el rostro. Lo tenía tan arrebolado que parecía una cría cogida en falta, lo que le hizo sonreír con ternura.

—Yo no. Has tenido tu primer orgasmo.

—¿Se llama así? ¡Ha sido maravilloso!

Devon la besó dulcemente.

—Gracias. Es un elogio para mí, por si no lo sabes.

Ella se limitó a contemplarlo, pensativa. Luego le acarició el mentón y lo besó también.

—He tenido contigo mi primer beso y mi primer... ¿orgasmo, dijiste? ¡Eres mejor que una institutriz!

El comentario logró distenderle, encantado. Su cuerpo había asimilado que ya no habría más juegos y estaba volviendo a la normalidad así que, se atrevió a levantarse y dejarla en el suelo.

—Necesito respirar un poco más...

Axel tragó saliva. Aún sentía los miembros lasos.

—Devon, gracias.

—¡Ha sido un placer! —Aseguró, eufórico. —Aunque ahora deberíamos irnos. Va a caer la noche y no estoy seguro de reconocer el camino de vuelta.

Ella asintió, confortada por su naturalidad. Cuando la hubo ayudado a montar, Devon le colocó los mechones tras las orejas y depositó un cálido beso en sus labios.

—Esto queda entre nosotros, Axel; no temas.

—Ya lo sé —sonrió tranquila. —Eres un caballero.

El vizconde de Dermont rio, encantado con su humor.

Durante la cena Axel se encontró ocupando un asiento muy cercano a Clarence Blake; al duque de Ivory lo posicionaron enfrente y a Devon, a su lado. Cuando miró a la anfitriona, con una muda interrogación, ésta le guiñó un ojo.

—Axel, mañana me gustaría disfrutar un rato de tu amistad. ¿Sería posible?

—Estaré encantada —aceptó, percibiendo una segunda intención en la condesa.

—Desayunaremos en mi salón privado, entonces. ¿A las nueve?

—Allí estaré —prometió sonriente.

La cena prosiguió en un ambiente tranquilo. Axel y Devon se limitaron a hacer pequeños comentarios cuando se les interpelaba. También el resto mantenía una actitud relajada, posiblemente recuperándose de los excesos de la noche anterior. Terminados los postres, la mayoría se mostró partidaria de recogerse temprano.

Cuando se incorporó para retirarse a su habitación Perry le apartó la silla galantemente y le solicitó un paseo por el jardín; al percibir un conato de duda, la presionó con un sincero “*¡Por favor! Sólo un paseo*”.

Su apariencia resultaba tan melancólica que, sin querer averiguar cómo lo tomaba Devon, accedió. Pidió una capa ligera a su doncella y ambos salieron al fresco de la noche.

Andrew no intentó un acercamiento mientras caminaban en silencio, logrando de ese modo que Axel se relajara y disfrutara del aroma silvestre, del viento suave que llegaba del lago y del paisaje nocturno, iluminado por la luna llena.

—Parece que hiciera años que nos conocemos —susurró sin detener el paseo.

—No puedo verlo del mismo modo. Apenas sé nada de ti —objetó, sincera.

—¿No te sirvió la puesta al día en el lago? —Aunque parecía una broma, sus ojos estaban serios.

Axel se detuvo, asiéndole las manos. Le resultaba desconcertante atisbar una parte sombría en el duque.

—¿Qué ocurre, Andrew?

Él miró sus manos unidas, y a Axel le pareció escuchar un suspiro antes de que hablara.

—No lo sé —confesó, abatido. —Esta tarde tuve una charla con Clarence...

Axel frunció el ceño, notando un desasosiego que nacía en su pecho.

—¿Tiene eso algo que ver con que quiera verme mañana?

Andrew respondió con un gesto típico en él, encogiendo sus soberbios hombros.

—Quizá —admitió, dibujando en sus labios una mueca indescriptible.

Ella no supo qué decir. Caminó unos pasos, desconectando sus manos, mientras Perry la seguía.

—¿Puedes contarme de qué hablasteis? —Preguntó al fin.

El duque fue tan sincero como de costumbre dejándola atónita al comprobar que podía poner en su boca palabras directas y no inmutarse; o al menos, no daba sensación de ello. Debía ser por su acomodada posición en el mundo, donde nadie se atrevería a contradecirlo jamás.

—Me limité a confesarle cómo me siento; la fuerza de esta pasión que tú has despertado y que no sé controlar...Ni tampoco detener —admitió mientras a sus ojos claros asomaba un rictus de amargura. —Se quedó muy sorprendida, pero no creo que confíe en mí.

Axel respiró profundamente antes de replicar, porque para ella sí era incomprensible que un hombre se le declarase en medio de una conversación a la que él no parecía dar mayor importancia. Decidió destacar sólo la última parte de sus observaciones.

—Eres injusto. Clarence es tu amiga. Seguro que confía en ti.

La mirada de Andrew fue dura, aunque sus palabras no lo reflejaron, adoptando una pose frívola.

—Clarence confía en Devon. De mí, sólo piensa que soy un cabeza hueca. Cosa que, por otro lado, es bien cierta.

—¿Por qué te menosprecias de ese modo? —Le indignaba que lo hiciera y lo asió de los codos con vehemencia, retomando el contacto - ¡Eres una buena persona! Juegas a ser un libertino, a hacer como que nada te importa, pero tienes buen fondo.

El duque sonrió, con la típica expresión irónica que seguro conocían todas sus amantes de Londres.

—¡Qué cándida resultas, Axel! Supongo que eso me tiene trastornado: tu dulzura, tu manera inocente de ver las cosas... ¡Después de tanta ponzoña palaciega resultas un soplo de aire vigorizante!

Ella pensó que parecía estar diciéndoselo a sí mismo y se quedó sin palabras. No podía desmentir su opinión. Sabía que era ingenua, que no estaba hecha para moverse en aquel mundo, pero sí tenía intuición con las personas. Y creía firmemente en que tanto Devon como Andrew mantenían en Londres una fachada que no se correspondía con su verdadero carácter.

Mientras cavilaba, la pasión volvió a asomar a los iris azules, aunque sus manos no la tocaron, temeroso de que pudiera rechazarlo.

—No te asusté anoche ¿verdad? No es cierto que vayas a desaparecer... ¡Te buscaré bajo las piedras si lo haces! —Prometió, solemne. —Me plantaré en Marion Hill y obligaré a Birmingham a que me invite a su casa ¡Haré lo que sea! Pero no te dejare ir.

Axel, aturdida por el arrebató, se obligó a contrarrestarlo manteniendo la calma.



—No voy a casarme contigo, Andrew —afirmó, tajante. —No sé si me tomas el pelo o tu propuesta es seria, pero no lo haré. Me casaré enamorada. Y no lo estoy.

El silencio duró muy poco entre los dos porque él replicó, convencido:

—Puedo esperar.

Axel suspiró, incapaz de argumentar nada. Por un lado, le fascinaba ejercer semejante poder sobre el duque, un hombre con capacidad de elegir a quien quisiera, por su título y su aspecto; pero por otro, su corazón le recordaba que no había “cosquillas” con él.

—Como quieras —asintió, apagada. —¿Volvemos?

Andrew la contempló unos instantes mientras asentía. Necesitaba comprender por qué sus sentimientos estaban trastocados, por qué por primera vez en su vida deseaba a una mujer con tal intensidad que todo lo demás resultaba superfluo. Axel era bonita; la mujer más bonita de la fiesta, incluyendo a Clarence, pero él había disfrutado de mujeres exóticas, preciosas... y no había sentido aquella atracción. Le desazonaba sentirse vulnerable.

La acompañó en silencio y cuando llegaron frente a su alcoba, se limitó a acariciarle una mejilla.

—Buenas noches, Axel. Felices sueños.

Ella esbozó una sonrisa limpia que lo cautivó.

—Gracias, Andrew. Te deseo lo mismo.

Unas horas más tarde, no había logrado conciliar el sueño, rememorando cada detalle de la tarde pasada con Devon y la conversación nocturna con Andrew, lo que la llevó a lanzar un suspiro resignado y a ocultar su camisón bajo una capa para bajar a la biblioteca. Necesitaba un remedio que aliviara su insomnio. Pero los compases del piano en la sala de música recondujeron sus pasos. Sorprendida, averiguó que era Devon quien tocaba.

—No sabía que supiera tocar...

Su murmullo resonó en la sala desierta. Era un lugar construido para el eco; apenas sin muebles y

con altos techos.

Él levanto la mirada del teclado, con una mezcla de asombro y deleite.

—¿Qué haces levantada? Debe ser muy tarde.

Axel asintió, sin desviar sus ojos de él mientras el recuerdo de ambos en el campo ruborizaba sus mejillas.

—No podía dormir —admitió.

Devon se hizo a un lado en la banqueta.

—Acompáñame, entonces.

Ella aceptó la invitación y sus rodillas se tocaron, pero el vizconde tenía, pese a su calidez, un aire ausente.

—Tocas muy bien —opinó con cariño, tomando nota de la tristeza de sus facciones.

La sonrisa de Devon fue como un aleteo, cálida.

—Gracias. Me ayuda cuando estoy melancólico.

—¿Por qué te sientes así? —frunció el ceño, desconcertada — También Andrew lo estaba.

—Será una epidemia —replicó encogiéndose de hombros y volviendo a tocar.

Axel le interpeló de nuevo, curiosa.

—¿Qué tocas? No lo había oído nunca.

—¿Te gusta? —Acariciaba las teclas sin mirarla, consciente de su cercana presencia.

—Mucho —asintió Axel.

—La compuse hace años. Se llama “Nostalgia” y se la dediqué a mi madre —Bajo aún más la voz. —Aunque ella no lo sabe.

—Devon... —triste, apretó su brazo, interrumpiendo la melodía.

Él giró el cuerpo para mirarla.

—Fue una mala época —musitó. —Ya está superada.

Devon le acarició los pómulos, conteniendo sus lágrimas.

—Tú no tuviste la culpa —afirmó, convencido.

—Ya lo sé. Pero me odiaste.

Sus brazos la acercaron, encerrándola en su pecho.

—Entonces era fácil —susurró apenado, besándole el cabello. Lo llevaba suelto y enredó los dedos en sus mechones, sobreponiéndose para no seguir adelante —¿Qué es lo que te quita el sueño?

—Andrew. Sigue empeñado en conquistarme —confesó, aturdida; callando que tampoco paraba de pensar en él.

Devon controló el envaramiento de su cuerpo. Detestaba ver al duque como un enemigo, y pese a todo, no podía evitarlo.

—¿Y tú, qué deseas? —Quería saberlo, aunque le daba miedo.

—No lo sé —le tembló la voz, llenándolo de ternura. —No soy Clarence.

—Ni falta que te hace —le izó la barbilla y miró sus ojos verdes, anegados. —Tú eres tú. Y no quiero que cambies.

Axel clavó su mirada en la del hombre, deseando descifrar sus sentimientos... Sin embargo, sus palabras fueron otras.

—¿Por qué me siento tan perdida?

La mandíbula del hombre se cuadró en un gesto duro.

—¿Él te importa?

Ella asintió, incapaz de mentir.

—¿No crees que quiera burlarse de mí? —¿Quién mejor que él podría saberlo?

—No, Axel. Creo que está confuso, “como yo”. Nunca se había interesado de ese modo por una mujer. *Yo tampoco. Y está asustado. Yo también.*

Ella se mordió los labios, sin captar el fondo de lo que él le contaba.

—Entiendo —mintió —¿Podrías seguir tocando? Es relajante.

El vizconde asintió. Notaba el cuerpo de ella descansando en su costado, su mejilla contra su

hombro... Con tan solo girarse podría besarla. Pero no lo hizo. Lo último que deseaba era confundirla más. Le otorgaría libertad, y si Andrew era lo que ella quería, aprendería a soportarlo.

Cuando un rato más tarde sintió su aliento en el cuello supo que se había dormido. La tomó en sus brazos con delicadeza y la devolvió a su alcoba donde le quitó la bata, disfrutó del espectáculo de su cuerpo envuelto en un sofisticado camisón que él mismo le había comprado, y la metió en la cama. Su gesto fue tierno al besarle los labios deseándole buenas noches. Y ella se lo devolvió inconsciente bajo las sábanas.

Betty la despertó a la mañana siguiente con tiempo suficiente para arreglarse aunque no dejó de reprocharle su aspecto cansado. Le retiró el cabello en un moño alto que estiraba sus facciones y le pellizó las mejillas para darle color. También supo elegir el vestido apropiado, uno de tonalidad verdemar que le sentaba como un guante. Cuando ambas se miraron en el espejo, asintieron convencidas.

—Bien, ya puede presentarse ante el mundo sin que mi trabajo sea cuestionado —bromeó la doncella.

—Gracias Betty. No sé qué haría sin ti.

La muchacha se ruborizó de placer ante de abrirle la puerta.

—La acompañaré. Brenda me mostró anoche el camino.

Atravesaron diversos corredores, dejando atrás el ala de invitados, y pasaron a una zona elegante y muy cálida, con enormes ventanales que daban al bosque. Pese a que la temperatura era agradable, quedaban rescoldos en la chimenea de la sala en la que fueron recibidas. Clarence, que percibió la sorpresa en el rostro de su invitada, se sonrojó levemente.

—Buenos días, Axel. Disculpa que no me haya vestido aún —llevaba una bata de encaje sobre el camisón y el cabello suelto —William y yo... Bueno... Anoche nos entretuvimos hasta... muy tarde.

Axel rio espontánea, encantada con el rubor de la anfitriona.

—Estás en tu casa. No me des explicaciones, por favor. Sólo me sorprendió lo del fuego. Está haciendo un calor maravilloso este verano.

Clarence solicitó a la doncella que dejara la bandeja sobre la mesa y que después las dejara solas.

—Nos serviremos nosotras, si te parece —decidió, tomando un rollito de carne con deleite. —Quisimos probar una alfombra turca que nos regaló Sinclair y como soy friolera, William encendió la chimenea —confesó turbada.

Axel volvió a reír. No sabía si resultaría correcto sonsacar información a Clarence pero era novedoso verla aturullada.

—Encantador. Es envidiable lo que sentís el uno por el otro.

—No es habitual, sí. Pero desde que era una cría decidí que me casaría enamorada o no lo haría —reveló, sirviendo té para ambas — Influencias de mis lecturas románticas, supongo.

La sonrisa de Axel se ensanchó.

—Yo aspiro a lo mismo.

—Devon me lo dijo. Y también que los aristócratas no te son simpáticos por culpa del conde de Valmont —Terminó el pastel y engulló un panecillo con miel, asombrando a Axel que apenas desayunaba.

—Es de mala educación preguntarlo, pero... —se atrevió, no obstante —¿Dónde echas lo que comes? Tu cuerpo es perfecto aunque continuamente parece tener apetito...

La carcajada de Clarence fue espontánea. Bebió un trago antes de responder.

—William también me admira. Supongo que soy así y ya está. De todas formas después de... estar con él, siempre estoy hambrienta. Consume toda mi energía.

Axel rio, feliz de compartir confidencias. Jamás habría podido compartir esas cosas con su tía, y ahora que estaba aprendiendo sensaciones nuevas, agradecía una amiga.

—Clarence... Cuando miras a William, ¿qué sientes?

—Pasión —admitió enardecida. —A todas horas. Lo amo con locura.

Hubo un destello de envidia en los ojos verdes.

—¿Y antes de casarte con él, cómo era?

—Mis piernas se derretían cuando lo veía llegar; me daban sofocos, me aturullaba...Y si no estábamos juntos, no paraba de pensar en él.

Axel se mordió los labios, contagiada por el apasionamiento de su amiga.

—Sin embargo, te gustaba Devon.

—¡Muchísimo! —Asintió sin perder el buen humor. —¡Pero no podía quedarme con los dos! Y mi corazón sabía que era William. Su rostro se me aparecía en sueños y el de Devon, no. Podía imaginarme estando con ambos, pero mi subconsciente escogía al conde.

—Comprendo.

Clarence se limpió los dedos antes de apretar la mano de la joven, mostrándole su simpatía.

—Posiblemente no fuera tan fácil entonces. Ahora lo veo con distancia y es más fácil hablar así. Pero me alegro mucho de la decisión que tomé porque sé que Blake es el hombre de mi vida.

—¡Ojala yo también sepa elegir si me llega el momento! – suspiró desalentada.

—Sabrás. Confío en tu sensatez.

—Gracias —Sirvió más té para ambas y adoptó una actitud nueva, provocadora —Cambiando de asunto, cuéntame ¿hay algún motivo oculto para este desayuno privado?

Clarence no se dejó impresionar y rio con la mirada brillante de burla.

—¡Por supuesto que sí! Por un lado tenemos a Perry, con su destartalado corazón; y por otro... Quería que me hablaras de Elena Birmingham.

—¿De tía Elena? —Su sorpresa fue genuina —Sí, claro, lo que quieras; pero... ¿Por qué te interesa?

Clarence se arrellanó en el sillón, abandonando definitivamente la comida. Su mirada azul se había tornado seria.

—Sabes cuánto aprecio a Devon. Si algún día tuviera que recurrir a un hombre que no fuera William, sólo confiaría en él... Con esto quiero que entiendas cuán sólido es nuestro lazo. Conozco cada detalle de su vida y por eso sé que su madre lo hizo infeliz. ¡Nunca he comprendido el comportamiento de esa mujer! Yo pensaba que era cruel y fría; y sin embargo tú parece adorarla.

Axel entendió la actitud de Clarence pero se lanzó a defender a Elena con la certeza que le daba el conocerla tan bien.

—¡Es que tía Elena es adorable! Ni de lejos tiene que ver con la mujer que imaginas. Es cariñosa y considerada... Se hace querer por todos las que la tratan. Incluso los criados acuden a ella con sus cuitas personales y jamás los defrauda. En cuanto a mí, me trata como a una hija, ¿No voy a quererla?

—Pero abandonó a Devon... —objetó Clarence, permaneciendo a la defensiva.

—¿Se puede considerar de ese modo cuando él acababa de cumplir los dieciocho? Recapacita, Clarence! —Axel bajó el tono de su exaltación, dispuesta a pagar la sinceridad de Clarence con la misma moneda. —Devon me contó hace unos días que vivió ese momento como un abandono, pero luego lo comprendió, cuando le hice saber el martirio en el que había vivido su madre... ¿Te imaginas enamorada de William, conviviendo con él y que no te mirase? ¿Que estuviera con otras? ¿Cómo te sentirías? ¿Podrías soportarlo? ¡Pues ella lo hizo! Por Devon. Pero en cuanto estuvo situado, en su propia casa, dejó la ciudad. ¿Crees, de veras, que se la puede tildar de egoísta? Yo sé que tía Elena ama a su hijo con toda su alma. Sin ninguna duda.

Clarence guardó silencio. Se tenía por una mujer justa y esa versión de la historia lo cambiaba todo.

—No podría sopórtalo... —Admitió.

—¿Qué...? —Axel no la entendió, encendida aún por su alegato.

—No podría soportar ver a William con otra mujer. No podría soportar que no me amara a mí.

Axel le acarició una mano, cariñosa.

—No tienes que preocuparte por eso. Os casasteis enamorados. Aquel matrimonio fue concertado

—explicó, fatalista —tía Elena quedó prendada de él nada más conocerlo, pero el conde nunca le demostró interés. Ni antes ni durante el matrimonio.

—¿Por qué se casaron, entonces?

—Ella tenía diecisiete años ¿Cómo iba a imaginar que las cosas serían de ese modo? Tenía confianza en sus sentimientos. Pero el conde no le dio la menor oportunidad. Al menos, eso me dijo.

Clarence se mostró impresionada.

—Entonces, le odiará.

Axel denegó, sin ocultar su tristeza.

—Demuestra amargura cuando se ven; pude comprobarlo recientemente. Sin embargo, sigue enamorada del joven con quien la casaron. Imagino que se trata de una quimera, pero sus ojos se nublan al hablar de conde. Además, gracias a él tiene a Devon. Me contó que fue el día más feliz de su vida cuando su hijo nació y que Devon se convirtió en su razón de vivir —Durante unos instantes se detuvo a recapacitar. —Quizá eso le llevó a añorarla tanto después. Puede que eso no lo hiciera bien su madre, debo concedértelo.

—Yo no soy quién para juzgarla —se disculpó Clarence, contrita. —Perdona que antes fuera tan dura.

Axel se encogió de hombros, sin disimular la melancolía que aquel tema le causaba.

—Lo entiendo. Simplemente conociste la versión del hijo.

La mirada azul resplandeció de curiosidad.

—¿Sería fascinante conocer también la del padre!

—Sí, lo sería —concedió Axel. —Cuando nos vimos hace unas semanas en Londres me resultó muy agradable. Tal vez esté arrepentido.

—¿Quieres que nos dediquemos a investigar este otoño? La vida en la ciudad es tan aburrida que supondría un aliciente.

El rostro de Axel pasó de la tristeza a la turbación.



—No voy a vivir en Londres —confesó, quedo.

—¿Cómo? —El asombro de Clarence no pudo ser más patente. —¿Pretendes seguir encerrada en el campo? ¡Tienes edad para hacer mil cosas!

Axel se negó a continuar ese tema. Aún no lo había meditado con suficiente objetividad y jamás tomaba decisiones a la ligera.

—Lo discutiremos más tarde ¿vale?

Clarence frunció el ceño, intentando mostrarse respetuosa; pero lo hizo a regañadientes.

—Vale. De todos modos, eso nos lleva al siguiente asunto: Andrew Perry.

Axel sintió que sus mejillas se tornaban de arrebol, temerosa de que su franqueza le llevase a admitir detalles de la intimidad que había compartido con el duque.

—No sé qué podemos tratar sobre él.

La mueca de los sensuales labios de Clarence resultó suficiente. Dejaba a las claras que lo consideraba un loco.

—Que está asustado. Te conoce de dos días y quiere casarse.

—Insisto en que no habla en serio —replicó, nerviosa.

—¡Tendrías que haberlo visto ayer! Se retorció las manos con desesperación, angustiado por tu rechazo.

Los ojos verdes mostraron su asombro.

—¡Si no lo he rechazado!

—Que no te hayas ido a la cama con él ya es un rechazo —aseguró Clarence, categórica. —Y le has asegurado que no serás duquesa...

—¡No estoy enamorada de él! Tendría que tratarle un tiempo, al menos.

—Yo lo comprendo, pero a él le da pavor que después de ese tiempo, le digas que no.

Axel no supo qué replicar. Y optó por seguir siendo sincera. Al menos, Clarence sabía lo que era sentir pasión por un hombre ¡Algún consejo podría darle!

—¡Es tan atractivo que quita el aliento! Nada más bajar del carruaje percibí su mirada y me sentí hechizada —admitió. —Pero... No sé si es el hombre de mi vida, como tú dices que es William. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. De todos modos ¿alguien más te roba el pensamiento?

Axel sintió bochorno de hablarle de Devon. Ambos compartían tanta intimidad que le dio vergüenza confesar sus dudas. ¿Y si Clarence intervenía y, de algún modo, influía sobre él? Si Devon acudía a ella, quería que lo hiciera por propia voluntad no porque se pensara obligado con sus sentimientos.

—Supongo que no.

—¿Supones?

—No, no lo hay.

Clarence no quiso presionarla. Si Axel no quería ver la verdad, sus motivos tendría.

—Entonces, dale una oportunidad.

Recordó las palabras de Devon. Todo el mundo parecía tener claro lo que debía hacer así que se dejó llevar.

—De acuerdo, se la daré. Pero hazme un favor, no deseo pasar tanto tiempo con él; intervén cuando me veas agobiada. Necesito reflexionar.

Clarence asintió, comprensiva.

—Estaré atenta. Cuenta conmigo.

Axel la besó espontáneamente en las mejillas.

—Gracias. Necesitaba una amiga.

—Te garantizo que la tienes —aseguró, respondiendo al abrazo; después se apartó con una sonrisa pícaro —Y ahora permite que vaya a acicalarme. Si mi marido me encuentra de esta guisa puede que no salgamos a atender a los invitados hasta pasada la media tarde.

Axel rio, soñadora. ¡Anhelaba tener aquello! No se conformaría con menos. Se casaría

enamorada.

Esa misma mañana, Andrew buscó a Devon en la biblioteca. Sabía que lo hallaría con William Blake tratando asuntos económicos. Ambos se habían asociado en la compra de una antigua factoría a la que querían convertir en una moderna fábrica de producción textil y siempre que sacaban un momento libre revisaban sus negocios. Le habían propuesto formar parte de la sociedad y estaba tentado de aceptar pero no era ese el motivo que lo llevaba a buscar a su viejo amigo.

Comenzaba a inquietarle su obsesión por Axel Birmingham y desde lo más profundo de su ser intuía que Devon Hunt tampoco era ajeno a esos sentimientos. Necesitaba confirmarlo. Aunque ella le importaba en exceso, quería saber a qué atenerse para no perder la amistad de uno de los pocos hombres con los que había compartido los mejores años de su vida.

Cuando la puerta se abrió tras dos secas llamadas, Devon Hunt leyó las intenciones de Perry en sus atormentados ojos. Se conocían demasiado bien.

Igual pasó con Blake, quien suspiró hondo mientras apagaba el cigarro con ademán resignado.

—Creo que sobro. Seguiremos en otro momento.

Hunt asintió, más nervioso de lo que le hubiera gustado.

—Servíos una copa. No hay nada que un brandy escocés no pueda limar —masculló Blake sin pizca de ironía antes de cerrar la madera tras de sí.

—¿Nos hace falta una copa? —Preguntó Andrew, tanteando la escena.

Devon suspiró antes de negar.

—Ambos sabemos lo que quieres tratar. Dejemos los rodeos y las copas. Es algo temprano para calentarnos la sangre.

Perry tomó asiento sobre una butaca, con gesto abatido.

—No sé si la quiero —confesó en un susurro.

El vizconde le sostuvo la mirada, sintiéndose identificado con el ánimo de su amigo.

—Tampoco yo —confirmó.

La mirada azul tanteó la de su compañero de fatigas, deseando encontrar una pista que le permitiera no sentirse un miserable por competir con él, pero el rostro de Devon era inescrutable; sólo sus puños apretados daban a entender su malestar. Andrew suspiró, apesadumbrado.

—Pero la deseo con locura, Devon ; de un modo irracional.

Las pupilas castañas se achicaron, y las manos siguieron más rígidas, si cabe, pero el vizconde mostró una voz neutra cuando admitió:

—También yo.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Y tuve que ser Hunt quien lo rompiera porque Perry parecía destrozado.

—No creo que nosotros importemos, Andrew —terminó reconociendo —la decisión es sólo suya. Quiere amor.

Un asomo de ironía marcó las facciones del duque, volviendo a reconocerse a sí mismo.

—¿No es lo que quieren todas?

—No seas cínico, sabes que no —rebatíó el vizconde. —Algunas quieren dinero; otras, poder... Pero Axel sólo quiere amor. Ni tu título ni el mío le importan.

Perry asintió, escondiendo el rostro entre las manos, incrédulo de sentirse tan vulnerable.

—Supongo que eso la hace diferente. ¿Cómo pudiste tenerla cerca tanto tiempo y estar tan ciego?

La recriminación ya se la había hecho él muchas veces así que se encogió de hombros con indiferencia. Ya no tenía remedio.

—Me dijo que le gustas —confesó a su indeseado rival. —Y yo la animé para que te conociera. Si te crees capaz, hazla feliz —surgió un destello salvaje en sus ojos. —Pero si juegas con ella o le haces daño, te juro por lo más sagrado que te mataré.

El duque lo miró, aturdido por el asombro.

—¿Me estas dejando el campo libre?

Devon negó, con un gesto frío que nunca antes le había visto.

—Se lo estoy dejando a ella. Si la enamoras, nada podrá impedir que esté contigo. Es tan decidida y sincera que no sabrá callárselo. Pero si no te ama... Te quitarás de en medio.

Andrew Perry jadeó, atónito, vislumbrando el alcance de los sentimientos de su amigo.

—¡Estás loco por ella! —Resolló. —Estás tan loco por ella como yo, realmente — Se mesó el pelo con desesperación. —¿Cómo ha podido pasarnos algo así? ¡Precisamente tú! Si eres un hermano para mí, Devon...

A su amigo se le humedecieron los ojos, sintiéndose exactamente igual.

—Ni siquiera Axel debería romper eso, Andrew.

Es un arrebató, los dos se abrazaron. Y esta vez, la decisión la tomó el duque.

—Juguemos limpio, Devon. Que sea ella quien decida.

Hunt asintió, pasmado de cómo les había cambiado la vida. Hacía solo unos meses era los galanes más solicitados de Inglaterra y en apenas una semana, una simple muchacha les había convertido en dos marionetas a merced de sus sentimientos.

## Capítulo 6

Durante dos días Axel no se concedió un respiro: cabalgó por los parajes agrestes de Blackmoon, paseó en bote por el lago y visitó las pequeñas aldeas, realizando compras para Orson y Elena. Aunque en ningún momento el duque se despegó de su lado, no la atosigó y pudo relacionarse con todo el grupo. Hizo especialmente amistad con Elizabeth Swan, ganándose la inmediata aprobación de los Blake. La muchacha la tomó como modelo y ella disfrutó mostrándole cuán simples eran sus conocimientos en realidad, reforzando la confianza en sí misma de la chiquilla.

Devon Hunt frunció el ceño ante aquella amistad repentina, apartándose voluntariamente de las mujeres para no dar pie a ilusiones innecesarias. Por otro lado, le conmovió comprobar que Axel fuera capaz de apartar la atención de sí misma para dar protagonismo a otra mujer. Era algo tan inusual en su ambiente que temió por Axel. Si nada lo impedía, la despedazarían en Londres.

Llegó la gran noche de la celebración del trigésimo cumpleaños de William Blake. Durante el día no habían cesado de llegar invitados de todo el país así como multitud de regalos. La mansión resplandecía con velas y flores, las mesas estaban llenas de delicadas viandas y los músicos tocaban en los amplios salones.

Antes de la cena, una representación de los vasallos del conde rindieron su homenaje al señor de las tierras y Blake les recompensó con un discurso en gaélico que poco de los presentes fue capaz de seguir.

Axel, deslumbrada ante semejante magnificencia, disfrutó de la ceremonia con la mirada atenta y su mano en la de Devon, su pareja de esa noche, mientras el vizconde lucía una satisfecha sonrisa, prendido de su rostro y del generoso escote que ella adornaba con las esmeraldas que le regalara. El vestido de Axel había llamado la atención de inmediato, por su color plateado y por el modo en que se amoldaba a su figura, resaltando el generoso busto y la estrecha cintura. Incluso Clarence había

mostrado un mohín de celos ante su aparición, a pesar de que también ella estaba radiante con un tul rojo que la favorecía sobremanera.

—Cierra la boca —musitó burlón para disimular la desazón de su entrepierna, ya que el simple contacto de sus dedos le hacía desear estrecharla entre sus brazos. —Sólo es una ceremonia de homenaje.

Axel lo miró, como cogida en falta, y luego sonrió, encantada.

—¡Es fascinante! Parece que estuviéramos en la Edad Media.

—No te garantizo que los escoceses no anden en ella todavía —susurró irónico.

Ella le pellizcó levemente, cómplice.

—Si te oyen, te cuelgan.

—O algo peor. Ya sabes que son unos bárbaros ¿No te parece ridículo tener que llevar estas faldas?

Axel denegó, embelesada. Todos los hombres lucían ropa típica de la tierra: kilt, camisa blanca y chaqueta negra, amén de calcetines de cuadros hasta la rodilla y lustrosos zapatos. También se adornaban con los sporrans correspondientes. El del vizconde era de cuero, con un curioso escudo de plata que llevaba incrustado un dibujo celta. Más adelante se daría cuenta de que era el mismo que portaban el anfitrión, Andrew y Michael y él le contaría que había sido un regalo de juventud del conde, de cuando afianzaron su amistad en Eton.

A la mayoría el atuendo les sentaba bastante bien pero Devon estaba especialmente atractivo debido a su altura y su porte esbelto. Al menos así se lo parecía a ella. Y se lo dijo.

—Deberías ponerte falda más a menudo. Estás muy guapo.

Devon sonrió de un modo tan sensual que Axel quedó prendada de sus labios. La corriente que fluyó entre ellos no les pasó desapercibida, haciendo sonrojar a la mujer y excitando al hombre. Axel, avergonzada, apartó la vista centrándose de nuevo en la ceremonia... Pero ya no fue capaz de olvidar la boca de su compañero. Cuando la puesta en escena terminó, se unieron al grupo habitual y

la mano de Andrew buscó su cintura con familiaridad.

—¿Bailamos, Axel?

—Me temo que el primer baile le corresponde a Devon —intervino Clarence. —Es su pareja oficial esta noche.

Perry frunció el ceño pero tuvo que callarse. Era un baile de etiqueta y sabía que no podía mostrar más intimidad de la debida con Axel Birmingham sin haber un anuncio de compromiso por medio; eso implicaría ponerla en boca de los demás. Y esa noche había acudido mucha gente ajena a su círculo como para arriesgar la reputación de la muchacha.

—El segundo será tuyo, Andrew —replicó ella, consciente de su malhumor.

—Estaré esperando —aceptó, besándole una mano.

Mientras caminaban hacia la pista, Devon buscó los ojos verdes, enfadado.

—¿Hubieras preferido bailar con él?

—¿Por qué dices eso? ¿Me ves incómoda contigo? —Se enojó también.

Él se limitó a enlazar su cintura con una mano y a acercarla a su cuerpo más de lo debido. ¡Al cuerno con los prejuicios! Sentía unos celos tan infernales del cariño de Axel por Perry que estaba tentado de besarla ante todos y obligarla a comprometerse.

—Devon... —El sofoco le subía a las mejillas. —No me sujetes así, por favor.

La mirada angustiada le hizo volver a la realidad. Aflojó la presión y suspiro, pesaroso.

—Disculpa. No pretendía molestarte.

—No es por eso. Beth nos mira y no quiero romperle el corazón.

—¿Beth? —El desconcierto se reflejó en su rostro. —¿Es por ella?

—No suele molestarme que me abrases en privado ¿recuerdas? —Susurró sin asomo de coqueteo.

—¡Dios mío! Axel, en este momento te besaría como un demente! —Confesó quedo —¡Y tú pensando en Beth!



—Es una chiquilla y no puede evitar sus sentimientos.

Devon admiró su ternura devorándola con los ojos, sin el menor disimulo. Tuvieron la suerte de que la pieza terminaba y en el revuelo de cambios de pareja nadie lo advirtió. Excepto Perry que estaba al acecho. Pero no dijo nada.

Horas después, Axel se sentía aturdida. Estaba acercándose el amanecer, apenas quedaban invitados de fuera del círculo privado de los Blake y ella había bebido y bailado demasiado. Sin pretenderlo, atrajo el interés de varios escoceses de la baja nobleza, conocidos de William o vasallos suyos, y aceptó las invitaciones a bailar las palpitantes gigas, por lo que ahora no podía evitar que la cabeza le diera vueltas. Andrew apenas tuvo oportunidad de compartir algunos momentos con ella y Devon ni siquiera había vuelto a acercarse tras el baile de entrada, pero a la luz del nuevo día fue él quien vino en su auxilio.

—Los ojos te brillan peligrosamente. Creo que va siendo hora de recogerse.

—¿Piensas que estoy bebida? —El coqueteo le salió espontáneo. Llevaba toda la noche bromeando con unos y otros, aunque sin traspasar los límites, pero con Devon se sentía diferente.

—No lo pienso, lo estás —Susurró él en su oído, estremeciéndola.

—Sólo un poco mareada. Las gigas son extenuantes.

—Y el brandy también. Se te ha olvidado que las damas beben limonada.

La condujo del brazo hasta la salida, enviando un gesto de despedida a los anfitriones, quienes les miraban divertidos desde un lateral de la sala. A Perry no se le veía por ningún lado.

Una vez fuera del gran salón, Axel se dio cuenta de que estaba realmente cansada. Se dejó caer sobre el brazo que la llevaba y suspiró consternada.

—Creo que los zapatos me han destrozado los pies.

Devon miró en rededor comprobando que estaban solos, la sentó sobre una silla del pasillo y le quitó los escaarpines de seda. Evitó mirar la esbelta pierna que se extendió ante sus manos mientras

ella se masajaba el tobillo con un gesto de deleite.

—No podré andar en una semana —susurró agotada.

Devon le entregó su calzado, la tomó en brazos y subió con ella la amplia escalera que conducía a los dormitorios. Una vez ante su puerta, la bajó, dejándola pegada a su cuerpo.

—¿Un beso de buenas noches?

—¡No te vayas aún! —Se le había pasado el mareo al contacto con sus manos. O al menos sentía sus sentidos muy alertas. —Comprueba si Betty está dentro. No podré quitarme el vestido yo sola.

A Devon se le nublaron los sentidos ante la sola idea de desnudarla. La miró lo más serio que pudo y denegó con un gesto.

—La buscaré si...

—Devon... —no lo dejó terminar. Atrapó la solapa de su camisa y lo atrajo a su boca. —Pasa por favor. Sé que Betty no está.

Él no lo pensó dos veces. Empujó la puerta y entraron en la estancia. Cuando cerró la madera a sus espaldas, los ojos verdes parecían un imán. El anhelo en la muchacha era real pero tuvo que preguntarse cuánto era efecto del alcohol y cuánto de sus verdaderas intenciones.

—¿Puedo saber qué pretendes, Axel? —Se obligó a preguntar.

Ella estaba enfrente, apenas a unos centímetros de distancia. Se pasó la lengua por los labios, nerviosa, y sonrió de golpe.

—Beth me dijo que los escoceses no se ponen nada bajo la falda... Llevo toda la noche preguntándome si es verdad.

El regocijo apareció en la mirada del hombre, encantado con su curiosidad.

—¿Por qué no se lo has preguntado a alguno de los que te han tenido tan ocupada?

—¡Soy una dama! —Se aproximó a él y le acarició el cuello con los nudillos. —Sólo contigo puedo tener esa confianza.

A Devon le dio un vuelco el corazón. El recuerdo de su amigo le vino a la cabeza pero se negó a mencionarlo; por nada del mundo estropearía ese momento. Al menos era él a quien Axel se lo

regalaba.

—¿Nunca has visto a un hombre desnudo? —Susurró en su oído.

—Sabes que no —la lengua de Axel acarició sus labios, enervándolo.

—¿Y es eso lo que quieres, ver un hombre desnudo?

—A un hombre, no; a ti —confesó mirándolo.

No sentía ni pizca de pudor. El recuerdo de lo que le había hecho unas tardes atrás la había martirizado cada noche en su cama y ansiaba repetirlo.

—No sé si es buena idea...

—Devon... Por favor.

Él le sujetó la cara y besó su boca con ferocidad, atrapándola en el círculo de sus brazos. Axel gimió, entregada. Pero tras un avance a sus pechos, Devon respiró hondo y se apartó.

—No, no podemos hacer esto.

—Confío en ti —susurró ella con mirada turbia.

—¿Para qué exactamente?

Axel se encogió de hombros. No estaba nerviosa, sólo no sabía explicarse.

—Lo que hiciste en el campo... Lo deseo.

Devon sonrió, halagado.

—¿Un orgasmo?

—Por favor – asintió ella, esperanzada.

Él aceptó, satisfecho. Que ella pensara en él para el sexo le enorgullecía. No sabía qué relación habría tenido con Andrew pero estaba claro que no la había tocado así. No era tan iluso como para pensar que su amigo no pudiera proporcionarle tanto placer como él mismo... Sin embargo, ella asociaba las caricias a sus manos.

- Haré lo que me pides si me dejas llevar la batuta.

Axel asintió, con la boca seca. Sus sentidos estaban tan despiertos que anhelaba el roce de sus

manos por toda la piel.

—¿Me has oído, Axel?

Volvió a asentir, jadeante.

—Dilo. Quiero oírlo —insistió él. La estaba llevando al límite y lo sabía.

—¡Maldita sea, sí, te he oído!

Devon sonrió. Quería estar seguro de que la peleona muchacha que toda la vida lo había torturado era quien estaba con él, aunque fuera tras la bella fachada de una ninfa plateada. Con gesto calculado comenzó a quitarse la chaqueta, luego tiró los zapatos y los calcetines de cualquier modo, se desabotonó la camisa lentamente... y contuvo el ademán de correr a besarla cuando ella se mordió los labios sensualmente. Aún tenía un zapato en la mano y el cabello despeinado, como una chiquilla traviesa. Sonrió, más feliz de lo que se había sentido en su vida y deslizó la prenda por sus hombros hasta que sólo quedó la falda de cuadros.

El latido del cuello de Axel podía percibirse a través de su fina piel y él deseó morderlo.

—Ven —pidió sereno.

Ella se preguntó cómo podía contenerse de aquel modo. No era tan inocente como para ignorar que el bulto que levantaba la falda se debía a un estado de evidente excitación; sin embargo, parecía dominar sus deseos. Ella, por el contrario, sentía la garganta seca y las piernas de gelatina.

—Ven —insistió Devon sin moverse un ápice de su sitio.

Ella fue. Tiró el escaquin y se quedó a solo unos milímetros de su cuerpo. Podía oler su aroma a jabón y deseo.

Devon alargó una mano y la atrajo hasta su pecho. Le besó lentamente el cuello, luego el lóbulo de una oreja, luego la succionó y después mordió allí donde su sangre palpitaba.

Axel tuvo que sujetarse a sus brazos para no caer, anhelante de más.

—Date la vuelta —rogó él, más ronco que antes.

Axel obedeció y sintió como sus dedos desbrochaban los diminutos botones mientras sus labios iban dejando un rastro de besos por la espalda desnuda. Cuando llegó a la cintura, bajó el corpiño, le

desató el corsé y le mordió los hombros, haciéndola gemir. Quiso volverse pero él lo impidió con el simple ademán de tomar sus pechos y acariciarlos lentamente, en una tortura que le puso la piel de gallina.

—Devon... —sentía tal humedad entre sus piernas que se abochornó de que él lo supiera.

—Llevo la batuta ¿recuerdas?

—Me tiemblan las piernas.

—Yo te sostendré —aseguró sensual.

Le dio la vuelta y enterró su boca en sus pechos, besando y mordiendo hasta que ella tomó la iniciativa y llevó la mano sobre la falda.

—No, no me toques... Te deseo tanto que no podría contenerme —aseguró, bajo.

—Aun no te he visto desnudo —intentó bromear ella, abrumada por lo lejos que estaban llegando y su nula intención de detenerlo.

—Yo a ti tampoco — aseveró Devon antes de bajarle el vestido y dejarla con la camisola transparente. Respiró hondo antes de quitársela también, con un rápido ademán, pasándola por encima de su cabeza.

Axel pudo verse a través del espejo, con solo unas medias y el collar de esmeraldas.

—Siempre me he imaginado así a las cortesanas —murmuró, sorprendida.

Devon rio en su boca.

—¿Cuándo has pensado tú en cortesanas?

—¿Crees que las mujeres no cavilamos sobre ciertas cosas? Aunque no tengamos libertad para hacerlas, como vosotros, sí podemos pensarlas.

—¿Era así lo que imaginabas? —Se sentía fascinado por ella.

Axel denegó, más dueña de la situación.

—No. Esto es mejor.

Con una sonrisa ahogada, enterró la boca en su cuello y volvió a morderlo. La anhelaba.

—Eres lo más bello que he visto nunca.

Axel le obligó a levantar la mirada y buscó sus ojos. Eran puro líquido; ambarinos y cálidos.

—¿Es de verdad?

—Te lo juro – afirmó, serio.

Con gesto seguro, Axel llevó sus manos a las trabillas de la falda y las desabrochó. Después se apartó para contemplar su cuerpo desnudo. Y volvió a jadear.

—¡Dios mío, Devon, tú sí que eres bello!

Él río antes de atraerla a su boca.

—Creo que ya hemos jugado bastante esta noche. Déjame que te regale un orgasmo, Axel.

No tenía nada que objetar y se dejó llevar hasta un sillón, pero cuando él le subió las piernas sobre los brazales lo miró, incrédula y avergonzada. Devon acalló sus temores con una sonrisa.

—La batuta es mía. Lo prometiste.

—Pero...

—Será como aquel. O mejor —aseguró.

Ella lo dejó arrodillarse entre sus piernas, gimió de asombro cuando sintió su boca en pleno sexo, absolutamente húmedo, y se dejó llevar por la sensación de su lengua penetrándola, entrando y saliendo como imaginaba que sería con su miembro. Se retorció ante la idea y dejó de observar los duros músculos de la espalda que se flexionaban al estrecharla. Cuando pensó que no podría soportarlo más y tiró de su pelo para apartarlo, un placer desmesurado la hizo sollozar al tiempo que se elevaba hasta un punto álgido que la estremeció por completo.

Ni siquiera entonces su boca se apartó, tomando lo que su sexo le ofrecía.

Cuando pudo mirarlo, Devon restregó su nariz sobre el pronunciado clítoris y Axel estalló en llamas de nuevo, agotada.

—Por favor... ya...

Una sonrisa amplia apareció frente a sus ojos antes de que le besara la boca, dejando en ella el

rastró de los jugos que él había tragado de su cuerpo. Pese a parecer feliz, la mandíbula tensa la hizo ponerse en guardia.

—Te gustó —susurró él incorporándola.

—¡Fue salvaje...! Gracias.

Devon rio, dejándose caer en la alfombra con ella al lado. Axel apoyó las manos en su pecho, húmedo por el esfuerzo. Su sexo se elevaba escandalosamente sobre su vientre. No lo pensó dos veces antes de tocarlo.

—Axel, no... —el gemido se acalló ante la caricia inexperta.

—¿Cómo sentirás tú placer?

—Se pasará. Si me dejas respirar, se pasará —aseguró con los ojos vidriosos.

—¡Pero yo no quiero que pase! Tú me has dado placer ¿Cómo puedo dártelo yo?

La imagen de ella entre sus piernas fue tan poderosa que sintió como su semen brillaba en la punta, pero supo no podía pedirle eso. No en su primera vez con un hombre.

—Pasará, Axel —la determinación de los ojos verdes lo empujó a aceptar su mano y guiarla sobre su sexo. —Deberías ir despacio pero me temo que puedo explotar en cualquier momento....

—Aceleró el ritmo y se corrió nada más percibir el deleite en los ojos de ella, atenta a lo que hacía.

Axel acarició su rostro, tenso por el espasmo, y después se incorporó de un salto y regresó con una toalla húmeda para limpiarlo. El brillo del semen le dio la absurda idea de embadurnarlo con él y hacerlo resplandecer como una estatua de mármol. La imagen la hizo sonreír. Hasta que se quedó colgada de la mirada intensa de Devon.

—Ven.

—¿Aún llevas la batuta? —Se sintió asustada de su propia audacia.

—No estoy muy seguro, pero ven.

Señalaba sus piernas y ella se sentó a horcajadas sobre él.

—Debería sentirme avergonzada... —admitió sin apartar la mirada.

—No quiero que lo estés. Lo que pase entre tú y yo, queda entre nosotros.

Ella lo besó en los labios, repentinamente soñolienta.

—Gracias.

Devon la estrechó entre sus brazos, cálido.

—Pídemelo siempre que lo desees.

—¿Podría?

Su sinceridad lo desarmó y le besó la frente, abrumado por sus propios sentimientos.

—Siempre.

—¿Y no pensarás mal de mí?

—Nunca pensaré mal de ti, Axel —aseguró muy serio. —Nunca. Te lo juro.

Ella se dejó caer sobre su pecho, extenuada.

—Gracias. Ahora necesito dormir.

Alcanzó sólo a escuchar su risa antes de caer rendida. No se enteró de cómo la llevaba a la cama, limpiaba los restos de lo ocurrido entre sus piernas, le quitaba las medias y el collar y la cubría con las mantas tras depositar un dulce beso en sus labios.

Antes de marcharse, recogió sus ropas y las dejó sobre una silla.

Ni siquiera Betty debería sospechar lo que había ocurrido en aquella alcoba cuando regresara horas después.

Axel durmió hasta tan tarde que no se enteró de la despedida de la mayor parte de los invitados. Cuando se incorporó en la cama sentía agujetas en sus miembros y el recuerdo de lo pasado con Devon la hizo gemir de vergüenza. No se arrepentía, pero sí le abochornaba portarse con tamaña desenvoltura en la intimidad.

Recordó a Andrew Perry y se preguntó cómo sería disfrutar de su compañía. No dudaba de que el duque fuera tan experto como su amigo, pero aunque la atraía con locura, no se creía capaz de permitirle las mismas libertades que a Devon.



Betty la sacó de su ensoñación.

—La condesa ha dicho algo así como “*Saca a tu señora de la cama o iré en persona a obligarla a mover el... culo*”. No me ha parecido muy apropiado de una dama, —opinó, perpleja —pero aquí todo el mundo se muestra de lo más informal.

Axel rio, divertida, mirándose en el espejo. Esperaba hallarse diferente, pero excepto por algunos moratones en los brazos, que bien podría ser el resultado de los ajetreados bailes, no había marcas en su piel.

Se bañó escuchando el parloteo de la doncella y escogió un sencillo vestido verde con mangas hasta medio brazo que ocultaban los morados. El cabello lo recogió en un moño alto, favorecedor y eligió una cinta también verde para el cuello en vez de una joya.

Elizabeth fue la primera en abalanzarse sobre ella cuando apareció en el saloncito, seguida por la mirada burlona de Clarence, lo que le hizo temer si supondría algo —*aunque estaba segura que Devon mantenía su secreto*— y se arreboló intensamente.

El vizconde la contempló con calidez desde su puesto junto a la chimenea, donde tomaba un brandy con el resto de los hombres. El duque, sin embargo, parecía atormentado. No esbozó ni media sonrisa mientras la saludaba con una ligera inclinación de su copa.

—Buenas noches a todos. Siento haber sido tan desconsiderada de dormir todo el día —se disculpó avergonzada.

—¡Y que lo digas! —Gruñó Clarence, teatralmente ofendida —Beth y yo hemos tenido que tragarnos las despedidas de todo el mundo, además de soportar sus “*Esperamos coincidir con la señorita Birmingham en Londres durante la temporada*” —Remedó la engalanada voz de los caballeros —¡Qué empacho! ¡Le robaste a William todo el protagonismo!

Antes de que Axel pudiera tomarla en serio, la voz de Blake llegó hasta ellas, burlona.

—No me pongas de excusa, cariño. Lo que realmente no soportas es que Axel te quitará el

protagonismo “a ti”

—Bueno, ciertamente, yo era la anfitriona —admitió Clarence, sin abandonar su postura.

—Y estabas preciosa, prima —aseguró Beth. —¡Pero es que Axel estaba arrebatadora! Jamás había visto un vestido tan bonito.

—Lo escogió Devon —se arrepintió nada más decirlo, por el velo que empañó los ojos de la muchacha, e intentó rectificar. —Bueno, en realidad escogió toda mi ropa. Ya te conté que soy una provinciana sin el más mínimo conocimiento de la moda.

—No te quites méritos —replicó la chica, sin apartar las manos de su cintura. —Cómo lo lucías era lo importante.

—Gracias, Beth, pero no me halagues de ese modo o me convertiré en una tonta vanidosa.

—¿Cómo yo, quieres decir? —El tono de Clarence era tan jovial que Axel rio, encantada, y fue a sentarse a su lado.

—Tú eres la más malévola de las damas. Tendrás que enseñarme muchas cosas si decido ir a Londres.

—Por supuesto que irás —le sobresaltó la voz de Devon quien había acudido a su lado para ofrecerle una copa de jerez. —Ya has visto que se te espera con expectación.

—Razón de más para no ir —musitó, mirándolo.

—Si me dejas sola con Clarence entre tanta bruja como participa en la temporada no te lo perdonaré —aseguró Beth tomando su mano. —Sois las únicas capaces de subir mi autoestima.

—¿No te importa la competencia que esta “provinciana” pueda hacerte? —Se burló Clarence.

—Yo nunca podría hacerle la competencia a Axel, prima. Tengo un espejo.

A pesar de sus palabras, no sonó dolida, pero Axel se rebeló.

—¡Ni yo soy una belleza ni tú eres fea, Beth! Además, lo importante es el corazón de las personas, no su aspecto.

Se hizo un silencio intenso en la habitación hasta que William Blake llegó a su lado y le besó una

mano.

—Eres lo más hermoso que ha pasado por esta casa después de Clarence y si no estuviera loco por ella, me declararía ahora mismo. Pero tendrás que perder tu inocencia, Axel. Londres es un hervidero de ratas, como bien sabemos los demás... La gente busca dinero y distinción. Les importa un higo la belleza interior.

Perry intervino, muy serio, sin moverse de rincón.

—No permitiremos que la despedacen, William; no te preocupes.

—¿Vas a pedir su mano por fin, Andrew? —Se interesó Michel, visiblemente curioso.

La voz de su amigo sonó pesarosa.

—¡Ojala me lo permitiera, pero eso depende de ella!

Axel sintió que sus mejillas se ruborizaran de nuevo. No estaba acostumbrada a tratar sus intimidades con semejante desenvoltura.

—Sabes cuánto te aprecio... —replicó, pese a todo, dolida por el abatimiento del duque.

—Pero solo te casarás enamorada —concluyó él, levantando su copa a modo de brindis.

—Las mujeres sois muy raras —sonrió William. —A Clarence también le dio por ahí.

—¿Y no te satisface el resultado? —Le increpó Axel.

—No tengo quejas —admitió el escocés. —Estoy loco por sus huesos.

—¡Eso deseo para mí! Y también Beth. No creo que haya mujer que no busque el amor.

La chica no dijo nada aunque una mirada furtiva a Devon no pasó desapercibida para nadie.

Una doncella anunciando la cena, rompió el momento y todos lo agradecieron.

Pasaron a un salón de reducidas dimensiones, con las sillas justas para los presentes. Una chimenea caldeaba la estancia y varios candelabros la iluminaban.

—He pedido una cena sencilla. Tras los excesos de anoche, me apreció lo más aconsejable —informó Clarence, tomando asiento informalmente junto a su esposo.

A Axel no le pareció que salmón al eneldo, perdiz escabechada y pudín de almendras pudiera considerarse “*cena sencilla*” pero tras degustar el primer trozo descubrió que sentía un hambre canina. Con Andrew a un lado, sirviéndole ligeras porciones, y Beth a otro, parlotando sin cesar, se le pasó la comida en un santiamén.

Devon estaba entre Michel y Clarence pero apenas probó bocado ni emitió comentarios, inusualmente serio.

El café y el brandy lo tomaron todos juntos, en el saloncito. Esta vez fue Michel quien aprovechó para tomar asiento a su lado, en el sofá.

—Desde que llegaste llevo preguntándome de donde ha salido tu nombre ¿Tienes alguna explicación?

A nadie le pasó desapercibido su sonrojo y tuvo que ser Devon quien proporcionara la respuesta. Ella no le veía los ojos, oculto por el humo del tabaco y la despreocupada expresión que había convertido en su compañera de la noche, lo cual la intranquilizaba ¿Estaba arrepentido de lo ocurrido entre ellos?

—Ya conocéis el carácter excéntrico de mi tío Orson, siempre con la nariz metida en sus libros. Según me contó, el nombre de Axel tiene dos fuentes; en hebreo es masculino, un derivado de Absalón, que quiere decir algo así como “*mi padre es paz*” —Esbozó una mueca burlona. —Pero ya os podéis imaginar que por ahí no van los tiros. El segundo origen es germano, y aquí se nos escapa si se usa para hombre o para mujer, porque tiene dos acepciones muy diferentes.

Devon sonrió, ahora abiertamente al percibir que la concurrencia esperaba expectante su explicación.

—Axel puede significar igual “*hacha de guerra*” que “*regalo del cielo*”. Para mí, está claro que se lo puso por lo del hacha —le guiñó un ojo con cariño, recibiendo una acalorada mirada en compensación. —Pero para Orson fue lo que siempre había estado esperando... —Su voz se hizo un susurro, tenue y cálido. —Un regalo. Un regalo del cielo.

—Le viene que ni pintado —susurró Andrew.

—El tío Orson me confesó que siempre había huido de los compromisos, que no quería esposa ni hijos que lo alejaran de sus libros... Pero cuando encontró a Axel no pudo apartar sus ojos de ella. Supo que aquella niña colmaría su vida de afecto... Y me consta que jamás se ha sentido decepcionado.

Todos pudieron leer el cariño que traslucían sus palabras y después de tantos años de sufrir su desprecio, para Axel fue una recompensa percibirlo también.

Ante el silencio de la concurrencia. Devon optó por quitar emoción a lo dicho.

—Nunca conocisteis a Axel porque yo la odiaba. Tenía unos celos infernales de su personita cuando éramos niños. Bueno, ella era una niña, yo ya estaba crecido. Pero llegó esta mocosa y me quitó el protagonismo en la familia... Ya sabes, Clarence, lo mal que llevamos eso los egocéntricos como tú y yo —rio entre dientes.

Su amiga lo acompañó adecuadamente en el trago.

—Imagino lo duro que resultó, sí. De no ser por Beth, pasaría de presentarla en sociedad.

Axel sonrió, emocionada. Comprendía las bromas y se sentía parte de un grupo; una sensación que no había experimentado antes.

—Yo era una rabiosa endiablada —se obligó a confesar. —No me extraña que Devon no me soportara.

—¿Te tiraba de las trenzas? —Se horrorizó Beth.

Ella recordó sus comentarios mezquinos, sus alusiones ofensivas... y denegó con un gesto.

—No, sólo me ignoraba.

Devon guardó silencio, pero la mirada cómplice de ambos no pasó desapercibida para los demás. Por ello, Clarence cambió de tema.

—En fin, estamos en mi casa y se acabó tratar sobre Axel. ¡Ya tendré suficiente con sufrirla en Londres! ¿Qué me decís de una partida de cartas?

Ella fue la primera en aceptar. Se estaba poniendo melancólica y no quería terminar en los brazos

de Devon. No después de presentir la desdicha del duque.

Los ojos azules no se apartaban de ella pero parecían derrotados, sin pizca del encanto que la había seducido la primera noche y se propuso hablar con él. Al día siguiente todos partirían de Blackmoon y no sabía en qué circunstancias volverían a verse en Londres. Prefería aprovechar el ambiente de confianza del castillo.

Tras jugar unas partidas se retiró de la mesa.

—Necesito moverme un poco. ¿Damos un paseo por el jardín, Andrew?

Sintió sobre sí la mirada taciturna de Devon y la asombrada del aludido pero recuperar la viveza de las pupilas azules la recompensó de la vergüenza por haberle hecho una proposición al hombre que no ocultaba su intención de seducirla.

—Será un placer —asintió él poniéndose en pie.

—Coge el chal que dejé sobre el sillón, Axel. Fuera hará fresco.

—Gracias, Clarence —la sentía como una verdadera amiga a pesar de cuanto le tomaba el pelo y le embargó un sentimiento de cariño tan grande que la besó en la mejilla —Procuraré que no me sienta tan bien como a ti.

La carcajada de William fue lo último que dejó a sus espaldas.

Durante un rato pasearon en silencio. El duque de Ivory acompasó su paso al de ella mientras contemplaban el cielo estrellado. No hizo ademán de tocarla, por eso fue Axel quien asió su brazo y lo condujo hasta el cenador, en un extremo del jardín.

—¿Estás molesto conmigo, Andrew? ¿Hice algo que te ofendió?

La sorpresa de Perry no fue fingida.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Llevas toda la noche sin mirarme de frente —le reprochó.

Él se detuvo y analizó los ojos verdes, que parecían anhelantes, aunque mantuvo el silencio, obligando a Axel a insistir en la charla.

—¿Dónde te metiste anoche? Apenas bailamos un par de piezas y ya no te vi más.

—Parecías ocupada —comentó sin censura.

Habían llegado al templete y Axel se acomodó sobre el banco de piedra, pero Perry permaneció de pie, frente a ella.

—Hubiera sido grosero por mi parte rechazar invitaciones... Eso me dijo Beth. —Se explicó, intranquila. —Eran los invitados de William, sus vasallos como dicen aquí.

—No te lo recrimino. Ni tampoco a ellos. Beth tiene razón al afirmar que fuiste la reina de la fiesta ¡Estabas preciosa con ese vestido plateado! Lograste que te deseara tanto que tuve que irme —confesó en voz baja. —Sentí celos de los hombres que te tocaban; incluso de sus miradas. Nunca había experimentado algo así...

Ella calló; por un instante pensó qué diría de conocer su relación con Devon, pero Andrew, abrumado, reanudó la declaración.

—Estoy acostumbrado a ser yo quien despierte interés, a ser el perseguido... Esta faceta de salir de conquista es nueva para mí. Y sobre todo, encontrar competencia. Tuve claro que no soy más importante para ti que cualquiera de los hombres con quien bailaste anoche y eso me destrozó el corazón.

—Andrew... —las lágrimas se agolparon en sus ojos. No entendía el motivo, pero la tristeza de Andrew le hacía daño. —Eso no es cierto. Tú me importas mucho.

—Pero no me amas.

—No, eso no —admitió sincera. — ¡Si apenas nos conocemos! Me siento bien a tu lado, me encanta divertirme contigo, pero el matrimonio es algo serio, Andrew. No miento cuando digo que envidio a Clarence y William. Esa pasión que transmiten... ¡Aspiro a eso!

Perry apoyó las manos en el pretil de mármol, cabizbajo.

—Yo lo siento. Siento que te amo —confesó.

Le conmocionaron sus palabras que parecían pensadas a conciencia.

—Quizá lo confundas con el deseo. Yo también te deseo, Andrew —admitió en un susurro, apartando la mirada. —A menudo me pregunto cómo sería recibir tus caricias... Pero eso no me basta para crearme enamorada.

Axel reconoció la pasión en el azul de los ojos que se volvieron a mirarla, como la noche antes la viera en los de Devon. Con todo, Perry se mantuvo a distancia.

—¡Sé que es amor! —Su réplica sonó vehemente —¡Me costó una botella de brandy anoche! Y a pesar de la resaca puedo sacar conclusiones. Nunca había querido casarme... Hasta ahora.

—Soy un reto para ti —insistió Axel con terquedad.

—¡Claro que lo eres! Pero no te quiero para una noche ¡Te deseo en mi vida!

Axel se perdió en sus ojos. Durante un instante el recuerdo de Devon la detuvo, pero tampoco podía asegurar qué sentía por él. Tal vez se limitara a ser el primer hombre que la había hecho experimentar sensaciones de adulta y ella lo confundía con un sentimiento más profundo. ¿Cómo diferenciarlo? Tanto Devon como Andrew eran dos expertos amantes... Necesitaría intimar con Perry, descubrir si el anhelo por Devon era deseo o algo más intenso.

Por otro lado ¿era justo utilizar a Andrew? ¿Y si finalmente descubriría que amaba a Hunt? La cabeza le dio vueltas.

—Dime que te preocupa —rogó él, consciente de sus dudas.

—No sé si... Me gustaría tener la oportunidad de conocerte mejor, pero no puedo asegurar...

—¿Me estás dando carta blanca para cortejarte? —Su voz sonó esperanzada.

—No de un modo oficial. No quiero que te sientas...

—¿Humillado si me rechazas? —Ironizó, triste.

—Andrew...

Él la incorporó para estrecharla entre sus brazos.



—Correré el riesgo —aseguró mientras pasaba los dedos por sus sienes. —Pero me dejarás seducirte en privado. —El asombro en los ojos verdes le hizo reír. —No estoy hablando de sobrepasar los límites; hay mil maneras de conocernos bien sin llegar a eso.

Si no hubiera estado con Devon antes, Axel no hubiera sabido a qué se refería; en aquel momento, no obstante, no pudo evitar sonrojarse.

—Dime que podré. Dime que seré un pretendiente más a la vista de todos pero me concederás libertades —susurró en su boca.

—No deseo ir a Londres.

—No tienes alternativa —bromeó él —Orson Birmingham te echará de su casa si empiezan a llegar invitados indeseados. Dicen que es un eremita entregado.

—No serías capaz —sonrió aceptando su abrazo.

—¿De instalarme en tu casa? Soy duque ¿recuerdas? Nadie se me resiste. Y tengo mucha cara dura. Tu tía Elena me aceptaría encantada.

—No lo dudo —musitó encandilada.

Volvía a ser el Andrew de la primera noche, el de los ojos centelleantes que la atraparon nada más descender del carruaje. De no ser por sus ambiguos sentimientos por Devon se dejaría cortejar por él...

Cerró los ojos y saboreó el beso. Fue intenso; desde el principio. Andrew almacenaba mucho deseo para ser considerado. Sus manos se deslizaron por los brazos, llegaron a su cintura y subieron a sus pechos sin liberar en ningún momento la atadura de su boca.

Axel gimió cuando él acarició los pezones sobre el vestido y los labios se deslizaron por su cuello hasta el borde del escote, depositando ardientes besos.

—Quiero más, Axel —musitó en su oído mientras las manos se ocupaban de los lazos y le aflojaban el corsé.

Ella se sintió incapaz de resistir el asalto. Le permitió besarle los pechos, se humedeció entre las

piernas cuando le mordió los pezones y gimió contra su cuello cuando una de sus manos se amoldó a su sexo sin apartar la falda.

—Me vuelves loco, cariño —musitó él más fuera de control de lo que se había sentido nunca.

No mentía; además de sus dedos podía sentir su dureza contra ella. Alargó una mano y lo acarició sobre la ropa, logrando que Andrew jadeara por la sorpresa.

—¡Dios santo! ¡Tócame, Axel! —rogó, desabrochando el pantalón y guiándole la palma de la mano sobre el rígido miembro.

Axel sentía las mejillas ardiendo y el corazón palpitante pero no se detuvo. Y tampoco Andrew, demostrando su talento en esas lides. Guió su mano sobre él mientras la otra apartaba su ropa y dos dedos se encajaban en su vagina, acompasándolos a las caricias que él recibía. Se dieron placer mutuamente, mirándose a los ojos y besándose apasionadamente hasta que ambos sintieron el final del juego.

Axel se apoyó en su pecho para explotar con un gemido y poco después él repitió un sonido ahogado riendo después, besándola tras la oreja.

—Si antes te deseaba, ahora me vuelves loco... Regalo de cielo.

—No me llames así —suplicó. —Me da vergüenza.

Andrew izó su barbilla y le miró los ojos. Aún estaban empañados por la pasión.

—Ni en sueños te habría encontrado un nombre más apropiado —aseguró antes de besarla con dulzura.

Le acomodó la ropa, recompuso como pudo su aspecto y volvieron a caminar bajo las estrellas en silencio, reconfortados por lo ocurrido.

—Ni por un instante te arrepientas de lo que hemos sentido, Axel —le suplicó delante de la casa.

—Ha sido lo más hermoso que podías ofrecerme... Por ahora. —Le besó los nudillos y la invitó a pasar.

El interior estaba silencioso así que Andrew Perry, duque de Ivory, se portó como un caballero y la acompañó hasta su dormitorio. En la puerta, con un breve beso, le deseó buenas noches.

Axel esperaba sentir remordimientos, vergüenza, expectación... Pero en cuanto llegó a la cama y se desnudó con ayuda de Betty, quien ya tenía recogido todo el equipaje, se durmió.

# Capítulo 7

La mañana transcurrió en medio de un intenso ajeteo. Betty le llevó un succulento desayuno a la cama por orden de Clarence y ella no se cuestionó desobedecerla, intuyendo que escondía alguna intención oculta. Tomó un baño y vistió el conjunto de viaje con el que llegó. Cuando bajó las escaleras, su equipaje ya estaba cargado y Devon esperaba en la escalinata de entrada, acompañado de los anfitriones.

—Michel recibió una carta urgente de su padre —le informó Clarence, consternada. —Su madre ha empeorado del mal que padece y Andrew lo acompañó en su carruaje. Me pidió que te despidiera en nombre de ambos —bajó la voz, haciendo un aparte. —Asegura que no ve llegado el momento de verte en Londres.

Axel se ruborizó y Clarence intentó leer más allá de su gesto pero la llegada de Beth, efusiva como siempre, lo impidió.

—Te he buscado la novela de la que te hablé. Toma —le entregó un volumen de discreto tamaño. —Ya me contarás qué te parece.

Axel la abrazó con cariño. Conocer a Clarence y Beth, el compartir tantos buenos ratos con ellas, superaba con creces las expectativas con las que había llegado a Escocia y saber que podía apoyarse en mujeres de su edad le daba una seguridad que nunca había tenido.

—Nos veremos en Londres —se despidió, sonriente.

—¡Ya lo sé! Buen viaje.

Beth la besó sinceramente. Hubiera dado cualquier cosa por ocupar su lugar, por lograr una mínima atención de Devon Hunt, pero su carácter bondadoso le impedía tener sentimientos desleales contra su amiga. Le dio una última ojeada al hombre de sus sueños y aguantó estoicamente a que él ayudara a Axel a subir al carruaje. Después entró en la casa, controlando la tristeza con la perenne sonrisa que siempre lucía.

Por su parte Axel, una vez instalada, se despidió del castillo de Blackmoon con afecto, segura de

que echaría de menos aquel reducto tan especial. Ahora comprendía porqué Devon y sus amigos lo consideraban un lugar mágico.

Durante buena parte de la mañana no se atrevió a mirar al vizconde, aterrada ante la idea de que lo ocurrido con Andrew la noche anterior se reflejara en su rostro. Pero cuando se dio cuenta de que él estaba ausente, perdido en Dios sabe qué pensamientos, optó por dirigirle la palabra.

—¿Qué te ocurre, Devon? ¿Estas preocupado por la madre de Michel? ¿Qué es lo que tiene?

La respuesta llegó de una boca renuente a hablar y de unos ojos que preferían mirar por la ventanilla a contemplarla a ella. Aunque Axel no quiso darse por aludida.

—Padece demencia. Perdió la cabeza hace tres años pero su marido no quiso recluirla en ningún hospital y la familia la cuida —informó con frialdad.

—Y ahora está peor... —aventuró Axel.

La voz del conde sonó tan dura como su mirada.

—¿Sería una suerte si muriera! Todos sufren enormemente y ella ni siquiera los reconoce.

Axel no supo qué replicar. Si bien su distanciamiento le causaba desazón, tampoco sabía cómo afrontarlo, temerosa de que llegara el momento de las preguntas. Pero no tuvo que aguardar mucho porque Devon apartó la vista del paisaje y, estirando las piernas sobre el asiento, la atrapó en medio.

—Duró bastante vuestro paseo...

Ella simuló no entenderle.

—¿Te molestó?

—¿Debería?

La mirada castaña era tan pétrea que Axel se estremeció, aunque supo plantarle cara.

—¿Estamos jugando a algo? Porque creí que me habías dado carta blanca para conocer al duque...

Su respuesta fue un silencio hosco. Lo que Axel decía era verdad, pero no podía eludir los celos.

Ella lo contempló, confusa.

—No soy de tu propiedad, Devon. No hay nada entre tú y yo ¿No es cierto?

—No lo sé.

Había tardado en responder, perdida la mirada en el cristal de la ventanilla.

Ella se obligó a insistir. Si Devon la quería, su corazón optaría por él de inmediato, pero si no era así no deseaba estropear su futuro como Elena Birmingham, enamorada de un hombre que no la deseaba en su vida. Aunque era consciente de la atracción entre ambos ¿qué le garantizaba que él no se aburriera tras unos cuantos escarceos? No podía encadenar su corazón a una quimera. Necesitaba un hombre de carne y hueso a quien amar.

—¿Qué no sabes exactamente, Devon? ¿Diferenciar si me deseas o si es algo más profundo?

Él le sostuvo la mirada, aturdido por su franqueza.

—¿Y tú, tienes claro lo que quieres? —Inquirió, más despiadado de lo necesario.

—Lo mismo de antes, enamorarme —admitió.

—¿Sigues sin reconocer lo que sientes por Perry?

—No lo amo —aseguró, sofocada al recordarse en sus brazos. —Pero estoy cómoda en su compañía.

—Va a cortejarte... —la voz de Devon tuvo un regusto metálico.

—Sí, le di permiso para hacerlo.

Él se enfrascó en otro largo silencio hasta que Axel lo rompió, adoptando un tono conciliador.

—¿Deshace eso el acuerdo que tenemos tú y yo? ¿Dejaré de contar contigo si te... necesito?

Al suspiro de Devon le siguió una tenue sonrisa.

—No, Axel. Te di mi palabra.

—Gracias.

El vizconde estuvo tentado de seguir indagando. Se moría de ganas por saber si Andrew la había

tocado lo cual, conociéndolo, sería lo más lógico porque era el mayor seductor de todos pero la sola imagen de Axel en sus brazos le ponía un nudo en la garganta y decidió callar.

Ella, ajena a sus celos, se trasladó a su lado y le besó en la mejilla.

—¿Amigos?

—Siempre —aseguró, perdiéndose en sus ojos.

—Bien —bromeó, evitando otro instante de intimidad. —Porque me caigo de sueño y te necesito para dar una cabezada. Puedes despertarme a la hora de comer.

Sin aguardar su reacción, se acomodó en su hombro y cerró los ojos. Devon, ocultando una sonrisa, le besó la frente.

Almorzaron en una posada concurrida, compartiendo mesa con la doncella y el cochero, comentando entre chanzas las idas y venidas de los demás.

Devon había resultado un señor afable con el servicio, capaz de relacionarse de igual a igual con los criados, lo cual sorprendió gratamente a Axel, habituada a las altaneras costumbres de los nobles. Cuando terminaron, los hombres salieron al exterior a fumar y Betty y ella estiraron las piernas paseando por los alrededores.

—Señorita Axel, le aseguro que jamás, olvidaré lo que ha hecho por mí... Este viaje ha sido la experiencia más emocionante de mi vida.

Los ojos castaños de la muchacha refulgían de felicidad mientras apretaba las manos de Axel, haciéndola reír.

—¿Te ha ido bien con Jimmy?

—Vamos a casarnos —confesó, mirando soñadora hacia el lugar donde los hombres fumaban.

—Él y yo hemos... Bueno... Hemos estado juntos. Blackmoon es un lugar...

—Mágico —concluyó Axel, contagiada de la felicidad de la chica.

—¡Eso es, mágico! Antes nos gustábamos, pero estar allí ha sido definitivo. ¡Hemos tenido tanto

tiempo para pasarlo juntos! Usted ha sido un ama muy complaciente. De verdad, gracias.

Axel, sonrió, avergonzada. Si su doncella supiera cómo también ella se había aprovechado de sus ausencias, no se lo agradecería tan efusivamente.

—El señor Birmingham nos dará permiso ¿verdad? Quiero decir que vivimos en su casa y...

Axel la tranquilizó. Aunque la norma general en las grandes mansiones impedía que los criados establecieran vínculos personales, Orson Birmingham no solía guiarse por los convencionalismos.

—No tienes de qué preocuparte. Él sólo quiere que la gente esté a gusto a su alrededor.

A pesar de sus palabras, el rostro de la doncella se ensombreció cuando otra idea se abrió paso en su mente.

—Es lógico que el señorito Devon vuelva a Londres, pero usted... Usted no se irá ¿verdad?

Axel tardó en comprender su inquietud hasta que relacionó las confidencias anteriores con las posibles repercusiones en el futuro: Si ella se trasladaba, necesitaría que su doncella la acompañara. Y Betty tendría que separarse de Jimmy. Era lógico que tal posibilidad la asustara.

Como a ella le asustaba la idea de ver marchar a Devon sin saber cuándo volverían a verse.

La incertidumbre ensombreció su rostro y suspiró antes de responder.

—No lo sé, Betty. Es posible que me vaya. Pero en todo caso te daré la opción de quedarte en Marion Hill o de que ambos nos acompañéis.

Las pupilas de la doncella se abrieron con júbilo, haciendo más rubicundos sus expresivos rasgos.

—¿Nos llevaría a Londres? ¡Nunca he estado en la ciudad!

Axel sonrió, desprevenida ante el oculto anhelo de la chica. Ella llevaba trece años en el campo y jamás había echado de menos visitar una urbe tan populosa.

—¿Te gustaría ir?

—Si puede venir Jimmy, me encantaría —confesó

Axel le apretó las manos en un gesto de cariño antes de dirigirse al carruaje desde donde Devon ya les hacía señas.



—Por ahora no te agobies; de un modo u otro lo solucionaremos.

—¿Puedo hablarlo con él? —Parecía ilusionada.

—¡Claro que puedes! —Asintió, sorprendida de que le pidiera permiso para tratar un tema personal. —Pero de acompañarnos, no puedo garantizarte en qué trabajará.

—Jimmy puede hacer cualquier cosa. Mientras tengamos un techo para cobijarnos será suficiente.

Axel envidió la confianza ciega de la chica en su hombre y lo poco que necesitaban para ser felices. Sólo querían estar juntos

¿Por qué para ella no podía ser así también, si deseaba exactamente lo mismo?

Devon la notó abstraída cuando subió al carruaje pero decidió no sondearla. También él tenía muchas cosas en qué pensar. Logró adormilarse un rato con el traqueteo del coche hasta que un zarandeo inesperado lo despertó de golpe, haciéndole gruñir malhumorado.

—¡Maldita sea! ¿Algún problema Jimmy? —Gritó sacando la cabeza por la ventanilla.

—Un árbol en el camino, señor – avisó el cochero, con recelo.

Devon masculló antes de abrir la portezuela y coger un arma de debajo del asiento. Axel se alarmó.

—¿Qué haces?

—No es tiempo de tormentas. Puede que el árbol sea un señuelo para salteadores de camino.

William me dijo que no solía haber, pero no debemos confiarnos.

—¿Sabes usar eso? —El mosquetón parecía bastante antiguo.

Devon rio antes de gritarle a los de fuera.

—¡Jimmy, vamos a ver ese tronco! ¡Betty, ven con tu ama! —Luego la miró a ella, más serio de lo que hubiera querido. —Hay otro de estos debajo del asiento. Si hubiera jaleo, no dudes en sacarlo; ni en disparar... Al menos para asustarlos.

La alarma en los ojos verdes le tornó irreflexivo. Tomó su barbilla y la besó en boca sin pensar en los criados, allí mismo.

—No te preocupes. Te protegeré siempre.

Ella no tuvo tiempo de decirle la verdad, que era por él por quién temía y no por sí misma, pero el pavor en los ojos de Betty la indujo a sonreír.

—Será una falsa alarma, seguro.

Durante un rato los hombres no se confiaron. Devon se quitó la chaqueta y se arremangó su nívea camisa para ayudar al cochero a mover el tronco sin perder de vista sus armas. Cuando quedó despejado, ambos respiraron de alivio.

—Sigamos, Jimmy. Nos queda un largo trecho hasta la siguiente parada.

El joven se llevó la mano a la gorra respetuosamente.

—Sí, señor. Gracias por echar una mano.

Devon Hunt, vizconde de Dermont, sonrió con burla mientras recogía sus ropas.

—¡Para algo deben servirme tantas horas en el gimnasio!

Una vez de regreso en el carruaje y con Betty en el pescante...

—Lo siento. No quería asustarte, pero en pleno bosque nunca se sabe...

—¡No estoy asustada! Deja de tratarme como a una cría histérica ¡Soy yo, Axel! ¿Recuerdas?

Él asintió, risueño, dejando a un lado su chaqueta pero bajándose las mangas. Aunque ella no quisiera admitirlo, se la veía nerviosa.

—¿Qué te preocupa, entonces?

—¡Tú y tu maldito carácter! Seguro que te habrías hecho el héroe y hubiera tenido que llevar tu cadáver a tía Elena ¿Te imaginas como nos sentiríamos las dos?

—Me imagino a mi madre, puesto que soy su único hijo; pero tú... Pasarías página, supongo —la provocó.

Axel lo fulminó con un gesto antes de cruzarse de brazos e ignorarlo. No estaba dispuesta a

reconocer el miedo que había pasado imaginándolo enfrentado a unos bandidos. La posibilidad de una lucha y un mal desenlace le había destrozado el estómago.

Mientras Devon la adoró con la mirada, acariciando su mentón altivo, sus pómulos altos, sus ojos de fuego y su frente despejada, fruncida por el mal genio.

—Vamos, cielo, sabes que bromeaba —avanzó el torso y tocó su nariz con la de ella, pero Axel se retiró. —No hagas eso, me tientas más.

—No estoy de humor, Devon.

Comprendió que hablaba en serio y se retiró hasta su respaldo, pero estiró las piernas y la acorraló entre ellas, como otras veces.

—Hablemos de algo que lo mejore, entonces. Tengo un plan y quiero compartirlo contigo.

—¿Qué tipo de plan? —Aunque desconfiada, no pudo evitar interesarse.

—¿De verdad piensas que mi madre sigue enamorada de mi padre? Lo dijiste la noche que entré en tu habitación.

Axel, desarmada ante el viraje de la conversación, lo miró confusa. Y él no supo interpretarlo.

—¿Has cambiado de opinión? Me dijiste...

—Sé lo que dije, pero no entiendo dónde quieres ir a parar —confesó.

Devon se pasó las manos por el pelo, dando muestras de un nerviosismo inusual en él.

—Ni yo mismo lo sé —admitió. —¡Bueno, sí! He tenido tiempo para pensar durante estos días en Blackmoon, y he llegado a la conclusión de que me gustaría ver feliz a mi madre. Es joven aún y lo merece.

Ella sonrió con melancolía.

—Yo también daría algo por ver feliz a tu madre, Devon. Sólo puedo asegurarte que, excepto por el modo en que trató a tu padre en Londres, siempre le han brillado los ojos al mencionarlo. También sé que atesora recuerdos suyos. Una vez la sorprendí con su escapulario en las manos. Lleva un retrato del conde dentro, y lo tiene colgado en su cuello. Todos los días.

Devon respiró hondo, apesadumbrado.

—¿Crees que mi padre no la quiso nunca?

—¿Manteniendo amantes durante su matrimonio? ¿Tú qué dirías? Eres un hombre, tal vez lo entiendas —replicó, dura.

—Axel, yo no soy mi padre.

Ella recordó cuanto les había detestado a ambos en el pasado y rectificó, intentando ser justa.

—Es cierto. Y tal vez, igual que estuve equivocada contigo, también lo esté con respecto a él.

Puede que yo me haya quedado sólo con una parte de la historia.

Devon la contempló con gratitud. Anhelaba desesperadamente que ella tuviera razón.

—Puede que sí. O puede que, realmente, mi padre sea una mala persona. Pero me cuesta creerlo.

Siempre fue correcto en mi presencia.

—¿Y bien? —Quiso saber ella —¿Cual es ese plan?

El rostro del vizconde se transformó con una sonrisa auténtica.

—Enamorarlos.

Axel abrió mucho los ojos, fascinada, mientras la voz de Devon sonaba esperanzada.

—¿Lo crees posible?

—¡Sería maravilloso!

La alegría no le duró mucho y su mirada se ensombreció al sopesar los contras.

—No sé si tenemos muchas posibilidades... ¡Tu madre estuvo tan distante con él! Y no quiere ni oír hablar de vivir en Londres.

Devon se mostró optimista, sin perder su pícaro sonrisa.

—Antes no, pero si en algo está empeñada mi madre es en que tengas tu temporada... Si decides acudir a Londres, no va a dejarte ir sola —Le guiñó un ojo. —No tiene por qué saber que cuentas con el patrocinio de Clarence. Si se lo ocultamos, se sentirá obligada a acompañarte.

Axel lo meditó seriamente y después asintió.

—Podríamos intentarlo. Pero ¿y tu padre?

—Puede que tuviera amantes en el pasado, pero te garantizo que lleva mucho tiempo solo. Son cosas que los hombres sabemos... Se hablan en el club — explicó ante su interrogante. —No hay nada que un noble haga que no se sepa al día siguiente.

Ella guardó silencio un instante. Luego, su voz tembló.

—¿Es una advertencia? ¿Quieres decir que... estaremos en boca de todos si... no somos cuidadosos?

El rostro de Devon se puso serio, casi tenso.

—Absolutamente, Axel. Y lo mismo sirve para Perry. Él es duque, y no hay madre con hija casadera que no lo observe con lupa. Si se le olvida, le mataré a puñetazos —prometió, haciendo recordar a Axel lo molesto que se mostró cuando se retiraron de la fiesta. —Pero dejemos ese asunto. Confío en ti plenamente. Sé que tienes la cabeza en tu sitio y no olvidarás que Londres no es Blackmoon.

Ella le apretó las manos, deseando tranquilizarlo. No le gustaba verlo enfadado.

—No lo haré, Devon. No dejaré en mal lugar el apellido Birmingham.

Devon le rozó con un beso la frente.

—No es el apellido lo que me importa. ¡Es que no soportaría que esas arpías te destrocen!

—bajó aún más la voz, desazonado. —Y créeme, Axel, pueden hacerlo.

—No lo olvidaré —asintió ella, más asustada de lo que daba a entender.

Devon se retiró, sereno otra vez.

—Volviendo a lo que estábamos planeando. ¿Me ayudarás?

La sonrisa de Axel se lo dijo todo, dándole pie a seguir poniendo en voz alta sus reflexiones.

—Ya que compartirán techo, buscaremos oportunidades para que se encuentren a solas. Tú meterás ideas temerarias en mi madre y yo haré lo mismo con mi padre. —Discurrió algo que antes no había pensado. —Creo que... Sí, me mudaré con vosotros. ¡Mejor que esté cerca!

—Pero ¿y tu casa? Vives independiente desde hace años.

—Necesita una pequeña remodelación. Puede que haya llegado el momento de hacerla —se encogió de hombros.

Axel asintió, satisfecha, presintiendo que todo aquello podría llegar a buen término.

—Suena creíble.

Devon se vanaglorió con una última afirmación.

—Otro motivo más para la presencia materna. No podrías quedarte en una casa con dos hombres solos.

El entusiasmo de Axel fue tan evidente que palmoteó haciendo reír al vizconde. Lo uno llevó a lo otro y sellaron su pacto con un breve beso.

—Tengo que quitarme esta costumbre —suspiró Devon en su boca.

Ella asintió. Pero sabía que, si algún día se decidía a cumplirlo, lo echaría de menos.

El resto del viaje del viaje lo disfrutaron tramando eventos en los que los condes de Valmont tendrían que mostrarse acompañados. La imaginación de Axel era desbordante, pero le asustó comprobar a cuantos actos sociales tendría que acudir y con cuánta gente tendría que alternar. Sólo le tranquilizaba una cosa: Devon estaría a su lado.

Cenaron en una posada al lado del camino, compartiendo de nuevo mesa y charla con sus criados y después ambas mujeres se retiraron a la misma habitación. Devon consiguió una en otra planta, porque el local estaba a rebosar, y Jimmy durmió en el establo con el resto de criados y los caballos.

El segundo día, salieron temprano para soportar mejor las inclemencias del caluroso verano y ambas parejas disfrutaron de su relativa intimidad, haciendo diferentes tipos de planes.

Cuando lograron avisar Marion Hill, atardecía.

Una vez pisó el umbral de su amada casa, Axel sintió que regresaba distinta, que ya no era la muchacha sin metas ni anhelos. Ahora tenía una visión clara de lo que deseaba en su vida.

Por su parte, Elena Birmingham también supo que su pupila no era la misma Axel que atravesó las puertas camino de Escocia: su modo de caminar, su espalda erguida y sus ojos risueños hablaban de una mujer enamorada. Lo que le angustió fue preguntarse de quién.

Hasta el almuerzo del día siguiente no se reunieron para compartir las peripecias del viaje. Los recién llegados durmieron de un tirón, saltándose el desayuno, lo que les hizo mostrar un hambre voraz y unos rostros risueños.

Orson y Elena Birmingham cruzaron las miradas, sin salir de su asombro, ante los chispeantes comentarios que los jóvenes intercambiaron y las bromas que se prodigaron plato tras plato. Incluso Orson, de habitual despistado, admitía que jamás les había visto tan compenetrados. En cuanto a Elena, no podía dejar de mirar a su hijo con sospecha, inquieta ante la posibilidad de que él hubiera olvidado su responsabilidad de caballero y hubiera seducido a su ahijada.

—Entonces, lo has pasado bien...

—¡Más que bien, Orson! Ha sido fascinante —asintió Axel con los ojos resplandecientes. — He alternado con gente encantadora y el paisaje escocés es maravilloso ¡Tienes que ir a Blackmoon! Seguro que William estará encantado de invitarte, ¿verdad, Devon?

Llevaba un vestido de muselina con flores amarillas y el cabello suelto, enmarcando su alegre rostro. Lucía tan atractiva que a Devon le costaba apartar su mirada y ni su madre ni su tío dejaron de percibirlo.

—Seguro —asintió, hechizado.

—Entonces ¿ya no rechazas la idea de ir a Londres para la temporada? —insinuó Elena, atónita por el interés de su hijo.

Fue él quien respondió.

—Para la temporada falta mucho, madre. Nos iremos en unas semanas.

El silencio planeó sobre el comedor hasta que el vizconde se obligó a romperlo, explicando los

motivos.

—Axel ha hecho amistades muy importantes, madre. Mi amigo Andrew, el duque de Ivory —logró reprimir el rechazo que su simple mención le provocaba, pensando que servía como excusa perfecta —se mostró interesado en cortejarla. Amenaza con presentarse en Marion Hill si ella no acude a Londres, y si mal no recuerdas, no acepta un no por respuesta... Creo que debemos aprovechar las circunstancias ya que es un momento propicio para Axel.

—¿Y a ti te interesa el duque, cariño?

Ella creyó leer sorpresa en los ojos castaños de su tía.

—Es un hombre muy... atractivo —admitió sin querer mirar a Devon.

—No esperaba que eso te cegara —todos advirtieron que sonaba a reproche.

—Axel siempre ha demostrado ser sensata —intervino Orson, cada vez menos cómodo con el transcurso de la charla.

Adoraba a su hija adoptiva y nunca se había planteado qué ocurriría cuando ella creciera. No se le pasó por la cabeza que quisiera abandonar el tipo de vida que llevaban.

—Gracias Orson. Espero no defraudar tu confianza —Axel entornó los ojos, a la defensiva, cuando respondió a su tía. —En cuanto a Andrew, tía Elena, es un hombre cálido y encantador. Ya sé que tiene una fama pésima, pero le recuerdo que la comparte con Devon, y ya ve como él, en la intimidad, no tiene nada que ver con el hombre que la gente imagina.

A Devon le escoció la ardorosa defensa de su amigo aunque tuvo que reconocer que resultó efectiva. Las mejillas de su madre se sonrojaron por la vergüenza.

—Lo siento, Axel; no quise ofenderte.

La muchacha se levantó de su asiento para abrazar a su tía y la llenó de besos, obligándola a sonreír.

—¡Basta, ya sé que me has perdonado!

—Yo jamás tendré que personarle nada, tía Elena —aseguró cariñosa. —Le debo todo lo que



soy.

Devon envidió la calidez que ambas compartían. No podía evitar los celos cuando su madre o su tío hacían patentes sus sentimientos por ella, de los que se sentía excluido; pero en esta ocasión, como si Axel hubiera presentido su resquemor, se acercó por detrás y le besó la coronilla antes de acomodarse en su asiento.

—Anda, Devon, cuéntale a tu madre los planes que tenemos.

Elena y Orson Birmingham cruzaron las miradas de nuevo. Allí ocurría algo ¿Es que ellos no se daban cuenta? La intimidad que les unía era evidente.

El vizconde, ajeno a la expectación que estaban levantando, le siguió el juego a la muchacha.

—Tío, después tendremos una conversación en privado, pero te adelanto que Axel vendrá conmigo a Londres. Y doy por hecho que mi madre nos acompañará.

Su tío frunció el ceño ante la promesa de una explicación posterior mientras Elena denegaba, nerviosa, ante las palabras de su hijo.

—Yo soy feliz en Marion Hill, hijo. No quiero volver a Londres.

—Es que no tendrás más remedio, madre. Axel no puede vivir en casa de mi padre sola, ni tampoco conmigo aunque seamos parientes. Sería motivo de escándalo, ¿no crees?

—¿Por qué ibas a vivir en casa? Tienes la tuya...

—Necesita reformas. Voy a modernizarla con tuberías para el agua y otras comodidades —informó con fingida indiferencia. —Así que, me trasladaré con vosotros mientras duren las obras.

—¡Pero yo no puedo...! ¡Tendría que vivir con tu padre otra vez...!

Elena miró a su hijo y luego a la joven, con tal gesto de angustia que Axel estuvo en un tris de retractarse pero Devon le pisó un pie bajo la mesa, adivinando su intención.

—La casa es enorme, mamá —Devon se negó a ablandarse, sabiendo que forzar a su madre era el único modo de llevar a cabo sus planes. —No tendréis ni que veros.

Elena calló, reflexiva. Cuando alzó la mirada de nuevo, pareció resignada.

—Está bien. Lo haré por Axel.

—Tía Elena, yo...

La angustia afloró en la mirada jade. Axel adoraba a su tía y odiaba hacerla pasar un mal trago.

Pero Devon la atajó a tiempo con una promesa que sirvió para ambas.

—Te aseguro que no te arrepentirás.

Cuando terminaron el almuerzo, los dos hombres se retiraron a la biblioteca para tomar un brandy. No era costumbre en Orson Birmingham pero ya que su sobrino parecía andarse con tanto secreto, pensó que necesitaba algo fuerte.

—¿Y bien, mi querido vizconde, qué te traes entre manos?

A pesar de la sorna, Devon supo que su tío estaba inquieto.

—Solo quiero que Axel sea feliz.

—¿Y no te parece que ya lo era antes de que le metieras tantos pájaros en la cabeza?

Devon contempló a su tío largamente. Era un hombre de mediana edad, cercano a los sesenta. Nunca mostraba un aspecto atildado aunque sí pulcro, y su mirada mostraba su alto grado de inteligencia. Sabía que tendría que ser sincero con él.

—Puede que antes lo fuera; pero ya no lo sería. Ha perdido el miedo a moverse en sociedad y puede aspirar a algo más que vivir encerrada en el campo o casarse con un terrateniente de los alrededores.

—¿De verdad crees que la vida en Londres será mejor que esto?

Devon suspiró antes de tragar el contenido de su copa de un golpe.

—Entiendo tu miedo a que resulte herida. Pero eso no ocurrirá. Yo estaré alerta.

—¿Cómo de alerta, sobrino? ¿Acaso estás interesado en ella? En realidad no sois familia...

—aventuró, esperanzado.

Devon se admiró de la perspicacia de su familia. O eran muy observadores o realmente ellos era

muy malos fingiendo.

—No voy a negarte que me gusta Axel, muchísimo. Pero ella quiere amor, tío. Y yo no sé si puedo ofrecérselo. Eso es todo por ahora.

Orson asintió, satisfecho con la honestidad de su sobrino.

—¿Y ese duque?

—Está loco por ella. Pero Axel no logra decidirse.

—¿Y si lo escoge a él?

Los dos hombres mantuvieron la mirada. Fue el más joven quien la apartó primero con una nube de tormenta.

—No lo sé, tío Orson. No quiero pensar en eso. Estoy... obsesionado con Axel. Pero no sé si es porque he descubierto lo maravillosa que resulta o porque quiero purgar lo hijo de perra que he sido con ella durante tantos años.

Su tío se sirvió otra copa y le pasó la botella.

—Ella parece adorarte. Jamás te había mirado así.

Una sonrisa lució espontánea en el atractivo rostro del vizconde. Le halagaba escucharlo.

—Nos hemos hecho buenos amigos.

Orson Birmingham suspiró, sabedor de que la partida estaba decidida de antemano y perdería a Axel.

—Hay otra cosa, hijo... El dinero.

—Eso no es problema —lo acalló el joven.

—Ya has gastado mucho dinero en ella. La temporada es muy cara... y Axel es orgullosa.

¿Aceptará tu ayuda?

—Ya lo he pensado...Y no, no la aceptaría. Pero si te pregunta, le dirás que creaste un fideicomiso cuando era pequeña para su matrimonio y que puede emplearlo ahora.

Orson admiró la planificación de su sobrino y que hubiera pensado en todos los detalles le

confirmaba su interés por la muchacha.

—¿De cuánto sería?

—¿Cinco mil libras? —Sugirió impertérrito.

Orson ríó, escéptico.

—Ella no lo creerá. No es tonta y sabe que no manejo tanto dinero.

—Nunca le informaste de tu ruina, que yo sepa...

—No, pero la vida es de natural austera en esta casa. Y ella no ha sido dada a malgastar en caprichos, por eso no sentí la necesidad de advertirle.

—Hiciste bien —Devon se encogió de hombros antes de encender un habano —en fin, no hablemos de dinero; no lo merece. Quiero que seas nuestro cómplice en otro asunto. Voy a explicarte el motivo por el que estoy obligando a mi madre a venir con nosotros...

Y pasó a relatarle lo que Axel y él habían planeado.

A su tío no le pasó desapercibido el “nosotros” y apenas prestó atención a lo que escuchó después. Deseaba lo mejor para Axel, y visto como se entendían los dos, se convenció de que lo mejor era Devon. En el pasado no se había atrevido a soñarlo por el tratamiento tan feroz que el muchacho le había dado, pero ahora... Ahora presentía que Axel, “*su Axel*”, podría ser la siguiente vizcondesa de Dermont. Sabía que un título la protegería de la maldad de Londres y aunque confiaba en Devon, no ignoraba que, por encima de todo, lo único capaz de callar las malas lenguas era el “*sello de calidad*” que imprimía un rango en la Corte.

Cuando logró enterarse de que su sobrino pretendía además, arreglar la vida de su madre, comprendió que debía dejarlo todo en sus jóvenes manos. Él no estaba para conspiraciones e intrigas. En realidad, jamás había sabido moverse en esos campos. Por eso adoraba la paz de Marion Hill. Su casa.

Aunque la mantuviera Devon.

Axel era consciente de que su vida sería muy diferente después de pasar por Londres así que, se dedicó en cuerpo y alma a Marion Hill. Quería aprovechar todo el tiempo posible la sensación de “*ser ella*”, la protegida, la mimada hija de Orson Birmingham.

Dedicó largos ratos a conversar con él en la biblioteca, a recorrer los jardines y repasar la botánica que ambos adoraban; visitó a los arrendatarios uno a uno, asegurándose de que el invierno lo pasarían en buenas condiciones. Quedó más tranquila al saber que un administrador de confianza del vizconde se haría cargo de las cuentas y de que Richard, el hijo de la cocinera, pasaría a llevar el trato directo con los campesinos. Axel lo conocía desde que eran pequeños y sabía que se desenvolvería muy bien.

Mientras tanto Elena como Devon se preparaban para regresar a la ciudad. Ella recogiendo sus cosas más preciadas y mentalizándose del cambio de vida que la aguardaba. Él, encerrado en su despacho entre papeles. Tenía pendiente la compra de algunas empresas y William Blake le había enviado material suficiente para quebrarse la cabeza.

Un atardecer, ya próximo al viaje, salió a despejarse y halló a Axel en el cenador, absorta. La imagen le trajo el recuerdo de la vez que allí mismo la aplastó violentamente contra la columna, sujetándola entre las piernas para cubrirse de sus peligrosas rodillas. Y la vergüenza, a la par que el deseo, se reflejó en su mirada.

—¿Hay algo que te inquiete, *primita*?

Ella levantó la cabeza, despertando de su súbdita melancolía, permitiendo que una sonrisa asomara a sus labios.

Devon se detuvo en el contorno de su boca, asombrado por cómo le atraía; en el verde claro de su mirada, en su cabello desparramado sobre la espalda de encaje del vestido veraniego, en sus brazos apenas cubiertos por la transparencia de las mangas...

Axel, encandilada por su mirada, sintió como el deseo nacía desde lo más hondo de sus entrañas y se mordió el labio inferior para controlarse, consiguiendo con ello que Devon gimiera despacio y la atrajera a su pecho para besarla lentamente, saboreándola con una dulzura que a ambos

sorprendió.

—Te he echado de menos —confesó él sin apartarse.

—Has estado ocupado... Y yo también.

—¿Despidiéndote de Marion Hill? —Notó como le erizaba la piel con su aliento y creció su anhelo.

—Algo así.

—Volveremos —aseguró tierno. —Tú perteneces a este lugar y tío Orson seguirá aquí. Es nuestro refugio de vacaciones.

—Para mí lo es todo. Es mi hogar —confesó ella, sintiendo desbordarse las lágrimas.

Devon las besó dulcemente mientras una idea acudía a su mente. Tenía que hablar con Orson. Pero eso sería después. Ahora se demoró en besar la sal de sus mejillas, logrando arrancarle una sonrisa tierna.

—No llores nunca por las cosas buenas. Sólo sonríe. Así ¡Estas preciosa cuando lo haces!

Axel recordó que Andrew Perry le había dicho eso mismo la primera noche que se conocieron pero lo desechó enseguida. No podría comparar lo que había entre ellos con lo que sentía por Devon. Instintivamente, lo abrazó más fuerte.

—Estarás a mi lado, ¿verdad?

—¿Te refieres a Londres? ¿Eso es lo que te preocupa? —Devon frunció el ceño, inquieto.

—Sí. Tengo miedo de todo. De no ser admitida, de que yo... ¡No quiero comportarme como esa gente, Devon! Quiero seguir siendo yo misma.

—Y lo serás, cariño —aseguró, convencido, mientras le besaba los pómulos; le siguió la frente y terminó en su boca. —Voy a estar allí, Axel. Te juro que te defenderé hasta de mí mismo si es preciso.

Ella no entendió sus palabras, pero tampoco le importó. Las sensaciones que sus manos provocaban sobre su cuerpo al acariciarla y el tormento de su boca era todo lo que quería sentir.

Elena Birmingham se miraba, en ese mismo instante, en el espejo de su tocador y la imagen le devolvía una mujer bella, de apenas cuarenta años, con el cabello sin una cana y los ojos tristes. Suspiró desalentada. Detestaba a Stephen Hunt por lo que le había hecho a su vida, convirtiéndola en un infierno desolado, pero también se despreciaba a sí misma por no ser capaz de superarlo. Sentía a su marido como una adicción, una droga que se le había metido en la sangre desde el momento en que lo vio y que no había logrado sacarse de encima. Durante un instante, un conato de rebeldía asomó a los ojos castaños. ¡Tenía que olvidar a aquel hombre! Si iba a volver a Londres, no lo haría como una pobre ilusa, como la mártir que había sido durante veinticinco años... Se merecía algo mejor, y si ello implicaba cambiar su moral y sus convicciones, lo haría. Intentaría enamorarse, o echarse un amante, lo que fuera; pero no quería irse a la tumba habiendo sido simplemente “*la esposa y la madre de*”.

Con gesto decidido se quitó el escapulario que escondía entre sus senos y lo guardó en un baúl. Lo llevaría con ella, pero no pegado a su piel.

Orson Birmingham no disimuló su sorpresa cuando su sobrino lo siguió hasta la biblioteca tras el desayuno. Durante el transcurso del mismo no le había dado ningún indicio de querer mantener una conversación privada por lo que su actitud decidida le hizo fruncir el ceño.

Devon, con desenvoltura, cerró la puerta tras de sí.

—Tío Orson, tenemos que hablar.

El hombre esbozó una mueca, socarrón.

—Sí, ya lo veo. ¿Quieres que mire también tras las cortinas? —Divertido por su falta de comprensión, se explicó. —Parece que vayamos a guardar un secreto.

—No exactamente, aunque sí quiero que lo sea para Axel.

La mirada del hombre se ablandó. Sólo escuchar su nombre lo ponía triste. Entendía que ella

tuviera que marcharse, pero en los últimos días había tomado conciencia de cuanto la iba a echar de menos y no podía evitar rebelarse.

—¿Estás seguro de que es una buena idea, Devon? La despellejarán si te descuidas. Todos saben que no es mi hija.

—No, no lo saben a ciencia cierta. Más bien deben suponerla un desliz de tu juventud. —La palabra *bastarda* le había venido a los labios pero sólo recordar cuánto le dolía a Axel, se sintió incapaz de pronunciarla. —Perry y yo nos encargaremos. Nadie le voltará la cara, te lo aseguro. De todas formas, no es de eso de lo que quiero hablarte. He mandado llamar a mi abogado. Estará aquí a media tarde porque hay un asunto que debemos dejar resuelto.

Ante su gesto decidido, Orson tomó asiento en su sillón habitual y Devon lo acompañó en el de enfrente.

—¿Tienes hecho testamento?

La confusión asomó al rostro de su tío.

—Sí, claro. Lo hice para proteger a Axel.

—Bien ¿Y cuál fue el acuerdo que tomaste?

Orson entornó los ojos de un modo que le hizo recordar a Devon el típico gesto de Axel. No cabía duda de que habían pasado juntos mucho tiempo.

—Redacté uno a los pocos meses de adoptar a Axel. En él la dejaba como mi heredera universal; exceptuando algunas cosas para tu madre, para ti, y para los empleados de esta casa. Pero lo modifiqué hace unos años, cuando tú... Cuando pasaste a ser el auténtico dueño de Marion Hill.

—¿Por qué no me consultaste algo así?

—¿Qué iba a decirte? ¿Que mi heredera era la joven a la que odiabas descaradamente, siendo tú quien pagaba las facturas? —Le replicó sensatamente. —Piénsalo, Devon.

Él cabeceó, nervioso. Era cierto. No podía negar que su antipatía por Axel había sido tan obsesiva que no había pasado desapercibida para nadie. Suspiró para controlar su genio.



—Lo siento, tío. Lo siento de verdad. Fui un maldito engreído y un irresponsable. Quiero que vuelvas a corregir el testamento. En los términos en que estaban al principio.

—Eso no sería justo, Devon. Tú mantienes los gastos. Y son muchos.

—También manejo las ganancias...

—Pero me las entregas a mí; no soy tonto.

Devon se incorporó, ligeramente incómodo.

—Mamá vive contigo. También ella tiene gastos y me parece justo que los asuma yo ¡No le demos mayor importancia! De todas formas, me quedo un dos por ciento de los beneficios; no me creas un santo...

—¿Quieres, de verdad, que Axel se quede con Marion Hill?

—Sí. Yo no lo necesito. Heredé el título y las propiedades del tío Bryan. En un futuro que espero lejano, heredaré el condado de Valmont... Y además, me dedico a los negocios, por poco elegante que eso resulte. Te aseguro que Blake y yo estamos haciendo una fortuna con las fábricas de Londres. Incluso había pensado invertir alguna cantidad en tu nombre y en el de Axel... Los beneficios son magníficos.

—Lo dejo en tus manos —aceptó su tío. —Ya sabes lo nulo que soy para los negocios. En cuanto a lo de esta casa...

—Eso está decidido, será para ella. Si quiere casarse no tendrá que hacerlo por dinero. Su futuro estará asegurado.

—¿Y si se casa con Perry? ¿No te importará que pase a sus manos?

—Eso es un punto a tratar. Andrew no necesitará estas tierras. Y sé que él no se opondría a mis planes, si tuviera que enterarse algún día... —aseveró con certeza —la posesión es de Axel, y solo de Axel. Habrá una cláusula especial por la cual su marido no podrá disponer de ella. Pasará directamente a sus hijos. Y si no los hubiera, regresaría a los Birmingham.

—Parece que has pensado en todo.

—Lo he intentado al menos —admitió, práctico. —¿Estás de acuerdo con mis disposiciones?

—Absolutamente. Veo que la dejas bien protegida.

—Como si fuera mi hermana...

—Todo sería más fácil si fuera tu esposa —replicó Orson con dulzura.

Devon sonrió entre dientes.

—¡Quién sabe, tío! Con todo, también la protejo de mí. Ella tiene derecho a su independencia.

Orson le sujetó de un hombro cuando ya se iba y lo estrechó entre sus brazos.

—Gracias, hijo. Gracias por cambiar.

La mirada castaña mostró confusión aunque agradeció el abrazo. Por un instante se permitió sentirse parte del mundo de Axel.

—Ha sido un placer, tío. Sólo siento el tiempo que he tardado. Por cierto, deberás decirle que es tu heredera. Pero no le cuentes que yo mantengo la casa. Dile que has invertido en mis empresas y has recuperado tu fortuna... Lo que sea. Pero que jamás se sienta en deuda conmigo.

—¿Piensas que va a creerme?

—Si le dices que yo te he asesorado, sin duda. Conoce mis buenas artes.

Se despidió con una sonrisa, tranquilo de haber puesto un seguro más en el futuro de Axel.

Era su última noche en Marion Hill y una profunda tristeza la invadió desde por la mañana. Devon lo había notado pero la llegada de su administrador le obligó a acompañarlo, junto con el dueño de la casa, por toda la propiedad. Regresaron para la hora de la cena, que resultó formal por la presencia del invitado.

Axel se retiró pretextando jaqueca, y él la siguió en cuanto le fue posible.

Entró sin avisar, como lo hiciera la primera vez dos meses atrás. En esta ocasión no leía sino que contemplaba, desde el banco de piedra que rodeaba su ventanal, las traseras de la casa, el inmenso jardín y los verdes prados. Llevaba un recatado camisón blanco y el cabello cobrizo le caía en

cascada sobre la espalda.

Devon tragó saliva. ¿Estaba enamorado de ella? ¿Por qué, sino, sentía tan hondamente su dolor? ¿Cómo podía anhelar defenderla de cualquier tristeza que pudiera sentir? ¿Era eso el amor? Las dudas le carcomían, pero tenía claro que no iba a esperar a despejarlas para socorrerla.

Cuando Axel se volvió, tenía los ojos anegados en llanto. Sin palabras, lo acogió en sus brazos.

—Lo siento. Llevo todo el día intentando librarme de Peterson, pero no he podido —musitó en su oído.

—No sé por qué estoy triste...

—Porque nos vamos —izó su barbilla y depositó un beso cálido en ella. —Y porque tienes miedo. Pero va a ir todo bien —subió hasta su boca — Te lo prometo.

Ella lo abrazó con fuerza, angustiada.

—Devon... Quédate esta noche. Duerme a mi lado.

Él sostuvo su mirada un instante y después suspiró, asintiendo. ¡Al demonio los convencionalismos! Estaban en casa. Mañana irían a Londres y allí no podrían ser tan descuidados... La cogió en brazos y la llevó hasta la cama. Hacía frío así que atizó la chimenea y apagó las velas para desvestirse con la tenue iluminación del fuego. Cuando se acostó a su lado, desnudo, Axel lo estrechó en sus brazos.

—Creí que era una invitación a dormir —susurró burlón perdiéndose en los ojos que seguían estando triste.

Una chispa de diversión apareció al fin en ellos.

—Tú sabes cómo dejarme agotada —replicó quedo, besando su oreja.

Devon no necesitó más. Atacó su boca con ansia, le quitó el camisón por la cabeza y la acarició desde el pelo hasta la punta de los pies. Cuando inició el camino ascendente ya Axel se retorció en sus manos, jadeante, olvidada de angustias y febril por recibir su tacto.

Satisfecho del poder que ejercía sobre ella buscó su boca y la maltrató hasta que los labios magullados gimieron “*más, Devon*”. Triunfante, rio entre los bucles de su sexo y la devoró,

obligándola a correrse una y otra vez mientras su propio deseo le hacía contraer la frente en un gesto extremo de concentración.

Cuando Axel cayó sobre las sábanas, empapada en sudor y jadeante, se apartó para aliviar el dolor que amenazaba con castrarlo, pero ella no lo dejó, curiosa como siempre.

El interrogante de sus ojos le dio la oportunidad a Devon de confesarle lo que deseaba. Se tumbó de espaldas, le acarició los labios con sus dedos húmedos de los jugos de ambos y le acercó la cabeza hasta su cadera.

Axel, precavida, tanteó con sus labios el sexo hinchado y sedoso que se le ofrecía, insegura de cómo hacerlo, pero el gemido de él ante su solo contacto le dio seguridad; lo tomó a fondo y comenzó a lamerlo como él le había hecho, lentamente primero y más fuerte después. La mano de Devon en su cabeza guiaba el ritmo y una sonrisa victoriosa nació en los ojos verdes cuando sintió tensarse el cuerpo masculino, tan mojado como el suyo. Llevó las manos hasta su escroto y lo acarició con fuerza al tiempo que el semen se escapaba a chorros hasta sus pechos y le desbordaba la boca.

Aturdida por la sorpresa, se atoró y comenzó a reír mientras Devon la miraba con una mezcla de admiración y felicidad.

—¡Dios bendito, Axel...! ¡Ha sido glorioso! —Sentía la garganta seca como el esparto.

Ella rio, asombrada de lo que había hecho, tendiéndose cuan larga era sobre los soberbios músculos de Devon para besarle en la boca.

—Endemoniadamente glorioso —asintió feliz.

Devon le susurró caricias sobre la frente mientras ambos sentían que sus sentidos se adormecían, pero antes tuvo la cautela de incorporarse y limpiar sus cuerpos antes de dormir. No quería que las sábanas les delataran. Aunque no le importaba que el tío Orson le pidiera responsabilidades, no era así como deseaba un compromiso con Axel. Ella se acurrucó a su lado, agotada, suspirando con indiferencia. No estaba para pensar en criados, tan satisfecha con la noche pasada que sólo quería dormir para rememorarla en sueños.

Elena Birmingham pasó el viaje hasta Londres intrigada por las miradas cómplices de Axel y su hijo. Él cabalgaba en paralelo al carruaje donde ellas mantenían un ominoso silencio. Detrás, dos vehículos les seguían hasta los topes de pertenencias.

Despedirse de Orson había sido duro, con muchas lágrimas por parte de Axel y una terrible sensación de pérdida para ella. Elena sentía que dejaba atrás unos años de paz y que retornaba al salvaje mundo de las apariencias. Sin contar con que le alteraba el próximo recibimiento de su esposo. Le había enviado una carta explicándole los motivos de su inminente llegada y la respuesta fue un lacónico: “*Esta es tu casa*”; así pues, no sabía si la noticia lo enfurecía, alegraba o dejaba indiferente.

Cavilaba sobre ellos mientras controlaba las idas y venidas de los ojos verdes a los castaños y la sonrisas que florecían en las bocas de ambos.

¿A qué estaban jugando? No entendía por qué Axel, tan sensata siempre, no se percataba de que estaba loca por Devon, ni por qué su hijo, tan indiferente a las atenciones del otro sexo, se desvivía por hacer feliz a la muchacha que durante tantos años había humillado. Tenía que haberse enamorado de ella, no cabía otra explicación. Y sin embargo, los dos negaban la evidencia, tratándose como cariñosos amigos. ¿Seguirían así en Londres? La gente no era tonta. Nadie iba a irle detrás a Axel Birmingham si veían al vizconde de Dermont interesado en ella... Tendría que cruzar unas palabras con Devon

Devon cabalgaba controlando el paso de los carruajes que les acompañaban a la ciudad. La idea de permanecer junto a Axel en un espacio tan pequeño, teniendo que aspirar su perfume y controlando sus impulsos ante su madre, le había llevado a elegir la montura. Por otro lado, necesitaba el aire fresco para recuperar la prudencia y disimular el cansancio.

Apenas había dormido con ella pegada a su costado, torturado por el deseo, mordiéndose los

puños para no cercarla de nuevo en sus brazos. Ya no se conformaba con tocarla, besarla o penetrar en sus íntimos rincones; se moría por entrar en ella, por entrelazar sus cuerpos y volar juntos hacia un orgasmo. La quería para él; solo para él.

Pensarlo le hacía endurecerse de primitivo deseo. Jadeó desesperado para que no lo notaran y azuzó el caballo unas yardas, enfriando su mente.

Cuando regresó simuló haber hecho un adelanto de reconocimiento pero la mirada de su madre no le dejó lugar a dudas. No le creía. Sabía que algo estaba ocurriendo.

# Capítulo 8

La incertidumbre de Elena Birmingham quedó disipada cuando las puertas de la mansión Hunt se abrieron de par en par con la llegada de los carruajes y el mismísimo conde precedió a los criados para recibirles. Lucía una sonrisa correcta que se intensificó al abrazar a su hijo.

—Me ha dicho tu madre que te quedarás un tiempo...

—Si me das asilo; sino tendré que buscarme un piso de soltero —asintió cariñoso, devolviendo el abrazo.

El conde palmeó los hombros de su hijo, orgulloso de él.

—Tu habitación te espera —aseguró mientras se volvía a su esposa y modificaba la sonrisa por un gesto amable. —Bienvenida, Elena. Robert y la señora Hanson están deseando ponerse a tus órdenes, como siempre.

Turbada por su cordialidad, la condesa reprimió la acidez que acostumbraba a usar como defensa.

—Gracias, Stephen.

El conde pareció olvidarse de besar la mano de su esposa, sin embargo tomó las de Axel entre las suyas y rozó sus enguantados nudillos con un gesto galante.

—Querida Axel, lo dije hace unos meses y lo reitero, estás preciosa. Espero que disfrutes mucho de tu estancia en Londres.

Ella se limitó a sonreírle y Valmont la soltó para asir el codo de su esposa, siguiendo la etiqueta.

—Pasad a refrescaros. La señora Hanson ha preparado un refrigerio hasta que llegue la cena.

La mansión Hunt ocupaba una manzana completa. Tenía jardines tanto delante como detrás de la casa. Una verja de hierro forjado daba acceso desde la calle al patio donde una fuente y numerosos bancos quedaban ocultos por un muro de piedra a la mirada de los viandantes. El pórtico de entrada,

formado por un frontón triangular y cuatro columnas jónicas, daba un aspecto elegante a la fachada, que se dividía en dos pisos. La primera planta se dedicaba a las relaciones sociales; la segunda a las privadas.

Los criados, con excepción del ama de llaves y el mayordomo, tenían sus dependencias en un ala anexa, a las traseras del edificio. Allí fueron enviados Betty y Jimmy cuando terminaron con sus respectivas ocupaciones. Devon se había encargado de proporcionarles un alojamiento porque se habían casado una semana atrás en Marion Hill, a pesar de que él trabajaría en una de sus fábricas y no como empleado de la casa.

Axel contempló la plaza ante la que se erguía la mansión, limpia y silenciosa, algo imposible en Londres, lo que le dio idea de la categoría de la zona. Su habitación tenía amplitud suficiente para acoger a dos invitadas más. Incluía un dormitorio, un vestidor con bañera de mármol y un saloncito privado en el que se apresuró a acomodar sus libros.

Tanteaba el colchón, grande y cómodo, cuando unos golpes en la madera le hicieron incorporarse de golpe.

Era Devon.

—Vamos a cenar —comunicó a modo de saludo. —¿Te gusta tu alcoba?

Las mejillas arreboladas de Axel le dieron idea de en qué pensamientos la había interrumpido y su cuerpo se tensó sin querer.

—¿Todo bien?

—Muy bien —asintió ella, tragando saliva.

Devon cerró la puerta un instante y le besó la frente.

—Gracias por lo de anoche. No tengo palabras para adorarte... Pero aquí debemos ser cuidadosos. Los criados de mi padre no son de confianza.

—Sólo estaba probando el colchón cuando llegaste —confesó avergonzada.

La risa del hombre le llegó en un susurro mientras abría la puerta y la sacaba al pasillo.

—Veré el modo de llegar hasta él —aseguró burlón, tirando de su mano y llevándola al comedor.



Los condes de Valmont aguardaban en la mesa, frente a frente. Stephen, muy serio, calentaba una copa de vino en su mano mientras Elena, con los ojos bajos, bebía un poco de agua.

Devon besó a su madre tras acomodar a Axel a su lado y dar las buenas noches a su padre. Los criados se apresuraron a servir la sopa.

—¿Sabes, padre? Comer en una mesa de tres metros cuando estamos en familia resuelta un tanto envarado. El saloncito azul tiene una magnífica luz y está cerca de las cocinas. Deberíamos probarlo.

A pesar del tono prosaico de su hijo, Stephen Hunt cogió la indirecta.

—Por mí, de acuerdo; pero esa decisión debe tomarla tu madre. Ella es la anfitriona.

—En Marion Hill siempre comíamos en un salón pequeño —intervino Axel aunque enseguida se sonrojó por dar su opinión sin que se la pidieran.

Elena les miró uno a uno, desconcertada.

—¿Creéis que me gusta guardar la etiqueta en mi propia casa? Podemos comer donde queráis.

—Entonces decidido —Devon levantó la vista hasta el mayordomo, quien supervisaba el ir y venir de las doncellas. —A partir de mañana, Robert, las comidas se servirán en la salita azul.

—Como milord desee.

La reprobación podía captarse, no obstante, en sus palabras, lo cual hizo reír al vizconde.

—Ya veo que lo desapruebas. Eres tan envarado como un duque del dieciséis.

—Si vos lo decís, milord...

Axel fue testigo atónita del intercambio. Para su gusto, Devon le estaba faltando el respeto al criado, pero tampoco el mayordomo parecía el súmmun de la cortesía al replicar sus órdenes.

La llegada de segundos platos dio la oportunidad a Elena de felicitar a la cocinera por sus creaciones: pichón confitado, salmón a las finas hierbas, trucha asada... De postre degustaron tarta de arándanos, la favorita de Devon, y delicias de chocolate.

El carácter de Axel volvió a jugarle una mala pasada cuando, asombrada ante el despilfarro gastronómico, hizo una mueca de disgusto que no pasó desapercibida para Elena; aunque ésta no se explicó hasta que les dejaron solos con el café.

—Lo que no comemos nosotros lo hace el servicio, Axel. La comida no se tira nunca. Quédate tranquila.

La explicación dejó perplejo al conde, llevándolo a mirarla con curiosidad.

—Parece que estabas acostumbrada a una vida austera en Marion Hill.

—Más que austera la definiría económica. Jamás eché nada en falta —replicó Axel a la defensiva. —Pero disponer de tanta variedad en la mesa... —Se sonrojó violentamente. —Discúlpeme, conde, nada más lejos de mi intención que criticar sus costumbres.

La risa del hombre sonó tan franca como la de su hijo. Y puso un brillo atractivo en los ojos castaños que no pasó desapercibido para ninguna de las mujeres.

—No me has ofendido, pequeña. A veces conviene que te hagan observar cosas que das por sentado. Posiblemente no me cuesta gastar porque me sobra el dinero, pero puede ser ofensivo si se piensa cuanta gente hay en las calles pasando hambre...

Supo que, sin pretenderlo, se había ganado la admiración de ambas, y eso le complació. Con respecto a Axel porque le gustaba la muchacha, y con Elena porque estaba cansado de provocar su rechazo. Esta era la primera muestra de aprobación que lograba arrancar de sus ojos.

—Bien – interrumpió Devon, prefiriendo instalar un ambiente frívolo en la sobremesa – Después de tan didáctica perorata nos interesaría planear nuestras futuras apariciones sociales. —Se dirigió a su padre. —Es importante que Axel esté arropada por toda familia y había pensado que tal vez no te importaría acompañarnos a algunos actos públicos.

—Estoy a vuestra disposición —aseguró el conde sacando un cigarro —¿Puedo? —La pregunta fue para su mujer.

—Nunca me ha molestado el humo —aseguró, agradecida por su cortesía —y tampoco a Axel.

Orson fumaba con nosotras a menudo.

—Perfecto, así no tendremos que irnos a otra parte en los postres.

Le ofreció otro a su hijo y Devon lo encendió con parsimonia, disimulando con gesto contenido la erección que le provocó la imagen de un habano en los labios de Axel. Cuando logró recuperarse, esbozó una sonrisa poco convincente aunque la voz le salió firme.

—Entonces ¿por dónde empezamos? ¿Qué se está cociendo en Londres?

—Teatro, tertulias, algunas fiestas... Hasta Abril no empezará la temporada pero nunca faltan eventos a los que acudir. Ayer recibí una invitación para el baile en la mansión Russel. Es el sábado. Puede ser un buen momento para presentar a Axel —respondió su padre, satisfecho de ser útil.

—Entonces habrá que proporcionarle el vestido adecuado.

—Pero tía, tengo los de Blackmoon —protestó Axel avergonzada.

—Ya lo has lucido. Ha de ser algo nuevo —le corrigió Devon tranquilamente.

—Has gastado demasiado... —Una mirada seca del hombre la hizo callar.

Stephen rompió la tensión con un comentario burlón.

—Mi hijo está forrado, Axel, no tengas compasión de su bolsillo.

Ella miró a ambos hombres mostrando su desacuerdo pero Elena ya hacía planes.

—Mañana saldremos de tiendas. Si no os importa, —se incorporó —voy a retirarme. El viaje ha sido largo y nos espera mucho ajetreo.

—Te acompaño, tía. Yo también estoy cansada.

Con una mirada, Devon le dijo que la vería después.

Axel extrañaba su cama. Echaba de menos su acogedor cuarto en Marion Hill pero sobre todo se sentía furiosa con Devon ¿Cómo pretendía obligarla a seguir comprando? ¡La deuda que contraería con él sería imposible de pagar! Golpeó la almohada con los puños imaginando que era su cara.

Por eso no fue extraño que él captara su malhumor nada más traspasar la puerta, aunque fingió

ignorarlo.

—He tenido que esperar a que mi valet se largara. Inconvenientes de la vida en Londres.

Se cubría con una bata azul oscuro que le llegaba a las rodillas y traía los pies descalzos, logrando que Axel admitiera en su fuero interno que estaba arrebatadoramente atractivo, pero no se dejó cegar.

—¿Por qué alientas a tu madre a comprar más cosas? Tengo ropa de sobra, y zapatos y...

Él subió al colchón y la acalló con un beso intenso por más que ella intentó rechazarlo. Cuando se apartó, un brillo de diversión asomaba a sus ojos.

—Estás en Londres. Lo siento pero tendrás que acostumbrarte a frivolidades como ésa. Es tu presentación en sociedad y te va a mirar desde el petimetre más dandy hasta las mil doncellas que puedan despellejarte o copiar tus novedades para sus miladies... Esto es la ciudad, un nido de víboras, como te advertí. —Volvió a acallar sus protestas con un beso, esta vez más suave. —Pero no vas a rendirte. Vas a demostrar que incluso en una cloaca como ésta, Axel Birmingham es diferente. Por otro lado —le acarició distraídamente una oreja —piensa en mis padres. La cosa va bien. Mi madre no ha soltado una sola mirada envenenada y acudirán juntos a todo lo que hemos programado... Si no por ti, hazlo por ellos, mi cielo.

Axel sintió que se derretía con su contacto y sus palabras; mas el recuerdo de lo que la aguardaba al día siguiente la tensó de nuevo.

—Todo eso está muy bien; sin embargo, no veo la necesidad de abarrotar mi armario.

La mirada de Devon se tornó distante y sus manos se apartaron de ella

—¿Es el dinero lo que te preocupa! No soportas que siga manteniéndote ¿verdad? ¿Preferirías que fuera Andrew quien corriera con tus gastos?

Los ojos verdes se dilataron de asombro. ¿A qué venía aquello? Devon se comportaba como un imberbe celoso.

—Jamás permitiría que él pagara mis gastos... Sin ser su esposa, quiero decir —la mueca desdeñosa en los labios masculinos hizo evidente lo que pensaba. —Tú llevas manteniéndome un

montón de años y no me he quejado. Es del despilfarro de lo que no quiero participar.

Devon tuvo una idea repentina y le dio forma con agilidad.

—¿Y si te dijera que el dinero es tuyo? Le dije a Orson que te lo explicara pero tal vez ha preferido dejarlo para más adelante...

El ceño fruncido le indicó que no lo creía, sin embargo insistió.

—Te conté que llevo la administración de Marion Hill y es cierto, pero antes de irnos a Escocia le propuse a mi tío participar en mis negocios... Yo me quedé con un dos por ciento de los beneficios de la Hacienda y el resto lo invertí. He conseguido hacerle ganar mucho dinero y me pidió que una parte estuviera a tu nombre.

Ella denegó, incrédula.

—No es verdad.

—Lo es, Axel —decidió arriesgar el todo por el todo. —También hay otra cosa... La propiedad pasará de Orson a ti. Serás su única heredera. —La miró tan a fondo que Axel se sintió traspasada —¡Jamás tendrás que casarte por necesidad! Tendrás un patrimonio propio.

La cabeza de Axel dio vueltas, presa del aturdimiento y denegó de nuevo, asustada.

—¡No es posible! Tu tío me adoptó; no soy una Birmingham de nacimiento... La casa debe ser para tus hijos. Además, tú... Tú eres su familiar más cercano.

—Mi padre tiene razón, cielo; tengo más dinero del que podré gastar en la vida. Voy a heredar un condado, además. ¿Crees que necesito Marion Hill? —Su mano volvió a sus hombros y la acarició con ternura. —Te pertenece por derecho. Tú eres una hija para Orson. Él te adora y tú lo idolatras ¿Qué más se puede pedir?

—Pero no es Orson quien me lo da, eres tú —musitó ella.

Devon no supo cómo rebatir aquello y Axel se desasíó de sus manos, nerviosa.

—Al final es a ti a quien deberé todo.

—¡Basta ya, Axel! —La voz del hombre se tornó violenta y su mirada expresó una dureza como

la de los viejos tiempos —¡Déjate de tonterías! Ya no eres una niña. ¿Cuándo vas a dejar de sentirte el patito agradecido de la casa? Te has ganado esas tierras porque eres de la familia. Desde el momento en que mi tío te adoptó eres una más, por mucho que yo lo negara. ¡Deja de hacerme sentir culpable de mis actos, por Dios! —Atajó su réplica —¡Y no me estoy redimiendo! ¡Maldito Orson! Debió dejarte claro todo esto antes de venir, pero él siempre se escabulle de solventar los problemas...

Axel quedó tan aturdida por la intensidad de su enfado que sólo pudo sujetarle una mano para calmarlo.

—No te enfades con Orson —rogó, preocupada.

—Le dije que te lo aclarara ¡Si te sientes en deuda conmigo, no se lo perdonaré jamás!

Sonó tan exaltada su voz que Axel lo atrajo a su pecho y lo abrazó con ternura, hundiendo los dedos en su pelo para apaciguarlo con sus caricias.

—Está bien. Asumo que soy una Birmingham, asumo que heredaré una casa, asumo que tú cuidarás de mis intereses... Y no me sentiré en deuda contigo porque lo haces como un hermano.

Sus palabras le hicieron reír, apartándose para mirarla.

—¡Y un cuerno un hermano! ¿O quieres que cometamos incesto?

Axel rio también, finalmente distendida.

—Lo dejaremos en primos, entonces.

—Eso podría ser más llevadero —musitó antes de perderse en su boca, satisfecho con el numerito que acababa de montar.

Se besaron con tanto ardor que Axel comenzó a gemir descontrolada y una vez más tuvo que ser él quien impusiera cordura.

—Debo dejarte. En esta casa no me siento seguro. No quiero que Robert o la señora Hanson pueda sospechar de nosotros.

Axel ocultó su desilusión, sin imaginarse el esfuerzo que suponía para Devon dejar su cama y sus

brazos.

—Te echaré de menos —musitó arropándose.

Mientras se acomodaba la bata y depositaba un beso en su frente, Devon se hizo una promesa. Si en dos meses Axel no se había decidido por Andrew, la pediría en matrimonio. Era imposible que la pasión que encendía su pecho fuera solo un capricho. Debía estar enamorado. No podía ser otra cosa.

Cuando al día siguiente regresaron a la mansión tras una agotadora sesión de compras, Axel y Elena encontraron el hall abarrotado de ramos de flores. Los había de todos los tamaños y variedades. Uno, muy pequeño, hizo sonreír a la muchacha cuando leyó la tarjeta que lo acompañaba: *“Para mi adorada amiga, bienvenida a la civilización”* firmada por Beth. Otro, enorme pero de buen gusto, pertenecía a los Blake, quienes también apreciaban su regreso. Lo mismo de Michel y demás amistades de Blackmoon. Al parecer la noticia de su llegada había corrido como la pólvora.

También había invitaciones para numerosos eventos a nombre de la señorita Birmingham y el vizconde de Dermont. Pero sobre todo, Axel valoró un grabado con su nombre, realzado en color esmeralda. La nota rezaba *“Para el disfrute de tus ojos, como yo hago con los tuyos, Andrew”*.

—Vaya, ese hombre sabe cómo quitar el aliento —musitó Elena a su espalda.

—Es precioso ¿verdad? —Asintió, anonadada.

—Y debe haberle costado una fortuna —replicó el conde saliendo de su despacho. —Lo trajeron a primera hora, nada más iros. Me moría de curiosidad por abrirlo, pero ya veo que hice bien en esperar. Tus ojos están atónitos. Seguro que a Perry le habría encantado verlos.

—¿Lo trajo personalmente? —Se asombró.

—No, lo hizo un lacayo; pero reconocí su librea. —El conde sonrió, comprensivo, mirando a su mujer. —Me temo que tendremos que acostumbrarnos a ver la casa invadida... La llegada de esta jovencita ha levantado mucha expectación —sin transición les ofreció pasar a la biblioteca y sirvió una limonada —¿Os fue bien con las compras?

—Hemos discutido —informó Elena tomando asiento en el canapé con naturalidad —Sólo ha consentido en adquirir un vestido para el baile y dos de noche para otros actos.

A pesar de la queja, Axel sonrió. La apariencia que presentaban los condes era esperanzadora. Se estaban tratando como un matrimonio normal y corriente. Incluso había calidez en los ojos de Stephen. Llevada por un impulso se acercó y le besó en la mejilla, desconcertando al hombre.

—No le he agradecido todavía su acogida, milord. Y quiero que sepa que significa mucho para mí.

Él se acarició la mejilla, sonriente.

—No veo por qué has de estar agradecida. Eres la ahijada de mi esposa y, por tanto, también la mía. Si Devon u Orson no se hubieran hecho cargo de ti lo hubiéramos hecho nosotros... Además, esta casa estaba mortecina. Le vendrá genial un soplo de aire fresco como el tuyo.

Elena le sostuvo la mirada, atónita por su afabilidad. ¿Dónde quedaba el déspota que pasaba de ella y de sus lágrimas? ¿Tanto había cambiado el conde como para ser un hombre amigable?

Él pareció notar su sorpresa porque le envió un gesto de disculpa.

—Sé que no me porté bien en el pasado, Elena; pero espero que puedas perdonarme. Si no por mí, por ella y nuestro hijo.

Elena Birmingham parpadeó, asombrada. No estaba dispuesta a olvidar tan fácilmente pero tampoco quería retomar el rencor de antaño. Dejó su vaso en la bandeja y se retiró con un simple “*Disculpadme*”.

Axel y el conde se miraron, con las emociones encontradas.

—Sé que no es fácil que me perdone —musitó él.

—No, no lo es —asintió ella, aunque enseguida se arrepintió al ver su gesto apenado y le aferró un brazo. —No pretendía juzgarle, Stephen, perdóneme. Pero idolatro a tía Elena y sé que ha sufrido mucho por su culpa. Hasta hace unas semanas, en realidad, yo le odiaba. Ahora sé que las cosas no son blancas ni negras, y tal vez algún día pueda entenderle.



Él forzó una sonrisa, ocultando su pena.

—Algún día te contaré mi versión. No para que me disculpes, sino para que... —se atusó el pelo

en un gesto tan igual al de Devon que Axel sintió cariño de inmediato —Para que no me odies.

—Ya no le odio —aseguró, volviendo a besar su rasurada mejilla. —Aunque, quizá, a quien debería darle esa explicación es a ella.

—Lo haré —prometió el conde mientras la retenía en un abrazo. —Gracias por devolverme a mi familia, Axel. Tengo una deuda contigo.

Ella abrió los ojos como platos, sorprendida.

—Yo no he hecho nada de eso, milord.

—Stephen, por favor. Y claro que lo has hecho, aunque no te des cuenta —bajó la voz hasta convertirlo en un susurro que a ella le pareció tan sensual como en su hijo —¿Podríamos ser amigos? Quiero decir... contar el uno con el otro.

Ella lo miró sin pestañear, risueña.

—¿Es una proposición decente?

La risa del conde resonó en el salón.

—¿Decente? ¡Totalmente honorable! Mírate, por Dios. Eres una ninfa, adorada por todos esos dandys de la ciudad... Sólo busco un brazo en el que apoyarme para dar paseos y una compañera de charlas. Soy un pobre viejo sin amistades interesantes —terminó nostálgico.

—¿Pobre viejo? ¿Está buscando que le regale el oído, conde? Es usted el hombre más atractivo después de Devon que he conocido nunca; y él no cuenta porque es su viva imagen.

La risa del hombre volvió de nuevo.

—¡Dios mío, que vigorizante es esto! Me has quitado varios años de encima. Insisto en lo de ser tu amigo.

La puerta se abrió dejando paso a un sorprendido vizconde. Aun llevaba abrigo y sombrero y Robert lo seguía como una sombra, detrás.

—¿Qué es todo eso de ahí fuera?

—Nuestra Axel, que ya ha empezado a brillar —sonrió su padre.

Ella recogió sus guantes dispuesta a irse, pero antes dio la espalda al recién llegado y se centró en el conde. Le respondió muy bajito:

—Acepto lo de ser amigos. Siempre y cuando lo intente también con tía Elena. Yo estaré disponible cuando ella no pueda.

La mirada de Stephen mostró sorpresa primero y reconocimiento después. Le acarició la mejilla con sus nudillos, provocando el ceño fruncido de su hijo, que asistía atónito a aquella muestra de intimidad.

—¿Estás tramando algo?

Ella le besó muy cerca del oído, complacida.

—Tendrás que descubrirlo, Stephen. Nos vemos en el almuerzo.

Por “*saloncito*” azul se referían en la mansión Hunt a una amplia habitación de techos acristalados con una inmensa claraboya. Lo que le daba nombre era el papel de las paredes, en un tono cobalto con listas blancas. Una gran chimenea ocupaba parte de una pared, mientras que dos ventanales franceses que comunicaban al jardín aumentaban su luminosidad. La mesa del centro tenía un diseño ligero, al igual que las sillas, y aunque en ella cabrían al menos ocho personas, se podían mantener conversaciones privadas sin necesidad de dejarse oír por los criados.

Durante el almuerzo Elena, distante con su esposo como si la conversación del mediodía no hubiera tenido lugar, contó a su hijo los avatares de las compras y los conocidos con los que habían coincidido. Elogió los modelos escogidos por Axel pero recriminó severamente su escasez, a lo que ella prefirió no replicar.

Parece que tendré que acompañaros la próxima vez, ya que la última no nos fue tan mal – sugirió él, burlón, viendo como la joven le sacaba la lengua – Da gracias de que Robert no te haya visto.

Aparte de darle un patatús, te consideraría una mala influencia para mí.

—Dudo que su opinión sobre ti pueda ser peor de lo que ya es —replicó el conde sin ocultar la ironía. —Por cierto ¿cómo te ha ido la mañana?

El atractivo rostro del vizconde mostró lo satisfecho que se sentía.

—Hemos adquirido el solar del que te hablé. Vamos a ensanchar la fábrica y a comprar nueva maquinaria. Blake te agradece tu participación en el capital.

—Visto los beneficios, merece la pena —asintió su padre, complacido.

Axel se sintió interesada por el asunto y abandonó la copa de clarete que bebía, negando con un gesto al mayordomo que le sirviera más. Le ponía un poco nerviosa la presencia constante de otra persona a su espalda, pero sabía que debía acostumbrarse.

—¿De verdad son tan productivas esas fábricas? ¿Más que el campo?

—Pronto serán el eje de la economía —se explicó Devon, atento siempre a saciar su curiosidad —William y yo poseemos dos fábricas textiles en las que trabajan seiscientos empleados, entre hombres y mujeres. Compramos a los Estados Americanos el algodón de sus plantaciones y les vendemos las ropas ya hechas; también comerciamos con India y algunas islas del Caribe. Traemos frutas exóticas, maderas, café... Y a cambio les entregamos telas de diferentes tejidos. —Sonrió ante su asombro. —Ya te dije que me estaba haciendo muy rico.

—La inversión, por otro lado, es arriesgada —opinó su padre. —Los barcos pueden perder la mercancía por naufragio o piratería; los barrio donde se asientan las fábricas están en mala condiciones y a veces se producen incendios...

—Por eso, las nuevas instalaciones serán de piedra —objetó Devon, orgullosos de sus logros.

Stephen Hunt sonrió, satisfecho.

—Sí, es muy posible que esas fábricas sean el futuro. Además, cada día hay más gente que llega del campo buscando trabajo. Serán buena mano de obra en cuanto aprendan a manejarse.

—¿Hay niños en esas fábricas? Una vez leí en el periódico que se abusaba de ellos —quiso

saber Axel.

—En las nuestras, no. A veces es difícil negarse, porque muchas familias dependen de ellos, pero

William y yo decidimos no contratarlos.

—¿Y qué pasa con ellos, entonces?

Devon suspiró. Por su mirada, entendía que aquello era un asunto personal para la joven.

—No podemos salvar a todo el mundo, Axel. En conciencia, no me gusta tener niños trabajando para mí. Hay sitios que lo permiten; pero yo, no.

—Y me parece loable, aunque de algo tendrán que vivir.

—Hay orfanatos, querida —intervino Elena, asustada por la congoja que asomó a los ojos verdes.

—¿Cuántos? ¿Y los que no son huérfanos pero no tienen comida ni techo?

—Axel... —La advertencia de Devon fue tajante — Estás en Londres. Hay miles de niños vagando por la ciudad; no esperes apiadarte de todos.

—Es fácil para ti decirlo —se incorporó, con el llanto desbordado. —Pero recuerda que yo fui una de ellos.

Abandonó la mesa como un ciclón, dejándoles a todos con una intensa sensación de vergüenza.

Se habían servido los postres cuando reapareció. Y aunque se había lavado la cara, las huellas del disgusto se reflejaban en sus rasgos. Parecía tan avergonzada que Devon reprimió el deseo de estrecharla entre sus brazos para consolarla, consciente del asombro que eso causaría en sus padres, así que, se limitó a apartarle la silla con un ligero apretón en los hombros.

—Lo siento. No pretendía dar un espectáculo —musitó ella, pasando la mirada por los comensales.

—Todos entendemos tus motivos, Axel —aseguró Stephen, apretando su manos sobre el mantel.

—Gracias. Es que... —se le rompió la voz y tragó saliva para no volver a llorar —Muchas

veces he pensado cómo sería mi vida si Orson no me hubiera encontrado...

—Pero lo hizo, Axel. Y fue una suerte para ti, pero también para nosotros.

Elena le acarició el pelo, cruzando su mirada con la del conde. Ambos parecían turbados.

—Gracias tía. Vosotros me disteis la oportunidad de otra vida. ¿Quién sabe cuántos niños podrían tenerla también si alguien se ocupara de ellos?

—¿Preferirías que les diera trabajo en las fábricas? ¿Te haría sentir mejor algo así? —Quiso saber Devon, incómodo.

—No. Mejor sería invertir en ellos... —Opinó, como en una revelación, su padre. —Buscarles trabajos acordes con su edad estaría bien, pero crear un lugar donde pudieran acudir cuando estuvieran desesperados, sería mejor. Algo como un orfanato pero sin necesidad de ser huérfanos, como dice Axel.

Los tres lo miraron con la boca abierta. Axel, además no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh, Stephen, eso sería... sería maravilloso!

—Podríamos recaudar fondos con fiestas y actos benéficos —opinó Elena, imbuida del espíritu de su marido.

—Pero ¡todo eso costaría una fortuna! —Exclamó Devon llevado por su sentido práctico.

—Estoy dispuesto a aportar el cinco por ciento de mis beneficios en tus fábricas para crear ese lugar ¿Cuánto estarías dispuesto a poner tú? —Le retó su padre.

—¡Dios mío! Lo estáis pensando en serio ¿verdad?

—¿No quieres, Devon?

Los ojos verdes eran agua de mar, de tan claros al mirarlo... y se le encogió el corazón.

—Se supone que soy un hombre de negocios, no un misionero... —Masculló, herido en su orgullo. —Pero de acuerdo, lo haré. Aportaré otro cinco. Y supongo que podría lograr lo mismo de William.

—¡Y de Andrew! —Exclamó Axel, impulsiva —¡Oh, tía Elena, ahora sí que tenemos trabajo por

delante! Esto es más interesante que salir de compras —besó las mejillas de la mujer, alborozada, y luego siguió con la de los hombres —Gracias, gracias, gracias...

—Ejem, ejem... —Interrumpió el mayordomo.

—¿Sí, Robert? —Le preguntó la condesa, tomando el mando.

—¿Quieren que se sirva ya el café?

Su tono seco puso el contrapunto al momento emotivo, arrancando una sonrisa en el conde. Siempre se podía confiar en el mal encarado mayordomo para recuperar la seriedad.

—Por supuesto. Cuando quiera —asintió Elena, cruzando una mirada con su esposo, dándose cuenta ambos de que nunca habían tenido tanta alegría en su mesa.

Más calmados hicieron planes.

—Pienso que antes de nada sería importante conocer en qué estado se hallan los orfanatos que ya existen... Si podemos contribuir a mejorar su situación sería un primer paso —opinó Devon, práctico de nuevo.

—En Marion Hill creamos una escuela para los hijos de los campesinos ¿No podríamos hacer algo así?

—Pero allí tenían para comer, Axel —replicó Elena. —En la ciudad, eso les falta; por eso roban.

“*Como hacías tú*” pensaron todos y ella sonrió.

—Un comedor, entonces —indicó Stephen tan entusiasmado con el tema que su mujer parpadeó, incrédula. —Con albergue temporal para los que no tienen casa.

—¿Y quién va a encargarse de eso? Necesita una organización en serio —Devon se mostró escéptico.

—Tus padres y yo nos encargaremos y estoy segura de poder meter a Clarence y a Beth en el asunto. Ellas conocen gente aquí... —El entusiasmo desbordaba a Axel y él se vio incapaz de negarse.

—Está bien—se dirigió a su padre. —Podrías tratarlo con Martin Stevenson, es un administrado magnífico. Puede encargarse del local y de buscar gente que lo atienda.

—Quiero participar en el proyecto, no verlo desde fuera—informó Axel.

—Acompañada de mi padre, entonces. Martin te agradecerá. Se crio en un orfanato pero consiguió salir del arroyo con la ayuda de un noble—su mirada le advirtió “*no te vayas a entusiasmar con él*” y ella sonrió, divertida—Considero, de todos modos, que la parte práctica debe llevarla él. Vosotros tendréis que recaudar fondos, y no valdrá cualquier cosa si lo que queréis hacer va en serio.

—Tú y yo montaremos una campaña en Brooke’s y también podemos pasarnos por White’s. Tengo algunos amigos allí—afirmó Stephen. —Tu madre y Axel se movilizarán en Almack’s, empezando por la fiesta de los Russel.

—No, ese día será la presentación de Axel y no podemos dar la campanada con este asunto—replicó Elena. —Ya va a dar bastante que hablar en cuanto el duque de Ivory no se le despegue... Dosifiquemos las noticias.

El recuerdo de Andrew fue un jarro de agua fría para Devon. Era cierto que lo esperaba de un momento a otro—bastante se estaba conteniendo teniéndola tan cerca—pero estaba claro que tras la fiesta del sábado sería una constante en sus vidas. Su madre lo había entendido muy bien.

—Estoy segura de que Andrew se incorporará al proyecto—opinó Axel.

—Lo tienes en muy alta estima, cariño, pero hasta ahora no ha sido más que un petimetre engolado. Y no me recuerdes que Devon también...—Elena alzó una ceja, despectiva. —Resulta evidente que ya no lo es.

Axel sonrió, antes de levantarse.

—Confío en él. Y usted también lo hará—aseveró firme. —Me voy a la cama. Con tantas emociones estoy agotada. —Besó a su tía y al conde, que se lo agradeció con afecto; a Devon le revolvió el pelo. —Buenas noches, milord capitalista.

Axel se durmió esperando la visita de Devon, ignorante de que él ahogaba sus celos en coñac, debatiéndose entre sus posibilidades de aprovechar las circunstancias y la promesa del plazo que él mismo se había impuesto.

A la mañana siguiente, Clarence Blake y Elizabeth Swan fueron anunciadas mientras Axel y su tía disfrutaban del desayuno. La muchacha las invitó a pasar con un grito de alegría y se lanzó a sus brazos nada más verlas. Clarence, muy elegante con su vestido azul y un sombrero a juego, moderó su entusiasmo, presentándose a la condesa con refinada educación; su anfitriona, sin embargo, la abrazó cálidamente y las invitó a acompañarlas.

—Axel me ha hablado de ustedes. Me siento muy feliz de conocerlas al fin —aseguró, sirviéndoles en persona una taza de té. —Me dijo de usted, Clarence, que era una beldad pero no le hizo justicia. Ahora entiendo por qué Devon perdió la cabeza hace unos años. —Sonrió con complicidad. —En cuanto a usted, milady Swan, parece una delicada porcelana. No me extrañaría que escribiese poesía...

La muchacha se sonrojó tan visiblemente que su prima se apresuró a acariciarle una mano.

—Eso ha sido Axel, que no sabe guardar secretos...

—Sí que sé. Es que tía Elena es muy intuitiva —aseguró Axel con su sonrisa más cándida.

—¡Tengo un millón de cosas que contaros!

—Y nosotras a ti —cortó Clarence. —Para empezar, asistirás al baile de los Russel ¿verdad?

—Sí, ya tengo el vestido ¿Por qué es tan importante?

—¡Porque el Regente acudirá también! —Exclamó Beth emocionada. —William consiguió una invitación para mí.

Axel miró a Clarence por un instante, sin comprender, hasta que luego cayó en la cuenta. Los Almont no debían ser muy populares si tenían tantas deudas...



—Entonces irás con ellos.

—Así es —palmeó Beth entusiasmada.

—Si lo preferís puedo dejaros solas —intervino Elena, no muy segura.

—No tenemos secretos con usted, tía —aseguró Axel, confirmando con una mirada la aceptación

de sus amigas. —Además, en cuanto les cuente nuestros planes deberá intervenir. Usted tiene un papel muy importante en ellos.

—¿De qué estás hablando? ¿Hay algo mejor que hacer en Londres que ir de fiesta? —Se interesó

Clarence, poniendo una voz afectada que las hizo reír.

—¡Ni te imaginas! —Aseguró Axel, emocionada.

Durante una hora y media compartieron confidencias y esbozaron ideas. Cuando salieron de la mansión Hunt, el proyecto “*Niños de la calle*” estaba en marcha y un mismo entusiasmo unía a las cuatro damas.

# Capítulo 9

El baile era sin duda, el acontecimiento del otoño y toda la nobleza inglesa estaba presente. La recepción de los Russel, con el Regente al lado, se alargó más de tres horas durante las cuales Axel sintió deseos de gritar y quitarse los zapatos, pero Stephen Hunt aprovechó para ir presentándola a sus conocidos. Cuando al fin les tocó el turno, un lacayo anunció a bombo y platillo: “*Los condes de Valmont, el vizconde de Dermont y Lady Birmingham*”.

Axel hizo una reverencia ante el Príncipe de Gales, un hombre alto, de rizados cabellos y ojos penetrantes, y después saludó formalmente a los anfitriones, pero lo que puso una amplia sonrisa en sus labios fue encontrar la mirada azul de Andrew, expectante, en un lateral.

En cuanto se apartaron de la fila, él se acercó a grandes pasos.

—¡Creí que no os tocaría nunca! —Exclamó eufórico, besándole la mano; luego recordó al resto y saludó, formal. —Conde, condesa... Es un placer conocerla. Ha criado usted a la única mujer capaz de romper mi corazón —aseguró, sincero. Luego se volvió a su amigo. —Hola Devon, tienes buen aspecto.

—El tuyo tampoco está mal —objetó el aludido, más frío de lo habitual.

—¡Si casi soy un cadáver! Aguardar a Axel ha resultado una agonía —pese a sus palabras, los ojos le brillaban con picardía y ella rió la ocurrencia.

—Demasiado Shakespeare, me temo...

Sus tíos asistían asombrados a la intimidad que mostraba la pareja. Elena contempló a su hijo y le preocuparon sus ojeras. ¡Él sí que parecía apesadumbrado! Stephen también lo notó.

—¿Debo entender, duque, que pretende a mi ahijada?

—¿No se lo has dicho, Axel? —Frunció el ceño, simulando estar molesto. —Me casaría con ella mañana mismo si me lo permitiera, pero ¡ah, sí! —Pareció recordar, histriónico. —Quedamos en que sería un pretendiente más por algún tiempo... No sé si podré soportar que otro te galantee, Axel.

Igual los puños se me van sin querer.

—¡Andrew! —Le recriminó, intentando no reír. —Lo prometiste.

Él se encogió de hombros, encantador.

—Haré lo que pueda. En cuanto a usted, conde, dé por conocidos mis sentimientos. Con respecto a los demás no se preocupe, sabré ser educado y cordial. Pero por el momento voy a ocupar unos cuantos bailes en su carné. No hay problema ¿verdad?

—Si mantiene el decoro, en absoluto.

—Gracias —sujetó su mano y la apartó de ellos. —La devolveré en media hora.

No podían estar solos, rodeados de una multitud, que por otro lado, no les quitaba ojo, pero Axel sintió como Andrew la devoraba con la mirada.

—Ha sido una suerte que al Regente se le ocurriera venir, sino hubieras sido la comidilla de la fiesta ¿Cómo lo haces siempre para estar deslumbrante? ¿Esta vez también eligió Devon el vestido?

—Inquirió con resquemor.

—No, lo hice yo solita —simuló no darse por enterada de sus celos. —¿Te gusta?

Él miró el tul que la envolvía, de un pálido color crema que favorecía su cutis y resaltaba su cabello, recogido en un moño alto con mechones sueltos enmarcándole el rostro. Los hombros quedaban al aire por el escote en forma de corazón. Dos rubíes en sus orejas y un brazalete a juego completaban el atavío.

—Me encanta —admitió —pero preferiría quitártelo...

Los ojos verdes brillaron, divertidos. Adoraba las malas artes de aquel hombre. La hacían sentirse chispeante y deseable. Sin embargo, recompuso el rostro intentando parecer seria.

—Me dijiste que en Londres debíamos ser precavidos.

—¡Maldición, sí! —Pero ajustó la mano en su espalda, atrayéndola hacia su cuerpo —¿De verdad no quieres reconsiderar lo de casarte conmigo? Lo he dispuesto todo para cuando me des el sí.

Ella lo acarició con la mirada. Andrew le inspiraba una intensa ternura.

—Gracias por el grabado. Es precioso.

—Todo lo que puedo proporcionarte es precioso, Axel —aseguró, momentáneamente serio.

—Recorrería el mundo por ofrecerte lo más bello de él. Aunque eso, para mí, lo eres tú.

Ella contuvo el impulso de besarlo. Recordó que estaban rodeados de gente, de personas que ni siquiera la conocían y que se estarían preguntando quien era aquella extraña que acaparaba al deseado duque de Ivory.

—No me digas esas cosas en público, Andrew. Me entran ganas de besarte y no puedo hacerlo.

—Estoy habituado a dar escándalos —replicó ágil, acostumbrado a bromear, pero luego se desdijo. —No, tienes razón. Está en juego tu reputación. Devon me mataría si la pusiera en entredicho. Y yo jamás me lo perdonaría tampoco —admitió sereno.

Axel se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Qué es lo correcto con respecto al baile? ¿Estamos sobrepasándonos?

—Un poco tal vez —concedió, desanimado. —Tendré que dejarte en brazos de tu familia...

Pero volveré antes de que os vayáis ¿de acuerdo?

—El experto en etiqueta eres tú —aceptó ella, poco deseosa de abandonarlo.

—¿Paseamos mañana por Hyde Park? Podrías ir a cabalgar con Clarence. Yo me encargo de que quedéis —sugirió mientras se acercaban al grupo de los Hunt. A Devon no se le veía por ninguna parte.

—De acuerdo —aceptó encantada.

No tuvo tiempo de pensar mucho más. A lo largo de la noche aceptó, bajo el patrocinio de Stephen, peticiones de un grupo numerosos de jóvenes que quisieron conocerla.

Cuando Axel se interesó por Devon, supo que se había marchado.

Regresaron de madrugada por lo que sólo Robert permanecía levantado, esperando su llegada. Axel se despidió de sus tíos antes de pasar a su dormitorio. Tenía el palpito de que Devon la estaría esperando pero no fue así. Se desvistió con parsimonia, ayudada por una doncella a la que el

mayordomo había enviado y que ella despidió enseguida, y estuvo rememorando los bailes y las adulaciones que había escuchado mientras se cepillaba el cabello. Cuando acabaron de dar las cuatro en el carillón de la entrada se decidió a averiguar porqué seguía sin saber nada del vizconde. Caminó, descalza, hasta la otra punta del pasillo y golpeó suavemente en la madera de su dormitorio pero nadie respondió.

Indecisa, dio media vuelta y regresó a su alcoba.

Devon escuchó sus pasos. No estaba lo suficientemente aturdido por el alcohol como para hacer lo que su corazón le dictaba: abrir la puerta y hacerla pasar para estrecharla en sus brazos. Había bebido sin control para olvidar la sonrisa que iluminó su rostro cuando vio a Andrew Perry aguardando tras la larga fila de la recepción y para no recordar los comentarios envenenados acerca de la buena pareja que hacían aquella desconocida y el duque de Ivory, bailando con una proximidad que pecaba de inmoral.

No pudo soportar verla en brazos de su rival, triunfando en una noche que le hubiera gustado que fuera para él. Por eso había huido. Pretextó sentirse aburrido y su madre no le contradijo, atenta a su tenso rostro, preocupada por la tristeza de los bellos ojos castaños.

Durante una semana Axel no tuvo apenas un momento de respiro. Acudió a Hyde Park el domingo, disgustada por no hallar a Devon tampoco en el desayuno, aunque enseguida los galanteos del duque le distrajeran la mente y disfrutó de los cotilleos divertidos de sus amigas, que la llevaron a un recorrido por los itinerarios más concurridos del parque. Salió de compras con su tía varias tardes, recibió visitas e invitaciones para el té y algunos recitales y hasta el viernes por la noche no volvió a coincidir con Devon, cuando acudieron al teatro en compañía de los condes. Pero lo hicieron por separado, porque se presentó después.

Cuando entró en el palco, la mirada de Axel fue escrutadora, casi enfadada. La del vizconde aparentaba una correcta indiferencia, pero ella no le permitió sentarse lejos y palmeó el asiento de al lado.

—¿Puede saberse donde has estado metido? Se suponía que teníamos un plan —replicó, señalando a sus tíos.

—Todo va bien ¿no? Los veo juntos.

Ella se encogió, desconcertada por su tono arrogante, y alargó la mano para tocarlo pero él la detuvo con un gesto seco.

—Estamos en público, Axel; no sería de buen tono.

—¿Al infierno con el buen tono! – masculló enfadada. —¿Qué te pasa conmigo?

La mirada castaña la traspasó, indiferente.

—No sé a qué te refieres —replicó —¿Cómo va todo? ¿Habéis hecho algo con lo del proyecto de los niños o ya se te ha olvidado?

Devon se asombró de ser capaz de mantener semejante actitud ante ella cuando los ojos se le iban a la piel cremosa de su escota, apenas cubierto por un chal de fina seda, y al brillo horrorizado de sus ojos.

—¿Cómo puedes decir eso? Tu padre y yo nos reuniremos mañana con el milord Stevenson en su oficina. Ha estado demasiado ocupado hasta ahora para atendernos. Y tú ¿dónde te has metido? Llevábamos una semana sin vernos.

—Te suponía “*demasiado ocupada*” para darte cuenta —replicó mordaz —Recuerda que soy un hombre de negocios y que estoy reparando una casa, además.

Ella le sostuvo la mirada, dolida, pero no pudo continuar hablando. Se acababan de apagar las luces y comenzaba la función. Desde su llegada a Londres estaba ilusionada con acudir a su primera obra de teatro y sin embargo no fue capaz de enterarse de nada. Miraba con el rabillo del ojo a Devon mientras contenía las ganas de echarse a llorar, sin comprender su conducta. En otros momentos había demostrado celos por Andrew pero ahora ni siquiera parecía eso; su frialdad le recordaba a los viejos tiempos, cuando él la odiaba.

En el intermedio muchos conocidos se llegaron al palco a saludar a la familia, entre ellos los

Blake y Perry, y el vizconde se mostró encantador con todos, pero al comienzo del segundo acto se disculpó con sus padres y abandonó el teatro. De Axel se despidió con un simple movimiento de cabeza.

Elena Birmingham terminó de cepillarse el cabello, despidió a su doncella y permaneció un rato pensativa, mirando por la ventana. La angustia le atenazaba el corazón. Un pensamiento sacudió su mente pero lo esquivó por imposible. No podía irle a Stephen Hunt, por mucho que fuera su esposo, con sus preocupaciones.

Decidió bajar a la cocina en busca de un vaso de leche cuando descubrió luz en la biblioteca y, pensando que era Devon, pasó sin llamar. La sorpresa la paralizó; no era su hijo sino Stephen quien bebía un brandy frente al fuego.

También dio muestras de sorprenderse pero la invitó a entrar.

—Es muy tarde ¿qué haces merodeando por la casa?

—No podía dormir —confesó, aturdida. Era consciente de que solo llevaba una bata sobre su camisón y de que Stephen parecía igualmente incómodo; aparte del batín y unas babuchas no parecía tener nada más encima; con sonrojo recordó que solía acostarse desnudo. —Bajé a la cocina para tomar algo caliente.

—El brandy siempre viene bien en momentos como éste —aseguró señalando la botella.

—Sabes que no acostumbro a beber.

—Tampoco a hablar conmigo a solas y lo estamos haciendo —objetó con una sonrisa sardónica.

Elena lo miró con prevención. ¿Llevaría mucho rato allí? No era habitual que tuvieran intimidad en su trato; sólo ocurría si él había consumido demasiado alcohol... Aunque debía admitir que estaba fascinada por los cambios efectuados en su marido desde los últimos años que vivieron juntos.

Stephen pareció leer la mente de su esposa porque se levantó, le sirvió una copa y la invitó a sentarse a su lado. Ella aceptó.

—Durante la obra no has estado atenta al escenario sino a nuestro hijo. ¿Qué es lo que te angustia?

La ternura de su voz terminó de desarmarla; dio un trago largo al brandy antes de mirarlo, con los ojos a punto de llorar.

—No es feliz.

La mirada del hombre se detuvo un momento en su rostro antes de suspirar con melancolía.

—¿Qué extraño, no? ¡Cómo si eso fuera tan fácil!

—¡No seas irónico, Stephen, estamos hablando de nuestro hijo! —Musitó, dolida.

—¿Piensas que no me he dado cuenta? ¿Qué no me gustaría verlo feliz? Lo estaba cuando llegasteis del campo. Tal vez sea la ciudad lo que le consume.

—Sabes que no —denegó ella, tragando otro sorbo.

Stephen le quitó la copa de las manos.

—Se te va a subir a la cabeza —y sin transición, confirmó: Es Axel. Está loco por ella.

—¿Verdad que es evidente? ¿Por qué ellos no lo ven?

—Me temo que tu hijo sí lo ha hecho, pero ella... No sé —suspiró —¿Las mujeres sois tan complejas!

—¿Complejas? ¡Axel sólo quiere casarse enamorada! Y lo está de Devon, estoy segura. Pero no entiendo por qué no lo hablan.

Un silencio incómodo se cernió entre los dos. Stephen apuró su copa antes de ponerse en pie.

—Cuando eres joven resulta difícil exponer los sentimientos. No sé; tal vez sea miedo al fracaso, o inseguridad con la otra persona, o... No lo sé. Pero tampoco soy quién para opinar después de lo mal que he llevado mi vida. Especialmente contigo.

Elena se sonrojó violentamente.

—Algún día te explicaré porqué me he comportado todos estos años como un hijo de perra, Elena —musitó avergonzado. —Pero será otro día; a la luz del sol y sin tanto brandy encima. Te debo al



menos eso. Buenas noches.

Se volvió cuando ya tenía la puerta abierta.

—En cuanto a los chicos, no creo que haya mucho que podamos hacer. Si acaso, estar ahí. Para alentarlos o recoger sus pedazos. Al menos tendrán más de lo que nosotros tuvimos...

Elena Birmingham permaneció muy quieta en el sofá, luego tomó la copa y la apuró hasta el fondo antes de regresar a su alcoba. Tardó muchas horas en poderse dormir.

Stephen Hunt contempló a la muchacha que viajaba a su lado en el landó cubierto. La mañana había amanecido típicamente londinense, con niebla y llovizna y ambos iban abrigados. Cuando cruzaron sus miradas, vio que ella estaba preocupada.

—¿Algún problema, Axel? ¿Hay algo que quieras tratar antes de que veamos al milord Stevenson?

—No se trata del proyecto, Stephen – denegó, triste. —Es por Devon.

—¿Qué ocurre con él?

—Parece que volviera a odiarme – gimió apesadumbrada.

El conde tuvo que disimular una sonrisa al escucharla. Alargó la mano y apretó la enguantada de ella entre las suyas.

—Te adelanto que eso es absurdo, pero ¿qué te ha llevado a pensarlo?

—¡Ha cambiado tanto! Nos hicimos amigos en Marion Hill, y luego en Escocia... - El recuerdo de sus besos casi le hizo llorar. —Sin embargo, desde que llegamos me evita y cuando hablamos está frío y distante.

—Anda ocupado con las fábricas. Y también con la casa —recordó, conciliador.

—Eso dijo... —Musitó insegura. —Pero da igual. Ha cambiado.

—Y lo echas de menos...

—Terriblemente —admitió.

—¿Por qué no se lo dices?

—¿Porque no tengo oportunidad! —Replicó enfadada.

Estaban llegando a las oficinas del administrador y tuvieron que dejar la conversación; no obstante, antes de abrirle la puerta, Stephen la miró a sus ojos.

—¿Vas en serio con el duque?

—¿Con Andrew? ¿Qué tiene que ver él en esto?

—Eres una mujer preciosa, Axel. Los hombres se interesan por ti —informó encogiéndose de hombros.

—Devon no está celoso —aseguró, “*Esa sensación la reconozco*” se dijo para sí —Es otra cosa.

Stephen le ofreció su brazo para ayudarla a bajar.

—Entonces, querida, tendrás que averiguarlo.

La reunión resultó tan productiva que el estado de ánimo de la muchacha había cambiado radicalmente a la salida. Se concretó la compra de un local en Chelsea, un barrio venido a menos donde la adquisición sería más fácil, y Martin Stevenson se había identificado tanto con el proyecto que decidió realizar las entrevistas de selección de personal él mismo, acompañado de Axel para que diera el visto bueno. Stephen Hunt firmó un cheque sustancioso y se comprometió a entregarle otro en quince días.

El plan “*Niños de la calle*” estaba en marcha.

—¿Vamos a celebrarlo, Axel? Te invito a comer —Propuso el conde.

Ella asintió, encantada.

El *Lincon House* era un hotel con restaurante, de finales de siglo XVIII, enclavado en una céntrica calle y al que acudían numerosos londinenses de postín. Aunque los caballeros solían

frecuentar sus clubes privados para los almuerzos, en ellos no estaba permitida la presencia de damas por lo que lugares como éste era el recurso apropiado para personas de ambos sexos.

—Nunca he comido en un hotel —comentó Axel, mirando curiosa en rededor. El salón era muy amplio, con ventanales acogedores y mesas apartadas.

—Siempre hay un momento para todo —sonrió Stephen, cómodo en su compañía.

Ella alargó una mano para acariciar la suya, sobre la mesa. Se habían quitado los guantes y el gesto tuvo un tono íntimo. Cuando se dio cuenta la retiró, rápida, pero la sonrisa tierna de él le restó importancia.

—Espero ser lo bastante mayor para no dar lugar a habladurías. O que sepan que eres mi ahijada. Aunque de estas mentes perturbadas todo se puede esperar...

—¿Por qué todo el mundo murmura de los demás en Londres? —Inquirió, curiosa, hojeando la carta que el maître había dejado sobre su plato.

—Porque la hipocresía nos molesta a todos, pero todos la practicamos.

Ella le mantuvo la mirada un instante. Luego bajó la voz.

—Stephen ¿puedo hacerte una pregunta muy íntima?

Él rio, sorprendido.

—Puedes.

La llegada del maître para tomarles nota interrumpió el instante, pero en cuanto Stephen decidió por ambos, reanudaron la charla.

—¿Y bien?

—¿Por qué te portaste tan mal con tía Elena?

Una tristeza profunda envolvió la mirada del conde.

—Responderé a eso; aunque si no te importa, después; cuando no haya testigos.

Axel aceptó, sorprendida de haberle despertado un quebranto tan hondo. Improvisó una banalidad sobre el tiempo y continuaron con los planes del proyecto durante el almuerzo.

Cuando salieron a la calle había escampado y unos tímidos rayos de sol asomaban entre las

nubes.

—¿Paseamos por Hyde Park? Nos vendrá bien para bajar el pudín. Resultó un poco pesado

—sugirió él.

Ella volvió a aceptar.

—Stephen tenía veinte años cuando conoció a Amelia, una doncella que contrató su madre. Desde el momento en que la vio supo que se habían enamorado. Por aquel entonces acababa de llegar de Oxford y tenía grandes planes para su futuro; su padre había apalabrado su matrimonio con Elena Birmingham y empezaban a conocerse... Ella solo tenía quince, así que sus familias consideraron que eran jóvenes y debían esperar. Al parecer, Elena vivía la mayor parte del tiempo en Marion Hill, lejos del bullicio de la capital.

Axel detuvo su relato, observando la atención que sus amigas le prestaban. Habían quedado en la residencia de los Blake para tomar el té y distribuirse el trabajo de buscar financiadores para “*Niños de la calle*” pero, ante la novedosa información, el asunto había quedado relegado a un segundo plano. No era el chismorreo lo que le había llevado a compartir las confidencias de Stephen con sus amigas, sino la necesidad de modificar la imagen que aquellas mujeres tenían de él. Después de escucharlo, supo que se lo debía. Y ellas correspondían con verdadero interés; tanto el rostro de Clarence como el de Beth mostraban expectación.

—Sigue, Axel —musitó la anfitriona dando un largo trago a su taza y sirviéndose otra.

—La doncella trató de evitarlo, pensando que él quería sencillamente aprovecharse de su posición, pero los sentimientos de Stephen fueron en aumento. Se enamoró locamente de Amelia. Y, finalmente, también ella de él.

—¡Dios mío, qué romántico! —Suspiró Beth.

—No tanto; él estaba comprometido —gruñó Clarence.

Axel asintió con tristeza a sus palabras.

—Cuando Stephen quiso darse cuenta había pasado año y medio. Su relación con Amelia iba viento en popa. Se encontraban a escondidas cada las noches...

—¿Y mientras Elena...? —Interrumpió Clarence.

—Se veían ocasionalmente, en algunas fiestas. Durante una semana él estuvo en la finca de los Birmingham, pero sólo sirvió para darse cuenta de cuánto echaba de menos a Amelia. A su regreso, se sinceró con su padre.

Los dos pares de ojos azules no pestañearon durante ese instante. De no ser por lo serio del asunto, Axel se hubiera echado a reír.

—La respuesta fue que siguiera viéndose con la criada. Mientras fuera discreto, a su padre no le importaba; él mismo tenía una amante, aunque de mejor alcurnia. Le dijo a Stephen que si quería, podía arreglarlo para que se la llevara a su casa tras su matrimonio.

—¡Menudo cerdo! —Replicó Clarence.

—Él juró y perjuró que no se casaría, pero su padre amenazó con cortar el suministro económico y despedir a la doncella. Lo hizo de todos modos, ante la intransigencia de su hijo. Stephen aseguró que haría pública su relación para romper el compromiso y su padre se rio en su cara. Le aseguró que a Lord Birmingham eso no le importaría. Lo único que deseaba era un buen acuerdo para su hija.

—Entonces... —Beth se mordió una uña, impresionada por los sentimientos del conde.

—Entonces Amelia se suicidó —Axel había bajado la voz en un susurro, recordando la cara de Stephen al contárselo. Jamás había visto una pena más honda ¡Y ya habían pasado veintiséis años!

—Se tiró al Támesis y se ahogó. Dejó una nota explicándole que no podía destruir su mundo. Sabía que la quería, pero cuando tuviera que enfrentarse a la sociedad por ella y cambiar su modo de vida... Estaba segura de que llegaría a odiarla. Y prefirió morir mientras él aún la idolatraba.

Un gemido salió de las gargantas femeninas y las tres se vieron llorando a lágrima viva por el funesto desenlace. Fue Clarence la primera en serenarse.

—¡Demonios, sí que fue complicada la historia!

—No jures de ese modo —le recriminó su prima, apesadumbrada aún.

—A partir de ahí, —continuó Axel sin limpiarse las lágrimas —comenzó la desdicha para tía Elena también. A Stephen ya no le importaba con quien debía casarse. Tomó una amante para castigar a su familia por lo que le habían hecho, y se casó cuando llegó el momento. Pero su corazón seguía sangrando por Amelia. —Suspiró. —Llegó a sentir compasión por su esposa los primeros años, aunque no abandonó a sus amantes como desafío a su padre. Cuando quedó embarazada... Sólo podía imaginar el hijo que podría haber tenido con ella... y eso le apartó aún más de su mujer. Hace tan solo unos años que comprendió cuán injustamente se había portado. Logró vencer su odio y perdonar a su familia, pero no se vio capaz de sincerarse con tía Elena.

—Y tú ¿qué le aconsejaste?

—Le hablé del amor de mi tía. No sé si fue correcto, pero si hay la más mínima posibilidad de que intente un acercamiento... Creo que podrían ser felices. Ambos se lo merecen —sollozó, apenada.

—Hiciste bien —asintió su amiga.

—Estoy segura de que tu tía lo entenderá. Habiéndole amado tanto, comprenderá lo que fue para él perder a Amelia —susurró Beth.

—¿Se lo has contado ya a Devon? —Se interesó Clarence.

La mirada de Axel se perdió un instante. Por atención a Beth no quiso quejarse.

—No, está tan ocupado que aún no he tenido tiempo.

Dos golpes en la puerta interrumpieron la intimidad que mantenían.

—¿Qué ocurre, Liz? —Indagó la condesa, molesta con su criada.

—El duque de Ivory solicita ser recibido. Dijo que sabía que usted tenía visita pero que esperaba no molestar.

Clarence refunfuñó “*¡Mentecato, no molestar!*”, haciéndolas reír; aunque luego asintió con un

gesto a la doncella.

—Hazlo pasar.

Con su presencia, las tres dieron por terminadas las confianzas.

—¿Vas a decirme qué te recome por dentro, Devon?

William Blake y él estaban en las oficinas de una de sus fábricas, trabajando hasta altas horas de la tarde. El humo de los habanos inundaba la habitación, mal ventilada por culpa del frío. Blake había dejado sus papeles para concentrarse en el rostro adusto de su amigo. Llevaba así semanas y no parecía interesado en dar un cambio.

—No pasa nada, William. Olvídalo.

—Lo olvidaría si fueras mi contable o el herrero de la esquina, pero resulta que eres mi mejor amigo, aparte de mi socio.

—No creo estar fallándote en el trabajo —replicó, desagradable a sabiendas.

—Devon... —Amenazó el escocés —¿Tampoco hace falta ser un lince! Está claro que la culpa es de Axel, pero ¿por qué diantres no haces algo?

Él dejó las carpetas que tenía entre manos y lanzó una mirada envenenada.

—¿Y qué demonios quieres que haga? ¿Qué le prohíba ser feliz con Perry?

—¿Te has molestado al menos en hacerle la competencia? Según Axel no te ve el pelo.

—¿Cotilleas de mí con tu mujer? —Replicó airado.

—Yo con ella, no. —Se encogió de hombros, burlón. —Ella conmigo, todo el rato. Está tan enfadada contigo que puedes alegrarte de no ser su marido.

Devon ni siquiera asimiló la broma. Se sentía ojeroso y cansado. Le costaba dormir, concentrarse en algo que no fuera Axel. Axel y Andrew siempre juntos.

—¿Incluso se ha metido en el proyecto de los niños! Está hasta en la sopa —bufó en voz alta sin darse cuenta.

—Siempre ha sido listo. Él sabe lo que quiere. El problema es, Devon, si lo sabes tú.

Él permaneció en silencio, abatido.

—¿Qué más da? Lo importante es que ella sea feliz ¿no? Y parece que lo es.

—También me pareció muy feliz cuando aparecisteis en Blackmoon y entonces no conocía a Andrew —apostilló William. —En serio Devon, él también es mi amigo, pero... Prefiero que la conquistes tú. ¡Aunque solo sea por no escuchar a Clarence!

Esta vez el vizconde sí sonrió.

Axel se llevó una sorpresa cuando bajó a desayunar y encontró a Devon en bata, en el saloncito azul. Ojeaba un periódico que apartó en cuanto la sintió llegar.

—Buenos días, tienes buen aspecto —sonrió.

La mirada de ella pasó de atónita a encantada. Aceptó el plato que le sirvió la doncella y aguardó a verla retirarse para contestar.

—¿No tienes que trabajar hoy?

—Había pensado pasarme por el local de Chelsea. Mi padre dice que todo está a punto. ¿Te apetece acompañarme?

Axel respiró hondo. Había esperado tanto ese momento que temió echarse a llorar.

—Me encantaría.

Devon dobló el periódico antes de levantarse.

—En una hora entonces.

—En media, si quieres; no necesito más.

La sonrisa del hombre fue amplia, satisfecha.

—Sea en media.

Axel tragó el té conteniendo las lágrimas. De repente no tenía apetito, sólo una ansia enorme de enseñarle lo que había organizado en las ocho semanas que llevaban sin tratarse.



La casa tenía dos plantas. La fachada se había remodelado y un gran cartel anunciaba “*Children’s Paradise*”.

*El nombre se lo dio tu madre*, informó Axel mientras traspasaban el umbral.

Un amplio vestíbulo daba paso a un vasto comedor que se comunicaba a través de varias puertas con las cocinas, en cuyos fogones ya trabajan algunas mujeres. Un patio y una sala de estudios, casi una biblioteca, conformaban el resto de la planta baja. A través de una inmensa escalera de piedra se llegaba a los dormitorios y baños del segundo piso. También había dos cuartos para los vigilantes nocturnos, uno de cada sexo, que se ocuparía de dicho trabajo así como un despacho para el director del centro.

—Hoy no está porque acudió a reunirse con Martin —le explicó mientras acariciaba con cariño la mesa de caoba donde Roger Alvin trabajaba. —Abrimos el día de Nochebuena y tenía que recoger fondos para cerrar compras de última hora.

Devon la contempló, orgulloso de lo que había conseguido.

—Has hecho un trabajo impresionante.

Ella se sonrojó de placer.

—He tenido mucha ayuda. Sobre todo de tu padre.

—Sí, ya he oído que os lleváis muy bien.

Axel frunció el ceño, no sabiendo cómo tomárselo.

—Le he cogido un gran cariño. Y creo que también él a mí.

—¿Es posible no cogerte cariño, Axel?

Su ternura la hizo llorar. Llevaba reprimiendo las lágrimas desde su encuentro en el comedor y ya no pudo controlarlas.

—Pensé que tú me lo habías perdido.

Devon la estrechó en sus brazos, sacudido por el remordimiento.

—He sido un imbécil ¿Podrás perdonarme?

—Sólo si me prometes no volver a hacerlo —asintió, humedeciendo su camisa.

Devon le izó la cara ¡La había echado tanto de menos! Acarició sus labios lentamente y luego se sumergió en el caos de su deseo.

—¡Dios mío, Axel; mi Axel...!

Ella se aferró a su chaqueta y lo atrajo más. Ninguno de los escarceos que había tenido con Andrew le provocaba las sensaciones que los besos de Devon. Había soñado con ellos. Continuamente.

—No vuelvas a enfadarte conmigo... —Suplicó.

Él le acarició la frente, apenado, y después los pómulos, y los labios.

—Si lo hago, envía un matón a machacarme —propuso, burlón.

Ella rio, encantada de perderse en su boca.

Almorzaron juntos en el *Lincoln House* a iniciativa de Axel, quién llevo la voz cantante en la comida relatándole los proyectos para trabajar con los niños: cómo se les acogería y se les exigiría una asistencia a diferentes talleres de formación así como a la escuela, donde aprenderían a leer y escribir, y después se les ayudaría a encontrar empleo en distintos lugares de Inglaterra. También le explicó que Stephen y Andrew habían conseguido el apoyo de políticos y nobles que contribuirían económicamente en el sostenimiento del local, sin hacerles por ello renunciar a su carácter privado... Le habló de la aportación de Beth, que trabajaría como maestra y sería remunerada por ello, y de la campaña de Clarence en Almack's que había servido para que muchas damas se apiadaran de los muchachos y prometieran aceptarlos a su servicio una vez formados.

Mientras se explicaba, el brillo de entusiasmo convertía los ojos verdes en esmeraldas líquidas y Devon sintió que se le contraía el estómago por la ansiedad. Jamás hubiera pensado que se podía anhelar tanto a una persona...

Terminado el almuerzo, Axel repitió el recorrido que hiciera con Stephen y mientras paseaban por Hyde Park le contó a Devon la historia de su padre, dejándolo asombrado.

—¿Se confió a ti de ese modo?

—Ya te dije que nos queremos mucho.

—¡Dios mío! ¿Y mamá lo sabe? ¿Se lo has comentado?

Axel puso cara de ofendida.

—¿Cómo iba a defraudar la confianza de tu padre? Es él quien tiene que decírselo, no yo.

—¿Y si nunca lo hace?

Axel esbozó una enigmática sonrisa.

—Para mí que lo hará. ¿No has notado el tiempo que pasan juntos en la misma habitación? A veces no hacen nada especial, pero están allí... Cuando llego y les interrumpo, tengo la sensación de que se sienten cómodos. Algo ha cambiado en ellos.

—Y no por mí —se recriminó él.

—Sea lo que sea, ha funcionado. Igual sólo necesitaban compartir casa otra vez. —Decidió cambiar de tema —por cierto, todos iremos a la inauguración del centro. Nos acompañarás ¿verdad?

Percibió temor en sus ojos y sonrió con dulzura.

—Por descontado, Axel. No me lo perdería por nada del mundo.

Ella se apretó contra su brazo pese a estar en un lugar público, feliz de haberlo recuperado.

—Gracias, Devon. Será un día muy importante para mí.

# Capítulo 10

Durante la cena navideña Devon se entretuvo en contemplar a sus padres. Le asombrara no haberse dado cuenta de las variaciones que habían experimentado en su trato. Aunque Elena se mantenía serena, sonreía a menudo y sacaba temas de conversación con su esposo o respondía a sus preguntas. Cierto que generalmente giraban alrededor del centro para niños, pero la cordialidad era palpable. Axel participaba de la charla como una más e incluso Orson Birmingham, llegado a la ciudad para la ocasión, se mostraba relajado y sonriente.

Llevado por el entusiasmo, levantó su copa y propuso un brindis al que todos se sumaron con expectación.

—Deseo brindar por Axel. Por la felicidad que ha aportado a esta familia.

El sonrojo de la muchacha hizo reír al resto. Elena, incluso esperó un final más definitivo en las palabras de su hijo, pero él se limitó a beber con la mirada fija en los resplandecientes ojos que le respondían con ternura.

—No merezco...

—Lo mereces, cariño – le interrumpió Stephen —completamente.

Ella tragó saliva antes de beber y después, con un gesto, les indicó que no se sentaran.

—En ese caso, yo también quiero hacer otro brindis —miró uno a uno a la cara mientras alzaba la copa. —Por mi familia. Toda mi familia.

Orson suspiró, emocionado.

—Pequeña Axel... Regalo del cielo...

Ella corrió a su lado para abrazarlo.

—Nada de lo que vamos a hacer esta noche hubiera empezado si tú no me hubieras recogido. En realidad es a ti a quien esos niños deberán su felicidad.

—Mi bolsillo se siente un poco ignorado —bromeó Devon apartándole la silla para que volviera a sentarse.

—No te preocupes, no permitiré que esté así mucho tiempo —se burló su padre.

Elena miró a ambos, tan parecidos, y las lágrimas cegaron sus ojos. No podía creer que aquello hubiera sucedido, que pudiera disfrutar de tener una familia. Su mirada se cruzó con la del conde y él pareció reconocer sus pensamientos porque tuvo un gentil encogimiento de hombros y una leve sonrisa para ella.

—Deberíamos terminar pronto la cena. Nos esperan unas cuantas horas de trabajo por delante —opinó en voz alta.

—¿Llamas trabajo a una fiesta? —Se sorprendió su esposa.

—De no ser por los chicos, preferiría leer en la biblioteca —admitió. —Pero hemos invitado a media ciudad y estaría feo no aparecer —musitó sin perder la sorna.

Orson Birmingham se encogió en su asiento y Axel volvió a sonreír.

—Tranquilo, Orson; sólo será esta noche. Y si te aburres, puedes pedirle al cochero que te traiga de vuelta.

—Sabes que lo hago por ti —susurró, casi asustado.

—Lo sé —asintió ella, apretando cálidamente su mano sobre el mantel.

Por una vez, Devon contempló la escena sin asomo de celos, sintiéndose integrado en el calor familiar y cuando volvió a mirar a Axel, su mirada estuvo colmada de gratitud aunque ella no supo entenderla.

Elena Birmingham, sí.

El “*Children’s Paradise*” parecía esa noche un teatro, iluminado hasta en su más mínima estancia. Una orquesta se había situado en un extremo del amplio comedor y tocaba suaves piezas que no interferían en las conversaciones de los invitados. Todos querían ver en qué habían invertido su dinero.

El grupo de Blackmoon ejerció de anfitriones junto a la familia Hunt. Clarence, con un espectacular vestido rojo, informaba de cómo al día siguiente los niños comenzarían su andadura mientras Beth, resplandeciente con un suave tejido azul a juego con sus ojos, contaba cómo se había seleccionado a treinta niños y veinte niñas a partir de entrevistas personales, escogiéndoles a partir de su grado de necesidad. Elena mostraba los dormitorios y amenizaba con anécdotas de los críos que había conocido durante la selección, elogiando a su esposo y a Andrew porque habían propagado la noticia de cómo sería el centro de todas las tabernas y tugurios de los barrios bajos...

Devon, en un momento de la noche mientras escoltaba a su tío por las habitaciones, pudo ver como su amigo Perry atraía a Axel a su lado y la presentaba a su interminable grupo de tíos y primos. Pese a no tocarla, se percibía la intimidad que había entre ellos y Devon tuvo que apretar los puños para no golpearse a sí mismo, reprochándose haberle dejado el campo libre al duque para participar en la puesta en marcha del proyecto.

Sintió el impulso de marcharse al ver la calidez con que ella le correspondía, pero se contuvo. Sabía que la noche era importante para Axel y no iba a ceder terreno una vez más.

Regresaron a la mansión Hunt a altas horas de la madrugada y todos se despidieron con muestras de cansancio mezclado de satisfacción.

Cuando la doncella que solía sustituir a Betty le deseó buenas noches, Axel continuó cepillándose el pelo ante el espejo. Aunque no quería darlo por sentado, esperaba la visita de Devon.

Lo había visto portarse con extrema cortesía durante la inauguración e incluso un poco reservado al regreso, pero lo atribuyó al cansancio que todos sentían después de cuatro horas de incansable charla.

No obstante, en ella permanecía la euforia por el éxito de la empresa y nada más lejos de su intención que ponerse a dormir. Rememoró a Andrew, tan encantador como de costumbre,

incitándole a romper las normas y perderse con él unos minutos aunque ella no aceptara; la había presentado a su familia con intención de presionarla pero se había mantenida reservada al respecto. No podía inclinar la balanza a su favor; no ahora que Devon volvía a mirarla de aquel modo...

Con un mohín de incomodidad recordó los avances de Perry. Era cierto que le había concedido al duque pequeñas licencias, que sus labios la besaban más a menudo de lo que el decoro sugería, que sus manos se perdían bajo las ropas y la hacían sentir un placer parecido al de la primera vez; pero todo eso desaparecía cuando Devon la miraba.

Era a él a quien deseaba. Anhelaba sus manos en su piel y estuvo tentada, recordando su promesa de que jamás la rechazaría, de ir en su búsqueda... Pero el brindis la detuvo.

Su familia. La consideraba artífice de la unión familiar y en sus ojos había brillado una ternura especial cuando brindó por ella; pero ¿Era una muestra de amor o simplemente gratitud?

Repentinamente triste se echó sobre la cama y apretó la almohada contra su mejilla. No quería llorar.

Tampoco podría dormir.

Muchos metros más allá Devon se debatía con la ropa aún puesta porque había despedido a su valet con cierta destemplanza. No estaba de humor para cotilleos. En él sólo persistía una imagen: Andrew y Axel juntos, sonrientes.

Cogió la botella de brandy que había tomado del salón y escanció una copa que tragó de golpe. Toda su ser anhelaba correr al dormitorio de Axel para exigirle una explicación. Necesitaba saber si sus sentimientos hacia el duque se habían concretado; necesitaba saber si tenía alguna esperanza. Pero fue cobarde.

La posibilidad de que ella rompiera sus sueños se le hizo insoportable. Se sirvió otra ración y la bebió sin vacilar. Necesitaba emborracharse. Era eso o buscarla a ella.

Venció su miedo.

Mientras, en el otro ala de la casa, dos toques suaves rebotaron en la puerta de Elena. Su doncella acababa de marcharse así que ella abrió pensando que se le habría olvidado algo. Cuando descubrió que era Stephen, en bata y descalzo, parpadeó por la sorpresa, ruborizándose sin querer. El conde le mostró la botella y dos copas luciendo una sonrisa indecisa.

—¿Estás muy cansada?

—No sé si podré dormir —admitió, insegura.

—Tampoco yo y me pareció que esto sería más efectivo que la leche caliente.

Ella se apartó para dejarlo pasar. Hacía veinticinco años que no realizaba aquel gesto. Nerviosa, apretó la bata sobre su cuerpo y aceptó la copa que su marido le tendía.

—Ha sido un éxito —musitó el conde sirviendo el champaña.

—Di que lo será. El futuro se presenta apasionante —asintió ella, chocando el cristal.

—Apasionante, sí —susurró, entornando los ojos.

Hacía un tiempo que había empezado a valorar a su mujer; sus ojos castaños, que parecían de color miel cuando era feliz, sus pestañas espesas, su boca sensual; incluso su esbelto cuerpo... Pero sobre todo, le atraía su calidez; su manera de hacer sentir bien a los demás sin importar su condición social.

Aquella noche la había escuchado elogiarlo y su corazón se esponjó de orgullo. Le hizo comprender que Elena Birmingham no le era indiferente, que incluso sentía un pinchazo de celos cuando hallaba a otros hombres mirando sus caderas con aquel contoneo especial que tenía.

La mirada se le había perdido y ella lo sacó del ensueño, sonrojada como una adolescente.

—Stephen, me estás mirando...

—Como si te deseara —admitió él.

Hubo un breve silencio incómodo durante el cual él tragó su copa y se sirvió otra, no muy convencido del significado de la expresión de Elena.

—¿Estás seguro de eso? —La escuchó musitar, llena de asombro.



—Tanto como de que tenemos un hijo.

—No me deseaste cuando lo engendramos.

El recuerdo aún le dolía aunque la herida se había cerrado tras conocer su versión de la historia que él le había relatado una noche en la biblioteca, al amparo de una copa de brandy. Ella había llorado entristecida escuchándolo. Después, él la había dejado ir, apesadumbrado pero con la conciencia tranquila.

—No —admitió Stephen aguantando el reproche. —Pero de eso hace mucho tiempo.

La mirada de Elena acarició a su marido. Parpadeó para evitar las lágrimas y abandonó la copa sobre el mueble más cercano.

—Jamás he estado con otro hombre —admitió sin pesar. —Jamás he amado a otro hombre.

—Déjame recompensarte, entonces.

Sus manos estaban ya sobre los temblorosos hombros y la acercaron a su pecho. También él se sentía extraño, pero no dudaba de su deseo. Tampoco Elena dudó cuando lo tuvo tan cerca.

—Por favor —musitó antes de que los labios de Stephen la hicieran callar.

Desde su niñez, a Axel no le gustaba el invierno. Adoraba la luz del sol y los días largos en los que podía salir a caminar por los prados; pasar tiempo en el invernadero y los jardines, trabajando codo con codo con su tía y el viejo Ulises, bromeando por los rictus de desagrado del hombre cuando interrumpían su trabajo; y sobre todo, montar a caballo. Los ratos pasados a lomos de Luna eran su mejor recuerdo de juventud al aire libre. Los otros eran los de las horas pasadas en la biblioteca, estudiando antiguos legajos de Orson, o leyendo novelas románticas a la sombra de un árbol o al abrigo de la chimenea. Cuando llegaban las brumas y la lluvia, esa actividad era su refugio favorito, aunque a veces debía soportar las labores de coser y bordar o la de tocar el piano, para lo que no estaba dotada por mucho que su tía insistiera. Lo único que le ponía una sonrisa en el rostro en los oscuros días invernales era la nieve.

Cuando alfombraba los campos de blanco corría hasta el pueblo y jugaba con los niños y Matty, la maestra, a tirarse bolas hasta que quedaban empapados y muertos de risa.

Pero el día de Navidad fue su primer día de nieve en la ciudad. Tras una pésima noche aguardando a Devon, se permitió pensar que era un pequeño regalo que el cielo se dignaba brindarle a ella. Sin embargo, antes de que su imaginación se fuera por derroteros más imaginativos, llegó Betty, alborozada y con la noticia de que el duque de Ivory la aguardaba en el hall.

Mientras la ayudaba a asearse y vestirse, la doncella bajó la voz y se permitió un cotilleo.

—Ya sé que nunca le ha gustado saber lo que los criados hablamos de ustedes, los señores, pero esto se lo tengo que decir señorita Axel ¡El señor ha dormido en las habitaciones de la condesa!  
—Su sonrisa era radiante.

—¿Tía Elena y...? —Su semblante expresó el mismo placer que la muchacha.

—¿No es maravilloso?

Axel rio, contagiada de su alegría.

—Sí, sí que lo es —asintió. —Al menos para mí. Pero ¿por qué a vosotros os importa tanto?

Betty quedó momentáneamente seria, dudando si sincerarse o no; optó por hacerlo. Axel jamás la había defraudado en su confianza.

—Nadie ignora en todo Londres que la condesa sufrió muchísimo con los desplantes del señor... Ni que ella nunca dio motivos de escándalo, pese a todo. Los de la casa hemos sido testigos de su tristeza durante años, apenándonos también. Pero en los últimos meses la cosa cambió notablemente; charlaban y salían juntos. Pero... ¿compartir alcoba? Eso sólo puede indicar que... —Su sonrisa volvió a asomar, cálida. —La señora se lo merece. Se merece que la quieran.

Axel sintió un asomo de lágrimas en los ojos y en un impulso abrazó a la doncella.

—Gracias Betty ¡Ojala sea como dices! Yo también deseo que mi tía sea feliz.

—¡Dios mío! —La chica se apartó, presta, aunque risueña. —¡El duque me va a despellejar!

Dijo que la llevara a su presencia antes de que la nieve se derritiera en Hyde Park o se convertiría en

mi peor pesadilla...

Axel soltó una carcajada, poniéndose los guantes.

—¿Le permitiste que te amenazara en tu propia casa? ¿No sabes que él aquí no es nadie?

—Siento diferir, señorita Axel. El duque puede hacer lo que le plazca en cualquier parte

—suspiró. —Es tan guapo que nadie se le resiste.

Ella asintió, divertida. Resultaba cierto. El poder de persuasión de Andrew estaba más en su persona que en un título. Era el encanto personificado.

—¿Dónde vamos? Le habías hablado a Betty de Hyde Park...

Le brillaron los ojos cuando escuchó el duque dar órdenes precisas a su cochero. Dentro del carruaje no hacía frío; estaba tapizado de terciopelo oscuro y un pequeño brasero caldeaba el ambiente. Las cortinas se corrieron en cuanto Andrew dio instrucciones y sus dientes perfectos asomaron con una sonrisa diabólica mientras la atraía a su regazo.

—Y allá vamos —susurró en su oído.

—¡Pero has corrido las cortinas...! No vamos a ver las calles nevadas... —Protestó débilmente, sintiendo el primer beso en su sien.

Andrew no se molestó en responder. Sus manos desataron con maestría los lazos del sombrero, que cayó al suelo sin hacer ruido, y los pequeños botones de su abrigo. Cuando lo hubo retirado de sus hombros, siguió con los del vestido de grueso paño azul marino, con los lazos del corsé y con las tirantas de su camisa...

A esas alturas, Axel se sentía desmadejada, permitiendo que su lengua abrasara la piel del cuello y la espalda. Andrew poseía la capacidad para hacer mil cosas a la vez.

—Anoche no me concediste ni un minuto a solas y apenas he podido dormir —confesó mientras le mordía la oreja más cercana y tomaba los generosos pechos entre sus manos. —Estás castigada.

Axel ahogó una queja, arqueándose contra él. El ritmo que imponía a sus caricias era

desesperadamente lento y su cuerpo suplicó en silencio que lo aumentara. Andrew, victorioso, emitió un gemido de placer mientras sentía como su sexo crecía hasta hacerle daño bajo el pantalón.

—Andrew...

—¿Si, mi amor? —Mordió la palma que le buscaba el rostro y la colocó en su cuello.

Axel pudo sentir como sus venas latían desenfrenadas.

—Por favor...

Le volvió la cara mientras acariciaba sus piernas, muy lentamente. Tenía la falda arremolinada en los muslos pero aún no la había tocado bajo ella.

—Dime qué quieres.

—Lo sabes —jadeó, indefensa. Se arqueó cuando una mano llegó hasta su pubis y lo masajeó despacio. —¡Más, maldito seas, más!

Mientras la risa masculina le llegaba desde su espalda, el placer comenzó su camino, nublándose la vista y haciéndole zumbiar los oídos. Podía sentir el sexo de él contra su trasero, urgente... Entonces Andrew se detuvo, le subió aún más la ropa, la sentó sobre su estómago y Axel pudo ver con los ojos desorbitados, como el pene se acomodaba entre sus piernas abiertas, que descansaban en el asiento de enfrente.

—Tócame, Axel, acaríciame como tú sabes —le escuchó susurrar en su oído, salvajemente excitado.

Lo hizo. Mientras él retomaba posesión de su pubis, le introducía los dedos y dibujaba círculos en su clítoris, ella sujetó con fuerza su miembro y lo masajeó como le había enseñado.

—Más, Axel.

Oyó la voz ronca del hombre cuando las brumas casi le hacían perder el sentido. Sabía que le venía un orgasmo pero no quiso defraudarlo y su mente se mantuvo fría un instante para acatar su deseo.

Lo alcanzaron juntos. Cuando ella explotó, él se dejó ir también. Jadearon a la par, Axel desmadejada en su pecho y él en su espalda. Luego, una risa bronca le acarició la columna.

—Dios mío, cariño ¿De verdad no quieres ser mi esposa? ¡Cualquier día nos van a sorprender en una de éstas y nos van a llevar delante del mismísimo Regente por escándalo público!

Axel se incorporó para besarle pero no respondió, lo que hizo que la sonrisa del duque muriera en sus labios. Sabía que no debía presionarla, pero su obstinación en mantener las distancias en público lo estaba matando. Dispuesto a mostrarse paciente, la ayudó con la ropa y terminaron sentados formalmente, el uno junto al otro como si nada hubiera ocurrido.

—¿Hyde Park? —Sugirió, adoptando el tono bromista con el que acostumbraba a disfrazar sus miedos.

Axel asintió, arrebolada por lo ocurrido y porque intuía los pensamientos que lo carcomían. No le resultaba difícil leer la desilusión en sus ojos, por mucho que él disimulara. Pero, pese a regodearse con las caricias masculinas, su corazón continuaba atormentado. Andrew no le provocaba “*cosquillas*”.

El parque estaba frecuentado. Las doncellas conducían cochecitos de niños o cuidaban sus juegos, y muchos londinenses paseaban por los caminos trazados con cuidado de no tropezar.

Entre ellos se encontraban Axel y el duque, animados en una frívola charla sobre la noche anterior, cuando un caballero patinó con su caballo sobre la hierba mojada y salió despedido. Antes de que el público pudiera reaccionar, el hombre se puso en pie hecho una furia y golpeó con saña a su montura.

Axel, sin pararse a pensar, corrió hasta él y le quitó la fusta.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —Gritó el desconocido.

—¡Es usted un animal! —Le reprochó ella, airada.

—¿Cómo se atreve? Es mi caballo y lo mataré si hace falta.

—¡Merecería haberse roto la crisma! Tiene que estar chiflado para salir a cabalgar con tanta nieve...

Se había formado un pequeño grupo de curiosos alrededor; entre ellos Perry, que prefirió no intervenir. Sabía que Axel no se lo perdonaría.

—¡Váyase al infierno! —El hombre le arrebató la fusta y golpeó al animal de nuevo.

Le siguió una tremenda bofetada a su rostro y un silencio sepulcral. Cuando el iracundo desconocido levantó la mano, una voz fría como el hielo lo detuvo.

—Yo me lo pensaría antes de tocarla, señor. Soy el duque de Ivory y me temo que le pediría una compensación.

Los ojos del hombre se desorbitaron mientras jadeaba, entre sorprendido e irritado. Axel se preguntó si de miedo por la fama como duelista del duque o por su poderoso título. Cogió las bridas de su caballo y abandonó muy estirado el escenario, mascullando entre dientes “*¿Por qué permitirán a las mujeres pisar la calle?*”

Unos días después, Axel aprovechaba el apagado sol que entraba por el ventanal de su estudio para leer una novela. Estaba sola en casa. Devon y su padre habían desayunado hablando de negocios y se marcharon juntos a la calle. En cuanto a Elena, había salido de compras con unas conocidas.

No escuchó la aldaba de la puerta, absorta en la lectura, pero la cara adusta del mayordomo la puso en guardia cuando entró a avisarla.

—Lady Axel, un caballero solicita ser recibido.

Le tendió la tarjeta con el ceño fruncido. Era rara la vez que una sonrisa asomaba al rostro de aquel hombre y a Axel le incomodaba no haber sabido ganárselo como al resto del servicio. Cuando se lo comentó a Devon, él había reído en su oreja con un breve comentario “*Es más fácil que veas doblarse un roble a que Robert se tome confianzas. Lo educaron así.*”

Miró el rectángulo con elegantes letras azules: “*Steve Cameron. Cameron y Asociados. Boston.*”

—¿Dice que pregunta por mí?

La curiosidad brilló en sus ojos. No tenía ni idea de quién era el tal Cameron.

—Lady Birmingham, dijo —asintió Robert, tan seco y conciso como solía.

Axel se puso en pie, alisándose el vestido.

—En ese caso está claro que soy yo. Hágalo pasar.

—Si no quiere verlo...

Le irritó la protectora actitud del hombre y esbozó una ficticia sonrisa.

—No tengo motivos para rehusar su presencia. Simplemente no sé quién es. Hágalo pasar, por favor. Me gustaría salir de dudas.

El mayordomo desapareció unos instantes en los que ella aprovechó para cavilar sobre la inesperada visita. Ignoraba si era de buena educación recibir a un hombre estando sola en casa pero ¡la casa estaba llena de criados! Además, Orson le había enseñado que las personas estaban por encima de las normas sociales.

La sorpresa la paralizó cuando sus ojos se encontraron con un rostro que sí conocía. Era el de un hombre que no había parado de cruzarse en su camino últimamente, aunque jamás habían intercambiado palabra.

Vestía un elegante traje castaño de impecable factura y lustrosos zapatos marrones. El pelo, negro y liso, lo recogía en una breve coleta que desbarataba la imagen seria que pretendía aparentar. Parecía un pirata, *“Pero un pirata guapísimo”*, pensó para sus adentros. Los ojos, negros también, la taladraban en busca de conformidad por su presencia allí, pese a la falta de protocolo. El mentón cuadrado y la frente despejada hablaban de un hombre acostumbrado a hacer su voluntad, pero estaba claro que no se hallaba demasiado firme sobre el terreno que pisaba. No en casa del conde de Valmont.

—Lady Birmingham... —Se adelantó para besarle la mano.

—Milord ¿Cameron? —La presencia del mayordomo a espaldas del desconocido la molestó; un tanto saturada de la etiqueta londinense.

—Steve Cameron, milady. Si me permite, necesito hablarle de un asunto... En privado.

El carraspeo del mayordomo colmó el vaso de su paciencia pero aun así se obligó a mostrarse cauta.

—Lo siento, no sé si... No nos conocemos.

—No hemos sido presentados —rectificó él.

—Exactamente.

Continuaban de pie. Axel, apenas se decidía sobre cómo actuar.

—Pero sí nos conocemos. Hemos coincidido durante el último mes en diferentes acontecimientos.

—Pareció haber recuperado el aplomo mientras lanzaba una mirada de soslayo al criado.

—Créame, es... importante que hablemos.

El malhumor de Robert terminó por decidirla.

—Está bien; siéntese, por favor —señaló el sillón frente al suyo y se volvió al empelado

—Robert, por favor, ¿sería tan amable de dejarnos solos?

Axel atajó el recriminador gesto con voz cortante.

—Deje la puerta abierta si le parece mejor; pero no hace falta que haga guardia. Si necesitamos algo, se lo haré saber. Y por favor, dígame a la señora Hanson que nos envíe té.

Robert acató sus deseos. Como mayordomo de una casa de alcurnia sabía que su obligación era estar ciego y sordo ante ciertas libertades, pero lo de aquella joven le parecía él no va más de las malas formas.

Axel se desentendió del criado para prestar atención a su invitado.

Él, una vez aceptado, se mostraba tranquilo, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Sólo cumple con su deber, no se amosque con él. ¡Los ingleses son tan formales en sus costumbres! Aunque tampoco yo permitiría a mis hermanas quedarse a solas con un desconocido

—reconoció, acentuando la sonrisa.

—Así que, no es usted inglés...

La curiosidad se hizo más patente en su cara. Sabía que no era un galanteador al uso; intuía que la



historia no iba por ahí. Al menos no había traído ningún obsequio, dulces o flores como era habitual.

—Americano —informó él.

—Es cierto, sí. Boston, ponía en la tarjeta.

—Exactamente —la contemplaba con tal relajación que Axel se sintió cómoda a su lado.

—Y bien ¿Qué es lo que quiere tratar conmigo?

—Le va a parecer extraño...

—A estas alturas, no creo que eso importe —le replicó con desenvoltura.

La presencia de una doncella con el servicio del té les interrumpió.

—¡Hola Sara, gracias por traer el té tan pronto! No te preocupes yo le serviré.

En cuanto la doncella se retiró Axel actuó como una correcta anfitriona. Sirvió los tés y se acomodó con una pasta entre los dedos para darle ocasión al desconocido de explicarse. Él interpretó correctamente su gesto y usó aquel acento tan sensual que tenían los americanos.

—Sabía que estaba sola en casa. Llevo días observándola...

—Empieza a darme miedo.

Axel sostuvo la taza ante sus labios, en suspenso, aunque sus ojos brillaban de un modo seductor, casi juguetón.

El desconocido rio con desenvoltura.

—Intuía que no me equivoca con usted. ¡Estuvo espléndida cuando golpeó a aquel rufián! Es una mujer con carácter.

Axel se sonrojó al recordar el incidente en el parque. Le había costado un pequeño disgusto con Andrew pero no se arrepentía de haberlo hecho.

—Así que lo vio.

—Se me adelantó, digamos. Mientras yo lo pensaba, usted actuó.

Axel se sonrojó de placer, cada vez más cómoda con él.

—Fue un desagradable incidente. No soporto que se golpee a los animales.

—Yo tampoco —admitió franco, relajándose en el sillón. Estiró las piernas tras dejar su taza en la mesa. —¿Podemos pasar de los preliminares?

—Lo estoy deseando.

La carcajada del hombre resonó en el salón y Axel dirigió su mirada a la puerta. Seguro que Robert no andaba demasiado lejos, dispuesto a pillar lo que pudiera de la conversación. Cuando retomó su atención a Cameron él se había puesto serio ya.

—Verá... Soy el menor de una familia adinerada de Boston. Mis hermanos se dedican a la compraventa de maderas, tejidos y otras materias primas. Me enviaron a Londres para iniciar una apertura de mercado. —Una mueca burlona asomó de golpe en su rostro. —Lo cierto es que me quitaron del medio porque tenía un lío escandaloso con una cupletista y no se fiaban de que no la integrara en la familia... Bien, eso no viene a cuento.

Los ojos verdes lo interrogaban, verdaderamente interesados, y él extendió la sonrisa a los labios antes de continuar.

—Cuando llegué a Londres estaba absolutamente reformado. Me incorporé al mundo de los negocios, hice algunos conocidos... y me metí en otro lío.

Axel entrecerró los ojos. La historia le parecía entretenida pero no sabía que pintaba ella en medio. Él pareció leerle el pensamiento.

—No se preocupe, ahora entenderá el resto; sólo la estaba poniendo en antecedentes. Como le decía, me metí en un lío. Acudí a una partida de cartas. Y me topé con el conde de Almont.

Axel contuvo el aliento. ¡El padre de Beth!

—Sabe de quién le hablo ¿verdad?

—Por supuesto. Es el padre de una querida amiga.

—Eso me pareció.

—Sigo sin entender...

—Ya le dije que es un poco complicado. O tal vez lo sea yo, no sé —se despejó el mechón que

le caía sobre la frente con un gesto mecánico que a Axel le pareció fascinante “¿Sabría aquel hombre lo guapo que era?” —¿Me permite continuar?

—Por favor —asintió, expectante.

—Tuvimos una partida salvaje, de esas que... Bueno... Debió dejarlo mucho antes del final. Yo estaba en racha y el resto abandonó cuando pudo, pero él no; se empeñó en continuar. Y apostó su casa.

Axel contuvo el aliento, horrorizada.

—Le dije que yo no aceptaba ese tipo de apuestas pero no me permitió dejar la mesa. Exigía la revancha una y otra vez. Finalmente acepté... y gané.

Miró a la mujer que lo contemplaba, adelantada, con los ojos como platos. Estaba realmente hermosa, con el sonrojo en el cutis y la boca anhelante; aunque él no estaba interesado.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que soy el dueño de la mansión de los Almont —asintió terriblemente serio.

—¡Dios mío! Pero Beth no me ha dicho...

—No lo sabe. Sospecho que nadie en su familia lo sabe. El conde me pidió dos meses para condonar la deuda y yo acepté. Sin embargo, y visto como continúa jugando, me temo que no recibiré el dinero.

—¿Por qué hizo eso? Creí que las deudas de juego se cobran enseguida.

—Es lo habitual —se encogió de hombros. —Pero yo no necesitaba la casa. ¡Hasta me arrepentí de haber ido a aquella maldita timba! No me hace gracia saber que voy a dejar a una familia decente en la calle.

—¡Dios mío, la situación de los Swan es desesperada! Ese hombre malgasta todo el dinero que cae en sus manos.

—Eso escuché. Tras la partida me propuse averiguar quién era mi oponente... Y entonces la conocí. —Parecía realmente conmocionado y cuando su mirada chocó con la de Axel, lo confirmó.

—Elizabeth Swan. Estoy aquí por ella.

—¡Beth! —Una sonrisa amplia llenó su cara pese a la sorpresa. —¡Le interesa Beth!

—Le ruego que me disculpe. No es el modo más lógico de proceder. Tal vez malinterpretara mis intenciones y pensara que usted... Es, sin duda, preciosa Lady Birmingham, pero...

La risa divertida de ella lo llevó a parar.

—Ni por asomo pensé que viniera a galantearme, pero tampoco esperaba lo de Beth...

—Admitió, feliz —¿Quiere mi ayuda para conocerla?

—Exactamente eso era lo que tenía en mente.

Los dientes blancos de Axel relucieron como perlas.

—Estaré encantada de servirle de conexión. Sólo existe un pequeño problema —recordó después.

—Lady Swan está enamorada de su primo, el vizconde de Dermont.

—Vaya, veo que ha hecho bien los deberes —se sorprendió.

—Tengo los ojos y los oídos abiertos. Ya le dije que soy comerciante y en esta ciudad, termina por saberse todo.

—Tiene razón —asintió, molesta —incluso puede que esta extraña visita.

—Espero que no. He intentado ser discreto para no poner en entredicho su honorabilidad. Sin embargo, no hallé otro modo de acercarme a hablarle. Sé que son ustedes amigas; amigas auténticas. Por eso me atreví.

Axel entrecerró los ojos, cavilando. Aquel hombre tenía aspecto de tahúr, era endemoniadamente atractivo y al parecer contaba con medios económicos para ayudar a los Swan... ¡Tenía que intentarlo! Sabía con certeza que Beth jamás tendría a Devon así que... ¿Por qué no abrirle los ojos de una vez con este desconocido?

—Cómo puedo saber que sus intenciones son buenas? Adoro a Beth y... —Calló cuando él le tendió un documento enrollado de su bolsillo —¿Qué es eso?

—La cesión de la casa de los Almont a Elizabeth Swan. Aun cuando ella no me aceptara, le regalo su casa. Eso sí, el documento estipula que ella es la única propietaria y que no podrá venderla, como mínimo, hasta el fallecimiento de su padre. De no cumplirse esas normas, queda invalidado.

El asombro de la mujer fue tan patente que la sonrisa del hombre se amplió de nuevo.

—Llevo observándolas a ambas mucho tiempo. Sé que trata a esa muchacha con una consideración y cariño poco habituales entre la gentuza de Londres, y perdone la grosería, pero he escuchado demasiado cotilleos como para no despreciar a esas ridículas damas que sólo se mueven por el interés. Me enamoré nada más verla, en Hyde Park y no sé cómo llegar a ella. Por eso pensé en usted.

—¿Se enamoró nada más verla? ¿Quién me dice que no es un capricho como lo de esa... cupletista? A ella ya la ha olvidado...

—Porque desde entonces no he tocado a otra mujer —aseguró él, descubriendo pasión en sus ojos negros. —Porque me ha cautivado cómo se preocupa de los demás, cómo acepta la humillación constante que supone el trato de sus padres en público, ofreciéndola como una mercancía... Y porque sueño con ella todas las noches.

Supo que había tocado el corazón de Axel con esas últimas palabras por el jadeo entrecortado que ella reprimió. Lo que le sorprendió fue que avanzara en su asiento hasta cogerle las manos.

—¿Quieres casarte con ella, de verdad?

—Se lo juro —hizo el teatral movimiento de tocarse el corazón y la risa de Axel sonó, argentina.

—¿Y por qué no la ha pedido en matrimonio? Como bien ha dicho, sus padres no paran de ofrecerla.

El rostro del hombre se ensombreció y su voz sonó algo ronca.

—No dudo de mi capacidad para conquistar a una mujer, pero ella ya lo está. O así lo cree. Dicen que está enamorada de Devon Hunt desde que era una cría. Y yo no quiero que me acepte por

imposición. Podría enamorarla después, pero no quiero que se sienta infeliz el día de su boda.

Axel, impulsiva, besó la rasurada mejilla, notando cómo su corazón palpitaba de cariño por una persona que apenas media hora ni siquiera conocía.

—No lo será, Steve. Tiene en mí una aliada. Lo que necesitamos ahora es un plan.

Cuando llamó a Robert para que le entregara su abrigo habían transcurrido dos horas. El mayordomo no pudo dejar de asombrarse por la familiaridad con que ambos se despidieron, pero el colmo fue cuando escuchó a Axel subir las escaleras hacia su dormitorio silbando bajito una tonada. Él bufó y las criadas rieron, curiosas por conocer la identidad del guapísimo visitante.

# Capítulo 11

Mientras cenaban en el salón azul, Devon contempló estupefacto como sus padres se sonreían por encima de las servilletas enviándose miradas cómplices. Era de *vox populi* en la casa que cada noche el conde dormía con su esposa, pero la pareja no les había comunicado a ellos ningún cambio en su relación.

En cuanto a Axel, parecía radiante a pesar de que el mayordomo se había quejado al conde porque un joven desconocido había pasado dos horas con ella aquella mañana. Su padre había indagado durante el almuerzo, recibiendo una ambigua sonrisa y un “*No es nada de lo que debas preocuparte, Stephen; mi reputación no corre peligro*”.

Devon llevaba toda la tarde molesto con ella por aquel secretismo y porque, además, Axel hubiera integrado un hombre más en su vida.

Ella, como queriendo compensarle, acarició su mano con gesto amigable.

—¿Vuelves a tener mucho trabajo? No hay forma de verte.

—Me paso el día en la fábrica. Ya sabes que William está con Clarence en Brighton y tenemos compromisos que cumplir.

—Comprendo —su voz sonó dulce pero la mirada que le envió decía “*No te creo*”. —Podrías acompañarme al teatro mañana. Me encantaría que fuéramos juntos.

Él la sondeó, buscando una segunda intención a sus palabras, sin lograr adivinarla. Suspiró, maldiciendo lo complicado que era entender a las mujeres.

—Si de verdad lo quieres...

—Quiero, pero sólo si tú quieres también —asintió, tensa.

—Parecéis a punto de batiros en duelo —comentó el conde con un asomo de burla.

—En absoluto, padre. Es solo que Axel está tan solicitada sin que ni siquiera haya empezado la temporada, que me asombra que eche de menos mi compañía —no pudo evitar la acritud de su tono y

supo que la había ofendido —Pero te lo agradezco, “prima” —enfaticó el parentesco. —Será un placer acompañarte.

Ella, molesta, mantuvo un glacial silencio hasta el término de la cena. Se excusó con un “*Me duele la cabeza*” tras los postres y abandonó la mesa.

Aún tuvo tiempo de escuchar el susurro de enfado del conde a su hijo “*¿Se puede saber que mosca te ha picado?*”, pero no esperó a escuchar la respuesta.

Leía sobre la cama cuando su doncella la interrumpió con una sonrisa cómplice. Traía un paquete en la mano.

—Iba a retirarme cuando el señorito Devon me ha entregado esto para usted, milady.

Se tragó las ganas de mandarlo al infierno, furiosa por la frialdad con que la había tratado en la mesa; sin embargo, la curiosidad la pudo. Pese a todo, se hizo la desentendida.

—Déjalo sobre el tocador; gracias.

—¿No piensa ver qué es? —Betty no se molestó por ocultar su inquietud.

Al igual que el resto de la casa, estaba convencida de que la relación entre ambos terminaría como la de los condes. Era sorprendente que ellos mismo no se dieran cuenta.

—Más tarde, quizá —replicó alzándose de hombros. —Buenas noches. —Ya estaba en la puerta cuando se interesó. —¿Jimmy sigue contento en la fábrica?

—Mucho —asintió la doncella, visiblemente feliz. —Empezó descargando mercancías pero lo han ascendido. El señor lo ha convertido en su recadero para asuntos de confianza y él está muy orgulloso con el puesto.

—Me alegro —sonrió Axel, sincera. —Lo demás ¿todo bien?

Ambas sabían de qué hablaban.

—Muy, muy bien. Jamás pensé que sería tan... ¡Es como si siguiéramos en Escocia! —Confesó ruborizada, haciendo reír a su señora.



—Disfrútalo, entonces. ¡Vete ya! —La apremió —no le hagas esperar.

—Hasta mañana, lady Axel —envió una mirada pícara al tocador. —Y no olvide su regalo.

No lo hizo. En cuanto la puerta se cerró, abandonó el libro sobre su colcha y corrió a abrirlo. Estaba envuelto en un bonito papel brillante que reconoció como de la librería *Hatchards* de Picadilly, lugar del que era clienta asidua ya que le encantaba subir por sus escaleras de caracol y perderse entre los miles de tomos que llenaban los seis pisos rebosantes de estanterías. Rompió el lacre y resbaló sus dedos por la portada del ejemplar: “*Frankenstein o el Prometeo Moderno*”, de Mary Shelley. Aún olía a imprenta. Ella sabía que esas navidades lo habían lanzado a la venta con una discreta publicidad. Como siempre, la obra de una mujer parecía no ser lo suficiente importante para destacarla a bombo y platillo.

Apretó el libro contra su pecho y regresó a la cama. Aún era temprano para acudir a la alcoba de Devon a darle las gracias. Seguro que su impertinente ayuda de cámara rondaría por allí.

Caminó decidida, apretando la bata sobre su cuerpo desnudo; las zapatillas no hacían ruido sobre la alfombra. Lo último que quería era encontrarse con el rostro enfadado de Robert o la mirada condenatoria de la señora Hanson. No golpeó la puerta, sólo la abrió y pasó al interior. Cuando su mirada chocó con la de Devon sintió que se le secaba la boca. Él descansaba indolentemente en un sillón, con un batín por todo ropaje mientras bebía de una copa. Su pecho dorado se adivinaba bajo el satén entreabierto y sus largas piernas estaban desnudas, al igual que sus pies.

—No deberías beber solo. Es una mala costumbre —musitó por decir algo.

—El brandy me ayuda a dormir —confesó en un susurro, esperanzado por su presencia en la alcoba.

—¿No podías darme el libro personalmente? —Le acusó sin enfado. —¿O lo has hecho para disculparte por tu grosería de esta noche?

—Pensaba regalártelo en Navidad, pero se complicaron las cosas —aseguró, contemplándola.

Con la luz de la chimenea, Axel semejaba una aparición y su cuerpo reaccionó sin control. Las pupilas se le oscurecieron por el deseo y supo que ella lo percibía, alegre y segura de sí misma. La miró acercarse, parpadeó cuando se sentó en su regazo y la piel se le erizó cuando ella lo olfateó sensualmente y le pasó los labios por el mentón.

—Quiero que me lleves a la cama. Te echo de menos.

El susurro penetró en su oído y su sexo reaccionó presionando contra ella desesperadamente, pero su mirada aún se mantuvo cauta.

—Me dijiste que podía pedírtelo —musitó ella, de repente insegura.

—Y lo mantengo —replicó tenso, sin atreverse a abrazarla.

—Entonces... —ella le sostuvo la mirada. —¿Qué es lo que te atormenta? ¿Es por Andrew?

—No quiero que él esté aquí, entre tú y yo —rugió, molesto.

—Jamás lo ha estado, y tampoco ahora —afirmó sin apartar los ojos de los castaños. —Son tus manos las que anhelo, tus besos, mis *cosquillas*...

Mientras hablaba iba acariciando su rostro lentamente con pequeños besos, desde la frente al mentón. Pudo sentir su sexo responder de inmediato. Se echó la bata hacia atrás y quedó desnuda en sus brazos.

—Llévame a la cama, Devon. Quiero estar contigo.

Devon se olvidó de otra cosa que no fuera complacerla. La aferró contra su pecho y la llevó hasta el lecho, donde la dejó caer lentamente, saboreando la visión de su cuerpo y adelantando en su mente las locuras que haría con él. Se quitó el batín con un rápido gesto y se arrodilló entre sus piernas pero Axel lo atrapó con las manos y le obligó a escucharla.

—Quiero una noche salvaje, Devon. Lenta y salvaje —susurró en un jadeo.

Verlo excitado la calentaba de tal modo que ya se sentía dispuesta para él. Porque aunque Devon no lo sabía, ella perseguía un fin. No quería una noche más. Lo quería todo.

Devon pensó que el pecho iba a estallarle, además de su miembro. Respiró hondo para no

comportarse como un adolescente, recordándose a sí mismo que era uno de los libertinos más reputados de Londres y como tal debía complacerla. Ordenó sus latidos, inició un sensual recorrido de besos por su cuello, descendió hasta su ombligo, y terminó en la punta de sus pies. Cuando chupó uno a uno los pequeños dedos los jadeos de Axel le hicieron reír, satisfecho.

—¿Es lo bastante lento, lo bastante salvaje?

Ella asintió, incapaz de coordinar un pensamiento. Sentía que las venas le ardían, que toda su piel era una cubierta excitada, alerta al siguiente paso.

Devon subió lentamente por sus piernas, ignoró el pubis que lo llamaba elevándose y tomó un pecho con los dientes mientras el otro lo acariciaba con sus dedos húmedos por la saliva de Axel.

Ella se estremeció tan violentamente que lo sintió entre sus piernas. Le tiró del pelo para atraparlo y buscó sus ojos, vidriosos por la pasión. Aunque intentara controlarlo, sentía el pulso de su pene contra su vientre.

—Devon, te quiero dentro —susurró firme.

Por un instante pensó que iba a rechazarla, pero fue tan breve que una sonrisa de victoria asomó a sus labios.

—¿Estás segura?

Asintió, tomando su boca con una ferocidad que lo desarmó. En un último intento, él la miró buscando confirmación y ella sólo susurró “*Ahora*” mientras su mano se cernía palpitante sobre la palpitante carne y la acercaba a su sexo, necesítándolo ya.

No pensaba que fuera a dolerle tanto tras el primer enviste y se quedó rígida, asustada en sus brazos, pero al ver la alarma en los ojos de Devon, la contracción de sus músculos buscando una retirada, lo retuvo por los hombros, intentado adaptarse.

—Lo siento mi amor... —Él le besó el rostro, que estaba al borde las lágrimas. —Soy un bruto. Discúlpame.

Calló a tiempo para no confesar lo que le había estado torturando. Estaba convencido de que Andrew no habría desaprovechado la ocasión de llevarla a la cama, en un intento por forzarla a

aceptarlo, y había asimilado de tal modo que ella ya no era virgen que le rompió el corazón comprobar su error.

—¡Cállate, por Dios; solo haz que sea bueno...! —Pese al dolor que la invadía consiguió que brillara una pizca de humor en sus ojos. —¡Se supone que eres un experto en eso!

Devon la contempló, desarmado y pletórico de amor. Aunque nunca había estado en la cama de una virgen, sospechaba que no debía ser habitual comportarse con tanto desenfado. Besó sus labios dulcemente y le acarició el clítoris, sin moverse en su interior.

—Relájate. Estás muy tensa y por eso te duele.

—¡Antes no lo estaba! —Refunfuñó, molesta.

—Pero acabo de invadirte... Hazme caso, cariño.

Hizo más presión entre sus piernas y la sintió jadear al tiempo que los ojos se volvían transparentes y sus músculos lo acogían. Mordisqueó su cuello, su oreja, sus pechos... mientras, allá abajo, todo pulsaba por seguir adelante. Pero no lo hizo; consiguió que Axel se olvidara de que lo tenía dentro y la llevó al borde del orgasmo. Entonces comenzó a moverse sobre ella, lentamente al principio y más fuerte después. Controló su deseo, sudando por todos los poros para no llegar antes que ella, pero en cuanto los gemidos se hicieron inteligibles y las uñas de Axel se clavaban en sus brazos, gritando su nombre, se dejó ir también.

Jamás había sido tan descuidado como para no tomar precauciones, pero con Axel ni siquiera se lo planteó. Lo que su corazón anhelaba era plantar su semilla en ella. La besó dulcemente mientras las respiraciones se acompasaban y después se retiró.

—¿Te hice mucho daño?

—Ya se me olvidó —aseguró, extasiada. —¡Ha sido... fascinante!

La luz de sus ojos la hizo amarla con locura. La atrajo hasta su pecho y la acunó contra él.

—Gracias, Axel. Eres mi regalo más preciado.

—¡Te echaba tanto de menos! — ella le acarició el mentón, lánguida.

Devon se estremeció, volvió a tumbarse sobre su cuerpo y le besó los labios.

—¿Crees que yo no? Estaba loco porque me aborrecías.

—Sin embargo, me has estado dando esquinazo —replicó, dolida.

—Te quería libre y convencida cuando vinieras a por mí. Porque... Lo has hecho ¿verdad, Axel?

¡Te casarás conmigo! Después de esta noche...

Ella se incorporó, intranquila.

—¿Tenemos que casarnos porque hemos hecho el amor? ¿Qué diferencia hay entre hoy y otras veces?

Devon frunció el ceño, incapaz de comprenderla.

—Te has entregado a mí, Axel. A mí y a nadie más.

—Si hubiera estado en la cama con Andrew antes que contigo ¿Me lo habrías pedido también?

Él la miró sin contener la dureza que asomó a sus ojos.

—No me hubiera dado esa oportunidad. Ambos sabemos lo que implica estar con una mujer su primera noche. Un caballero no dejaría de cumplir con su honor.

Axel se apartó, rebelde ahora.

—¿Es por eso que me lo pides, por honor?

—¿Por qué demonios tienes que malinterpretar mis palabras? ¡Sabes que te quiero!

—No, no lo sé —se alzaba como una valquiria, erguida y desnuda, con sus ojos centelleantes.

—Sé que me deseas, como yo te deseo a ti, pero de amor no hemos hablado nunca.

—Bien, pues te lo digo ahora: te quiero.

Su voz sonó brusca y supo que la había herido.

Axel se levantó hecha una furia, recogió su bata y sus chinelas y se vistió como si un tornado la estuviera empujando.

Devon, atónito, se sentó en la cama viéndole hacer.

—¿Quieres explicarme qué te pasa? ¿Qué he dicho para enfadarte?

Cuando lo miró, sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero no de tristeza sino de ira.

—¡Maldito seas, Devon! ¡Maldito seas por estropear la mejor noche de mi vida!

Y salió dando un portazo.

Resultó una noche atroz. Lloró hasta sentirse rendida pero ni aun así logró dormirse. Le dolía el corazón y entre las piernas. Rememoró cada paso de los momentos con Devon y hubo instante en que la excitación se apoderó de su cuerpo nuevamente. Estaba enganchada a Devon como si fuera una droga. Sabía que estaba enamorada de él; ahora sí. No podía ser otra cosa. Jamás experimentó con Andrew más que placer.

La sensación de pertenecer, de compartir, de ser uno, la tenía exclusivamente con Devon. Lo terrible es que no podía asegurar que para él fuera lo mismo. Nunca le había hablado de matrimonio hasta esa noche y la idea de que se debiera a su maldito sentido del honor le hacía apretar los puños de rabia.

Después de los momentos vividos, de haberle descubierto el sexo ¿Qué importancia tenía haberla desvirgado?

Cierto que no aceptó complacer a Perry en ese aspecto porque sabía que lo esgrimiría para presionarla al matrimonio ¡Pero es que Andrew se lo pidió la noche misma de conocerla!

¿Y si hubiera cedido ante el duque? ¿Reconsideraría Devon sus palabras? Es más, ¿Seguiría manteniéndolas de contarle ella lo íntimas que habían sido sus relaciones?

Descontando esas consideraciones, se vio impedida a tomar otra decisión: Debía comunicar a Perry que no podía seguir siendo su pretendiente. Desde esa noche tenía la certeza de que no le amaba y no podía seguir dándole esperanzas. No sería justo para él.

Aunque no se casara con Devon, que era lo más probable, tampoco lo haría con Andrew. Tal vez él manifestara que sus razones no le importaban pero ella estaba segura de que terminaría siendo una amargada y gruñona esposa y él terminaría odiándola. No, Andrew le importaba demasiado para eso. Pese a no amarlo, lo quería. Siempre sería el hombre al que habría amado de no conocer a Devon.

¡Devon, el maldito Devon, que volvía a romper sus sueños una vez más, como años atrás rompía

la paz de su vida con cada visita!

El recuerdo de Marion Hill le hizo añorar su hogar y casi estuvo tentada de hacer las maletas y marcharse con Orson. Pero ¿qué pasaría con todo lo que había puesto en marcha? Al día siguiente, en unas horas más bien, tenía una entrevista con Stevenson y otra con los diferentes educadores que habían contratado, entre ellos Beth.

¡Beth! Para esa tarde, además, había organizado el encuentro con Steve Cameron y su amiga. No podía fallarles. No podía quedarse llorando y dejar a un lado las cosas por las que había luchado.

Después de todo, era una Birmingham. De adopción, pero una Birmingham. Y ellos jamás fallaban a una palabra dada.

Devon se paseó como un león enjaulado por su alcoba. Sentía tentaciones de entrar en la de Axel y sacarla de la cama a empujones para hacerle después el amor sobre la alfombra, mordiéndola, arañándola, hasta conseguir que gimiera de deseo y aceptara su propuesta.

Por Dios, ¿Qué había hecho mal? ¡Si hasta le había confesado que la amaba! Estaba dispuesto a hacerla su esposa aunque el duque la hubiera seducido. Desde que estuvieron en Escocia se culpaba de haberla empujado a los brazos de su amigo, sabiendo que ella era sólo una criatura vulnerable mientras Perry era el rey del galanteo.

Pero su reacción lo había desmoronado ¿Qué significaba su rechazo? ¿Cómo podía estar arañándole la espalda entre jadeos y minutos después enfurecerse por una petición de matrimonio? ¿Tan poco segura estaba de sus sentimientos hacia él que le horrorizaba la idea de compartir sus vidas?

Ahora que apreciaba a su padre y confiaba en él ¿Por qué no podía confiar en el hijo? ¿Creía que le sería infiel, que la dejaría de lado una vez casados?

¡Maldita Axel! ¿Nunca dejaría de amargarle la vida?

Se encontraron en el desayuno. Un rápido vistazo a sus respectivas ojeras les hizo comprender la mala noche pasada, pero ninguno dio el paso para arreglarlo.

Por el contrario, la lozanía en el cutis de Elena y el brillo en los ojos de Stephen hablaban de otras circunstancias muy diferentes. Aunque a ambos se les cayó el alma a los pies cuando los hallaron frente a frente, sin dirigirse la palabra y con aquellas expresiones distantes.

Cautelosa, Elena despidió a la doncella después de que le sirviera el té.

—¿Has dormido mal, Axel?

—Sí, tía. Tuve insomnio —admitió, tensa.

—¿Algún problema? —Se interesó Stephen sin aparentar darse por enterado del macilento rostro de su hijo ni de la palidez de ella.

—Tengo una mañana agitada. Supongo que me desvelé por eso.

Mintió con tan poco aplomo que los demás hicieron como que la creían.

—Visitarás a Stevenson... —El conde continuó con la pantomima para evitar un embarazoso silencio.

—Sí. Y esta tarde le mostraré el Centro al milord Cameron, el americano que me visitó ayer mañana. —Presintió el ceño fruncido de Devon aunque no se atrevió a mirarlo. —Está muy interesado en colaborar con nosotros.

—¿De dónde ha salido ese hombre? —Quiso saber Elena, intuyendo que su hijo no se atrevería a preguntarlo.

—Es un comerciante de Boston. Lleva una temporada en Londres y escuchó hablar del proyecto. Como nadie le ha invitado a ayudarnos, vino a ofrecerse personalmente.

—¿Es que no conoce las reglas de cortesía? Estar contigo a solas no fue lo más correcto —criticó el conde. —Pudo haberse presentado al director.

—Llevábamos coincidiendo en varios actos sociales, Stephen. Además, es americano. Ya sabes



que las formalidades les interesan poco. Por otro lado ¿Qué más da? Lo importante es que su dinero sirve como el de los demás ¿No te parece?

—Me parece. ¿Quieres que te acompañe con él?

—No, lo hará Beth. —Le salió su vena irónica. —¿Te convence la carabina?

Stephen cabeceó, queriendo esbozar un severo rictus de reproche y logrando que le saliera media sonrisa. Aquella indomable chiquilla era su debilidad. Aunque esa mañana hubiera dado parte de su fortuna por saber qué pasaba entre ella y su hijo para que ambos parecieran dos bloques de hielo.

—¿Te vas a la fábrica, Devon?

—Sí, claro —desvió sus opacos ojos de los angustiados de su madre; sin fuerzas para ofrecerle explicaciones. —¿Me necesitabas para algo?

—No, cariño —ella lo abrazó impulsiva, besando sus mejillas rasuradas —Que tengas un buen día.

—Gracias, madre. Tú también. —Se volvió a la muchacha y clavó durante un instante su impenetrable mirada en ella —vosotros también.

Axel apretó los puños pero calló, temerosa de que le traicionara la voz. La irritante frialdad del vizconde le ponía un nudo en el estómago y le provocaba unas vergonzosas ganas de llorar. Pero no iba a darle la satisfacción de que la supiera dolida.

La charla con Martin Stevenson logró arrancarle a Axel algunas sonrisas. Era un hombre interesante, cuyo trato hacía atractivo a pesar de su apariencia anodina. Hablaba con dulzura y serenidad, sin importar el tema y tenía, además, la cualidad de captar la esencia de los problemas y de darles solución. Tratar con él asuntos del Centro resultaba edificante porque se le ocurrían múltiples ideas y cómo llevarlas a cabo. Poseía la capacidad de razonar como una persona culta y al mismo tiempo entendía el comportamiento del más mísero ciudadano.

Había sido un niño de la calle y no lo olvidaba, al igual que Axel.

Aquel día estudiaron los informes de ciertos candidatos que ingresarían en los talleres para formarse, pese a que continuarían viviendo con su familia. Ese tipo de alternativa estaba previsto que se ofreciera más adelante, cuando contaran con mayor financiación; pero por el momento comenzarían con aquellos tres. Sus progenitores trabajaban en una fábrica y los niños pasaban el día solos, en malas compañías. Acudir al centro sería un modo de evitar el peligro. La madre se lo había rogado a Stevenson, aunque él no quiso comprometerse sin el apoyo de Axel.

La mañana continuó con una reunión de educadores. Excepto Beth, eran gentes de cierta edad, liberales y comprometidas. Anteriormente habían sido preceptores o institutrices; también había una ex matrona y dos enfermeras. Para los talleres especializados contarían más adelante con la aportación de especialistas en diferentes ramas: tintoreros ebanistas y constructores; pero la reunión de esa mañana fue entre los contratados. Se discutieron los problemas que presentaron los niños en los primeros días y el modo de afrontarlos.

Terminaron tan tarde que Roger Alvin, en calidad de director, la invitó a participar del almuerzo colectivo y ella aceptó, entusiasmada.

A pesar de los intentos de los cuidadores por mantener el orden, la algarabía reinante en el comedor. Se trataba de niños de la calle, habituados a robar y gritar por cualquier circunstancia. Con todo, la presencia de Axel, tan distinguida con su vestido verde oscuro y su sombrero, les calló unos instantes. Hasta que una enorme sonrisa ensanchó sus labios y saludó con el mejor acento callejero:

—Hola, chicos. Espero que os guste la comida.

El escándalo volvió a ser monumental, entre codazos y risas de los comensales.

—¡Podría estar mejor! —Gritó uno, con ropas limpias y pelo revuelto.

—¡No seas desagradecido! —Recriminó otro. —¡Por lo menos está caliente!

—Si tenéis alguna sugerencia, se la podéis hacer saber a las cocineras —aseguró Alvin en tono cálido.

—¡A mí no me gustan las verduras! —Gimió una chiquilla pecosa. —¡Yo quiero patatas!

Las risas del resto corearon su queja y Axel se acuclilló ante ella, acariciándole el pelo.

—Las patatas están muy buenas, pero debes aprender a comer de todo. ¿Quieres que me sienta contigo? Podemos pasarnos la comida de plato —susurró con complicidad.

Al rato todos imitaban los movimientos de Axel. Ella, que se dio cuenta, teatralizó sus gestos, haciéndoles reír y consiguiendo que usaran los cubiertos con cierto donaire.

Alvin, desde su mesa, le envió una sonrisa tierna.

La tarde transcurrió aún mejor. Steve Cameron se presentó a la hora señalada, con impecable traje azul y botas negras. El abrigo, de cuello de castor, atrajo la atención de los chicos que merodeaban por el vestíbulo y él dejó que lo tocaran, sin dejar de bromear.

Cuando Axel y Beth lo recibieron, estaba rodeado de críos que manoseaban su prenda.

—Ejem... chicos, creo que deberíais respetar la ropa de nuestro invitado —amonestó Axel, insegura de cómo interpretaría aquello.

La sonrisa franca del hombre acentuó sus rasgos de pirata, provocando un jadeo espontáneo en ambas. Axel rio divertida, pero a Beth se le acentuó su habitual sonrojo.

—Sólo es un abrigo, lady Birmingham —se apresuró a besar su mano con una sonrisa canalla que desharía el rigor de la más estrecha damisela.

—Pero lo necesitará a la salida —replicó ella, burlona. —Arthur, por favor... —se dirigió al conserje. —Recoja la prenda de nuestro visitante y póngala a buen recaudo. No quisiera disgustos después.

—No habrá problema, se lo aseguro —insistió encantador. Después miró a Beth. —¿Me presentaría, por favor?

—Por supuesto, discúlpame. Milord Cameron, lady Swan.

Él le besó los nudillos, desnudos de guantes. Su voz sonó como un susurro cuando se apartó.

—Steve, por favor.

—Steve —aceptó Axel con desenvoltura, percibiendo como el arrebol de su amiga iba en

aumento porque él no le soltaba la mano. —¿Vamos dentro? Podemos tomar un té antes de...

—Preferiría la visita primero, si no les importa —al fin soltó la mano pero sujetó brevemente su cintura. —Después de usted, por favor.

A Beth se le pasó el sofoco cuando comenzaron a recorrer la casa y sus manos se apartaron, aunque se mantenía tan cerca que podía oler la colonia de cedro que usaba.

Nada más verlo pensó que era un dandy; no obstante logró cautivarla en cuanto trató a los niños con bromas y gestos cariñosos.

En poco rato se había corrido la voz de que milord Cameron era americano y un nutrido grupo de internos quiso saber si se había topado con indios del salvaje oeste, lo que hizo que el terminara acomodado en el suelo de un pasillo narrando peripecias que Axel hubiera jurado que se iba inventando sobre la marcha pero que estaban tan bien hilvanadas que ni los críos ni Beth pestañeaban con ellas.

Cuando quisieron darse cuenta, había oscurecido.

—Me temo que es la hora de la cena —advirtió Axel, desentumiendo sus piernas porque también se había sentado en el suelo.

Beth, desde su silla, pareció decepcionada.

—No hemos tratado lo que le había traído al centro...

—Puedo volver mañana —sugirió él, encantador. —Les garantizo que voy a darles mi apoyo. Sólo tendremos que ultimar los trámites.

La sonrisa de Beth iluminó sus mejillas, avergonzándola de nuevo.

—¿De verdad quiere participar del centro? Todo el dinero nos resulta bienvenido pero Roger no le ha explicado...

—Para mí es suficiente ver la cara de los niños —aseguró él con formalidad —Está claro que aquí se les cuida bien.

—¿Se ha criado usted en un orfanato?

Su mirada fue tan cálida que incluso Axel sintió que se derretía por el americano.

—No, lady Swan. Soy un hombre muy afortunado y tengo una familia maravillosa. Pero eso no quita para que sepa apreciar la bondad cuando la veo.

El silencio que siguió a sus palabras resultó tan elocuente que él mismo tuvo que romperlo.

—Tampoco quiero parecer un blandengue...Lógicamente impondré mis condiciones para portar capital, pero les aseguro que contarán conmigo.

—Gracias, milord Cameron —aceptó Axel, encantada por el embobamiento de su amiga. —Le prometo que no se arrepentirá.

Él besó la mano de Axel y después la de Beth, mirándose en sus pálidos ojos.

—Hace usted honor a su apellido lady Swan. Parece un cisne en mitad de un precioso lago.

Beth jadeó por el cumplido, incapaz de responder, y Axel hubo de acudir en su ayuda.

—Es una suerte que los bulos sobre sus compatriotas sean falsos. Ha resultado usted más galante que cualquier inglés de buena cuna.

La sonrisa canalla floreció en sus labios, derritiéndolas de nuevo.

—Con mujeres como ustedes es fácil. —Se inclinó en un saludo antes de retirar su abrigo de manos de Arthur. —¿A la misma hora mañana?

—Intentaré que Roger pueda recibirlo —asintió ella mientras Beth se sonrojaba aún más, si ello era posible. —Tengo un compromiso ineludible toda la tarde.

Con intención, Cameron miró a Beth.

—¿Y usted, estará aquí?

—Trabajo aquí —informó tímida. —Llevo el aula de los pequeños. Cuando termine con Roger puede pasar a visitarnos... Si quiere —aventuró, audaz.

No advirtió el cruce de miradas del americano y su amiga porque el bochorno apenas le dejaba levantar la vista del suelo, sino se hubiera sorprendido de ver a ambos tan satisfechos.

—Será un placer; se lo aseguro.

Cuando finalmente desapareció tras la puerta, Axel contempló a la muchacha con una mueca de diversión.

— “*Parece un cisne en mitad de un precioso lago*” —remedó, engolando la voz —Creo, querida Beth, que acabas de ganar un admirador. ¡Y menudo admirador! Es el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—El más guapo, no —se resistió. —Pero es muy atractivo.

—¿El más guapo, no? ¿Tú has visto ese pelo, esos ojos castaños...?

—Los tiene negros —le interrumpió sin darse cuenta. —Le miré mientras contaba las historias de los indios. ¿Crees que se las habrá inventado?

—No tengo ni idea —Axel le estrechó los hombros, cariñosa. —Pero si lo ha hecho, tiene una manera estupenda de entretener a los niños.

Beth asintió, más impresionada de lo que ella misma quería admitir.

Una sonrisa diabólica se dibujó en los labios de Axel antes de despedirse de ella. Sólo había sido el primer asalto y parecía que Cameron lo había ganado por *KO*.

Esa noche apenas pudo dormir. Cuando llegó del “*Children’s Paradise*” halló a Andrew aguardándola en el salón con entradas para el teatro, pero desestimó su invitación amparándose en la presencia de sus tíos para no tener que darle explicaciones. De Devon no hubo indicios, ni a la hora de la cena ni posteriormente, cuando intentó alargar infructuosamente la sobremesa con la esperanza de verlo aparecer. Se marchó a la cama muy tarde y tras permitir que Betty le ayudara con la ropa se enfrascó en un libro de Astrología hasta que se dio cuenta, al cabo de un largo rato, de que no se había enterado de nada. Lo arrojó a un lado, enfadada, y apagó la luz para intentar dormir, pero el rostro de Devon la persiguió incansablemente.

A la mañana siguiente sus ojeras dieron fe del insomnio, sin embargo, Devon no tuvo oportunidad de notarlas porque mientras Axel bajaba las escaleras, la señora Hanson la interceptó con un ramo de

flores y una tarjeta que ella se detuvo a leer, sonriente.

No podía saber que lo enviaba Steve Cameron y que sólo rezaba “*Gracias por su inestimable ayuda*”. Los celos le hicieron creer otra cosa y cuando cerró la puerta tras de sí, lo hizo con un portazo.

# Capítulo 12

Clarence Blackmoon regresó a Londres dos semanas después para encontrarse con que su prima Elizabeth estaba siendo galanteada por un hombre guapísimo y que Axel no lograba disimular unas profundas ojeras.

Percibió ambos cambios mientras tomaban el té en el pequeño salón para las visitas con que contaba el centro, un lugar austero y lleno de luz, con cómodos sillones de tapicería oscura y muebles de calidad, pese a su sencillez. En las paredes había cuadros que algunos benefactores habían donado, entre ellos, su marido.

Apenas acababa de ponerles al corriente sobre las reformas en su casa de veraneo cuando Arthur, el conserje, vino a interrumpirlas.

—Discúlpeme señoras. Milord Cameron acaba de llegar y pregunta por la lady Swan.

Clarence entornó los ojos.

—¿Milord Cameron? ¿Hay algo que me estoy perdiendo?

No tuvo tiempo de obtener respuesta porque la imponente figura del americano ya se recortaba en el vano, liberado del abrigo. Aparte del pelo, retirado del rostro con un cordón de cuero, su aspecto era impecable: traje azul sobre camisa blanca y botas altas de piel. Su voz segura y su amplia sonrisa hablaban de un hombre de mundo.

—La condesa de Blackmoon, imagino. Beth no ha parado de alabar su belleza pero me temo que se quedó corta... Aunque ella asegura que es su ingenio lo que me llevará a admirarla.

—¿Y usted es...? —Clarence, más mundana, no se mostró amilanada, pese a tomar nota con rapidez del atractivo masculino y del modo posesivo con que se refería a Elizabeth.

—Steve Cameron, para servirla —el recién llegado le besó la mano y después saludó con una inclinación a sus amigas. —Beth, Axel... un placer volver a verlas.

—Steve... Siéntese, por favor. Nos acompañará en el té —decidió Beth, tan ruborizada como decidida.



Axel se regocijó íntimamente al percibir los avances. En tan solo unos días, Beth tuteaba al americano y por lo que sabía, ya habían paseado juntos por Hyde Park dos tarde seguidas. Ahora, además, adoptaba el papel de anfitriona con una confianza que semanas atrás nadie habría esperado de ella.

—Steve... el señor Cameron, —le explicó Beth a su prima con una sonrisa radiante y las mejillas alborozadas —es un nuevo afiliado a nuestra causa. Pero no sólo nos beneficia con su dinero; resulta tan entretenido contando historias que los chicos esperan impacientes a que llegue cada tarde para escucharle. Ha creado un numeroso club de seguidores.

La sonrisa de Clarence se ensanchó, mitad burlona, mitad irónica.

—¡Cada tarde! Vaya, señor Cameron, debe ser usted un hombre muy despreocupado para dedicar tanto tiempo a la causa...

El americano se la devolvió con creces, divertido.

—Confirмо que su prima no se equivocaba... No se preocupe; mi fortuna es lo suficientemente sólida para permitirme estos ratos de ocio.

—El señor Cameron es comerciante —le defendió Beth, apresurada. Para ella, contar con la aprobación de Clarence era de vital importancia. —Su familia tiene empresas en Boston.

La condesa captó los matices de la conversación, encantada con los cambios que se había producido en su ausencia aunque preocupada por la sombría nota de tristeza en los exóticos ojos de Axel. Con todo, decidió añadir su apoyo a la nueva situación de su prima.

—Mi esposo también se dedica a los negocios. Tal vez debería presentarles.

—Sería un honor para mí conocer al conde de Blackmoon —aseguró Cameron sin asomo de burla.

—Quizá podrías organizar una cena —intervino Axel, satisfecha por la colaboración de su amiga. —Estoy segura de que a William le agradecería tratarlo.

—Lo tendré en cuenta.

Estaba tan muerta de curiosidad que no se molestó cuando Beth y el americano, tras tomar el té manteniendo una insustancial conversación sobre los beneficios del Centro, se despidieron para reunirse con los niños. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, interpeló a Axel con los ojos brillantes.

—¡Cuéntamelo todo!

Axel rio ante su ferocidad y en cuanto la puso al corriente de “todo”, también Clarence se sumó a las maquinaciones.

—Nunca imaginé que vería a Beth libre de su obsesión por Devon —admitió, encantada. —Es maravilloso todo lo bueno que va a salir de este proyecto... —Cambió de rumbo su pensamiento y también el tono de voz. Con firmeza rayana en el autoritarismo se enfrentó a su amiga. —Y ahora, hablemos de ti. Por mucho que disimules, se te cae la cara a pedazos.

Axel se replegó, amoscada.

—Desde luego, lo tuyo no es la diplomacia.

Clarence enarcó una ceja, severa.

—No creo que me haga falta contigo. ¿Es por Devon o por Andrew?

—¿Por qué habría de ser por Devon? —La rabia tiñó sus iris de un verde intenso. —Es Andrew quien me corteja.

Clarence se limitó a mirarla fijamente hasta que Axel se derrumbó. Debería haber sabido que Clarence Blackmoon no es una persona fácil de engañar.

—Está bien, te lo contaré todo. Esta vez sobre mí.

Y lo hizo. Desde el momento en que Devon apareció en Marion Hill tras su llegada del continente hasta la última noche que habían pasado juntos. Tampoco le ocultó sus devaneos con el duque de Ivory, ni sus dudas, ni sus miedos. Cuando finalizó sintió que se había liberado de un peso enorme y suspiró con cansancio.

—Clarence, tú me dijiste un día que lo sabías todo sobre él, que era tu amigo más íntimo... Dime

la verdad ¿Crees que me ama o que fue sólo su sentido del honor lo que le hizo pedirme matrimonio?

Ella lo pensó un momento; no podía entender que su amiga estuviera tan ciega ante la verdad, pero entonces el recuerdo de las noches de insomnio, debatiéndose entre William y Devon, le vino a la memoria. También ella sufrió con los desplantes del conde, que no fueron más que producto de sus intensos celos por el vizconde aunque eso no lo supo hasta un tiempo después... No, no podía abrirle los ojos a Axel contándole lo que ella sabía. Cada una debía recorrer su camino y estaba segura de que Axel era lo suficientemente despierta como para elegir el acertado.

Con un suspiro y un cálido apretón de manos, expuso lo único que podía decir.

—No soy quien para responder a esa pregunta. Deberás hacérsela a él.

El corazón de Axel palpitó de angustia. Desde lo más profundo, ella sabía que no podía haber otra salida. Pero aún tuvo una duda... ¿Sabía tan poco de hombres, y Clarence parecía tan experta!

—¿Debo contarle mi relación con Andrew?

La mirada azul se podó sobre ella con determinación; aunque intuía que aquello, para Devon sería duro de digerir.

—Una pareja debe basarse en la confianza mutua —opinó con firmeza.

Axel asintió, cabizbaja. Tras reflexionar un momento, se levantó y abrazó a Clarence.

—Gracias por ser mi amiga.

La otra le acarició el pelo, afectuosa. Después, la apartó para confesarle algo que puso aún más calidez en sus ojos.

—La otra noche, William y yo estuvimos debatiendo sobre tu nombre... Ya sabes que a mí me tiene fascinada ¡Qué pena que mis padres fueran tan convencionales y sólo se les ocurriera endosarme el archifamiliar Clarence! – bromeó. —¿Sabes lo que opinaba él? Que entre Devon y tú lleva demasiado tiempo imperando ese significado tan guerrero de “*hacha*” y que puede que haya llegado el momento de que la enterréis.... Sin ninguna duda, lo de “*Regalo del cielo*” os beneficiaría más... a los dos.

A la mirada de Axel asomó cierto regocijo.

—Lo de hacha de guerra debería haberlo sabido antes, cuando me llamaba bastarda y lindezas así. Estoy segura de que por los establos y graneros de Marion Hill deber haber más de una... Y te aseguro que no me hubiera detenido a la hora de lanzárselas.

—Lo ha pagado con creces; no te recrees en la venganza —sonrió Clarence, divertida con aquella parte salvaje de su amiga.

—Ya te contaré —replicó enigmática, cogiendo su sombrero y su capa —¿Conoces la salida, verdad? Creo que tengo algo pendiente.

—Por mí, adelante —le animó la condesa.

Cuando Axel bajó de la calesa que le había llevado hasta la mansión Hunt se encontró dos imprevistos: el primero Andrew, quien aguardaba en el hall con sombrero y bastón, aunque no lo divisó hasta más tarde, y el segundo, el carruaje repleto de enseres que el mayordomo despedía desde la escalinata de entrada.

—¿Qué ocurre, Robert? ¿Dónde van esas cosas?

—El señor ha terminado las obras de su casa, señorita Birmingham. La suponía enterada —replicó, seco.

—¿Y Devon se ha ido?

No supo disimular la angustia que le produjo la noticia y Perry, que lo interpretó correctamente se sintió dolido.

—A solo dos manzanas —confirmó el mayordomo. —Tampoco es una tragedia.

—¡Podría disimular un poco! —Rezongó ella entrando en el hall y tropezando con el duque —¡Oh, Andrew, no te había visto!

—Últimamente coincidimos poco.

El reproche fue tan seco como la voz del sirviente y ella amagó el golpe.

—Discúlpame. He estado liada.

—¿Ejerciendo de celestina?

Estaban en mitad del pasillo y las doncellas no disimulaban su interés así que les entregó la capa y el sombrero y tiró de la mano del duque haciéndolo pasar al saloncito rosa. Sin miramientos hacia su reputación cerró la puerta a sus espaldas.

—Debemos hablar, Andrew.

—Ya has hecho tu elección, ¿no es cierto? —La amargura de su voz podría cortarse.

Ella lo contempló en silencio. Quería a aquel hombre. Lo hallaba atractivo en su físico y en su carácter. ¿Por qué no podía amarlo, entonces?

Fue tan transparente en sus pensamientos que Andrew aceptó la derrota.

—Devon me lo dije; que no dependía de nosotros, sino de ti. De quien tú eligieras. Él sabía que serías honesta con tus principios... —Su voz se quebró. —Pero no sé cómo voy a vivir sin ti, Axel.

Ella corrió a sus brazos y lo estrechó apasionadamente por última vez.

—No puedo mandar en mi corazón, Andrew. Lo siento.

—También yo —le alzó el rostro y besó sus labios con ternura — Eres la única duquesa imaginable.

Un nudo se adueñó de su garganta mientras lo acariciaba; primero los labios, luego los ojos, la nariz...

—Beth pensaba que sólo existía Devon y ahora suspira por Cameron...

—No me ofendas, cariño. Beth nunca tuvo a Devon en sus brazos.

Ella desistió de consolarlo, abrazándolo más fuerte.

Una puerta al abrirse les interrumpió. Era Stephen.

—Disculpa, Axel, pero no es correcto...

—No se moleste, conde. —Perry estuvo presto en separarse. —Ya me iba.

—Pero... —Las manos de Axel se resistieron a soltarlo, indiferente a la presencia del conde.

—¡No puedes marcharte así!

—No hay ningún modo elegante de hacer esto, cielo. Dejémoslo estar.

Stephen asistió perplejo a la despedida del duque mientras veía a Axel derrumbarse en un sofá.

Con ademán tajante, cerró la puerta y corrió a auxiliarla.

—¿Te ha dejado? ¿Ha desistido de pretenderte? —Su voz resonó dura como el metal. —¿Estás dolida por eso, Axel?

Ella negó, sin dejar de llorar.

—Soy yo. Lo he dejado yo —susurró apenada.

El alivio en el rostro del conde la desconcertó.

—¿Te alegras, Stephen?

Él se sentó a su lado y le aferró las manos, con una mirada, tan idéntica a la de su hijo que Axel se perdió en ella, entendiendo apenas sus palabras.

—¿Al fin te has dado cuenta?

Lo interrogó, confusa por la cálida sonrisa de Stephen.

—Devon, Axel. Amas a mi hijo.

—¿Es tan evidente?

La sorpresa de los ojos verdes hizo reír al hombre.

—Y él te ama a ti —afirmó, deseando deshacer la inseguridad que aún percibía en ella. —Si me hubierais consultado cuando llegasteis a Londres, os habríais evitado muchos disgustos.

Un sentimiento de gozo se apoderó de sus entrañas, dejando aflorar un mohín de disculpa que reconfortó al conde.

—Lo siento, Stephen; no se me ocurrió.

—Bueno, quizá en aquel justo momento no hubiera sido un buen consejero... —admitió él, divertido.

—Pero ahora, sí —confirmó Axel, enjugándose las lágrimas.

—Ahora sí —la serenidad de su gesto daba a entender el amor que sentía, la paz y la felicidad que había llegado a conocer con Elena. —Muy bueno. Y en gran parte te lo debo a ti.

Axel lo envolvió en un abrazo, a punto de llorar de nuevo.

—No me debes nada. Pero gracias, Stephen. Gracias por querer a mi tía.

Una sonrisa socarrona surcó el atractivo rostro mientras apartaba el de Axel para acariciar sus mejillas.

—Ni se te ocurra agradecermelo. Lo estoy disfrutando muchísimo. Y créeme. Sería aún más feliz, si le permitieras a Devon quererte a ti.

Axel se apartó, inquieta por no captar lo que para los demás parecía evidente.

—Estás muy seguro de sus sentimientos – susurró, anhelando creerlo.

—Es mi hijo —afirmó el conde, convencido. —No necesito que me lo cuente para saber lo que siente.

Una sonrisa traviesa se reflejó en el rostro femenino. Si todos estaban convencidos, debía ser verdad. Devon la amaba. Y a ella nadie podría tacharla jamás de cobarde; así que, tomó su decisión.

—Espero que no te equivoques, porque voy a presentarme en su casa para pedirle matrimonio —avisó en un susurro.

Stephen Hunt la ayudó a incorporarse, le alisó el vestido y besó su mejilla.

—Tienes mis bendiciones.

Axel Birmingham se miró en el espejo de su alcoba, de la que ya empezaba a despedirse. No podría casarse con Devon en unas semanas pero estaba segura de que lograrían acelerar los trámites lo suficiente para, sin dar un escándalo, no tener que esperar demasiado. Ahora que el vizconde no estaba bajo su mismo techo les iba a ser más difícil compartir el colchón.

Por otro lado, se casaría sin haber tenido una temporada. Era más de lo que cualquier jovencita

casadera hubiera soñado jamás.

Mientras una sonrisa animaba su cara, volvió a mirarse. Sólo llevaba unas medias y el collar de esmeraldas bajo la capa de armiño. Se puso unas gotas de perfume francés y salió al pasillo, decidida.

Esperó a que el carruaje desapareciera calle abajo para llamar con determinación. Le abrió la puerta un hombre desconocido de mediana edad, pulcramente uniformado.

—Milady ¿En qué puedo servirle?

Nunca había estado en la casa aunque hubiera pasado delante de la fachada en numerosas ocasiones y el corazón le dio un vuelco al pensar que, en el futuro, ése sería su hogar. Miró en rededor y le gustó la claraboya que iluminaría en los días claros el vestíbulo, el elegante mueble de caoba para recoger las prendas de los invitados, el busto de Elena que presidía un rincón...

—Ejem... ¿Milady?

Retornó al presente con una mueca burlona, consciente del efecto que su presencia producía en el mayordomo, el cual parecía una calca de Robert, de puro estirado.

—Devon... El vizconde, por favor ¿Dónde puedo encontrarlo? —Solicitó con voz firme.

—Lo siento, no sé si podrá recibirla. El señor... —el criado parecía más confuso que molesto.

—Me recibirá. Sólo dígame dónde puedo hallarlo —aseguró ella, adentrándose en la casa.

—En sus aposentos. Tiene una cena y...

—En la segunda planta, claro —ya estaba en las escaleras. —¿Derecha o izquierda?

—Primera a la derecha, pero... —El mayordomo se hallaba tan asombrado que no sabía si darle el alto o adelantarse a la visita y anunciarla con premura.

—No se angustie señor...

—Benson —se presentó sin poder evitar un gesto cortés.

—...Señor Benson —concluyó Axel con una espléndida sonrisa. —Le garantizo que esto no va



a costarle el puesto.

Las doncellas habían salido al pasillo y contemplaron asombradas como aquella mujer subía las escaleras a paso rápido, hasta que una la reconoció.

—¡Es lady Axel, la prima del vizconde!

Entonces comenzaron los cotilleos en la planta baja.

Mientras, Axel pasó a la habitación sin llamar, haciendo que Devon y su valet se volvieran a la par.

—Sus servicios no serán necesarios esta noche, señor —indicó ella al criado con voz resuelta.

Cuando el aludido, absolutamente atónito, se viró para confirmar sus palabras comprendió que eran ciertas. La mirada de su jefe era de abierto regocijo.

—Adelante, Joseph. Nos vemos mañana.

—¿Y su cena, señor?

—Envíe aviso de que no acudiré. Invente lo que le plazca —sugirió él, sin apartar la vista de la sugerente visión que ahora presidía su alcoba.

—Bien, señor.

El valet echó una última mirada a la descarada joven arrebujaada en una amplia capa de armiño y cerró la puerta tras de sí.

—¿Has venido a conocer mi casa?

A pesar de su tono tranquilo, Axel reconoció en las pupilas dilatadas y el color ambarino la evidencia del deseo. Decidió seguirle el juego.

—Creo que tienes unos baños maravillosos.

Devon asintió, sin moverse del sitio.

—Y la alcoba, ¿La encuentras a tu gusto?

Ella miró en rededor. La cama de amplio dosel, las alfombras, el butacón frente a la chimenea....

—Carece de cierto toque femenino —opinó, insolente.

Devon continuó junto al vestidor aunque sus labios se entreabrieron con una sonrisa burlona.

—Es *mi alcoba* —recalcó.

Axel dio un paso adelante mientras dejaba que la capa se entreabriera al tiempo que liberaba el sencillo moño y su melena caía en cascada sobre los hombros y la espalda.

—Me parece bien. Pero si quieres que sea *nuestra alcoba* —recalcó a su vez —deberás permitirme ciertos cambios.

—¿Vienes a solicitar el puesto de amante que tengo vacío?

Por un instante, sus palabras la detuvieron. El semblante de Devon sólo traslucía pasión.

—¿Ya no está libre el de vizcondesa de Dermont? —Aventuró, nerviosa.

—Pensé que preferías el de duquesa de Ivory.

Su voz sonó sin inflexiones, aturdiendo a Axel.

—Podría seguir siendo Axel Birmingham toda mi vida. Lo único que quiero es estar contigo —replicó, sosteniéndole la mirada.

Su sinceridad hizo temblar los cimientos de Devon. Le estaba costando lo indecible no correr a abrazarla. Vislumbraba su cuerpo desnudo bajo la capa y el brillo de las esmeraldas sobre su piel, como la noche de Blackmoon, y el recuerdo de lo ocurrido entre ellos le enardeció de la cabeza a los pies.

Axel, segura al fin de sus emociones, dejó caer la capa.

—¿Otra vez de cortesana? —Bromeó él con la voz ronca y la sonrisa dichosa.

Axel asintió, dueña de la situación.

—Ya sabes lo que quiero. Y no puedes negarte —susurró, provocativa —Cuento con tu palabra de caballero.

—Quizá prefieras la del canalla... —Sugirió él, cercándola en sus brazos.

—Mientras me des placer, me da igual quien seas —admitió ella con descaro, perdiéndose en su boca.

Devon se dejó desvestir por las inquietas manos de Axel pero después tomó la iniciativa.

—¿Quieres saber de verdad cómo trataría a una cortesana?

Ella asintió, excitada, provocando tal vaivén en las entrañas de Devon que volvió a besarla salvajemente hasta que pudo sobreponerse a la lujuria y apartarse un instante.

—Cierra los ojos —pidió mientras rebuscaba en un cajón de su cómoda.

Axel obedeció, estremecida y confiada a un tiempo. Un cosquilleo de excitación le puso la piel de gallina cuando lo sintió aproximarse y una banda de seda le cubrió la vista.

—Limitate a sentirme —le susurró al oído.

Devon inició un juego de caricias, mordiscos y lametones por toda su piel, desde las sientes hasta los dedos de los pies. Después le dio la vuelta y arañó sus hombros. Axel lo oyó reír ante el jadeo que soltó y cuando mordió su trasero y pasó la lengua por la hendidura que lo separaba, apretó tan fuerte la almohada que toda ella se levantó a su encuentro. Devon, tenso como el mármol, acercó su miembro por detrás mientras la sostenía con sus brazos y la penetraba profundamente.

Se movieron al unísono, buscándose, hasta que Axel gimió descontrolada, abandonándose sobre la cama y Devon se dejó ir en su interior, apretando el pecho contra la tersa y sudorosa espalda.

Cuando le quitó el pañuelo, tenía el cabello empapado y los ojos vidriosos, casi al borde del llanto.

—¿Te hice daño, mi amor?

Axel negó, ahogando una carcajada.

—¡Prométeme que lo repetirás otra vez!

Él la estrechó contra su húmedo pecho, encantado.

—Sólo si aceptas ser mi esposa.

—¿Qué hay del puesto de amante? Parecía prometedor...

—Para la noche, si quieres —aceptó el vizconde, siguiéndole la broma. —Pero durante el día necesito una esposa respetable.

Axel lo besó despacio, saboreando sus ojos castaños, su pelo suave, sus músculos de acero...

—Cuenta con ello, vizconde. Axel Birmingham a su servicio.

Él le besó las sienes, escéptico.

—Más bien, Devon Hunt al tuyo, pequeña ladrona. Cuando el tío Orson te encontró no podía imaginar que tu habilidad sería robarnos los corazones.

—El tuyo ha sido duro de pelar —replicó ella, sonriente.

—Pero no hallarás otro más rendido, te lo garantizo.

Axel lo contempló un instante, extasiada, antes de perderse en sus labios.

# EPÍLOGO

Año de 1822. Londres.

Dos toques en la puerta desviaron la atención de Axel sobre la ingente cantidad de papeles que estudiaba. Había tantas solicitudes para la escuela taller que debía revisar con atención cada detalle, ya que, aunque las aportaciones económicas eran constantes, el flujo de alumnos encarecía continuamente los gastos de *Children's Paradise*.

—Sí, adelante —comentó con voz ausente.

La figura de Arthur se recortó en el vano, tan amable en su aspecto como siempre.

—Un caballero desea verla, señora Hunt —informó solemne.

Axel no necesitó preguntar más porque enseguida vislumbró la figura del duque de Ivory tras la espalda del conserje y su corazón se tambaleó con la mirada de aquellos ojos, tan azules como el océano, que resaltaban en un rostro extremadamente bronceado.

Sus mejillas se llenaron de lágrimas mientras los fuertes brazos que tanto había anhelado la estrecharan con calidez, levantándola de su asiento.

—Era el recibimiento que esperaba, pero...

Su voz seguía sonando sensual y divertida e hizo que Axel redoblara el llanto.

—¡Cinco años, Andrew! ¡Has tardado cinco años! ¡Cómo pudiste hacernos esto?

—La India resultó un destino interesante —replicó él, encogiéndose de hombros, aunque luego su voz se convirtió en un susurro. —Necesitaba que pasara el tiempo, Axel; para mirarte a la cara sin sentir que aún eras la dueña de mi alma.

Ella hipó, desconsolada, y él le limpió las lágrimas con su impecable pañuelo y una sonrisa amable.

—Ya está, Axel. Ya podemos mirarnos ¿Vale?

—Te he echado mucho de menos... —musitó, avergonzada de no saber controlarse. Pese a haber imaginado en incontables ocasiones aquel momento, no supuso que las emociones la embargarían de ese modo.

—Y yo a ti. Locamente —admitió el duque, melancólico. —Pero sé que eres feliz y que Devon te idolatra. Y que yo... he sobrevivido.

Ella le acarició el rostro con los dedos. Tenía algunas arrugas en la frente y alrededor de sus luminosos ojos; el cabello rubio parecía blanco por el tiempo transcurrido bajo el sol asiático; pero aparte de eso, todo continuaba igual: su elegancia innata, su sonrisa abierta, la pasión por vivir que transmitía...

—Sentémonos —propuso, algo calmada, indicando un diván. —¿Quieres tomar algo?

—No, sólo contemplarte —denegó, afectuoso arrastrándola hacia el sofá —Llegué a Londres hace dos días y he necesitado un empujón para acudir a verte. Sé por Clarence que ahora diriges tú el Centro....

Ella cogió sus manos, en un afán por sentirlo cerca, notando que la calidez entre ambos seguía fluyendo, y contuvo los deseos de llorar. Aunque amaba a Devon con todo su ser, jamás se había perdonado el daño que le hizo al duque ni el haber sido el motivo de que abandonara su cómoda vida para arriesgarla en lugares lejanos.

Ninguno de sus amigos le había hecho reproches, pero cuando se hablaba de Andrew todos la miraban con una prevención especial, sin acusarla, pero sabiéndola responsable. Curiosamente, hasta que el duque de Ivory no se ausentó de Londres, no fueron conscientes de cuanto le añoraban.

Parpadeó para evitar el llanto y respondió a su pregunta, obligándose a serenarse.

—Sí, soy la nueva directora. Roger sufrió un infarto y tuvo que retirarse; aunque, de todos modos, acudo a él siempre que necesito consejo.

—Y Beth sigue en su puesto. Casada, además, con el dichoso americano.

Andrew bromeó, eludiendo la sensación de que se derretía por dentro mirando aquel rostro que creía olvidado. Mantuvo quietas las manos y esbozó su sonrisa seductora, la que ocultaba a la

perfección sus sentimientos más íntimos.

—Un americano que ha resultado muy productivo —asintió Axel, agradeciendo que él mantuviera suficiente control para sostener una conversación menos íntima —Devon y William se asociaron con los hermanos de Cameron y las empresas han crecido muchísimo.

—Lo sé —reveló formal. —Llevo la delegación en la India.

—Sí, Devon me lo contó... —estaba dolida y no pudo evitar el reproche. —¿Por qué con él mantuviste contacto? ¿Tuve yo toda la culpa?

Andrew se llevó las pequeñas manos al corazón, queriendo borrar la angustia que los amados ojos reflejaban, aunque el contacto intensificó viejos recuerdos y laceró sus heridas.

—No, Axel —musitó. —Nadie tuvo la culpa. Simplemente te enamoraste de él. Pero Devon era mi amigo desde la infancia y ambos cargamos a nuestras espaldas incontables batallas de esas que unen a los hombres... Con él resultaba más fácil.

Axel aceptó comprenderlo aunque aún le quedaban reproches.

—Ni siquiera viniste al entierro de Leticia Sinclair. Michael te echó mucho de menos. —Se mordió los labios, apenada. —Creo que desde ese día dejó de apreciarme.

La risa del duque resonó en la estancia, toda calidez.

—¡Eso son imaginación tuyas! Le escribí una carta en cuanto lo supe, dándole mis condolencias; aunque en realidad fue un alivio para la familia que ella falleciera y todos nos congratulamos. Llevaba muchos años siendo un vegetal.

—Sí, eso me contaron. Yo no llegué a conocerla —admitió más calmada.

—El padre de Michael mantenía su casa cerrada para el mundo... Supongo que las cosas habrán cambiado.

Andrew se permitió acariciar los cabellos de Axel que llevaba sujetos con un simple lápiz a modo de pinza, y que se desmoronaron al contacto con sus manos, arrancando una risa en ambos. Axel, con naturalidad, volvió a recogerlos y aprovechó para saciar la curiosidad que llevaba tiempo

carcomiéndola.

—¿Tú sabes por qué la señora Vernot y él mantienen su relación en secreto? ¿Tiene Michael algún problema con que ella sea viuda?

La sonrisa del duque de Ivory volvió a ser socarrona, como en sus mejores tiempos.

—En realidad Bella no es viuda; actuaba de artista en Cardiff cuando la conocimos. Entonces éramos muy jóvenes y ambos se enamoraron locamente, así que Michael le proporcionó una identidad falsa y se la trajo a Londres. No pueden casarse hasta que herede el marquesado porque su padre lo dejaría sin un penique si conociera la verdad. —La intriga le pudo a él también. —¿Por qué no se lo preguntaste a Devon?

—No sé... —Se encogió de hombros, cogida en falta. —Apenas le pregunto cosas personales de vosotros, los de Blackmoon... —*¿Para qué decir que le parecía que abría viejas heridas?* —Y Clarence no lo sabe tampoco.

—Espero no haber sido indiscreto, entonces —sonrió sin rastro de arrepentimiento. —Lo cierto es que prometimos guardar el secreto.

Axel se puso repentinamente seria.

—Te juro que por mí, nadie lo sabrá. —Se corrigió de inmediato. —Bueno, menos Clarence y Beth. También ellas se mueren por averiguarlo.

La mirada del duque de Ivory se regodeó en el brillo de los ojos verdes. Siempre le había encantado el mundo de las mujeres, lleno de secretos y confidencias. Los hombres eran de otro modo, francos y rudos. Tenía más sutileza el ambiente de ellas.

—Sé que podré confiar en las tres; tranquila.

La irrupción de otra persona detuvo su charla.

El duque apreció el exquisito atractivo de la mujer que atravesó la puerta sin llamar así como el rubor que cubrió sus mejillas al encontrarlos en una conversación que parecía muy íntima.

—Discúlpame, Axel. Ignoraba que estuvieras ocupada —se excusó, avergonzada.

Axel, sin molestarse, la recibió con desenvoltura, desentendiéndose de las manos de Andrew y



levantándose del diván.

—No te preocupes, Meg. Es el duque de Ivory, un excelente amigo. Dime qué ocurre.

Ella miró de reojo al hombre, poniéndose nerviosa ante el escrutinio al que la estaba sometiendo sin ningún disimulo.

—Es tu hijo, Andrew. En un descuido de Thomas ha metido las manos en la cuba de añil y se las ha manchado... Lo ha visto el médico y dice que no es importante, pero no quería que te enteraras por alguien de fuera y te angustiaras. Envié a la doncella a tu casa con él porque andaba un poco taciturno al verse tan azul —la risa se le escapó por lo inmensos ojos negros, intensificando la atención del visitante. —Sólo era eso; ya os dejo.

Axel, consciente del intercambio de miradas, se regodeó por dentro y detuvo a la muchacha.

—Espera, Meg; permíteme presentarte.

La llevó de la mano hasta el sofá, de donde Perry se incorporó con un gesto galante.

—Andrew, ella es Megan Cameron, cuñada de Beth. También trabaja con nosotros.

Mientras él le besaba el dorso, que había quedado ligeramente tintado al ayudar al niño, la americana pestañeó con coquetería.

—Él es el duque de Ivory, como te dije —concluyó Axel, percatándose del interés mutuo.

—Andrew Perry, mejor —susurró.

Al duque le atrajeron los rasgos insólitos de la americana. Su cabello negro como ala de cuervo se repetía en el iris de sus ojos rasgados. Sin embargo, su piel recordaba al alabastro y poseía labios de un rojo intenso.

En sus curvas reparó globalmente, haciendo sonreír a Axel.

—Encantada, milord —la voz femenina sonó sensual, con un toque ronco que acarició los sentidos del duque. —¿Esperamos contar con su presencia a menudo?

Él asintió, gratamente encantado.

—Se aburrirán de ella, seguramente —logró articular, adoptando su pose más canalla.

La muchacha soltó una risa vibrante antes de despedirse con un gesto.

Cuando volvieron a quedar solos, Axel lo interpeló, abiertamente complacida.

—Preciosa ¿verdad?

—¿Haciendo de casamentera otra vez?

Volvió a sentarse mientras se burlaba.

—Con Meg sería complicado —replicó, haciéndose la interesante —Sus hermanos la enviaron

de Boston por alguna turbia historia que nunca nos contaron... Pero me consta que es una mujer muy independiente y decidida. Me cae bien y seguro que a ti te gustará.

Andrew suspiró, perdiéndose en la mirada que aún conseguía noquearle.

—No sé, Axel; que el futuro decida. —Se olvidó de la joven al instante para retomar la información que lo habría golpeado de lleno. —Pero dime, lo de tu hijo... ¿Cómo pudisteis ponerle mi nombre?

Parecía tan complacido como atónito y ella sonrió.

—Fue Devon quien lo propuso, no yo. Aunque acepté encantada.

—¿No tenía miedo de que fuera un recordatorio? —Sus ojos se nublaron con un velo triste.

—¡No, qué tontería! Él está bien seguro de tus sentimientos.

Axel cogió sus manos y se las besó con firmeza.

—No, Andrew. Es que es tu amigo. Y te añoraba tanto como yo. Ambos sufrimos por hacerte daño.

El duque la estrechó en sus brazos, disfrutando del olor de su pelo, resistiéndose a recordar lo que experimentaba cuando la tenía de aquel modo; hondamente conmovido.

—Recuperaremos los buenos momentos, Axel. Te lo prometo.

Ella asintió. De algún modo, sabía que era cierto.

Dejó relegada la tristeza en un rinconcito de su pecho porque volvía a contar con la presencia del único hombre que la había ayudado a tener fe en sí misma, aparte de Devon.

Y porque desde aquel mismo instante, decidió, esbozando una sonrisa astuta, empezaría a fraguar planes para que él pudiera llegar a ser tan feliz como ella lo era.

*Badajoz, 14:14 horas de un día cualquiera de noviembre del 2013.*

Nota de la autora:

Espero contar con la magnanimidad de aquellos que se acerquen a mi novela, para que sepan disculpar los errores de usos, hábitos y normas de la época. Aunque mis conocimientos de historia no son escasos, concretarla en un lugar y unos años determinados dificulta la exactitud de ciertos detalles (por más que Internet se muestre como una valiosísima fuente de información).

Si he optado por elegir esta etapa es por conocerla a través de otras autoras que, aparte de solazar mis ratos de ocio, han llenado mi mente de datos y me han llevado a interesarme por la Inglaterra preindustrial.

Insisto, pues, en disculparme. Sólo he pretendido hacer disfrutar a mis lectores con las alegrías y tristezas de unos personajes que yo siento tan reales como si los hubiera conocido.

Por cierto, si alguien se pregunta si la historia del duque de Ivory concluye con estas páginas, admito que guardo algunas sorpresas.

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[EPÍLOGO](#)

[Índice](#)